



COMPENDIO
DE LA
HISTORIA DE MEXICO.



A MIS AMADOS PADRES

EL SR. D. FLORENCIO DE LOS RIOS,

Y LA SEÑORA

Doña María de los Remedios Romero,

en prueba de gratitud y amor filial dedico este pequeño trabajo.

Epitacio J. de los Rios.



COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE MEXICO

desde antes de la conquista hasta los tiempos presentes,

ESTRACTADA DE LOS MEJORES AUTORES PARA LA INSTRUCCION
DE LA JUVENTUD,

POR D. EPITACIO J. DE LOS RIOS,

pasante de abogado, socio titular del Liceo Hidalgo, honorario de las sociedades "Falange y Esperanza de literatura" en el Estado de Jalisco, y corresponsal de varias asociaciones literarias de la República.

Adornada con diez y seis estampas litográficas, que representan los hechos mas interesantes de la historia.

PUBLICALA SIMON BLANQUEL.



MEXICO.

IMPRENTA DE LA VOZ DE LA RELIGION,
calle de San Juan de Letran núm. 3.

1852.



Esta obra es propiedad del Editor.



HABIA formado el designio de publicar la *Historia de México* desde la conquista hasta nuestros dias, como dije en el prospecto que antecedió á la presente obrita. En él tambien expuse las razones que me habian impedido publicarla y hecho aguardar el trabajo que sigue á continuacion.

Inútil es, por lo mismo, que vuelva á ocuparme de aquellas razones, y esta advertencia se reduce solamente á dar una idea de la obra. Su autor, siguiendo el dicho de Ciceron, *Nihil est in historia pura et illustri brevitate dulcius* (1), ha procurado, desentendiéndose de las disputas fútiles de los historiadores, formar un extracto de

(1) De clar. orat. n. 262.

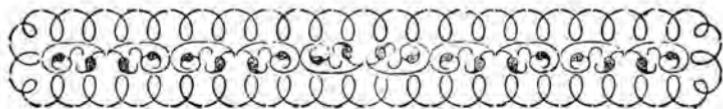


las doctrinas de éstos, acerca de los principales acontecimientos de la nacion mexicana, y á mi juicio, ha realizado su objeto en el *Compendio* que tengo el gusto de ofrecer hoy al público. Como el Sr. Ríos ha escrito la presente obra con el objeto de proporcionar al pueblo alguna instrucción en la historia de su país, ha procurado que su estilo sea claro, á la vez que se encuentren reunidos en el presente tratado, los principales acontecimientos históricos, acaecidos, tanto en el tiempo de la conquista, como después de ella.

El público conoce la necesidad que teníamos de una obra semejante para la instrucción de la juventud, y sabrá apreciar en su justo valor los presentes trabajos.

Por lo que hace á mí, he tenido mucho empeño en que la parte material de la obra corresponda á la idea principal; y como esta era la de que se consiguiese por un precio módico, á fin de que se extendiese su lectura, he seguido en la presente publicación, el mismo orden que en mis anteriores, y creo que el público quedará contento. ¡Plegue al cielo que haya conseguido mi objeto!

Simon Blanquel,
Editor.



PROLOGO DEL AUTOR.

Séame permitido, antes de llegar á la narracion de los sucesos que forman la Historia de México, dirigir dos palabras á mis lectores.

Mr. el abate Martinet, ha dicho: "*La education es el desenvolvimiento de todas nuestras facultades; estas facultades conducen nuestra existencia á todo aquello que nosotros vemos, y nos hacen aspirar á lo que no vemos (1).*" Efectivamente: apenas empieza el hombre á conocer el desarrollo de sus facultades, desea cultivarlas con el conocimiento de aquellas cosas que afectan sus sentidos: el ser físico y el ser moral, tienden á un mismo fin; y esta union da por resultado, á la vez que la propia conservacion, las ideas de la religion y la familia. Indudablemente una de las cosas que los jóvenes procuran aprender cuando han llegado á cierta edad, es la historia del pais que los vió nacer.

Cubrir esa necesidad es lo que me ha obligado á escribir el presente compendio: esto y la consideracion de que

(1) *De l'education de l'homme*, chap. III.



es la primera obra en su género, que se ha publicado en la república, disminuyen mis temores de que sea mal recibida por el público.

La idea del Compendio histórico no es mia. Mi amigo el Sr. Blanquel, al comunicármela, me instó repetidas veces para que me encargase de su ejecución. La empresa era árdua, y no quise admitirla, hasta que tomó un decidido empeño, y me fué preciso ceder.

Para llevar á cabo mis trabajos, contaba únicamente con el auxilio que algunos de mis amigos, entre los cuales merece especial mención D. Manuel B. del Castillo, se sirvieron prestarme, y con mis buenos deseos.

La empresa ha sido superior á mis fuerzas, y estoy muy lejos de abrigar la creencia de que haya cumplido lo que me había propuesto.

Empero, haciendo lo posible por vencer algunas dificultades que surgieron al comenzar mis tareas, hoy tengo el placer de presentar mi obrita, como un obsequio á la juventud y al pueblo de mi patria.

Si consigo siquiera, con mi presente trabajo, que los hombres verdaderamente instruidos en la historia se ocupen de llenar el hueco que se nota en esta parte de la enseñanza primaria, escribiendo un compendio que proporcione á los jóvenes mas ventajas y conocimientos que el presente, con el olvido de mis trabajos veré cumplidos mis deseos.

Mas si entre tanto aquel se forma, mi obrita fuese de algun provecho para la juventud y el pueblo de mi patria, quedaré plenamente recompensado de mis tareas.

México, Marzo 20 de 1852.

Epitacio J. de los Ríos.



COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE MEXICO.



PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

Algunas reflexiones sobre los monumentos de la historia antigua
de México.

ANTO el hombre como los pueblos, han procurado siempre dejar la memoria de sus hechos ó los de sus ascendientes, á la posteridad. En todas las naciones se encuentran monumentos de acciones grandiosas y de hechos heróicos. Atestados están los museos y las bibliotecas, de recuerdos históricos y de monumentos antiguos, que sirven de guia á los sábios en sus útiles y profundas investigaciones. Los que no han fijado su atención en la historia antigua de nuestra república; los que no se toman el trabajo de examinar los pocos monumentos que poseemos de la historia de México antes de la conquista, acusan á los antiguos habitantes de nuestra república, de perezosos ó de torpes, haciéndolos semejantes á las fieras por su barbarie. Mas los que de



— 2 —

tal suerte juzgan á los antiguos habitantes del pais, no saben lo que dicen.

Verdaderamente lamentable es la pérdida de los preciosos documentos que poseían los indios en tiempo de la conquista. Ellos no vivían entregados al ocio, y trabajaban por dejar á sus descendientes la memoria de los heróicos hechos de sus caudillos y las virtudes de sus antepasados, ya por relaciones, ya por figuras, signos ó geroglíficos, que esculpidos en piedras, lienzos, palos engomados y pencas de maguey curadas, que era el papel corriente y llamaban *metl*, y los españoles *ge-mitl*, significaban los sucesos, á semejanza de algunas naciones de la antigüedad, que usaban de pergaminos que enrollaban entre los vástagos del cedro (1).

Las preciosas noticias que Ixtlilxochitl dió del imperio chichimeco al virey D. Luis de Velasco, el compendio histórico del reino de Tetzcuco, las relaciones históricas de los reyes chichimecos, el compendio de la historia tulteca, chichimeca y mexicana, que trabajó el mismo Ixtlilxochitl, fueron el resultado del estudio que hizo de las planchas y pencas, donde con cifras escribían sus hechos los antiguos. La instrucción que se dió á los vireyes de las costumbres y modo de gobernarse de los mexicanos, la historia de los tultecas desde que edificaron á Tula: la sucesión de ocho soberanos y sus nombres, fueron sacadas del libro sagrado que los antiguos indios llamaban *Teoamoxtli*, donde conservaban grabadas sus leyes, costumbres, sistemas de sus ca-

(1) Ovid. lib. 1, Eleg. 1.



— 3 —

lendarios, caractéres de los años, símbolos de los meses y días, órden de los signos y planetas, religion, ritos, ceremonias, y cuanto correspondia al establecimiento de una sociedad. La llegada de los chichimecas, y peregrinaciones desde Amaqueme; las jornadas de los mexicanos desde su tierra Aztlán, hasta fijar sus primeras chozas en los carrizales de la laguna; todo estaba perfectamente conservado en los mapas, ruedas y lienzos de los antiguos indios.

Algunos de los conquistadores al ver los trabajos de los indios, impelidos por un celo equívoco, y juzgando objetos de hechicería y de barbarie los mas curiosos datos históricos, los condenaban al fuego; por cuyo motivo los que los poseian, intimidados por los castigos, procuraron esconderlos de la vista de aquellos hombres, que con el conocimiento del idioma y de los símbolos y geroglíficos, hubieran procurado conseguirlos y formado una historia, que tal vez nos hubiera hecho conocer el verdadero origen de nuestros progenitores, que hoy, desgraciadamente, se ve cubierto con el impenetrable velo del olvido.

Los medios de que se valian los antiguos indios para perpetuar la memoria de sus grandes acontecimientos, á la vez que demuestran su habilidad son sumamente curiosos.

Para saber que los tultecas fueron los primeros artífices, pobladores y sembradores de este suelo, y que vinieron del Occidente, sucediéndoles los chichimecas que llegaron del Norte, preparaban una tabla ó pencas curtidas de maguey, y sobre ellas dibujaban la tierra,



— 4 —

imitando del mejor modo posible con el arte las propiedades de la naturaleza: al principio de la pintura, sin que les precediesen otros, dibujaban unos monillos humanamente figurados, mas ó menos perfectos, con instrumentos de arquitectura en las manos, y unos granos de maiz en ademan de tirarlos, con un sol sepultándose en Ocaso, bajo cuyas fallecientes luces colocaban su cuna, desde donde salian. A estos seguian los chichimecas con arcos en las manos; y á los piés, como despojos de sus triunfos, muchos animales terrestres y volátiles, víctimas de los dardos y flechas, y una faja azul, encrespada con algunas salpicaduras de cristal y mogotillos blancos, significando su venida desde el Norte por las nieves y yelos que pintaban.

Los estrechos límites de este Compendio me obligan á no extenderme sobre este particular cuanto deseara, ya para hablar sobre el método que observaban en el arreglo de las épocas y calendarios, ya sobre otras cosas verdaderamente curiosas. Básteme solo decir, que los antiguos habitantes de nuestro país, á la vez que poseian una civilización especial, conservaban monumentos preciosos de su historia, y son injustamente calumniados por los que, comparándolos con las fieras, les niegan las luces que forman su gloria.



— 5 —

CAPITULO II.

Principio y fin de los tultecas.—Llegada de los chichimecas.

Existia entre los antiguos la creencia fabulosa de que los primeros que habitaron nuestro suelo, fueron unos hombres excesivamente grandes y esforzados, á quienes llamaban *Quinametzin* ó gigantes: que estos fueron destruidos por los *Xicalancas* y *Ulmecas*; y que despues de estas naciones belicosas, llegaron los tultecas, á quienes los historiadores atribuyen en primer lugar la llegada á nuestro pais. La nacion tulteca, de genio dócil, sociable y útil para todas las operaciones y cultivo de la tierra, fué la primera que sembró el algodon, el maiz y otras semillas, para su alimento y conservacion. Los tultecas, cuya destreza en la arquitectura es tan celebrada, y de la cual se conservaban algunos vestigios en las ruinas de sus edificios, eran sumamente laboriosos. Se sabe que vinieron de una tierra llamada *Huehuetlapalan*, en el año cetecpatl, esto es, el 208 de habitar en sus regiones. La primera ciudad que fundaron fué Tula (distante doce leguas de México), la cual fué la capital de su imperio.

A los ciento cuatro años de su llegada, dieron la corona á su primer rey *Cholchiuhltlanextzin*: sucedió á este en el trono *Ixtilcuechahuac*; y despues de este, reinaron *Huetzin*, *Totepeuh*, *Nacaxot* y *Mitl*, quien levantó un templo sumuoso á la diosa *Rana*: por muerte de este, tomó las riendas del gobierno la reina *Xiuhzalitzin*, y por la de esta, *Topiltzin*, octavo y último



— 6 —

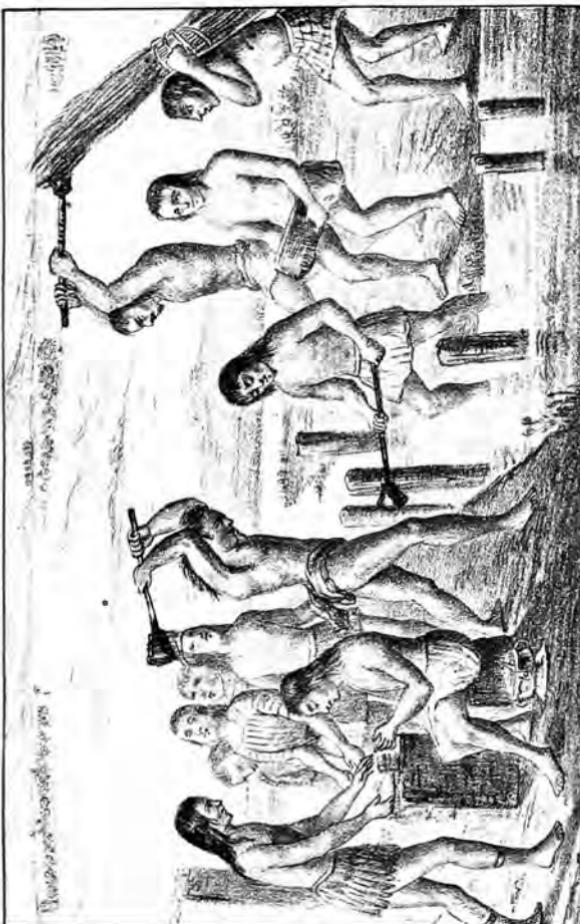
rey de los *tultecas*, nacion pacífica, poco ó nada guerrera, idólatra y supersticiosa en religion, enemiga del ócio é inclinada al trabajo. Contaban su edad ó *xiuh-tlalpilе*, de cincuenta y dos á cincuenta y dos años: este era un siglo entre los indios. El fallecimiento de esta edad, era la época mas gloriosa y memorable para esta nacion y las que le sucedieron, porque en ella retocaban la piedra, renovaban el fuego de sus sacrificios, y en ella hacian crísis sus reinados: de suerte, que si llegaba á cincuenta y dos años el que reinaba, era depuesto y entraba el sucesor; y si moría antes de llegar á ellos, gobernaba un magistrado hasta cumplirse la edad en la que sucedia el heredero legitimo.

Las pestes, hambres y otras calamidades que por algunos años sufrieron los tultecas, les obligaron á dejar sus tierras, creyendo que eran efecto de la venganza de sus dioses y voluntad de que abandonaran el pais; y se dispersaron para Campeche, Honduras, &c.

Mientras el infeliz reino tulteco sufria tales desgracias, dirigian su marcha para este pais los *chichimecas* desde el Norte, donde estaba su capital *Amaqueme* (1): traian por principal caudillo al príncipe *Xolotl*, y otros doce ó trece capitanes con él: este pueblo era de condicion altiva, guerrero y feroz; y en lo general se vestia con toscas pieles de bestias feroces. La ambicion de hacer célebres sus nombres les hizo llegar hasta las

(1) Algunos historiadores le llaman *Amaquemecan*, y dicen que distaba seiscientas millas del sitio en que está actualmente Guadalajara.





*Primeras casas que en Méjico
edificaron los aztecas.*



— 7 —

cercanías de la actual ciudad de México. Ordenaron congregaciones populosas y dieron el nombre de *Tenayucan* á su capital. Exploraron la tierra, y obtuvieron por resultado el hallazgo de algunas familias tultecas; y de ellas aprendieron á sembrar el maiz, á cultivar la tierra y á otros ejercicios. Se unieron con las familias tultecas por medio del matrimonio, y se hicieron de un carácter mas dulce y sociable.

CAPITULO III.

Llegada de otros pueblos.—Monarquía chichimeca.

Ocho años despues del establecimiento de Xolotl en Tenayucan, llegaron seis personages, al parecer de alta condición, con muchos vasallos que les acompañaban. Habian salido de un pais próximo al de Amaqueme, atraidos, segun parece, por la fama del rey de los chichimecas. Poco tiempo despues llegaron tres altos personages del linage *Citin* ó *Ulcuas*: se establecieron en el pais con un grande ejército, y casaron los dos mayores con las dos hijas únicas de Xolotl. Este rey, adornado de raras virtudes, era medido en sus acciones, benigno con los extraños y amante de sus súbditos. La heroicidad de estos atributos le afianzó, aun en medio de las inquietudes que maquinaron algunos de sus vasallos mal contentos, con tanta firmeza la corona, que á los ciento sesenta años de su edad, y noventa y nueve de su reinado, dejando á sus pueblos en paz.



— 8 —

y por sucesor y heredero á su hijo *Nopaltzin*, murió en medio de una consternacion general, causada por la perdida de sus grandes virtudes.

Nopaltzin, subiendo al trono por la muerte de su padre, casó con Azcalxochil, hija de Pochol, príncipe á quien pertenecia la corona tulteca. Por este casamiento se emparentaron *ulcuas* y *tultecas*. Nopaltzin, de carácter brioso y esforzado, heredó la intrepidez de ánimo de su padre, y apagó el fuego de la rebellion que encendieron las provincias feudatarias; redujo á su obediencia á los tulantzincas, nacion altiva y rebelde, y murió á los treinta y dos años de su reinado.

Sucedióle su hijo mayor *Tlotzin*, sábio, prudente, y digno por todos títulos de la estimacion de sus vasallos. Reinó treinta y seis años, habiendo gobernado sin contradiccion sus vastos dominios, y desterrado de los altos personages la emulacion y el escándalo. Las últimas palabras que pronunció al morir, prueban la elevacion de sus ideas y la rectitud de su juicio. “ Debo “ suspirar, (decia á su corte) porque siendo el mayor “ monarca del mundo, no alcanza mi poder á celebrar “ ni una ligera tregua con los acerbos dolores que me “ atormentan: ninguna ciencia me ministra la mages- “ tad para saber la hora.... en que el repartidor de las “ vidas vendrá á cobrarme la que me dió; y pues ni el “ fausto ni el poder son bastantes á facilitarme la segu- “ ridad de un corto aliento, apartad de mí cuanto me “ pueda lisonjear la ostentacion de lo caduco, y mirad- “ me morir, que es lo mas cierto é infalible; pues cuan- “ do cada una de las heladas cenizas de nuestros ma-



— 9 —

“yores, no persuadiera vivamente á esta triste consideracion, me bastara el doloroso espectáculo de mí mismo, para inferir la certidumbre de la *inmortalidad* (1).”

Por la muerte de Tlotzin subió al trono *Quinatzin*, quien fué inclinado al lujo y la vanidad. Fué el primero que se hizo conducir desde Tenayucan hasta Tetzcuco, distante siete leguas, en unas andas muy ricas, que cargaban cuatro principales señores: ¡soberbia ostentación que mantuvo toda su vida y pasó á sus sucesores! Murió á los sesenta y seis años de su reinado, y su cadáver fué expuesto en una silla riquísima, coronado y cubierto con sus mas hermosas vestiduras; y por despojos de sus triunfos se colocó un tigre á su espalda, una águila á los pies y un arco con flecha en la mano, en demostración de su espíritu guerrero.

Por su muerte fué coronado *Techollalatetzin*, príncipe sagaz y discreto, que manejó con maestría las riendas del gobierno: arregló sesenta y cinco provincias, sujetando cada una á sus respectivos reyes, cuyos nombramientos hizo entre los acuhuas, chichimecas, tepanecas y culhuas. Estableció varios destinos y empleos, y murió dejando pacíficas sus provincias, á los ciento cuatro años de su gobierno, y sucediéndole en el trono Ixtlilxochitl.

Comenzó este desgraciado rey su reinado en el año de 1406. Estableció audiencias y tribunales en muchas provincias, y consejeros de guerra en su corte. Fué hecho emperador en Huexotla, firmando con la

(1) Torq., tom. 3 de la mon. ind.



— 10 —

coronacion su ruina. Tezozomoc, rey de Azcapozalco, se negó á rendirle obediencia, y fraguó una conspiracion en que se hizo apellidar señor del imperio tepaneco. Ixtlilxochitl defendió su derecho por tres años; pero al fin tuvo que huir destituido de socorro, dejando al usurpador en posesion de su patrimonio. Retiróse á los montes, y acompañado de algunos vasallos fieles, trabajaba en calidad de *Masahua* para conservar la vida; y al fin vino á morir á manos de los asesinos sobornados por Tezozomoc.

Entre Ixtlilxochitl y *Netzahualcoyotl*, su hijo, ocuparon el trono los tiranos Tezozomoc y Maxtla.

Despues de estos subió al trono Netzahualcoyotl, en el año de 1426; y por no extendernos demasiado, no nos ocuparemos sino sucintamente de su reinado y los siguientes.

Netzahualcoyotl fué venturoso en la guerra, caritativo, de genio dulce y muy apasionado por las ciencias, grangeándose con su aplicacion al estudio el título de "el mas sabio" entre los suyos.

Sucedió á este rey en el trono su hijo Netzahualpilli, que siguió en todo las huellas de su padre, y comenzó su reinado en 1470.

Sucedió á este en el trono *Cacamatzin* el año 1516: siguió Cuicuitzcatzin el de 1520, y á este, Coanacotzin en el mismo año. Por no permitirlo los límites de un compendio, no nos extendemos mas sobre otros pueblos que habitaban el antiguo Anáhuac, y pasamos á hablar de los aztecas, que son el objeto principal de esta obrita.



— 11 —

CAPITULO IV.

Viage de los aztecas al Anáhuac hasta su esclavitud en Colhuacan.

Vivian los aztecas ó mexicanos, al mismo tiempo que los chichimecas, acolhuas y otras naciones poblaban el Anáhuac, en Aztlan, su patria, situada al Norte del golfo de California, segun infieren algunos historiadores. El motivo que los hizo abandonar su tierra, fué, segun los escritores mexicanos, el siguiente. Un personage de grande autoridad entre ellos, y á quien llamaban Huitziton, se empeñó en hacerlos cambiar de habitacion, y les indujo á que abandonasen su pais. Acerca de las razones de que se sirvió para realizar su proyecto, se cuentan algunas fábulas mas ó menos creibles, que no me parece del caso referir. Los aztecas abandonaron, finalmente, su patria por el año de 1160 de la era vulgar, y comenzaron su peregrinacion acaudillados por *Huitziton* y *Tecpatzin*. Es una opinion bastante probable de algunos historiadores, que pasaron por el río Colorado, que desagua en el golfo de California: que despues de haberlo pasado caminaron hasta el Río Gila, donde se detuvieron algún tiempo: que de allí se volvieron á poner en camino siguiendo casi la misma dirección, é hicieron alto en un sitio distante mas de doscientas cincuenta millas de Chihuahua al N. O.: que de este punto, atravesando los montes de Tarahumara y dirigiéndose al Mediodia, llegaron á Hueicollahuacan, llamado en la actualidad Culiacan, donde permanecieron tres años. En este lugar fabrica-



— 12 —

ron una estatua de madera á Huitzilopochtli, dios protector de la nacion, con el fin de que los acompañara en su viage.

De Hueicollhuacan, caminando al Oriente, llegaron á Chicomoztoc, donde se dividieron, tomando diversos nombres las tribus divididas; y siguiendo los aztecas su peregrinacion, llegaron en el año de 1196 á la ciudad de Tula; donde estuvieron nueve años, y despues once en otros sitios cercanos de allí, hasta que en el año de 1216 llegaron á Zampanco, ciudad construida en el valle de México. *Tochpanecatl*, señor de aquella ciudad, los recibió con mucha benignidad; y no contento con alojarlos muy bien y regalarlos abundantemente, les pidió una doncella noble para casar con ella á su hijo *Ilhuicatl*. Los mexicanos, agradecidos á tales demostraciones, le dieron á Tlapacantzin, la cual se casó con aquel ilustre jóven, y de este enlace descienden los reyes mexicanos.

Despues de una residencia de siete años en Zampanco, se retiraron con el jóven Ilhuicatl á Tizajocan, donde Tlapacantzin dio á luz un niño que se llamó *Huitzilihuitl*. De allí pasaron á Tolpetlac y Tepeyacac, donde vivieron por el espacio de veintidos años.

Desde que aparecieron en el pais los mexicanos, fueron reconocidos por Xolotl, primer rey de los chichimecas, quien no temiendo alguna cosa de ellos, les permitió establecerse donde pudiesen; pero molestados en Tepeyacac por Tenancacaltzin, caudillo de los chichimecas, se refugiaron á Chapaltepec, monte situado á la orilla occidental del lago, á dos millas escasas del sitio



-- 13 --

en que se fundó la ciudad de México. Los historiadores de mejor nota, dicen que acaeció esta retirada reinando el segundo rey de los chichimecas, Nopaltzin.

Despues de una permanencia de diez y siete años, fueron obligados á dejar su asilo por las persecuciones que sufrieron dè algunos caudillos, y especialmente de Jaltocan; y se dirigieron á Acocolco, grupo de islas situadas en la extremidad meridional del lago, donde vivieron cincuenta y dos años, hasta que en 1314 pasaron á Tizapan, en calidad de esclavos del rey de Colhuacan. Despues de algunos años de esclavitud, en una guerra suscitada entre los colhuis y joquimilques, salieron los mexicanos á pelear en defensa de sus señores; y habiendo contribuido con sus esfuerzos á que éstos ganasen la batalla, reservaron algunos prisioneros que habian hecho, para sacrificarlos á su dios Huitzilopuchtli. Horrorizados los colhuis del sacrificio, los dejaron libres para retirarse á donde quisiesen. En efecto, los mexicanos, libres ya de la esclavitud dc los colhuis, pasaron á Iztacalco, aproximándose al sitio donde despues estuvo México: allí pasaron una noche bailando, cantando su victoria sobre los joquimilques, y dando gracias á su dios por haberlos librado de la esclavitud. Despues de haber vivido dos años en Iztacalco, pasaron finalmente, á aquel sitio del lago donde debian fundar su ciudad. Hallaron allí un nopal sobre una peña, y sobre la planta una águila; y por esto llamaron á aquel lugar Tenochtitlan, que significa *tunal sobre piedra*.



CAPITULO V.

Fundacion de México.—Division de los mexicanos.—Su monarquía.

Apenas tomaron posesion los mexicanos de aquel lugar, fabricaron una cabaña á su dios Huitzilopochtli; y al derredor de aquel templo, edificaron sus primeras habitaciones. Tal fué el orígen de la gran Tenochtitlan, que con el tiempo habia de ser la capital de un vasto imperio, á semejanza de la ciudad de Rómulo.

El nombre de México, que conserva hasta el dia, se deriva, segun refieren algunos historiadores, del dios de la guerra Mexitli, á quien los mexicanos tenian suma veneracion y respeto.

La fundacion de México acaeció el año segundo Calli, que corresponde al de 1325, bajo el reinado de Quinatzin, cuarto rey de los chichimecas.

Los mexicanos de pronto se encontraron en un estado miserable: aislados en el centro del lago, carecian de los objetos de primera necesidad; y aun el terreno mismo les faltaba, porque reducidos á un pequeño islote, no cabia en él toda la poblacion. Mas no los desampararon en estas circunstancias su valor y su industria: hicieron estacadas en los sitios en que las aguas estaban mas bajas, y las terraplenaban despues con piedras y ramazon, juntando al mismo tiempo al principal islote, algunas pequeñas islas que distaban poco. Se dedicaron con mucho empeño á la pesca, vendiéndola en los pueblos cercanos al lago, y procurándose, con el resultado de la venta, los objetos de que tenian mayor nece-



— 15 —

sidad. Ademas, en los mismos pantanos del lago, comenzaron á sembrar el maiz y otras semillas de que necesitaban, y así fueron paulatinamente satisfaciendo sus exigencias.

Pasaron así los mexicanos los trece primeros años de su establecimiento, hasta que por el año de 1338, se separaron las dos facciones, que desde el tiempo de su peregrinacion habian introducido la discordia. Una de las dos facciones se retiró á una isla poco distante de la primera, que llamaron Jaltitolco, á causa de un monton de arena que encontraron en ella, y que por el terraplen que formaron, se llamó despues Tlatelolco.

Hasta el año de 1352, los mexicanos fueron gobernados por un cuerpo compuesto de las personas mas notables por su nobleza y sabiduría. La pobreza y humillacion en que se veian, á la vez que el ejemplo de sus vecinos los chichimecas, los colhuis y otros pueblos, los estimularon á fundar su monarquia, esperando que por este medio su pueblo tendria mas esplendor, y creyendo que en su rey poscerian á la vez que un padre que cuidase sus intereses, un jefe que los defendiese de las injustas agresiones de sus vecinos. Efectivamente, eligieron por rey á Acamapichtzin, uno de los mas ilustres y prudentes personages que habia en la nacion, y descendiente de Tochpanecatl, aquel rey de Zampanco, que los habia acogido con benignidad á su llegada.

Como Acamapichtzin no era casado, buscaron una jóven de las primeras casas del Anáhuac; y despues de haber recibido algunos desprecios de los reyes de Azcapozalco y Tacuba, al fin consiguieron que Acolmiztli,



— 16 —

señor de Coatlichan, les diese á su hija Ilancueitl, con quien casaron, por ultimo, á su rey.

Por este tiempo los tlatelolques, vecinos y rivales de los mexicanos, pidieron al rey de Azcapozalco uno de sus hijos, con el fin de que siendo su monarca, los librase del poder que de dia en dia iban adquiriendo los mexicanos; y accediendo aquel rey á sus deseos, les dió al príncipe Quaquauhpitzahuac, el cual ascendió al trono el año de 1353. Los tlatelolques, al hacer tal súplica al rey de Azcapozalco, procuraron irritarlo contra los mexicanos, haciéndole presente que habian establecido su monarquía sin su consentimiento, y los mexicanos recibieron la orden de pagar el tributo duplicado, y de llevar á la corte de Azcapozalco un gran huerto flotante, en el que estuvieran sembradas y nacidas todas las plantas de uso comun entonces en Anáhuac. A mas de estos impuestos, les exigió otros tributos que los hicieron padecer por mucho tiempo.

La esterilidad de Ilancueitl, obligó á Acamapichtzin á tomar por muger á Tezcatlamiahuatl, de la cual nacieron Huitzilihuitl y Quimalpopoca, y despues de reinar treinta y siete años, murió Acamapichtzin, recomendando á sus hijos y su muger á los principales señores de su corte.

Despues de un interregno de cuatro meses, ascendió al trono Huitzilihuitl, hijo del primer rey de los mexicanos. Estos pidieron al rey de Azcapozalco alguna de sus hijas para casarla con su rey, y despues de oir sus ruegos, les dió á su hija Ayauhceihuatl. De este enlace nació Acolnahuacatl; mas deseando ennoblecer su na-



— 17 —

ción con nuevas y ventajosas alianzas, pidió y obtuvo Huitzilihuitl á Miahuaxochitl, una de las hijas del señor de Quauhnahuac, de quien nació *Moteuczoma Ilhuicamina*, uno de los mas famosos reyes de México.

Reinaba á la sazon en Acolhuacan, Techotlala, hijo del rey Quinatzin; quien despues de haber reinado pacíficamente por el espacio de treinta años, fué atacado por Tzompan, señor de Jaltocan, con ayuda de los estados de Otompan, Meztitlan, Quahuacan, Tecomic, Tepozotlan y Cuauhtitlan. El rey Techotlala les prometió el perdon, con tal que dejasesen las armas; pero ellos, fiados en el número de sus tropas, rehusaron el perdon. Irritado entonces el monarca de Acolhuacan, envió contra los rebeldes un ejército, al que se unieron los mexicanos, y los tepaneques, llamados por aquel á su socorro. La guerra duró mas de dos meses; pero habiendo triunfado al fin Techotlala, volvieron los mexicanos gloriosos á su ciudad, consiguiendo con la alianza del rey de Azcapozalco, y con la victoria sobre Tzompan, mejorar su situación política, á la vez que á gozar de mas libertad en su comercio, empezando en aquel tiempo á vestirse de algodon, en lugar de las telas grosseras de maguey ó de palmas silvestres de que habian usado hasta entonces.

En el año de 1399, Maxtla, señor de Coyoacan, é hijo del rey de Azcapozalco, enemistado con Huitzilihuitl, al parecer por su enlace con Ayauhcihuatl, su hermana; pero en realidad por temor de que recayese con el tiempo el señorío de los tepaneques en su sobrino Acolnahuacatl: para librarse de este temor, formó el bárba-



— 18 —

ro proyecto de dar muerte á este príncipe, como lo ejecutó por medio de unos asesinos que cometieron tal atentado para grangearse la estimacion de su jefe. Huitzilihuitl sufrió con resignacion tan doloroso golpe, porque no se hallaba con fuerzas suficientes para vengarse.

En el mismo año, por muerte del primer rey de Tlatelolco, subió al trono Tlacateotl, siguiendo en su reinado la emulacion que existia entre sus vasallos y los mexicanos.

Muerto Huitzilihuitl por el año de 1409, fué elegido su hermano Quimalpopoca; y desde entonces, segun parece, quedó establecida la ley de elegir uno de los hermanos del rey difunto ó un sobrino á falta de aquellos.

Bajo el reinado de Quimalpopoca, murió el tirano Tezozomoc, que había usurpado la corona de Acolhuacan á Netzahualcoyotl, hijo del desgraciado Ixtlilxochitl; y por su muerte, en vez de subir al trono Tayatzin, como su heredero legítimo, por intrigas ignominiosas, ascendió á él Maxtla, quien irritado contra el rey de México, determinó hacerle todas las ofensas que pudiese. Acostumbraban los mexicanos hacer cada año un presente al rey de Acolhuacan, consistiendo éste, por lo regular, en tres canastas de peces, ranas y cangrejos, ademas de algunas legumbres. Poco tiempo despues de haber usurpado Maxtla el trono de Acolhuacan, los mexicanos llevaron el regalo acostumbrado; y en lugar del presente con que solia responderse á los embajadores mexicanos, Maxtla mandó á Quimalpopoca un traje de mujer, significándole con esto, que lo tenia por asemillado.



— 19 —

Quimalpopoca hubiera querido vengar tal ultraje, pero carecía por entonces de los medios de hacerlo.

Supo Maxtla que entre las mugeres del rey de Méjico, había una de extraordinaria belleza, y al instante determinó sacrificar á sus deseos la honestidad y la justicia. Valióse para conseguir su objeto, de unas damas tepaneques, quienes acostumbraban visitar á la jóven mexicana. Con efecto: la convidaron á pasar un dia en Azcapozalco, donde el tirano Maxtla logró dejar satisfechos sus deseos, sin que bastasen á contenerlo las súplicas y lágrimas de la infeliz jóven, que volvió á Méjico llena de ignominia y de dolor, á quejarse á su marido de aquel atentado. Este rey desgraciado, no queriendo sobrevivir á su deshonra, resolvió poner término á su vida, sacrificándose á su dios Huitzilopuchtlí, como lo habian hecho algunos héroes de su nacion. Llegado el dia que había señalado para su sacrificio, compa-reció vestido como representaban á su dios, y los que lo acompañaban llevaron las mejores vestiduras que tenian. Pero Maxtla, que lo supo, envió algunas tropas con el designio de prenderlo, como lo verificaron al tiempo que quedaban dos víctimas despues de las cuales debia morir el rey. Se apoderaron de su persona, y lo condujeron á Azcapozalco, donde lo pusieron en una fuerte jaula de madera, que servia de prision, y de cuyas rejas se ahorcó para sustraerse á la persecucion de su enemigo.



— 20 —

CAPITULO VII.

Persecucion de Netzahualcoyotl.—Itzcoatl, cuarto rey de México.—Moctezuma Ilhuicamina.

Habiendo sabido Maxtla la muerte de su ilustre prisionero, se encolerizó al ver frustrados sus deseos, y resolvió dar muerte al príncipe Netzahualcoyotl para que no se sustrajese tambien á su venganza. Mandó por tanto á cuatro capitanes tepaneques con poca gente para que buscasen al jóven príncipe y le dieran muerte donde quiera que lo hallasen: estos se dirigieron á Tetzcuco, donde á la sazon estaba el príncipe jugando al balon con un criado suyo llamado *Ocelotl*. Mas apenas supo que habian llegado al pueblo algunos tepaneques armados, sospechando á lo que podian ir, dejó el juego y se retiró á las habitaciones interiores del palacio. Los capitanes tepaneques avisaron al portero que querian verlo, y el príncipe mandó á Acelotl para que los recibiese, diciéndoles que él saldria despues de comer. En tal virtud, los tepaneques, habiendo descansado, se sentaron á la mesa; pero mientras comian, el príncipe Netzahualcoyotl salió por una especie de laberinto que habia mandado construir, y del que era imposible salir sin saber el secreto, que solo él y algunos fieles servidores poseian. Los tepaneques, despues de haberlo esperado mucho tiempo, conocieron que habia huído y salieron á buscarlo por todas partes. Supieron que se habia refugiado en Coatitlan, lugar compuesto de tejedores, gente adicta al príncipe; y entrando en él



— 21 —

á mano armada, amenazaron á los habitantes con la muerte si no les entregaban al fugitivo; pero ellos guardaron fielmente el secreto á pesar de algunos atentados que cometieron los perseguidores del príncipe, y al fin los tepaneques, no pudiendo descubrirlo, salieron á buscarlo por el campo. Netzahualcoyotl salió tambien por el lado opuesto al que habian tomado sus perseguidores; mas como éstos no dejaban de registrar por todas partes, hubiera caido en sus manos, á no haberlo ocultado unos labradores en unos montones de yerba.

Libre el príncipe de los riesgos de la persecucion, pasó la noche en Tezcotzinco, casa de campo situada en una posicion muy amena, y que sus abuelos habian construido para su recreo. En ella encontró el príncipe á seis señores, que despojados de sus dominios, andaban errantes por las ciudades del reino. Allí celebraron aquella noche un consejo secreto, y resolvieron solicitar socorros de los chalqueses y otros pueblos para atacar al tirano.

En tanto que el príncipe Netzahualcoyotl excitaba los pueblos á la guerra, los mexicanos procedieron á la eleccion de su rey, la cual recayó en el príncipe Itzcoatl, hermano carnal de los dos reyes precedentes, y tenido entre los suyos por uno de los mas honrados, rectos y prudentes de toda su nacion. Itzcoatl, que pensaba seriamente en remediar los males que sufria su nacion bajo el yugo de los tepaneques, envió una embajada á su cuñado el príncipe Netzahualcoyotl, dándole parte de su exaltacion al trono y de su determinacion de unirse á él con todas sus fuerzas contra el tirano Maxtla. El joven príncipe recibió tales demostraciones con sumo pla-



— 22 —

cer, y contestó á su cuñado, que aceptaba y agradecía el socorro prometido.

Netzahualcoyotl había empleado todo el tiempo de su mansión en Capollalpan en hacer los preparativos de la guerra. Cuando le pareció que había llegado el tiempo oportuno para poner en ejecución sus designios, salió con su gente y las tropas auxiliares de Tlaxcala y Huejotzinco, con el proyecto de tomar por asalto la ciudad de Tetzcuco y castigar á sus habitantes por haberle sido infieles en el tiempo de sus desgracias. Hizo alto á orillas de dicha ciudad, pasando revista á sus tropas y alentándolas al combate; pero conmovido por las súplicas y lágrimas de los tetzcucanos, concedió el perdón á todo el pueblo, y mandó á sus jefes que diesen muerte á los representantes del tirano Maxtla. Entre tanto, las tropas de Tlaxcala y Huejotzinco, atacaron á la ciudad de Acolman, matando á cuantos encontraron desde las puertas hasta la casa del caudillo, que era hermano de Maxtla, el cual también murió á manos de los vencedores.

Noticioso el rey de México de los progresos de su cuñado, envió otra embajada para darle la enhorabuena y ratificar su alianza. Dio este encargo á un sobrino suyo llamado Moteuczoma, hombre de gran fuerza y de invencible valor, á quien por sus acciones dieron el nombre de Tlacaéle, ó sea hombre de gran corazón, y el de *Illiucamina*, que significa flechador del cielo, como lo representan en las pinturas. Bien conocían el tío y el sobrino lo difícil de la embajada, por haber ocupado el tirano con sus tropas todos los caminos; pero esta cir-



— 23 —

cunstancia no estorbó al rey enviar su embajada, ni Moteuczoma dió alguna señal de cobardía. Desempeñada felizmente su comision, pidió á Netzahualcoyotl licencia para volver á México; pero en el camino cayó en una emboscada que le habian preparado sus enemigos, y conducido á Chalco, Toteotzin, señor de aquella ciudad y enemigo de los mexicanos, lo mandó encerrar en una prision; pero queriendo hacer un obsequio á los huejotzinques, le envió á Moteuczoma con otros prisioneros, á fin de que los sacrificasen. Pero mas humanos que el rey de Chalco los huejotzinques, desecharon con enojo la proposicion, y enviaron á los prisioneros otra vez á Toteotzin, el cual, resuelto á grangearse amigos por medio de aquellos infelices, dió parte de lo ocurrido al tirano Maxtla, pidiéndole que tomase una resolucion acerca de la muerte que debia dárseles; y mientras llegaba la respuesta del tirano, los prisioneros fueron confiados al cuidado de Quateotzin, quien compadecido de la suerte de Moteuczoma, llamó, en la noche anterior al dia en que se aguardaba la respuesta, á un criado suyo, en quien tenía mucha confianza, y le mandó poner en libertad á los prisioneros, diciendo de su parte á Moteuczoma, que se había decidido á salvarle la vida con evidente riesgo de la suya, y que si le quitaban la vida por este motivo, le mostrase su gratitud protegiendo á los hijos que dejaba. Salieron, en efecto, los prisioneros de su encierro, y se encaminaron con cautela á Quimallhuacan, donde estuvieron ocultos el siguiente dia, sustentándose con yerbas del campo. Embarcáronse por la noche, y con mucha prontitud llegaron á Mé-



— 24 —

xico, donde ya los creian muertos. Cuando el bárbaro Toteotzin tuvo noticia de la fuga de los prisioneros, no dudando que Quateotzin les hubiese dado la libertad, mandó quitarle la vida, y desenartizarlo juntamente con su muger y sus hijos, de los cuales se salvaron únicamente un hijo y una hija, que se refugió en México, donde fué muy honrada por respeto á la memoria de su padre.

CAPITULO VII.

Guerra contra el tirano, conquista de Azcapozalco y muerte de Maxtla.

En medio de tales circunstancias, el pueblo mexicano, con el rumor de las próximas hostilidades, se consternó en extremo, creyéndose incapaz de resistir á los tepaneques; y acudió en tropel á palacio rogando al rey que no emprendiese una lucha tan peligrosa. Temeroso Itzcoatl de una sedicion, se vió obligado á ceder á los deseos de sus súbditos. Moteuczoma, que se hallaba presente, indignado de que una nacion tan celosa por su honor abrigase tan ignominiosas ideas, habló á la muchedumbre en estos términos: “*¡Qué haceis, mexicanos? ¡habeis perdido el juicio! ¡Cómo se ha introducido tal bajeza en vuestrs corazones? ¡Olvidais que sois, mexicanos, descendientes de aquellos héroes que fundaron nuestra ciudad; de aquellos hombres animosos que supieron conservarla á pesar de los esfuerzos de nuestros enemigos? O mudad de resolucion, ó renunciad á la gloria que habeis heredado de vuestrs*



— 25 —

antepasados." Y volviéndose al rey, "¿cómo permitís, le dijo, esta ignominia de vuestro pueblo? Habladle otra vez, y decidle que nos deje tomar otro partido antes de ponernos tan necia e infamemente en manos de nuestros verdugos."

El rey, que nada deseaba tanto como poner en ejecucion aquellas ideas, habló otra vez al pueblo, y al fin fué bien acogido el consejo de Moteuczoma. Este fué quien admitió la embajada que su señor quería enviar al rey de los tepaneques; y saliendo, con efecto, á cumplirla, logró que las guardias tepaneques lo dejaran pasar, manifestándoles que llevaba á su señor una embajada importante.

Luego que se presentó ante el tirano, le pidió la paz en nombre de su rey: Maxtla le dijo que volviese al dia siguiente mientras deliberaba con sus consejeros. Volvió el intrépido Moteuczoma al siguiente dia, como había prometido, y habiendo recibido la resolucion de la guerra, hizo con el rey las ceremonias que se acostumbraban entre los caudillos que se desafiaban. Le presentó ciertas armas defensivas, le nuntió la cabeza y le puso en ella unas plumas, como se hacia con los muertos, protestándole que con la guerra iba á ser, sin duda, exterminado, con la nacion de los tepaneques. El tirano le dió tambien algunas armas para que de su parte las llevase á su rey, y le aconsejó que se disfrazase para seguridad de su persona. Moteuczoma aprovechó el aviso; pero cuando se vió fuera de peligro, se puso á insultar á los guardias, quienes lo acometieron; mas él se defendió con tanto valor, que mató uno ó dos hombres y se retiró á



— 26 —

Méjico, llevando la noticia de que estaba declarada la guerra y desafiados los jefes de la nación.

Por tal motivo, conferido el mando de las tropas al valiente Motecuzoma, dió el rey de Méjico pronto aviso al príncipe Netzahualcoyotl, quien llegó con su ejército un día antes de la batalla.

Al día siguiente al de su llegada, se dejó ver en el campo el ejército de los tepaneques, no menos numeroso que brillante por los adornos con que se habían engalanado las tropas y sus caudillos. Cuando los mexicanos tuvieron noticia de los movimientos de los tepaneques, salieron á su encuentro bien ordenados; y dada por el rey Itzcoatl la señal del ataque, se acometieron con furor las dos huestes contrarias. En el ardor de la batalla se encontró Motecuzoma con el general tepaneque, y le dió tan fuerte golpe en la cabeza, que le tendió á sus piés sin vida. Esparcióse por el campo el rumor de esta victoria, y á la vez que cobraron ánimo con ella los mexicanos, los tepaneques se consternaron de tal modo, que muy en breve comenzaron á desordenarse. La noche impidió á los mexicanos continuar sus progresos, y unos y otros se retiraron á sus ciudades respectivas.

Al siguiente día volvieron á empezar la batalla con extraordinario furor. Los mexicanos, animados por las ventajas del día anterior, hicieron tal estrago en las filas de sus contrarios, que cubriendo el suelo de cadáveres, los derrotaron obligándolos á huir, y los siguieron hasta dentro de los muros de Azcapozalco, esparciendo por todas partes la noticia de su victoria. Viendo los



— 27 —

tepameques que ni en las casas se sustraian á la venganza y al furor de sus enemigos, huyeron á los montes distantes diez ó doce millas de la ciudad. El orgulloso Maxtla, que hasta entonces se habia burlado de sus enemigos, al oir los lamentos de los vencidos, careciendo de fuerzas para resistir, y temiendo que lo alcanzasen en la fuga si la emprendia, tomó la resolucion de esconderse en un *temazcalli* (1); pero no tardaron en hallarlo los vencedores, y no bastando á conmoverlos las súplicas y las lágrimas del tirano, fué muerto á palos y pedradas, y su cadáver arrojado al campo para que sirviese de pasto á las aves de rapiña.

Este suceso memorable, que cambio enteramente el estado de aquellos países, acaeció por el año de 1425, un siglo despues de la fundacion de la ciudad de México.

La noche siguiente se ocuparon los vencedores en el saqueo de la ciudad y en quemar sus edificios, mientras los tlaxcaltecas y huejotzinques tomaron por asalto la antigua corte de Teuayucan.

Los fugitivos tepameques, hallándose en los montes reducidos á la mayor miseria, imploraron la clemencia del rey de México, quien les concedió el perdon, quedando desde entonces como sus vasallos; pero les amenazó con el exterminio si llegaban á infringir lo que le prometian.

El rey Itzcoatl, despues de esta conquista, repartió á Moteuczoma y á otros gefes que se habian distinguido

(1) Especie de baño que usaban los indios, y de que se hablará despues.



— 28 —

en la guerra, una parte de las tierras conquistadas, y volvió con su ejército á México para celebrar con fiestas y regocijos su victoria.

CAPITULO VIII.

Alianza entre los reyes de México, Acolhuacan y Tacuba.—Muerte de Itzcoatl.—Conquistas de los mexicanos en los reinados de Motecuzoma y Ajayacatl.

Con la conquista de Azcapoza'co y muerte de Max-tla, ascendió el príncipe Netzahualcoyotl al trono de sus mayores que aquel había usurpado.

Después de la derrota de los tepaneques, había muchas ciudades que no querían someterse al príncipe heredero por temor del castigo que merecían. Una de ellas era Huejotla, próxima á Tetzcuco; y para someterla, salieron de México las tropas aliadas, hicieron alto en Quimalhuacan, desde donde el rey de México y Netzahualcoyotl ofrecieron el perdón á los rebeldes si deponían las armas; pero estos no aceptaron la oferta y presentaron la batalla. La pelea duró muy poco; porque habiendo Motecuzoma hecho prisionero al caudillo de sus contrarios, echaron éstos á huir y pidieron perdón humildemente, presentando al vencedor, como lo acostumbraban, las mugeres embarazadas, los ancianos y los niños para moverlos á compasión.

De allí pasó el ejército de los mexicanos y de los acolhuis contra los rebeldes de Coyohuacan, y de otros puntos sublevados que al fin tuvieron que rendirse.

Arreglados ya los negocios de las ciudades someti-



— 29 —

das, pareció conveniente á Itzcoatl poner á la cabeza de los tepaneques una persona de la familia de sus antiguos señores, por parecerle que estarían más tranquilos que bajo el yugo de los mexicanos. Escogió para esto á *Totoquihuatzin*, nieto de Tezozomoc, y lo creó rey de Tacuba ó Tlacopan, ciudad considerable de los tepaneques; pero Coyohuacan, Azcapotzalco, Mixcoac y otras ciudades, quedaron sujetas á la corona de México. El príncipe Nezahualcoyotl, puesto ya en posesión del trono de Acolhuacan, quedó también obligado á defender los derechos de sus vecinos, con lo cual se formó una alianza entre los reyes de México, Acolhuacan y Tacuba, que se mantuvo inalterable casi por espacio de un siglo, y la cual fué sabiamente combinada por Itzcoatl. Establecida esta alianza, el rey de México dió en Tetzcoco, solemnemente, á Nezahualcoyotl la corona de sus mayores en el año de 1426.

Vuelto el rey de México á su ciudad, tuvo noticia de que los joquimilques, temerosos de que los mexicanos se apoderasen de su territorio, le había declarado la guerra. En tales circunstancias renació un buen ejército; y avisando al rey de Tacuba para que lo auxiliase, dió una batalla cerca de Joquimilco, en la que derrotó á sus enemigos, á quienes siguió persiguiendo dentro de su ciudad, hasta que al fin tuvieron que rendirse. Tomó por tal motivo, el rey de México posesión de aquella ciudad (que después de las principales era la mayor del valle), recibiendo el homenaje de sus nuevos súbditos, y prometiéndoles amarlos como un padre y cuidar sus intereses.



— 30 —

No bastando á intimidar á los habitantes de Cuitlahuac la derrota de los joquimilques, provocaron á los mexicanos á la guerra. El rey de México quiso atacarlos con todas sus fuerzas; pero Moteuczoma se ofreció á abatir su orgullo, y habiendo armado algunas compañías de jóvenes, ejercitándolas en el manejo de las armas y en el órden que debian observar en aquella guerra, se dirigió con ellas contra la ciudad rebelde. Despues de siete dias de asedio, fué tomada la ciudad y sometida á la obediencia del rey de México.

Ademas de estas conquistas, el rey de México tuvo que emplear su ejército en la pacificación de muchas provincias que cayeron bajo su poder; y el año de 1436, despues de un glorioso reinado, murió en edad muy avanzada. Itzcoatl sirvió á su nacion por espacio de treinta años en el empleo de general, y la gobernó por el de trece como soberano, librándole del yugo de los tepaneques, extendiendo sus dominios y enriqueciéndola con los despojos de las ciudades vencidas.

Por su muerte ocupó el trono Moteuczoma Ilhuicamina; y bajo su reinado, los límites del territorio mexicano se extendieron mas por medio de sus conquistas. Añadió á sus Estados los territorios de Huajtepec, Yauh-tepec, Tepotzotlan, Tololapan y otros muchos, y dirigiéndose al Poniente, se apoderó de Tzompahuacan, dejando sometidos al dominio de los reyes de México el gran pais de los cohuijques y otros circunvecinos. De vuelta á la capital, Moteuczoma amplió el templo de Huitzilopochtli y lo adornó con los despojos de los pueblos vencidos.



— 31 —

En el año de 1446, décimo del reinado de Motecuzoma, hubo en México una grande inundación, ocasionada por las lluvias excesivas, las cuales aumentaron de tal suerte el volumen de las aguas del lago, que inundaron la ciudad y no dejaron calle alguna en que se pudiera transitar de otro modo que por medio de barcos. Motecuzoma recurrió en tal conflicto al rey Netzahualcoyotl, el cual fué de opinión que se construyese un dique para detener las aguas. Siguió el consejo Motecuzoma, y ayudado por sus vecinos, lo puso en práctica formando un dique de nueve millas de largo y once brazas de ancho.

A esta calamidad siguió la del hambre, por haber sido muy escasa la cosecha de los años de 1448 y 1449. En 1450 se perdió también la cosecha por falta de agua; en 1451, ademas del rigor de la estación, apenas se pudo sembrar grano, habiéndose consumido en los años anteriores; de suerte, que el año de 1452 fué tan grande la necesidad de los pueblos, que no bastando á satisfacerla la liberalidad del rey y de los grandes, se vieron aquellos reducidos á comprar su subsistencia aun á costa de su libertad. Mas al fin, el año de 1454 la cosecha fué sumamente abundante, y los mexicanos dejaron de sufrir los horrores del hambre.

Sin embargo, no pudieron estos entregarse al descanso, porque Atonaltzin, señor de la ciudad y el Estado de Coajtlahuacan, negaba el paso por sus tierras á los mercaderes y correos mexicanos. Motecuzoma, resentido por tal conducta, le mandó una embajada para saber la causa de tales hostilidades, y amenazándole con la



— 32 —

guerra si no le daba la debida satisfaccion. Atonaltzin recibió con desprecio la embajada y aceptó la guerra, por lo cual Motecuzoma mandó un ejército que quedó destruido y tuvo que abandonar el campo. El rey de México, affligido por tal desastre, armó un ejército que dirigió en persona con los dos monarcas aliados, y á pesar del auxilio que prestaron á Atonaltzin, los tlaxcaltecas y los huejotzinques, las tropas de este quedaron destruidas, y su ciudad y territorio cayeron en poder de los mexicanos.

Mas dificil y peligrosa fué la expedicion emprendida el año de 1457 contra Cotasta. Esta provincia contenía una población muy considerable. Sus habitantes se unieron con los tlaxcaltecas, los huejotzinques y cholulces para atacar á los mexicanos. Dióse finalmente la batalla, en la cual, aunque los cotasteses pelearon valerosamente, fueron vencidos con sus aliados. Entre los personajes que se distinguieron en esta guerra, se hallaban Ajayacatl, Tizoc y Ahuitzotl, hermanos los tres y de la familia real de México.

Por la muerte de Motecuzoma Ilhuicamina, acaecida el año de 1464, ocupó el trono de México Ajayacatl, quien había sido recomendado por su antecesor antes de su muerte para que lo ocupase. Despues de la elección salió Ajayacatl á la guerra, con el objeto (como habían hecho sus antecesores) de conseguir prisioneros para sacrificarlos en su coronacion. Hizo una expedicion contra la provincia de Tecuantepec, situada en la costa del Pacifico á cerca de cuatrocientas millas de México, al Sudeste. Los mexicanos consiguieron la



— 33 —

victoria, y aprovechándose de la consternación de aquellos pueblos, extendieron sus conquistas hasta Coatulco, lugar marítimo, cuyo puerto frecuentaron el siguiente siglo los buques españoles. Ajayacatl volvió á México cargado de despojos, y en los primeros años de su reinado se ocupó, á ejemplo de sus antecesores, en hacer nuevas conquistas. En 1467 reconquistó á Cotasta y Tochtepec, que se habían rebelado; y en 1468 obtuvo una victoria completa sobre los huejotzinques. En 1469 murió Totoquihuatzin, primer rey de Tacuba, y le sucedió su hijo Quimalpopoca, que lo imitó en el valor y en la fidelidad con que sirvió siempre á los mexicanos.

CAPITULO IX.

Muerte de Netzahualcoyotl.—Tizoc, séptimo rey de México.—Su muerte.

El año de 1470, sufrieron los mexicanos una pérdida deplorable con la muerte del rey Netzahualcoyotl. Este monarca, uno de los mas celebrados en la historia de la antigua América, es muy acreedor á los mejores elogios que pudieran tributársele. Al valor que heredó de sus mayores, unía la prudencia mas admirable, y de la cual dió pruebas desde el tiempo en que estuvo privado de la corona. En la administración de la justicia fué siempre recto, y promulgó ochenta leyes que fueron compiladas despues por su noble descendiente D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl. Mandó que nin-



— 34 —

guna causa civil ó criminal, se prolongase mas de ochenta dias, ó cuatro meses mexicanos: al concluir este tiempo, se celebraba una gran reunion en su palacio, donde se juzgaban todas las causas que no se habian terminado en el periodo anterior. Señaló severas penas á los criminales, manifestándose especialmente recto con el adulterio, la sodomía, el hurto, la embriaguez, y la traicion á la patria.

Los progresos que hizo aquel célebre rey en las artes y las ciencias, fueron mayores de los que podia hacer un grande ingenio sin libros ni maestros. En el siglo XVI eran célebres entre los españoles los sesenta himnos que compuso en alabanza del Criador.

Para dar una muestra de su ingenio, pongo aquí parte de uno, que con ocasión de una asistencia general dijo, ponderando la brevedad de la vida, y comienza: *Xochitlmananí*, en mexicano, y *Nademitzandú* en otomí, que por ser el idioma nacional del orador, lo copio abajo, poniendo aquí su traducción (1): “Son las cadu-

(1) Gumbgue natzitzó tzu retosiar. Terañetzi nuguatzí majay matzí nadunthí danvuigui tzaguetó narantziví natzí naracuay dije quidithiegmi narandohí ditzirá jahy. Nua tzirinyui nadu. Tanto yaqueaya tzembuiy nahumbi nadunibui. Tzimatzzú quiteni nuaharan naduxte nadeni nuanage nabuiy nantzú huato ya Betó teranduxnápetzi nuaniñeche namuntzi nameinatíquindas najatzi tzimapató napuingui nadeeje tzibuitó nahiadi tientzi mañianarahuay najatzi najoqcinantzú dijadavet-di didumbui natzeénahmí nanhie andogina nestihí napehile nadeniuarabuiy nubuitziudi tiumbi nuarantzú nubui istindeé ytzoni nadú arambuiy. Gato nuananamethi najaydahuadi, nuananestihinanbuigui dibgetze naoctzi. Gato natzandi najni na-



— 35 —

“ cas pompas del mundo, como los verdes sauces, que
“ por mucho que anhelen á la duracion, al fin, un re-
“ pentino fuego los consume, una cortante hacha los
“ destroza, un cierzo los derriba, y la avanzada edad y
“ decrepitud los agobia y entristece. Siguen las púr-
“ puras las propiedades de la rosa en el color y la suer-
“ te: dura la hermosura de éstas, en tanto que sus cas-
“ tos botones avaros, recogen y conservan aquellas por-

nigeé, othovetca dapay comuguienunime: ogui agui ytzege ya
dothe, ya fñe, ya peuhle, ajonto tambengui arambui inzetto pa-
ranado padegeé, quiquaqui napunta, mas guipa aranguie nua-
vinjamande, hinda jabuiya. Niandanja nabuiya hindajanixudi
yñudi yañige, yafontahy nugueyandoyo, ni coy corimui quiñut-
zi na getzi dijudinanthzi, qui manda ya coy, qui manda la tro-
pa. Gumuy quipetzi naranini agui petzi na vooca gui tide con-
gueananzu bitogui na gloria, gua na visi zentzo ypueni natzi-
vi de *Popocaltepec* nunbui mananinseni, quinveni teroveanua-
nagemi ytosó, nubui eaquigti nugaga, nara Betzui, jadataanney
darague majañandoyo tzantzú á Chialchanetzin, Betoó Bentí
tziradongui Bengu de Mil nuatzidinveni occa latitzu Xiutzal
porcubuito Tolpiltzia nuanigotzi nadomge. Nabuidañanny da-
ra que maja na joga votzivi nua Beeto n.atahe. Xolotl, Nua
nauni Nopal ya teña de ravente mata Ixtilil nuubui dañannii-
maja por Gató teatogui teguiximaja? Nuaxigatodi maaga *in-
dipohdi indipohdi* porq nugue Beto, Bigootzi tibui tinguatzí con-
najay. Nuabinja degueñé, tzidague queh si ne ehñehe. Ga-
gotzi nimado, na Bentí, mantegui, ynando gotzi magetzi nu-
bui hinte nategue, nuatzira domantzonahie, naximia najadi, na
domantzo na xüudi najatzí para natze ototó danmetzinantzú
para dañoqui nuguinami magetzi, porq güetihui dipesi nua man-
zu occa, hica nubuiya inumadaji, xeguetó nubi nua Bitohgui
xidanu ydañehhee.



— 36 —

“ciones que cnaja en ricas perlas la aurora, y econó-
“mica deshace en líquidos rocíos; pero apenas el Padre
“de los vivientes dirige sobre ellas el mas ligero rayo
“de sus luces, las despoja de su belleza y lozanía, ha-
“ciendo que pierdan por marchitas, la encendida y pur-
“púrea color con que agradablemente ufanas se ves-
“tian. En breves períodos cuentan las deleitosas re-
“públicas de las flores sus reinados; porque las que por
“la mañana ostentan soberbiamente engreidas la vani-
“dad y el poder, por la tarde lloran la triste pérdida de
“su trono, y los repetidos parasismos que las impelen
“al desmayo, la aridez, la muerte y el sepulcro. To-
“das las cosas de la tierra tienen término, porque en
“la mas festiva carrera de goces y brillantez, calman
“sus alientos y se despeñan para el abismo. Toda
“la redondez de la tierra es un sepulcro: no hay cosa
“que sustente, que con título de piedad no la esconda
“y entierre. Corren los ríos, los arroyos, las fuentes y
“las aguas, y ninguna retroceden para sus alegres na-
“cimientos: aceléranse con ánsia para los vastos domi-
“nios de Tluloca (el mar), y cuando mas se acercan á
“sus dilatados márgenes, tanto mas van labrando sus
“urnas melancólicas para sepultarse. Lo que fué ayer
“no es hoy, ni lo de hoy se asegura que será mañana.
“Llenas están las bóvedas de pestilentes cenizas, que
“antes eran huesos, cadáveres y cuerpos con alma, ocu-
“pando estos los tronos, presidiendo las asambleas, go-
“bernando ejércitos, conquistando provincias, poseyen-
“do tesoros, inventando cultos, lisonjeándose con el faus-
“to, la magestad, la fortuna y el poder. Pasaron es-



— 37 —

“ tas glorias como el pavoroso humo que vomita y sale
“ del infernal fuego del Popocatepetl, sin otros monumen-
“ tos que recuerden su existencia, que las toscas pieles
“ en que se escriben. ¡Ah! ¡Ah! Y si yo os introdujera á
“ los oscuros senos de esos panteones, y os preguntara
“ cuáles eran los huesos del poderoso *Achalchiuhtla-*
“ *nextzin*, primer caudillo de los antiguos tultecas; de
“ *Necaxecmíll*, reverente cultor de los dioses?.... Si os
“ preguntara dónde está la incomparable belleza de la
“ emperatriz *Xiuhtzal*, y por el pacífico *Tolpiltzin*, úl-
“ timo monarca del infeliz reino tulteco? Si os pregun-
“ tará cuáles eran las sagradas cenizas de nuestro pri-
“ mer padre *Xolotl*; y aun por el caliente polvo de mi glo-
“ rioso, inmortal, aunque infeliz y desventurado padre
“ *Ixtlilxochitl*? Si así os fuiese preguntando por todos
“ nuestros angustos progenitores, qué me responderíais?
“ Lo mismo que yo respondiera: *indipohdi*, *indipohdi*:
“ nada sé, nada sé, porque los primeros y últimos están
“ confundidos en el barro.

“ Lo que fué de ellos ha de ser de nosotros, y de los
“ que nos sucedieren. Anhelemos, invictísimos prí-
“ cipes, capitanes esforzados, fieles amigos y leales va-
“ sallos, aspiremos al cielo, que allí todo es eterno y na-
“ da se corrompe. El horror del sepulcro es lisenjera
“ cuna para el sol, y las funestas sombras, brillantes lu-
“ ces para los astros. No hay quien tenga poder para
“ inmutar esas celestes láminas, porque como inmedia-
“ tamente sirven á la grandeza del Criador, hacen que
“ hoy vean nuestros ojos lo mismo que registró la pre-
“ tericón y registrará nuestra posteridad.”



— 38 —

Esta parte de uno de los cantares de Netzahuacolotl, manifiesta claramente lo admirable de su ingenio, la rectitud y prodigiosa fertilidad de sus sentimientos, la superioridad de su estilo, y la rara elevacion y fecundidad de su locucion.

Por su muerte, subió al trono de Acolhuacan, su hijo Netzahualpilli, que siguió en todo las huellas de tan ilustre padre.

Poco tiempo despues de su exaltacion, acaeció la guerra memorable de los mexicanos con sus vecinos y rivales los tlatelolques. Aquellos salieron vencedores, y la ciudad de Tlatelolco quedó unida á la de México.

Cuando Ajayacatl se vió libre de enemigos, declaró la guerra á los matlatzinques, para vengarse de ellos por la parte que habian tomado contra los mexicanos. Consiguió la victoria; pero habiéndose encontrado con Tlilcuezpalin, y peleado cuerpo á cuerpo con él, recibió una herida en un muslo, y hubiera caido prisionero á no haberlo defendido algunos jóvenes mexicanos.

En los últimos años de su reinado, pareciéndole demasiado estrechos los límites de su imperio por el Océidente, salió por el valle de Toluca, y pasando los montes, se apoderó de Tochpan y de Tlagimalojan, y volviendo desde allí hacia el Oriente, se hizo dueño de Ocuilla y Malacatepec.

Por muerte de Moteuczoma Ilhuicamina, acaecida en el décimo tercio año de su reinado, fué elegido Tizoc su hermano mayor, quien siguiendo las huellas de su hermano, hizo tambien muchas conquistas. En las pinturas se representan catorce ciudades conquistadas



— 39 —

por él, y entre otras, Toluca y Tecajic, que se habian rebelado.

En tiempo de este rey ocurrió la guerra entre los tetcucanos y los huejotzinques, motivada por la ambicion de los hermanos de Netzahualpilli, y en cuya guerra quedaron vencedores los tetcucanos. Despues de esta batalla, se casó Netzahualpilli con una sobrina de Tizoc y con Jocotzin, que no habiendo querido separarse de aquella, fué tambien reina de Acolhuacan.

Mientras Netzahualpilli procuraba vivir tranquilamente en sus Estados, maquinaban la muerte del rey de México algunos de sus fendasarios. Techotlalla, señor de Iztapalapan, y Majlaton, señor de Tlachco, hallaron modo de darle un veneno, y al fin lograron realizar sus intenciones. Murió Tizoc en el quinto año de su reinado, y el 1482 de la era vulgar.

CAPITULO X.

Ahuitzotl, octavo rey de México.—Sus conquistas.—Su muerte.—Mo-teuczoma II, nono rey de México.

Habiendo conocido los mexicanos que la muerte de Tizoc no habia sido natural, hicieron todas las pesquisas que fueron necesarias hasta encontrar á los culpados, los cuales sufrieron el castigo en la plaza mayor de México, y en presencia de los reyes aliados y de la corte.

Por la trágica muerte de Tizoc, ocupó el trono mexicano, Ahuitzotl, general de los ejércitos, y hermano de los anteriores. Su primer cuidado luego que tomó



— 40 —

las riendas del gobierno, fué concluir el templo diseñado y comenzado por su antecesor; y habiendo empleado un número increíble de operarios, se concluyó en cuatro años. Entre tanto, salía el rey á la guerra y todos los prisioneros que caían en sus manos, eran reservados para la fiesta de la dedicación, la cual se verificó el año de 1486, habiendo sido sacrificados en ella todos los prisioneros que se habían hecho en cuatro años. Acabada la fiesta, hizo el rey regalos á todos los reyes que había convocado á ella, lo cual debió ocasionar un gasto inmenso. El siguiente año fué memorable por un terremoto y por la muerte de Quimalpopoca, rey de Tacuba, á quien sucedió en el trono Totoquihuatzin II.

Ahuitzotl, á quien su genio guerrero no le permitía entregarse á las dulzuras de la paz, salió de nuevo á campaña contra los habitantes de Cozcacuauhtenco, y obtuvo una completa victoria. Sometió después á los de Quapilotlan, y en seguida pasó su ejército contra Quauhtla y otras provincias, hasta el año de 1496, en que hizo la guerra de Atlixco; en la cual los mexicanos abandonaron el campo y volvieron á su ciudad después de haber sufrido considerables pérdidas.

En el año de 1498, por parecerle al rey de México que la navegación del lago se había hecho difícil por falta de agua, aumentó su volumen con la del manantial de Huitzipolochco; y habiendo sido muy copiosas las lluvias de aquel año, creció tanto el agua, que inundó las calles de México, destruyendo algunos edificios, y causando graves estragos. En tales circunstancias, el rey de Acolhuacan hizo que se reparase el dique que



— 41 —

por consejo de Netzahualcoyotl se habia formado, y los mexicanos se vieron libres de aquella calamidad. A esta siguió la de la escasez del grano, perdido por la abundancia de las aguas. En cambio de estas desgracias, los mexicanos descubrieron en el valle de México la piedra llamada *tetzontli*, de la que se sirvieron en la construccion de sus edificios. Ahuitzotl empezó luego á emplearla en reedificar los que se habian destruido, dándoles mejor forma y aumentando notablemente la hermosura y magnificencia de su corte.

Pasó este rey los dos últimos años de su vida, en frecuentes guerras contra Amatlan, Jaltepec, Tecuantepec, Huejotla y otras muchas provincias, llevando sus armas victoriosas hasta Quahtemallan ó Guatemala, á mas de novecientas millas al Sudeste de México, y haciendo en todas estas guerras prodigios de valor.

Finalmente, el año de 1502, despues de un reinado de cerca de veinte años, murió Ahuitzotl, uno de los monarcas que mas extendieron los dominios de la corona de México.

Muerto este, y celebradas con extraordinaria magnificencia sus exequias, se procedió á la elección del nuevo soberano. Debia, segun las leyes de la nacion, elegirse á uno de los sobrinos ó hijos del difunto rey; y aunque despues de la muerte de Ahuitzotl habia muchos, fué preferido á ellos Moteuczoma, á quien para distinguirlo del otro rey del mismo nombre, llamaron *Jocoyotzin*. Este príncipe era generalmente estimado, tanto por el valor que habia mostrado en las batallas, como por el cargo de sacerdote que habia ejercido, á la vez



— 42 —

que por su gravedad, circunspección y celo religioso.

Hablabá poco, y era sumamente mesurado en sus acciones; de suerte que su opinión era oída con mucho respeto en el consejo real. Dióse noticia de la elección á los reyes aliados, los cuales pasaron á cumplimentarlo. Moteuczoma al saber esto, se retiró al templo, dando á entender que no se creía digno de tan alto honor. Allí pasó á cumplimentarlo la nobleza, y lo condujo á palacio, donde los electores le intimaron solemnemente el nombramiento que de él habían hecho para que ocupase el trono de México. Pensó por tal motivo, Moteuczoma en hacer la guerra para proporcionarse las víctimas de los sacrificios, y se dirigió contra Atlixco, que poco antes se había rebelado, y consiguió una completa victoria, regresando á México con un considerable número de prisioneros.

Celebróse la coronación de Moteuczoma con tal aparato de juegos, bailes y representaciones teatrales, que acudieron á presenciarla los habitantes de pueblos muy distantes, y aun los tlaxcaltecas y michuacanos, se disfrazaron para confundirse entre los espectadores; mas habiéndolos descubierto Moteuczoma, los hizo alojar y regalar con real magnificencia, y mandó disponer unos tablados de donde pudiesen ver con más comodidad las ceremonias.



CAPITULO XI.

Conducta de Motecuzoma.—Magnificencia de sus palacios y habitaciones.—Guerra de Tlaxcala.—Presagios de la venida de los españoles.

El primer hecho notable de Motecuzoma luego que ascendió al trono, fué recompensar con el Estado de Tlachauhco, los servicios que había prestado á sus antepasados en las guerras, un capitan llamado Tlilxochitl. Mas apenas comenzó á usar de su autoridad, empezó á descubrir el orgullo que hasta entonces había ocultado. Desaprobó la conducta de sus antecesores, despojando á los plebeyos de los puestos elevados que ocupaban, é hizo que toda la servidumbre de su palacio se compusiese de personas principales. Ademas, todos los dias por la mañana, entraban á hacerle la corte seiscientos señores feudatarios y nobles, que pasaban el dia en las antecámaras aguardando las órdenes del rey.

El palacio de su ordinaria residencia, era un vasto edificio con veinte puertas que daban á las calles y á la plaza. Algunas cámaras tenian los muros cubiertos de mármol ó de otra hermosa piedra, y los techos de cedro, ciprés ó otra excelente madera. Ademas de este palacio, tenia Motecuzoma otros dentro y fuera de la ciudad. Poseia dos casas en México para animales; una para las aves que no eran de rapiña, y otra para las de esta clase, y para los cuadrúpedos y reptiles. En la primera habia muchas cámaras y corredores, con columnas de mármol de una pieza. Estos corredores daban á un jardín, donde entre la frondosidad de los ár-



— 44 —

boles, se veian diez estanques, los unos de agua dulce para las aves acuáticas del río, y las otras de agua salada para las del mar.

Sería extendernos demasiado si quisieramos describir la magnificencia que reinaba en las habitaciones de Moteuczoma, y por no permitirlo los estrechos límites de este compendio, diremos solamente que tanto en sus palacios como en sus casas de recreo, se veian el lujo y la opulencia.

Al principio de su reinado, Moteuczoma conquistó el Estado de Achiotlán: mandó dar muerte á Malinalli, señor de Tlachquianheco, por haberse rebelado contra la corona de México; y emprendió la guerra contra los Tlaxcaltecas.

No pudiendo sufrir que la pequeña república de Tlaxcala no pagase tributo alguno, cuando casi todos los pueblos de Anáhuac lo pagaban, mandó que los Estados vecinos á los tlaxcaltecas, alistasen sus tropas y atacasen aquella república por todas partes. Los huejotzinques y choluleses, bajo el mando de Tecayahuatzin, entraron con tal ímpetu á la tierra de Tlaxcala, que no bastaron á detenerlos las guarniciones de la frontera, y entraron hasta Gilojochitla, pueblo distante tres millas de la capital. Allí les hizo resistencia Tizatlacatzin, célebre caudillo tlaxcalteca, que al fin murió oprimido por la muchedumbre de enemigos, quienes á pesar de hallarse tan cerca de la capital, temiendo la venganza de los tlaxcaltecas, volvieron precipitadamente á sus ciudades.

Este fué el origen de las continuas batallas que hu-



— 45 —

bo entre aquellos pueblos, hasta la llegada de los españoles.

Los tlaxcaltecas quedaron tan exasperados contra los huejotzinques, que no queriendo ya limitarse á la defensa de su Estado, pasaron las fronteras y atacaron á sus enemigos en su propio territorio. Habiendo estos pedido socorro á Moteuczoma, les envió un numeroso ejército al mando de su hijo primogénito. Enterados los tlaxcaltecas del camino que habian tomado sus enemigos, los atacaron por retaguardia con tanto ímpetu, que los mexicanos sufrieron una completa derrota, habiendo perdido á su jefe en la refriega. Apesadumbrado Moteuczoma, tanto por la muerte de su hijo, como por la derrota que habian sufrido sus tropas, hizo organizar otro ejército para atacar á los tlaxcaltecas. El combate fué sangriento; pero al fin las tropas reales fueron rechazadas, dejando considerables riquezas en manos de sus enemigos. Entre las víctimas tlaxcaltecas, es memorable en la historia de aquel país, un general llamado *Hahuicole*, en quien se notaba, á la vez que un denuedo admirable, una fuerza extraordinaria. El *macuahuitl* ó espada mexicana de que se servía, era tan pesada, que un hombre apenas podía alzarla del suelo. Este general, en un asalto que dieron los huejotzinques á una guarnición de otomites, se empeñó tanto en la acción, que quedó prisionero. Moteuczoma, que sabia apreciar el mérito, en vez de darle muerte, le concedió la libertad, que aquel no quiso admitir. Entre tanto, prestó algunos servicios en las guerras á los mexicanos, y empeñado al fin en morir, se le concedió su



— 46 —

desco, señalándole para el sacrificio gladiatorio. Pusieronle con efecto, atado de un pie en el *temalacatl*, que era una piedra grande y redonda, donde se hacian aquellos sacrificios, y despues de haber matado á ocho hombres que combatieron con él, y herido á muchos, cayó medio muerto de un golpe que le dieron en la cabeza. De allí lo llevaron ante el ídolo Huitzilopochtli, y abriendole el pecho, lo sacaron el corazon, como en los sacrificios ordinarios.

Mientras se hacia la guerra con los tlaxcaltecas, se padeció hambre en algunas provincias del imperio. Motecuzoma en tales circunstancias, abrió sus graneros al pueblo; y no bastando esto, les permitió que fuesen á otros países á proporcionarse lo necesario. El siguiente año de 1505, habiendo habido una abundante cosecha, salieron los mexicanos á la guerra contra Quauhtemallan, y entre tanto se concluyó en México la fábrica de un templo, erigido en honor de la diosa *Centeotl*. Entre tanto se rebelaron los mixteques y los zapoteques, los cuales fueron prontamente castigados. Poco tiempo despues se suscitó una reyerta entre los huejotzinques y choluleses, habiendo éstos perdido la batalla. Motecuzoma, al saber esto, se aflijó extraordinariamente, temiendo la venganza del dios Quetzalcoatl, cuyo santuario creía profanado por los huejotzinques, y mandó un ejército contra ellos; pero afortunadamente no llegaron á las manos, y quedó arreglado todo con el castigo de los principales culpables. Poco despues de estos sucesos, se rebelaron los habitantes de Atlixco, y fueron derrotados por los mexicanos, que les hicieron un gran



— 47 —

número de prisioneros. Ocurrió esto en el año de 1506, cuando por haber terminado el siglo, se celebraba la fiesta de la renovación del fuego con mucho más aparato y solemnidad que los siglos anteriores. En aquel año parece que no hubo guerra, pero en 1507 los mexicanos hicieron una expedición contra Tzolan y Mictlan; de allí pasaron á subyugar á los de Quauhquechollan, que se habían rebelado. El siguiente año salió el ejército real, compuesto de mexicanos, tetzcuquenos y tepaneques, contra la remota provincia de Amatlan. Al pasar por una montaña muy elevada, sobrevino una tempestad que causó en el ejército muchos estragos, pues algunos murieron de frío, y del resto de las tropas, que quedaron muy disminuidas, murió la mayor parte en las acciones.

Esta y otras calamidades, unidas á la aparición de un cometa, pusieron en consternación á aquellos pueblos. Motecuzoma, que era muy supersticioso, consultó á los astrólogos; y no habiendo obtenido de ellos una razón que lo satisfaciese, hizo la misma consulta al rey de Acolhuacan, que era muy dado á lo astrología y á la adivinación. Condescendió este con los ruegos de su pariente, y después de haber discurrido largamente con Motecuzoma, fué de opinión que el cometa anunciaba las futuras desgracias de aquel reino, como resultado de la llegada de gentes extrañas. No agradó á Motecuzoma esta respuesta, y Netzahualpilli lo desafió á jugar el balón, y convinieron que si el rey de México ganaba, el de Acolhuacan renunciaría á su interpretación, y que si sucedia lo contrario, se adoptaría co-



— 48 —

mo verdadera: Netzahualpilli quedó vencedor, y Mo-teuczoma desconsolado por la pérdida del fuego y la confirmacion del vaticinio.

Ademas: tenian los mexicanos entre sus deidades á Quetzalcoatl, dios del aire, á quien profesaban suma veneracion. Acerca de él contaban algunas fábulas, y entre ellas esta: creian que por un motivo desconocido, Quetzalcoatl incurrió en la cólera de uno de los dioses principales y se vió obligado á abandonar el pais. En su camino pasó por la ciudad de Cholula, donde habia un templo destinado á su culto, y cuyas ruinas son hoy una de las mas interesantes reliquias de las antigüedades mexicanas.

Al llegar á la playa del golfo mexicano, se despidió de sus compañeros, prometiéndoles que él y sus descendientes volverian á visitar aquella tierra, y entrando en un esquife encantado hecho de pieles de serpientes, se embarcó en el grande Océano, dirigiéndose á la fabulosa tierra de Tlapallan. Decian que era de alta estatura, de color blanco, de cabellera negra y flotante, y de larga barba. Los mexicanos tenian arraigada en el alma esta creencia, y la llegada de los españoles fué tomada por la de Quetzalcoatl y los suyos.

A mas de estos presagios, se encuentran otros en la historia antigua de México, y entre ellos el siguiente suceso. Papantzin, princesa mexicana, se había casado con el gobernador de Tlatelolco, y muerto este, permaneció en su palacio hasta el año de 1509 en que murió de una enfermedad. Su cadáver fué sepultado en un ántro subterráneo que habia en los jardines del mis-



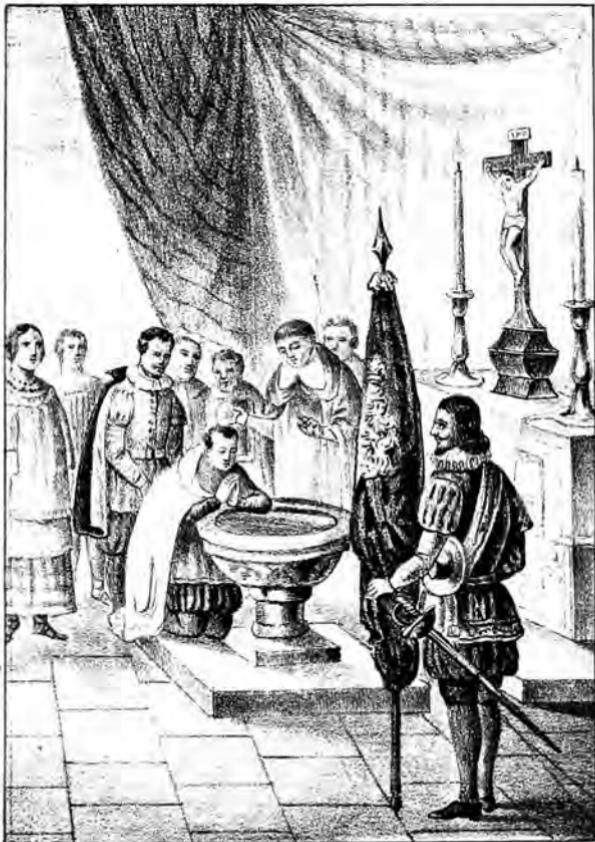
— 49 —

mo palacio, cercano á un estanque en que aquella señora solia bañarse, y la entrada se cerró con una piedra de poco peso. El dia siguiente, una muchacha de cinco á seis años, tuvo el capricho de ir á la habitacion de la difunta, que estaba mas allá del jardín, y al pasar por el estanque, vió á la princesa sentada en los escalones de este, y oyó que la llamaba. La muchacha, que por su edad no era capaz de reflexionar en la muerte de la princesa, y pareciéndole que ésta iría á bañarse como lo tenia de costumbre, se acercó sin recelo, y la princesa le dijo que fuese á llamar á la muger del mayordomo. Obedeció en efecto. Mas esta muger la dijo: "hija mia: Papatzin ha muerto, y ayer la hemos enterrado." Mas como la muchacha insistia, por darle gusto la siguió hasta el sitio que le señalaba, y al ver á la princesa, cayó al suelo sin sentido. La muchacha avisó á su madre, y ésta, con otras dos mugeres, ocurrieron á socorrer á la del mayordomo; mas al ver á la princesa se hubieran tambien desmayado, á no haberles dado valor Papantzin, diciéndoles que estaba viva. Mandó con ellas llamar al mayordomo, y le encargó fuese á contar el suceso á su hermano; mas él no se atrevió á obedecerla, temiendo que el rey, sin dar crédito á sus palabras, lo castigase con su severidad acostumbrada. Entonces la princesa le dijo que fuese á Tetzcuco á llamar en su nombre á Netzahualpilli. Llegó éste, la saludó lleno de temor, y ella entonces le rogó fuese á México, diciendo á Moteuczoma que deseaba comunicarle cosas de suma importancia. Estando ya á su presencia, le preguntó si en efecto era su hermana. "Soy,



— 50 —

respondió, vuestra hermana Papantzin, la misma que habeis enterrado ayer, y quiero manifestaros lo que he visto." "Despues que quedé privada de sentido y movimiento, me hallé en una vasta llanura..... En medio observé un camino que se dividia en varios senderos, y por un lado corría un gran río, cuyas aguas hacian un ruido espantoso. Queriendo echarme á él para pasar á nado á la orilla opuesta, se presentó á mis ojos un hermoso jóven, de gallarda estatura, vestido con un ropa-ge largo, blanco como la nieve y resplandeciente como el sol. Tenia dos alas de hermosas plumas, y llevaba esta señal en la frente (al decir esto, la princesa hizo con los dedos la señal de la cruz); y tomándome por la mano me dijo: "Detente: aun no es tiempo de pasar este río. Dios te ama, aunque tú no lo conoces." De allí me condujo por las orillas del río, en las que vi muchos cráneos y huesos humanos, y oí gemidos tan lastimeros que me movieron á compasion. Volviendo despues los ojos al río, vi en él unos barcos grandes, y en ellos muchos hombres diferentes de los de estos países en traje y color. Eran blancos y barbados, y tenian estandartes en las manos y yelmos en la cabeza. "Dios, me dijo entonces el jóven, quiere que vivas, á fin de que des testimonio de las revoluciones que van á sobrevenir en estos países. Los clamores que has oido en estas márgenes, son de las almas de tus antepasados, que viven y vivirán siempre atormentados en castigo de sus culpas. Estos hombres que ves venir en los barcos, son los que con las armas se harán dueños de estos países, y con ellos vendrá tambien la noticia del verdadero



Primer bautismo solemne en la Nueva España



— 51 —

Dios, criador del cielo y de la tierra. Cuando se haya acabado la guerra y promulgado el baño que lava los pecados, tú serás la primera que lo recibas, y guie con su ejemplo á todos los habitantes de estos países." Dicho esto, desapareció el joven, y yo me encontré restituida á la vida: me alcé del sitio en que yacia, levanté la lápida del sepulcro y salí al jardín, donde me encontraron mis domésticos."

Atónito quedó Moteuczoma al oir estos pormenores, y turbado con los mas tristes pensamientos, se levantó dirigiéndose á un palacio que tenia para los tiempos de luto, sin querer volver á hablar con su hermana.

La princesa vivió muchos años enteramente consagrada al retiro y la abstinencia. Fué la primera que en el año de 1524 recibió en Tlatelolco el sagrado bautismo; se llamó desde entonces *Doña María Papantzin*, y en los años que sobrevivió á su regeneración, fué un perfecto modelo de virtudes cristianas (1).

CAPITULO XII.

Fenómenos notables.—Muerte de Netzahualpilli.—Revoluciones de Acolhuacan.

Ademas de este memorable suceso, ocurrió en el año de 1510 el incendio repentino de una torre del templo

(1) He procurado extenderme sobre este asunto y sobre los mas remarcables de la historia antigua de México, por parecerme de suma necesidad su conocimiento. No he querido omitir el pasaje de la resurrección de *Papantzin*, aunque no lo creo, por parecerme sumamente curioso.



— 52 —

mayor, en una noche serena, sin que se haya podido saber la causa, y en el año anterior se agitaron de pronto y con tal fuerza las aguas del lago, que arruinaron muchas casas de la ciudad, sin que hubiese habido terremoto, viento, ni otra causa natural á que se pudiera atribuir aquel extraño acontecimiento. Este y otros fenómenos, referidos por Acosta, Torquemada y otros historiadores, se hallan exactamente descritos en las historias mexicanas y colhuis.

Sin embargo: la consternacion que estos presagios inspiraron á Moteuczoma, no lo distrajo de sus proyectos belicosos, é hizo muchas expediciones su ejército contra los habitantes de Tlaxcala, Huejotzinco, Atlixco, Jatepec y Malinaltepec.

No contribuyeron poco á la ruina del imperio mexicano las revoluciones que ocurrieron en Acolhuacan, ocasionadas por la muerte de Netzahualpilli. Aquel célebre monarca, despues de haber ocupado el trono por espacio de cuarenta y cinco años, cansado del gobierno, ó consternado por los funestos presagios de que habia sido testigo, se retiró á su casa de campo en Tezcotzinco, dejando el mando á dos príncipes reales, y dando órden á sus hijos de que no saliesen de la corte, y que en ella esperasen sus últimas disposiciones.

Despues de seis meses de esta vida privada, volvió á la corte y se encerró en el palacio de su ordinaria residencia, sin dejarse ver sino de algunos de sus confidentes, con el designio de ocultar su muerte á imitacion de su padre. En efecto, nunca se supo alguna cosa acerca de la época y circunstancias de aquel suceso: se sa-



Un Emperador Mexicano en el consejo de los Reyes.





— 53 —

be que ocurrió su muerte en el año de 1516, y que poco antes de morir mandó á sus confidentes que quemaran secretamente su cadáver. El vulgo y algunas personas de la nobleza creyeron que no había muerto, sino que se había retirado al reino de Amaqueme, donde tuvieron su origen sus antepasados.

El mejor elogio que se puede hacer de Netzahualpilli, es decir que siguió en todo las huellas de Netzahualcoyotl su padre. Como éste, fué recto en la administración de la justicia, y dedicado al estudio. Daba muchas limosnas á los pobres y á los enfermos, y se puede asegurar que con él acabó la gloria de los chichimecas, pues la discordia que estalló entre sus hijos después de su muerte, disminuyó el esplendor de su corte, debilitó las fuerzas del Estado, y preparó, por último, su ruina.

Cuando el consejo supremo del rey supo la muerte de Netzahualpilli, creyóse obligado á elegir un sucesor. Reuníronse sus miembros, y el mas anciano de ellos, fué de opinión que la corona pertenecía al príncipe Cacamatzin, pues ademas de su prudencia y valor, era el primogénito de la primera princesa mexicana con quien se había casado el rey. Los otros consejeros se adhirieron á aquel dictamen, por parecerles el mas racional. Los príncipes que aguardaban en una sala inmediata la resolución del consejo, recibieron la invitación de entrar para que supiesen el resultado. Luego que entraron, se dió el principal asiento á Cacamatzin, jóven de veinte años, y á sus lados se sentaron sus hermanos Coanacotzin e Ixtlilxochitl, entonces de diez y nueve



— 54 —

años. Levantóse el anciano que había tomado la palabra, y declaró la resolución del consejo.

Ixtlilxochitl, que era un joven ambicioso y emprendedor, se opuso á la elección de su hermano; y viendo los consejeros que se iba encendiendo cada vez más la cólera de los príncipes, les impusieron silencio y cerraron la sesión.

Al instante Ixtlilxochitl se dirigió á los Estados, y convocando á todos los señores de los pueblos que habitaban las montañas, les dió parte de su designio de oponerse á su hermano Cacamatzin, pretextando su celo por el honor y la libertad de la nación chichimeca. Al mismo tiempo Cacamatzin pasó á Méjico á dar cuenta á Moteuczoma de lo que pasaba, y aprovechando la oportunidad de estar ausente Ixtlilxochitl, quedó señalado el día de la coronación; mas fué preciso suspenderla, por la noticia que llegó á la corte de que aquel príncipe se dirigía contra Tetzcoco, á la cabeza de un ejército.

Cacamatzin, viendo las fuerzas y la resolución de su hermano, mandó decirle que conservase si quería, todos los dominios de los montes, pues él se contentaba con el de la capital y los Estados de la llanura. Ixtlilxochitl contestó que sus hermanos podían hacer cuanto les agradase; que él deseaba que Cacamatzin quedase en posesión del trono, y que nada maquinaba contra él ni contra el Estado; que si mantenía aquel ejército, era para oponerse á los proyectos ambiciosos de los mexicanos, los cuales habían acarreado muchos disgustos e inspirado graves sospechas al rey su padre, y que sobre to-



— 55 —

do les encargaba se guardasen de los lazos que les tendiera Moteuczoma.

Despues de un convenio entre ambos hermanos, quedó Cacaimatzin en pacífica posesion del trono. Ixtlilxochitl mantuvo siempre sus huestes en movimiento, y muchas veces los mexicanos midieron sus fuerzas con aquellas, quedando á veces vencidos y á veces vencedores.

En el curso de la historia se verá la parte que tuvo aquel inquieto príncipe en la ventura de los españoles, los cuales empezaron á dejarse ver por aquel tiempo en las costas del reino. Pero antes de llegar á la relacion de la guerra que trastornó completamente el pais, es necesaria una rápida ojeada sobre la civilizacion de los antiguos indios.

CAPITULO XIII.

Rápida ojeada sobre la religión, gobierno, artes y costumbres de los mexicanos.

Una de las cosas que mas debiera ocupar á los hombres que se dedican al estudio de las antigüedades y de la historia, seria formar un cotejo entre la civilizacion de los antiguos mexicanos y los pueblos mas cultos del antiguo mundo.

Una obra de tal naturaleza, seria de mucha utilidad, tanto para hacer que se conociese á fondo la civilizacion de nuestros antepasados, como para que de la comparacion se pudiesen sacar algunos datos que suminis-



— 56 —

trasen acaso el conocimiento mas probable del origen de aquellos.

La idea de la divinidad, una de las primeras que abrigan los pueblos, estaba entre los antiguos habitantes del Anáhuac muy desarrollada. Sabian que existia una causa invisible de quien tomaban su ser y pendian todas las cosas, y usaban de epítetos sumamente expresivos para denotar su grandeza y su poder. Le llamaban *Ipalnemoani*, esto es, aquél por quien se vive, y *Tloque Nahuaque*, esto es, aquel que tiene todo en sí; mas á pesar de que reconocian este Ser de quien dependen los otros seres, y le daban como uno de sus principales atributos la unidad, reconocian, como todas las naciones idólatras, muchas divinidades de orden inferior. El principal de sus dioses era el terrible *Mexitli* ó *Huitzilopochtli*, á quien tributaban suma veneracion, y cuyos altares regaban con la sangre de las hecatombes humanas. Habia trece deidades superiores, y mas de doscientas de orden inferior, las cuales tenian asignado un dia para su celebracion. Empero si bien tenian algunas ideas regulares acerca de la divinidad, el culto que rendian á sus deidades, era cruel y sanguinario.

La principal funcion del culto mexicano, eran los sacrificios que hacian, ya para obtener alguna gracia del cielo, ya para darle gracias por los beneficios recibidos. Los chichimecas al principio no ofrecian á sus dioses otra cosa, que yerbas, flores, frutos y copal. Los mexicanos conocian dos clases de sacrificios: el primero, que era el comun, consistia en abrir el pecho á las victimas, aunque tambien acostumbraban ahogar á otras en el lago, y encerrarlas en las cavernas en que enterraban á



— 57 —

los muertos. El lugar en que por lo comun se verificaban aquellas atrocidades, era el templo, en cuyo atrio superior estaba el altar de los sacrificios. El del templo mayor. El del templo mayor de México, era de una piedra verde de cerca de tres piés de alto, otro tanto de ancho y cinco de largo. Los ministros ordinarios del sacrificio, eran seis sacerdotes, el principal de los cuales era el *Topiltzin*, cuya dignidad era hereditaria. Vestíase para aquella función, con un traje rojo de hechura de escapulario, adornado con flecos de algodón, y llevando en la cabeza una corona de plumas verdes y amarillas; en las orejas se ponía pendientes de oro y piedras verdes, y en el labio superior, otro pendiente de una piedra azul. Los otros cinco ministros se vestían con trajes blancos de la misma forma, y bordados de negro. Se apoderaban de la víctima, y despues de indicar á los circunstantes el ídolo para que lo adorasen, aseguraban al prisionero que iban á sacrificar, por los piés y los brazos, y otro le afianzaba la cabeza en un instrumento de madera, hecho en figura de una sierpe enroscada, el cual le entraña hasta el cuello; y como el altar era convexo, quedaba levantado el pecho, e incapaz la víctima de hacer alguna resistencia. Entonces se acercaba el *Tolpiltzin*, y con un agudo cuchillo de piedra le abría el pecho, le arrancaba el corazon, y todavía palpitante lo ofrecía al sol y lo arrojaba á los piés del ídolo. También acostumbraban untar con sangre de las víctimas los labios del ídolo, y la corniza de la entrada del templo.

Otro sacrificio había entre los mexicanos, que llamaron los españoles *gladiatorio*.

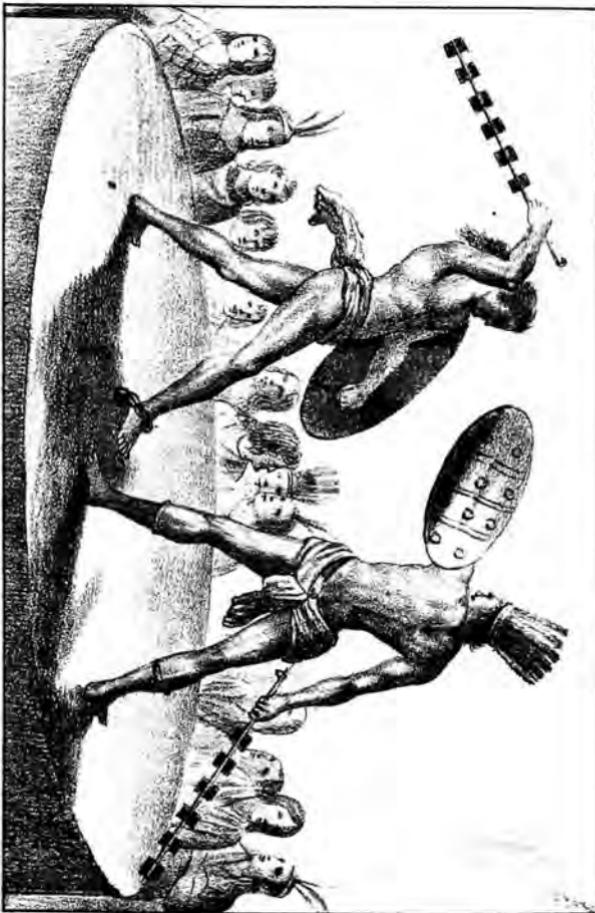


— 58 —

Habia cerca del templo mayor, en las ciudades grandes, y en un sitio capaz de contener un gran número de gente, un terraplen redondo de ocho piés de altura, y sobre él una gran piedra redonda, de casi tres piés de alto, lisa y adornada con algunas figuras. Sobre esta piedra, que ellos llamaban *Temalacatl*, ponian al prisionero armado de una ro-lela y espada corta, y atado al suelo por un pié. Con él subia á pelear un oficial ó soldado mexicano, á quien daban mejores armas que al prisionero. Si éste quedaba vencido en el combate, acudia inmediatamente un sacerdote llamado *Chalchiutepetna*, y muerto ó vivo, lo llevaban al altar de los sacrificios comunes, donde le abria el pecho y le arrancaba el corazon. El vencedor era aplaudido y recompensado por el rey, con alguna insignia militar. Mas si por el contrario, éste quedaba vencido, subian á pelear con el preso sucesivamente otros seis, y si los vencia se le concedia la libertad, la vida, y cuanto se le habia quitado, y volvia lleno de gloria á su patria.

Los mexicanos tenian, como todas las naciones cultas, noticias claras, aunque alteradas, de la creacion del mundo, del diluvio, de la confusión de las lenguas, y de la dispersion de las gentes; y en algunas de sus pinturas se ve una admirable similitud con algunos pasajes de las Sagradas Escrituras.

Decian que habiéndose ahogado todo el género humano en el diluvio, solo se salvaron *Cojox* y una mujer llamada *Jochiquetzal*, los cuales, habiendo desembarcado cerca de una montaña que llamaban *Colhuacan*, tuvieron muchos hijos, pero todos mudos, hasta que una



Sacrificio Gladiatorio



• Una tribu, pero tan diversa, que se
divide en siete.

Los vecindarios de los pueblos
indios. Segun los historiadores
españoles, calcula se que
en el siglo XVII, entre los
seiscientos y mil cincuenta
pueblos, eran cuatrocienas tribus
que marchaban juntas o gerundas. Los
pueblos eran los orígenes, y los reyes constituyan en la
gran jerarquía del Estado, y cuando se expandía la
gobernación sin su consentimiento. El caso, suscitó que se
confundiera por errores, pero no se sabían los nombres de
los mismos al principio, a los que elegían si gobernantes
del Estado. La justicia de los jueces sacerdotes, era
una forma de régimen pendiente del pueblo, y en las gran-
des fiestas se probaban trajes muy adornados, en los que
se veían las insignias de los sacerdotes y de sus esposas.
En el barrio de la capital había un acuerdo, que
no se negaría a la autoridad de su distrito, ya a quien se
le diera la autoridad y sus asesores respetados. Toda la
justicia se realizaba en el centro, se reunía entre los sacer-
dotes que se reunían en la iglesia de San Juan de los Lagos, que
era la sede de la justicia. La autoridad de los sacer-
dotes que iban a la justicia, era la de los sacerdotes
del catolicismo, y se realizaban las organiza-
ciones, y se realizaban las organizaciones milita-
res, y se realizaban las organizaciones religio-
sas, y se realizaban las organizaciones civiles, ademas
de las organizaciones que se realizaban en el
barrio de la capital, que se realizaban en el centro, en
el que se reunían los pueblos que se reunían en el centro.

Una gorda tribu de siete

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



BIBLIOTECA DE MÉXICO

202



— 59 —

paloma les comunicó los idiomas desde las ramas de un árbol; pero tan diversos, que no podian entenderse entre sí.

Los sacerdotes de los mexicanos eran sumamente venerados. Segun los historiadores, su número llegaba á cinco mil, calculado por el de los que residian en el templo mayor; y solo los consagrados al dios *Tezcatlzoncatl*, eran cuatrocientos. Habia entre los sacerdotes muchos grados ó gerarquías. Los sumos sacerdotes eran los oráculos que los reyes consultaban en los graves negocios del Estado, y nunca se emprendia la guerra sin su consentimiento. El sumo sacerdocio se conferia por eleccion; pero no se sabe si los electores eran los mismos sacerdotes, ó los que elegian el jefe político del Estado. La insignia de los sumos sacerdotes, era una borla de algodon pendiente del pecho, y en las grandes fiestas, se ponian trajes muy adornados, en los que se veian las insignias del númeron cuya fiesta celebraban. En cada barrio de la capital habia un sacerdote, que era como el párroco de aquel distrito, y á quien tocaba dirigir las fiestas y los actos religiosos. Todos los ministerios relativos al culto, se dividian entre los sacerdotes. Unos eran sacrificadores y otros adivinos; unos compositores y otros cantores de himnos. A los sacerdotes tocaba la instrucción de la juventud, el arreglo del calendario, de las fiestas, y de las pinturas mitológicas. Cuatro veces incensaban á los ídolos: al amanecer, al medio dia, al anochecer y á media noche. El hábito de los sacerdotes mexicanos, no era diferente del comun del pueblo, sino en una gorra negra de algo-

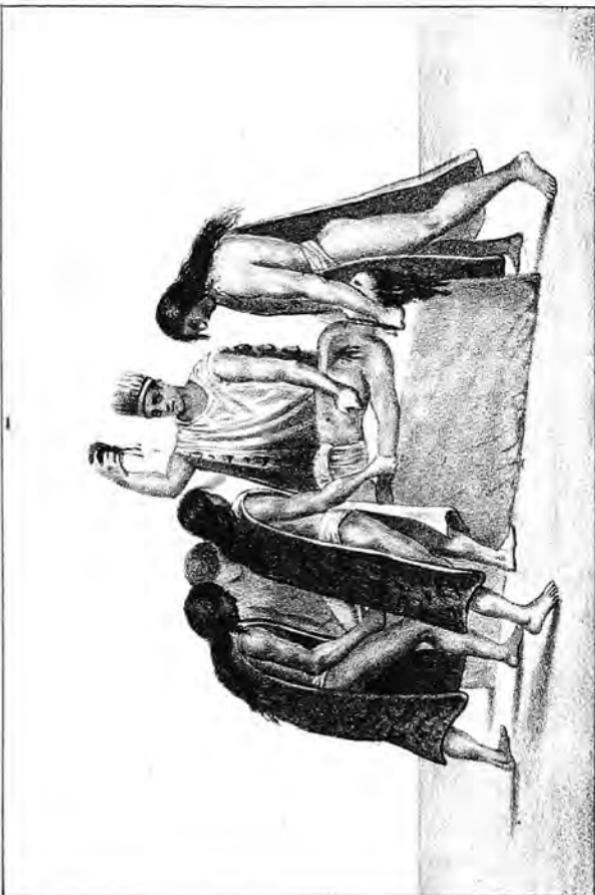


— 60 —

dén; pero los que en los monasterios profesaban una vida mas austera, iban enteramente vestidos de negro. Se dejaban crecer los cabellos, y á veces les llevaban á los piés. Los sacerdotes practicaban muchos ayunos y austeridades: no se embriagaban jamás, y vivian por lo regular, en comunidades, bajo la vigilancia de algunos superiores.

Habia tambien mugeres que ejercian las funciones sacerdotales: incensaban los ídolos, cuidaban del fuego sagrado, barrian el templo, preparaban la oblacion de comestibles que se hacia diariamente, y la presentaban en el altar.

Existian tambien muchas órdenes religiosas, entre las que merece especial mencion la de Quetzalcoatl: en los colegios ó monasterios dedicados á este númer, se observaba una vida extraordinariamente rígida y austera. El hábito que se usaba era muy honesto: se bañaban los monges á media noche, y velaban hasta dos horas antes del dia, cantando himnos á su dios, y ejercitándose en varias penitencias. Tenian libertad de ir á los montes á cualquier hora del dia ó de la noche, á derramar su propia sangre. Estos religiosos se consagraban en la infancia. El padre del niño convidaba á comer al superior, el cual mandaba en su lugar á alguno de sus súbditos. Este tomaba al niño en los brazos, lo ofrecia pronunciando una oracion á Quetzalcoatl, y le ponía un collar que debia llevar hasta la edad de siete años. Cuando cumplia dos, le hacia el superior una incision en el pecho, la cual, como el collar, era la señal de su consagracion.



Sacrificio Ordinario



— 61 —

Con respecto á la forma de gobierno, era esta muy distinta en los diversos Estados del Anáhuac. En México y Tetzcuco, era una monarquía casi absoluta: ambas naciones se asemejaban tanto en sus instituciones, que han asegurado algunos historiadores, que lo que se dice de una debe entenderse aplicable á la otra. La monarquía de estas dos naciones era electiva: cuatro de los nobles mas principales, escogidos por la nobleza misma del reinado precedente, ejercian las funciones de electores, en union de los dos reyes aliados de Tetzcuco y Tacuba; bien que éstos, por lo regular, ocupaban un lugar meramente honorario en el cuerpo electoral. El soberano era escogido de entre los hermanos del difunto rey, y á falta de éstos, entre sus sobrinos; de suerte que la elección recaía siempre en la misma familia. El candidato preferido, debía haberse señalado en la guerra, aunque, como en el caso del último Moteuczoma, pertenecía alguna vez al sacerdocio.

El poder legislativo, tanto en México como en Tetzcuco, residia enteramente en el monarca, y en cada uno de los principales distritos y sus territorios anexos, había un magistrado nombrado por el rey, con jurisdicción inicial y definitiva en todos los negocios criminales y civiles. De su sentencia no se podía apelar á un tribunal superior, ni aun al mismo rey: sus funciones eran vitalicias, y el que usurpaba sus insignias, era castigado con la muerte (1). En cada provincia había una cor-

(1) Segun el intérprete de la colección de Mendoza, se podía, en algunos casos, apelar de las sentencias.



— 62 —

te inferior á este magistrado, compuesta de tres miembros, que en los asuntos civiles ejercia su jurisdiccion con anuencia de aquel, y en los criminales era un tribunal de apelacion. Ademas de estas cortes, habia un cuerpo de magistrados inferiores distribuidos por todo el reino, y escogidos por el pueblo, cuya autoridad se limitaba á los negocios de menor importancia. Finalmente, habia otra especie de oficiales subalternos, tambien elegidos por el pueblo, cada uno de los cuales vigilaba la conducta de cierto número de familias, y denunciaba á las autoridades cualquier desorden ó violacion de las leyes.

Respecto del útil ramo de la enseñanza primaria, los mexicanos ponian en él su principal cuidado. Todas las madres, sin excluirse las reinas, criaban á sus hijos por sí mismas, y en el caso de alguna enfermedad, ponian especial empeño en que las nodrizas fuesen de buena condicion y muy sanas. Acostumbraban á sus hijos á tolerar desde su infancia, el hambre, el calor y el frio. Cuando cumplian cinco años, ó los entregaban á los sacerdotes para que los instruyesen en la religion, ó sus padres desempeñaban esta obligacion. Les inspiraban horror al vicio, modestia en sus acciones, respeto á sus mayores, veneracion á los ancianos, y amor al trabajo. Cuando llegaban á cierta edad, les enseñaban el manejo de las armas, y si sus padres eran militares, los llevaban consigo á la guerra, á fin de que se acostumbrasen á los peligros y perdiessen el miedo. Una de las cosas que mas recomendaban á los niños, era la verdad en sus palabras, y si los cogian en alguna men-



Armaduras mexicanas



— 63 —

tira, les punzaban los labios con espinas de maguey, imponiendo á las faltas que cometian, las penas que á su juicio eran correspondientes á la culpa. Sobre este fundamento de la educacion, alzaron los mexicanos el sistema politico de su nacion.

Los mexicanos tenian una legislacion muy arreglada á los principios de rectitud y de moral que han poseido las naciones mas cultas. Sus leyes se promulgaban por medio de pinturas geroglificas. Los crímenes contra la sociedad, eran castigados severamente, y aun el asesinato de un esclavo, lo era con la pena de muerte: los adulteros eran apedreados hasta morir, y el robo, segun su gravedad, era castigado con la esclavitud ó con la muerte (1).

Los mexicanos usaban de varias armas ofensivas y defensivas. De éstas, la mas comun á nobles y plebeyos, eran los escudos, que ellos llamaban *chimalli*, y los cuales eran de diversas formas y materias. Las ofensivas eran la flecha, la honda, la lanza, la pica, la maza, la espada y el dardo. El arco era de una madera elástica y difícil de romperse, y la cuerda de nervios de animales, ó de pelo de ciervo hilado. Usaban en las guerras de estandarte y música militar. Los estandartes eran unas astas de ocho á diez piés de largo, sobre las cuales se ponian las armas ó la insignia del Estado, hecha de oro, de plumas ó otra materia preciosa. La insignia del imperio mexicano, era una águila en actitud de arrojarse sobre un tigre.

(1) Por no permitirlo los límites del Compendio, no hablamos como deseáramos de la legislacion mexicana.



— 64 —

Para declarar la guerra, se examinaba la causa en el consejo antes de emprenderla; y en caso de decidirse á hacerla, se daba aviso á los enemigos para que se preparasen á ella. Despues de haber hecho algunas ceremonias y sacrificios al dios de la guerra, marchaba el ejército dividido en compañías, cada una de las cuales llevaba su jefe y su estandarte: luego que los dos ejércitos beligerantes daban principio á la batalla, hacian un ruido espantoso, para el cual se valian de instrumentos militares, clamores y silbidos tan fuertes, que causaban terror á los que no estaban acostumbrados á oirlos. Terminada la batalla, los vencedores celebraban con júbilo su triunfo, y el general premiaba á los que se habian distinguido en ella, y á los oficiales y soldados que habian cogido algunos prisioneros.

Para la defensa de los pueblos, fabricaban diferentes fortificaciones, como muros y baluartes, con parapetos, estacadas, fosos y trincheras. A la ciudad de México no se podia entrar sino por los caminos construidos sobre el lago, y para que fuese mas difícil en tiempo de guerra, habian construido baluartes en el mismo camino, y abierto muchos fosos profundos, con puentes levadizos y trincheras para su defensa.

A pesar de su genio guerrero, los mexicanos no descuidaban el ejercicio de las artes útiles. Se aplicaban con ardor á la agricultura, y estaban muy instruidos en ella. Como el terreno de que podian disponer en el tiempo de la fundacion de su ciudad, no les proporcionaba comodidad alguna, formaron industriosamente campos y huertos flotantes, sobre las mismas aguas del



— 65 —

lago. Para hacerlos, formaban un tejido de varas y raíces de algunas plantas acuáticas, y sobre este ponían algunas ramas ligeras de aquellas mismas plantas, cubriendo éstas después con el fango que sacaban del fondo del lago. La figura ordinaria es cuadrilonga: las dimensiones varían, pero por lo regular son de quince á veinte varas de largo, cinco de ancho, y menos de una de elevación sobre las aguas del lago. En estos huertos, á los que aun en la actualidad se da el nombre de *chinampas*, sembraban flores y toda clase de legumbres. Todos los días al salir el sol, se ven llegar por el canal, innumerables barcas llenas de flores y legumbres á la plaza del mercado; y las partes del lago donde están estos jardines, son unos sitios de recreo: las principales están en la actualidad, en los pueblos llamados Santa Anita, é Ixtacalco.

La agricultura, la cría de animales, la caza, la pesca y las artes, suministraban á los mexicanos otros tantos ramos de comercio. A poco tiempo de su establecimiento, con la pesca y las esteras que hacían de los juncos del lago, compraban maíz, algodón, cal, piedra, y los objetos de que tenían más necesidad. A medida que se iba aumentando la población, el comercio de México se ampliaba, hasta que llegó á extenderse á las más distantes provincias del imperio. Había infinitos traficantes mexicanos que iban de ciudad en ciudad, comprando géneros en una, y vendiéndolos en otra. El comercio de la capital hasta los tiempos de Ajayacatl, se había celebrado en la plaza que estaba enfrente del palacio del rey; pero después de la conquista de Tlatelol-

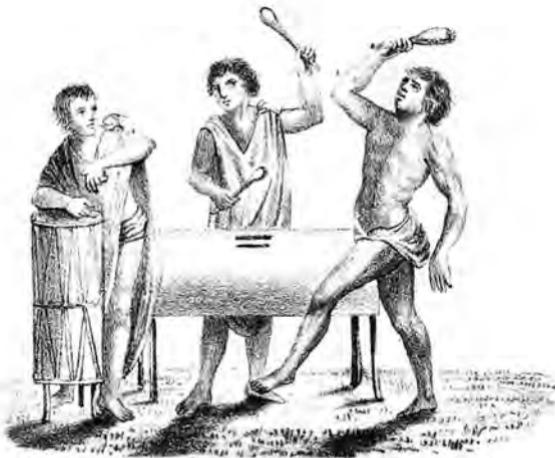


— 66 —

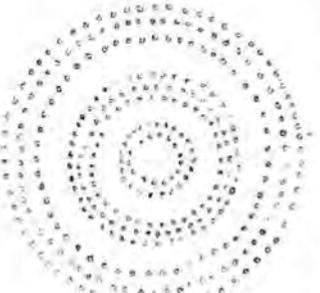
co, se trasportó á este barrio. Cada especie de mercancía, se vendia en un sitio señalado por los jueces del comercio: la plaza era muy grande, cuadrada y rodeada de pórticos para la mayor comodidad de los traficantes: la concurrencia diaria á la plaza, era de veinte á veinticinco mil personas, y la del gran mercado que se celebraba cada cinco dias, de cuarenta á cincuenta mil. La moneda que usaban los mexicanos en su comercio, era de cinco clases. La primera era una especie de cacao, diferente del que les servia en sus bebidas; la segunda consistia en pedacitos de tela de algodon, y de la cual usaban para los objetos de primera necesidad; la tercera de oro en grano, contenido en plumas de ánade, las cuales por su trasparencia, dejaban ver el metal que contenian, y segun su peso, era de mayor ó menor precio; la cuarta, que mas se asemejaba á la moneda acuñada, consistia en unos pedazos de cobre, cortados en figura de T; y la quinta eran unos pedazos de estaño.

Para comodidad de los traficantes y otros viageros, habia caminos públicos que se componian todos los años, y en los lugares desiertos y en los montes, habia casas fabricadas á propósito para viageros: en los ríos se hallaban puentes y barchas para que se pasaran fácilmente. Ademas, habia para la conducción de las mercancías, unos hombres de carga, que desde pequeños se acostumbraban á tales ejercicios.

La lengua mexicana, que era la dominante en los antiguos países del Anáhuac, es muy hermosa; y aunque en ella faltan algunas letras del alfabeto español, es sumamente rica. Los mexicanos cultivaron la oratoria



Huehuetl. Teponæxtli Ayacacaxtli



Baile grande Plan del juego del balon
INSTRUMENTOS DE MÚSICOS



— 67 —

y la poesía, aunque estuvieron lejos de conocer sus ventajas. Los que se dedicaban á la oratoria, se acostumbraban desde niños á hablar con elegancia, y aprendían de memoria las mas hermosas arengas de sus antepasados. Los poetas eran mas numerosos que los oradores. En sus versos se observaban el metro y la cadencia. Su lenguaje era puro, ameno, brillante y figurado, y lleno de comparaciones con los objetos mas agradables de la naturaleza, como los árboles, las flores, los arroyos, &c. Los poetas mexicanos usaban de distintos argumentos para sus composiciones: componían himnos en honor de la divinidad, poemas históricos en que ensalzaban los heróicos hechos de sus antepasados, odas morales y poesías descriptivas y amatorias.

No solo eran apasionados los mexicanos á la poesía lírica, sino tambien á la dramática. Su teatro era un terraplen cuadrado y descubierto, situado en alguna plaza ó en el atrio inferior de algun templo: Allí se reunia el pueblo despues de comer, y hacia sus representaciones burlescas, ya haciendo el papel de diversos animales, de cuyas pieles se vestian, explicando unos á otros sus respectivas funciones, y ponderando cada uno las suyas. A mas de esta, tenian otras clases de representaciones teatrales.

Menos perfecta que la poesía era la música de los mexicanos, quienes desconocian los instrumentos de cuerda. Usaban de varios instrumentos, y entre ellos del *teponaztli*, cuyo sonido es melancólico y á veces tan fuerte, que se oye á muy grande distancia. Los mexicanos tenian hermosos bailes, en que se ejercitaban des-



— 68 —

de niños, bajo la dirección de los sacerdotes. Bailaban unas veces en círculos, otras en hiladas; en ciertas ocasiones hombres solos, y en otras hombres y mugeres.

Ademas, habia entre los mexicanos otros juegos públicos para ciertas solemnidades, y privados para el recreo doméstico. A aquellos pertenecia la carrera, en que se ejercitaban desde niños: celebrábanse juegos militares, en que las tropas representaban delante del pueblo una batalla, recreándolo con ejercicios útiles al Estado. Habia otra clase de juegos menos útiles, como el de los voladores y el balon. El lugar en que este se jugaba, era muy amplio, estaba encerrado entre cuatro muros, y era muy semejante á los juegos de pelota que se usan en la actualidad en la república.

Ademas de estas cosas, los mexicanos tenian mucha habilidad en la pintura, de la cual se servian para conservar los hechos de su historia; en la arquitectura, en la carpintería y en otras muchas artes.

De la misma manera en las ciencias de la legislacion, de la medicina y otras. Para curarse de algunas enfermedades, usaban de los baños llamados *temazcalli*, que son una especie de hornos, con la diferencia de que los temazcalis tienen el pavimento convexo, y mas baja la superficie del suelo, á diferencia de los hornos comunes.

Los alimentos de los mexicanos eran diversos; lo mismo sus trajes, que se diferenciaban segun las clases.

En el apéndice que se pondrá á continuacion del presente Compendio, se volverá á hablar de los antiguos mexicanos, añadiendo algunas noticias curiosas sobre la fundacion de algunos Estados.



PARTE SEGUNDA.



CAPITULO I.

Llegada de los españoles á las costas de Anáhuac.—Embajadas y regalos de Moteuczoma.—Guerra y alianza con los tlaxcaltecas.

El descubrimiento del Nuevo Mundo hecho por el famoso genovés Cristóbal Colón, en el año 1492, dió margen á otros muchos descubrimientos y expediciones que hicieron los españoles para conquistar nuevos países, y para cambiar algunas bagatelas europeas por el oro de la América. Entre otros aventureros, llegó el año de 1517 al puerto de Ajaruco (hoy Habana), Francisco Hernández de Córdova, con ciento diez soldados; y dirigiéndose hacia el Poniente y doblando despues hacia el Sur, descubrió á principios de Marzo, el cabo oriental de la península de Yucatan, que llamó Cabo Catache. Los españoles costearon una parte de aquel país, admirando los bellos edificios y las altas torres que se descubrían desde el mar, y los trajes de diversos colo-



— 70 —

res que usaban los indios; objetos que hasta entonces no habian visto en el Nuevo Mundo. Los habitantes de Yucatan se maravillaron tambien de la forma y el aparato de los buques en que iban los españoles. En dos puntos en que éstos desembarcaron, tuvieron dos encuentros con los indios, y en ellos y en otras desgracias que les sobrevinieron, perdieron la mitad de sus soldados; y aun el mismo capitán recibió doce heridas, que en poco tiempo le causaron la muerte. Regresaron apresuradamente á Cuba, y encendieron con su relacion y el oro que llevaban consigo, la codicia de D. Diego Velazquez, uno de los conquistadores, y á la sazon gobernador de aquella isla, quien el año siguiente mandó á Juan de Grijalva con cuatro buques y doscientos cuarenta soldados. Este comandante, despues de haber reconocido la costa de Cozumel, distante pocas millas de la costa oriental de Yucatan, costeó todo el pais que media hasta el río Pánuco, cambiando cuentas de vidrio y otras bagatelas, por el oro y los alimentos que necesitaba. Cuando llegaron á la islilla que llamaron San Juan de Ulúa, los gobernadores mexicanos, atónitos al ver los grandes buques de los españoles, consultaron entre sí lo que debian hacer, y decidieron ir en persona á la corte, para dar al rey un informe de tan extraña novedad; y á fin de darle una idea mas exacta, pintaron los vestidos, los cañones y el aspecto de aquella nueva gente, y sin tardanza partieron á llevar á Moteuczoma su relacion. Este monarca se turbó al oír aquellas nuevas, y para no precipitar su resolucion, consultó con Camatzin, rey de Acolhuacan, con Cuitlahuatzin, rey



— 71 —

de Ixtapalapan, y con otros doce personages que formaban su consejo, y despues de una larga conferencia, fueron de opinion que el que se habia presentado en aquellas playas con tanto aparato, no podia ser otro que Quetzalcoatl, dios del aire, á quien esperaban hacia muchos años. En esta creencia, mandó Moteuczoma á cinco personages de su corte, para que felicitasen á la supuesta divinidad por su llegada, y para que le presentasen á su nombre y del reino, un regalo muy rico; pero antes de enviarlos, dió órden á los gobernadores de las costas, que pusiesen centinelas para que observasen los movimientos de la escuadra, y le diesen pronto aviso de lo que ocurriese.

Los embajadores mexicanos no pudieron alcanzar á los españoles, quienes signieron costeando hasta el río Pánuco despues de haber hecho sus negocios en aquellas playas, de donde volvieron á Cuba con diez mil pesos en oro, adquiridos en el cambio y la venta de las bagatelas que habian llevado.

Mucho sintió Velazquez que no se hubiese establecido una colonia en aquel nuevo pais; y habiendo reunido un armamento mas considerable, dió el mando de una armada á Hernan ó Fernando Cortés, español, nacido en Medellin, pequeña ciudad de Estremadura, en el año de 1485. Este hombre, que afuer de grandes trabajos dió fin al pensamiento de la conquista de Méjico, fué enviado por sus padres á la edad de catorce años, á la ciudad de Salamanca, en cuya universidad querian aprendiese latinidad y jurisprudencia, para que pudiese ser útil á su familia; mas apenas estuvo allí al-



— 72 —

gunos días, su genio belicoso lo apartó del estudio, y lo hizo seguir á muchos jóvenes ilustres de su nación, que se dirigieron al Nuevo Mundo. Acompañó á Diego Velázquez en la conquista de la isla de Cuba, donde adquirió muchos bienes y grande autoridad. Era hombre de gran talento y destreza, valiente, hábil en el ejercicio de las armas, fecundo en recursos para llegar al fin que se proponía, y muy ingenioso; mas el esplendor de estas y otras buenas cualidades, fué eclipsado por otras acciones indignas de la grandeza de su alma: su excesivo amor á las mujeres ocasionó algún desarreglo en sus costumbres, y ya en tiempos anteriores le había acarreado graves disgustos. Cortés era de buena estatura, de un cuerpo bien proporcionado, robusto y ágil: tenía el pecho algo elevado, la barba negra y los ojos vivos. Tal es el retrato que del famoso conquistador de México nos han dejado los escritores que lo conocieron.

Cuando se vió Cortés honrado con el cargo de general de la armada, se aplicó con la mayor diligencia á preparar su viaje, y mandó publicar un bando en toda la isla para alistar soldados. Concurrieron en efecto, á ponerse á sus órdenes, los hombres principales de aquel país, entre los que merecen especial mención, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, y Gonzalo de Sandoval, por haber sido los que más se distinguieron en la conquista.

Hechos ya los preparativos del viaje, el gobernador de Cuba, cediendo á los consejos e instigaciones de los enemigos de Cortés, revocó la comisión que le había da-



Hernan Cortés.



— 73 —

do, y mandó prenderlo; pero los que fueron encargados de esta órden, no se atrevieron á ponerla en ejecucion; así es que Cortés, habiendo concluido sus preparativos, retuvo el mando á despecho de sus enemigos, y teniendo ya ordenada su expedicion, salió del puerto de Ajaruco el 10 de Febrero de 1519. Su armada se componia de once bajeles, de cincuenta y ocho soldados distribuidos en once compañías, de ciento nueve marineros, de diez y seis caballos, diez cañones y cuatro falconetes. Navegaron hasta la isla de Cozumel, donde recobraron al diácono español Gerónimo de Aguilar, quien viajando algunos años antes, del Darien á la isla de Santo Domingo, sufrió un naufragio en las costas de Yucatan, fué hecho esclavo por los indios, y noticioso de la llegada de los españoles, obtuvo de su amo la libertad, y se agregó á la expedicion. En el tiempo que permaneció en Yucatan, aprendió la lengua maya, que era la que se hablaba en aquellos paises; por lo que Cortés lo hizo su intérprete.

De Cozumal signieron costeando la península de Yucatan hasta el río Chiapa, en la provincia de Tabasco, por el cual se internaron en el pais, con los botes y buques mas pequeños, hasta llegar á un palmar, donde desembarcaron con el pretexto de buscar agua y víveres. De allí se dirigieron hacia una gran villa que distaba muy poco de la costa, combatiendo con una multitud de indios, que con flechas, dardos y otras armas, les cerraban el paso. Dueños los españoles de la villa, salían de ella con frecuencia para hacer correrías en los lugares vecinos, donde tuvieron encuentros peligrosos, hasta que



— 74 —

el 25 de Marzo se empeñó una batalla campal y decisiva. Dióse ésta en las llanuras de Centla, villa poco distante de la mencionada, obteniendo los españoles un completo triunfo, siendo este el principio de su felicidad, y en recuerdo del cual fundaron después allí una pequeña ciudad, con el nombre de la *Virgen de la victoria*. Tomó Cortés posesión solemne del país á nombre de su soberano, y para consolidar el dominio de su rey, convocó á los señores de aquella provincia, y los persuadió á prestarle obediencia y reconocerlo como á su legítimo señor. Todos se mostraron dóciles á las proposiciones del vencedor, y escucharon con admiración y agradocimiento las primeras verdades del cristianismo, que les enseñó por medio del intérprete, el padre Bartolomé de Olmedo, religioso docto y ejemplar de la orden de la Merced, y capellán de la escuadra. Presentaron á Cortés los habitantes de aquella provincia, en señal de sumisión, algunas frioleras de oro, trajes de tela gruesa, y veinte esclavas, que fueron distribuidas entre los oficiales de la armada. Entre ellas había una doncella noble, hermosa, de mucho ingenio y de grande espíritu, natural de Pinala, pueblo de la provincia mexicana de Coatzacoalco. Esta joven fué vendida por sus padres á unos mercaderes de Gicalanco, quienes á su vez la vendieron á los habitantes de Tabasco. Sabía, á mas de la lengua mexicana, que era la suya, la maya, que se hablaba en Yucatan, y no tardó en aprender tambien la española. Instruida en las verdades de la religión cristiana, fué bautizada solemnemente con las otras esclavas, y recibió el nombre de Doña



— 75 —

Marina. Fué constantemente fiel á los españoles, prestándoles muy importantes servicios, acompañando á Cortés en todas sus expediciones, y sirviéndole de intérprete.

Asegurada la tranquilidad de los habitantes de Tabasco, Cortés, viendo que no se podia sacar de aquel pais mucha cantidad de oro, se dirigió hacia el Poniente, y entró en el puerto de San Juan de Ulúa, el jueves santo, 21 de Abril. Apenas habian anclado cuando vieron venir de la costa de Chalchiuhuecan, hacia la capitana, dos canoas con muchos mexicanos enviados por el gobernador para saber qué gente era aquella, qué negocio traia, y para ofrecerle todos los auxilios que fuese necesario á la continuacion de su viage. Admitidos á bordo de la capitana y presentados á Cortés, le expusieron su embajada por medio de Doña Marina y Aguilar. Cortés les respondió que solo habia venido á aquellas tierras para comerciar con sus habitantes, y para tratar con su rey asuntos de importancia; y para mas complacerlos, les dió á probar el vino de España, y les regaló algunas frioleras que creyó les serian agradables. El primer dia de pascua, despues que los españoles hubieron desembarcado y sacado á tierra sus caballos y su artillería; y despues que con la ayuda de los mexicanos se hubieron construido algunas barracas en aquella playa arenosa, en que está actualmente la ciudad de Veracruz, llegaron dos gobernadores de aquella costa con un gran séquito de criados, y antes de entablarlse la conversacion, mandó Cortés se celebrase el santo sacrificio de la misa, convidando despues á los



— 76 —

embajadores á comer: procuró atraerse su benevolencia con grandes obsequios. Les dijo que era súbdito de D. Carlos de Austria, el mayor monarca de Oriente, cuya bondad, grandeza y poder encareció con las mas hermosas expresiones; y añadió que su soberano, habiendo tenido noticia de aquellas tierras y del señor que mandaba en ellas, lo enviaba á comunicarle cosas de suma importancia, por lo que deseaba saber dónde le convendría recibir la embajada. Uno de los embajadores mexicanos le contestó, que haría saber á su rey el objeto que conducía á los españoles á aquellos países, y le presentó el regalo que aquél había enviado, consistiendo este en algunas alhajas de oro, obras curiosas de plumas, diez cargas de trajes finos de algodón, y muchos víveres. Cortés aceptó el regalo con singulares demostraciones de gratitud, y correspondió con otro de objetos de poco valor, pero muy estimados entre los indios, por ser para ellos enteramente nuevos.

Habían ido con los embajadores varios pintores, con el objeto de sacar los trajes y las armas de los españoles. Conociendo Cortés su intención, mandó que su caballería corriese por la playa haciendo algunas evoluciones militares, y que se disparase al mismo tiempo toda la artillería; lo que fué observado con mucho asombro por los embajadores y su comitiva. Entre las armas de los españoles, observó Teuhatlile (uno de los embajadores mexicanos), una celada dorada, que por ser muy semejante á otra que tenía uno de los principales ídolos de México, la pidió á Cortés para enseñársela á su rey: Cortés la dió, con la condición de que se la



— 77 —

devolverian llena de oro en polvo, bajo el pretexto de ver si el oro que se sacaba de las minas de México, era igual al de su patria.

Concluidas las pinturas, se despidió Teuhtlile de Cortés, ofreciéndole volver dentro de pocos días con la respuesta de su soberano, y dejando en su lugar á Cuatlalpitoc, su compañero, para que proveyese á los españoles de cuanto necesitasen.

Motenczoma, al recibir tan extrañas noticias, se llenó de inquietud, y al instante consultó á sus oráculos acerca de aquellos hombres tan extraños, recibiendo la respuesta de que jamás los admitiese en su capital. Mas para proceder con acierto, mandó á los españoles un regalo y una embajada con un alto personaje de su corte. Los españoles, á los siete días de la despedida de Teuhtlile, le vieron volver, acompañado del alto personage y de mas de cien hombres de carga que conducían el regalo. Llegado el embajador á presencia de Cortés, tocó con la mano el suelo, luego la llevó á la boca, incensó á Cortés y á otros oficiales que se hallaban á sus lados, y despues de estas ceremonias y de una arenga en que daba á los españoles la bienvenida, mandó que presentasen el regalo. Consistia éste en muchos objetos de oro y plata, entre los cuales había algunos con piedras preciosas, y otros representaban figuras de leones, tigres y otros animales: en muchos excelentes trabajos de plumas con adornos de oro, y en la celada llena de este metal en polvo, como lo había pedido Cortés; pero lo que mas llamaba la atencion, eran dos láminas, una de oro y otra de plata, representando la primera el siglo



— 78 —

mexicano, teniendo en medio la imagen del sol, y en derredor otras de bajo relieve; y la segunda, en que estaba figurado el año mexicano, era de mayores dimensiones, y tenía en medio la imagen de la luna, y otras en derredor también de bajo relieve. Los españoles quedaron maravillados y contentos al ver tanta riqueza. Cortés recibió el presente con expresión de gratitud, y correspondió el regalo como pudo; pero lejos de desistir de su empeño como le suplicaba Moteuczoma por medio de su embajador, dijo á éste que hiciese ver al rey el disgusto que recibiría su soberano al ver frustradas sus esperanzas, y además le manifestase que los españoles estaban acostumbrados á vencer los obstáculos y las fatigas para conseguir su objeto. El embajador prometió decirlo todo á su rey, y se volvió en efecto para México.

Entre tanto Cortés, conociendo que no había de poder subsistir por más tiempo en aquella costa, á causa del riguroso calor y las incomodidades que ofrecían el clima y el terreno, mandó dos buques al mando del capitán Montejo, para que costeando hacia el Pánuco, buscase un puerto más seguro: volvió aquella expedición al cabo de pocos días, con la noticia de haber hallado á treinta y seis millas de Ulúa, un puerto próximo á una ciudad edificada en una provincia fuerte.

Mientras pasaba esto, volvió Teuhatlile al campo de los españoles, y llamando aparte á Cortés con los intérpretes, le dijo que su señor Moteuczuma envíaba aquel regalo para el rey de España: que le deseaba muchas felicidades, pero que no volviese á mandarle mensajes, ni pen-



— 79 —

sase en hacer el viage á la capital. El presente era semejante á los anteriores, y en él iban cuatro joyas tan estimadas por los mexicanos, que segun afirmó el mismo Teuhtlile, cada una de ellas valia cuatro cargas de oro. Mucho sintió Cortés la repulsa de Moteuczoma; pero no desistió de su pensamiento, pues el aliciente de la riqueza, excitaba mas y mas la constancia de su ánimo.

Observó Teuhtlile que los españoles se arrodillaban al oír los toques de la campana del Ave María, delante de una cruz, y lleno de admiracion preguntó por qué adoraban aquel leño. De allí tomó ocasión el padre Olmedo para declararle los principales artículos de la fe cristiana; mas fué inútil su discurso.

Al dia siguiente se hallaron los españoles tan abandonados por los mexicanos, que ni uno solo se veia en toda la playa. Esta novedad causó graves temores á los españoles, y el mismo Cortés mandó asegurar los víveres en los barcos, y poner la tropa sobre las armas. En este mismo dia, de tanta consternacion para los españoles, dos soldados que hacian la guardia, vieron venir hacia ellos cinco hombres algo diferentes de los mexicanos en los trajes y adornos: conducidos á la presencia de Cortés, dijeron que eran de la nación Totonaca, y enviados por el señor de Cempoala, ciudad poco distante de aquel lugar, para saludar á aquellos extrangeros, y para rogarles pasasen á aquel pueblo, donde serian bien recibidos.

Al instante Cortés dió orden á sus tropas de salir para Cempoala, teniendo antes que vencer algunas difi-



— 80 —

cultades que halló entre sus soldados: algunos de éstos, cansados de las incomodidades que habian sufrido, y deseosos del descanso, rogaron al general que volviese á Cuba; mas habiendo conseguido Cortés sasegar los ánimos de los descontentos, ser confirmado en el mando de sus tropas y vencer todos los obstáculos que se le oponían, se puso en camino con su gente, deseoso de proporcionarse aliados, y de escoger un buen sitio para la fundacion de la colonia que pensaba establecer.

Tres millas antes de llegar á Cempoala, le salieron al encuentro veinte sujetos de distincion, y le presentaron un refresco de piñas y otras frutas del pais; lo saludaron á nombre de su señor, á quien excusaron de no haber ido en persona, por impedirselo sus dolencias.

Cuando los españoles llegaron al templo mayor, salió á recibirlos á la puerta del atrio, el señor de aquel Estado, que aunque casi incapaz de movimiento por su desmesurada gordura, era hombre hábil e ingenioso.

CAPITULO II.

Continuacion del anterior.

Despues de haber saludado e incensado á Cortés, el señor de Cempoala le pidió permiso para retirarse, prometiendo volver luego que todos hubiesen descansado de las fatigas del viage. Los españoles fueron alojados muy bien en unos grandes y hermosos edificios, y fiel á su promesa, el señor de Cempoala volvió á ver á Cortés: en la conferencia que tuvieron, ponderó éste por



— 81 —

medio de sus intérpretes, la grandeza y poder de su soberano, añadiendo que lo había enviado á aquellos países encargándole muchas comisiones importantes, y entre ellas, la de dar auxilio á la inocencia oprimida. Concluyó ofreciéndole su persona y sus tropas, á cuyo ofrecimiento el señor de Cempoala se lamentó de las desventuras de su pueblo. Dijo que los totonaques habían sido libres, pero que pocos años antes habían recibido el yugo de los mexicanos, cuyo poder era grande, y mas todavía su despotismo. Cortés se mostró compadecido de sus desgracias, y le prometió sus auxilios; pero entre tanto, quiso pasar á Quiahuitztlá, para informarse del estado de sus buques.

Al dia siguiente se presentaron á Cortés cuatrocientos hombres de carga para conducir su bagaje, y los españoles pasaron á Quiahuitztlá, pequeña ciudad colocada sobre un monte áspero, á poco mas de doce millas de Cempoala hacia el Norte, y á tres del nuevo puerto. Allí tuvieron otra conferencia el señor de Cempoala y Cortés; y en tanto que discurrían sobre los negocios de la independencia, llegaron con gran séquito cinco nobles mexicanos, recaudadores de los tributos, los cuales se encolerizaron contra los totonaques por haber recibido á aquellos extranjeros sin permiso del rey de México, y exigieron víctimas humanas para sacrificarlas en expiación de aquel delito. Esto causó en la ciudad una consternación general; mas informado Cortés de la causa de ella, sugirió al señor de Cempoala el atrevido pensamiento de apoderarse de los recaudadores, y encerrarlos en una prisión. Fueron, pues, encerrados éstos



— 82 —

en jaulas, y apenas los totonaques dieron este paso, reanimado su valor, quisieron sacrificar á los mexicanos aquella noche. Cortés los disuadió de este designio, y dió órden á sus soldados de sacar por la noche á los prisioneros, y de conducirlos á su presencia cautelosamente. Luego que estuvieron los mexicanos en su presencia, le hicieron mil demostraciones de gratitud, y le aconsejaron que no se fiase de sus bárbaros y pérpidos huéspedes. Cortés les encargó dijesen á su soberano, que le había afligido mucho aquel atentado, cometido por los totonaques, y que pondría en libertad á los otros tres que aun estaban presos, como lo había hecho con ellos. Marcharon éstos inmediatamente, conducidos por los españoles mas allá de los límites de aquella provincia. Cortés al dia siguiente se mostró muy irritado contra los guardias porque habían dejado escapar á aquellos prisioneros; y para que no sucediese lo mismo con los otros, mandó llevarlos encadenados á sus buques, y de allí á poco los puso tambien en libertad.

Hizo correr la voz por todas aquellas montañas, que los totonaques eran libres del tributo que pagaban al rey de México, y que si llegaban otros recaudadores se lo hiciesen saber para apoderarse de ellos. Con esta noticia se despertó en toda la nación la esperanza de la libertad, y empezaron á venir á Quiahuitztlá otros muchos señores, á dar las gracias á su supuesto libertador, quien despues de haberse asegurado de la sinceridad de los totonaques, e informándose de sus fuerzas, se valió de aquel momento oportuno para persuadir á aquella nación á que prestase obediencia al rey de España, ce-



— 83 —

lebrándose este acto con varias formalidades legales.

Concluido esto, se despidió Cortés de aquellos señores, para ir á poner en ejecucion un proyecto de suma importancia, cual era el de fundar una colonia que le pudiese servir de refugio en caso de una desgracia. Fundóse en efecto esta colonia, en el mismo pais de los totonaques, en una llanura situada al pie del monte Quiahuitzla, á doce millas al Norte de Cempoala, y cerca del nuevo puerto. Llamáronla "Villa rica de la Vera-Cruz," por las riquezas que habian visto, y por haber desembarcado en viernes santo, siendo aquella la primera colonia de los españoles en el continente de la América Septentrional. Cortés fué el primero que echó mano á la obra para estimular á los otros, y con el auxilio de los totonaques, se construyó en breve un gran número de casas y una pequeña fortaleza, capaz de hacer resistencia á los mexicanos.

Entre tanto, habian llegado á México aquellos dos recaudadores que Cortés puso en libertad, y contado á Motecuzoma lo ocurrido, elogiando al general español. Motecuzoma, que queria mandar un ejército para castigar á los españoles y arrojarlos de sus dominios, se detuvo con aquella noticia, y agradecido á los servicios de aquel general, le envió dos sobrinos suyos, acompañados de muchos nobles y servidumbre, con un regalo de alhajas de oro de mucho valor. Dieron á nombre de su rey las gracias á Cortés, añadiendo que solo por consideracion á los españoles, no habia mandado un ejército contra los totonaques; pero que sus delitos no quedarian impunes. Cortés recibio el regalo, excusándose



— 84 —

de la amistad de los totonaques, con la necesidad que habia tenido de viveres; diciendo ademas á los embajadores, que sus aliados no podian pagar el tributo, porque no podian servir á dos señores al mismo tiempo, y que él pasaria á la corte para satisfacer personalmente al rey.

Luego que se volvieron los embajadores á su ciudad, Cortés dijo al señor de Cempoala (quien le presentaba ocho doncellas para que las tomasen por esposas los principales oficiales españoles), que no podia aceptarlas si no renunciaban antes á la idolatría, y abrazaban el cristianismo; é inflamado con la respuesta del señor de Cempoala el religioso celo de Cortés, mandó á sus soldados se apoderasen de todos los ídolos y los arrojasen por las escaleras del templo, lo cual ejecutaron los españoles, venciendo los obstáculos que les presentaban unos hombres idólatras y supersticiosos en sumo grado. Despues de haber hecho esto, mandó Cortés construir un altar al uso de los cristianos, colocando en él una imagen de la Santísima Virgen, é hizo desaparecer del templo las horribles manchas de sangre, mandando se puliesen y blanqueasen las paredes del templo. Las ocho doncellas, despues de haber sido suficientemente instruidas en la religion cristiana, recibieron el bautismo: Cortés volvió de Cempoala á la nueva colonia de la Vera-Cruz, y reforzó allí su pequeño ejército, con dos capitanes y diez soldados que llegaron de Cuba, á los que se unieron de allí á poco otros seis hombres que fueron tomados por engaño, de un buque de Jamaica. Pero antes de emprender el viage á México, Cortés quiso dar



— 85 —

cuenta al rey de España de lo que hasta entonces había ocurrido, y á fin de que sus noticias fuesen mejor recibidas, envió todo el oro que se había reunido, cediendo su parte, por instigaciones del mismo Cortés, todos los oficiales y soldados de la expedicion. Cortés, en su carta, prevenia al rey contra las tentativas del gobernador de Cuba; y á mas de ésta, se escribieron otras dos cartas, una por los magistrados de la nueva colonia, y otra por los primeros oficiales, pidiendo al rey de España confirmase á Cortés en los cargos de capitán general y de primer juez. Estas cartas, juntas con el regalo, fueron llevadas por los dos capitanes Alonso Hernández de Portocarrero, y Francisco de Montejo, que se hicieron á la vela el 16 de Julio de 1519.

Apenas habian salido éstos del puerto, Cortés llevó á cabo un proyecto que por si solo bastaria para dar á conocer la grandeza de su alma, e inmortalizá su nombre. Para quitar á sus soldados toda esperanza de volver á Cuba, y para reforzar su ejército con los marineros de la escuadra, indujo á dos de sus confidentes y á un piloto, en quien tenia mucha confianza, á que barrenasen en secreto uno ó dos buques, y persuadiesen á todos que se habian perdido por estar horadados por la broma, manifestando públicamente que los demás no podian servir por la misma causa, lo que no debia parecer extraño, por hallarse los buques hacia tres meses en el puerto. Valióse de este engaño para que no se conjurase contra él la gente, hallándose reducida á la necesidad de vencer ó morir. Todo se hizo como lo habia dispuesto; y con el consentimiento de todo el ejérci-



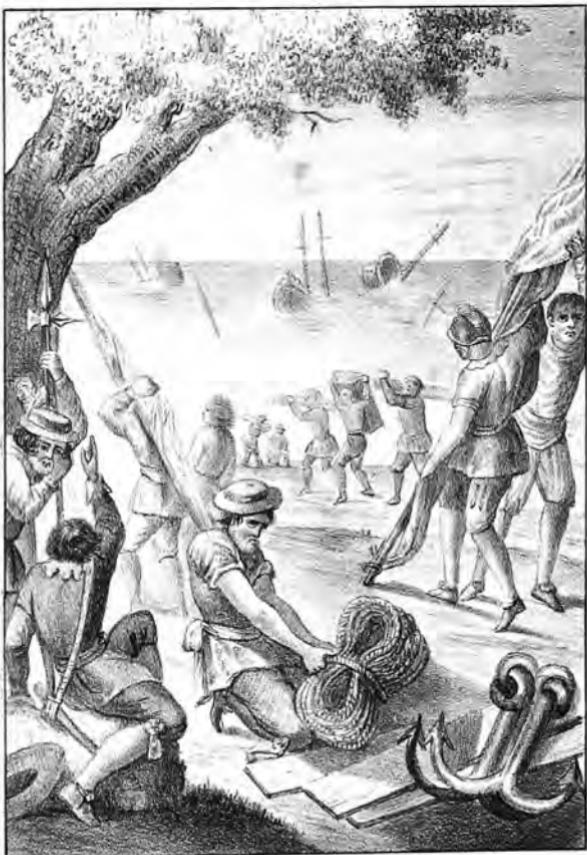
— 86 —

to, despues de haber sacado de los bajeles las velas, las cuerdas, la clavazon y cuanto podia ser de utilidad, se echaron á pique todos los buques.

Concluido esto, ratificada la alianza con los totonaques, y dadas las órdenes convenientes para el adelanto y seguridad de la nueva colonia, se dispuso Cortés á emprender su viage á México. Dejó en Vera-Cruz cincuenta hombres al mando de Juan de Escalante, uno de los mejores oficiales del ejército; encargó á los totonaques que ayudasen á los españoles á concluir la fortaleza, y se puso en camino el 16 de Agosto, con cuatrocientos quince peones españoles, diez y seis caballos, doscientos hombres de carga y algunas tropas totonaques, entre las que iban cuarenta nobles que Cortés llevó consigo, ó para que lo auxiliasen, ó como en rehenes de aquella nacion.

Encaminóse por Talapan á Tejotla; y despues de haber atravesado algunas montañas desiertas, llegó á esta (1), ciudad considerable y con buenos edificios, entre los que se alzaban trece templos y el palacio del señor, construido de cal y canto, siendo este la fábrica mas completa que los españoles habian visto hasta entonces en el Nuevo Mundo. Despues de haber propuesto Cortés al señor de Tejotla que prestase obediencia al rey de España, y recibido una negativa de aquel, se dirigió con su ejército á Iztacmajtitlan, cuya poblacion se extendia por diez ó doce millas, en dos hileras de casas edificadas sobre los dos márgenes de un riachuelo que

(1) Bernal Diaz y Solis, llaman á esta ciudad Zocotlan.



*Cortés hecha à pique las naves y reserva
el velamen clavazon y demás pertrechos.*



— 87 —

corre por medio de aquel largo y estrecho valle, habiendo antes mandado una embajada á los tlaxcaltecas pidiendo permiso de pasar por sus tierras. Los españoles fueron muy bien acogidos y regalados en Iztacmajtitlan, lo mismo que en Jocotla.

Entre tanto, se ventilaba en el senado de Tlaxcala su solicitud. Toda aquella ciudad se había alterado con la noticia de la llegada de los españoles, y especialmente con los informes que dieron los embajadores de Cempoala acerca de su aspecto y de su valor, del tamaño de sus buques, de la agilidad y fuerza de sus caballos y del tronido destructor de su artillería. Regian á la sazon aquella república, Xicotencatl, señor del cuartel Tizatlan, Maxijcatzin, señor de Ocotelolco y general de las armas de la república, Tlehuejolotzin, señor de Tepeticpac, y Citlalpopocatzin, señor de Quiahuitztlán. Luego que los mensajeros expusieron su embajada, Maxijcatzin les respondió que daban las gracias á los señores totonaques por las noticias que les comunicaban, y á los valientes extranjeros por el socorro que se ofrecían á prestarles; pero que se necesitaba algun tiempo para deliberar sobre un punto de tanta importancia: que entre tanto se retirasen á su alojamiento, donde serían tratados con la distinción que correspondía á su nacimiento. Retiráronse los mensajeros y el senado quedó en deliberacion. Fueron muy diversas las opiniones de los dos principales miembros del senado: Maxijcatzin estaba por la paz, mientras el anciano Xicotencatl opinaba por la guerra. En tales circunstancias, Temitoltecatl, uno de los senadores, sugirió un medio para



— 88 —

conciliar ambas opiniones. Propuso que se enviase á aquellos extranjeros una respuesta cortés y amistosa, y que al mismo tiempo se diese órden á Xicotencatl el jóven, de que se opusiese con un ejército de otomites al paso de aquellos, disculpándose en caso de ser derrotadas las tropas de la república, con hacer ver que los otomites emprendieron la guerra sin consentimiento del senado. Aceptóse en esto la propuesta de Temioltecatl, y se dió aviso de lo ocurrido á Xicotencatl, jóven intrépido, que aceptó con gusto un encargo que le daba ocasión de lucir su valor.

Los españoles, despues de haber esperado ocho dias la respuesta de los tlaxcaltecas, marcharon en buen órden hasta la muralla que separaba los dominios de Méjico y Tlaxcala. La salida del muro, que siempre estaba guardada por tropas otomites, se hallaba abierta, y los españoles entraron sin obstáculo al territorio de la república, el 31 de Agosto. El mismo dia se dejaron ver algunos indios armados, y queriendo alcanzarlos la caballería de descubierta para saber por ellos la resolucion del senado, fueron muertos dos caballos, y heridos otros tres y dos hombres; pérdida muy grande para una caballería tan reducida. Presentóse en seguida una fuerza que parecía como de cuatro mil hombres, contra los cuales avanzaron los españoles y los aliados, poniéndolos en derrota y quedando muertos ochenta otomites. De allí á poco llegaron dos embajadores tlaxcaltecas, los cuales cumplimentaron á Cortés á nombre del senado, y le hicieron saber el permiso que se le concedia de pasar por las tierras de Tlaxcala.



— 89 —

Al dia siguiente marchó el ejército hasta la proximidad de unas montañas, entre las cuales había unos barrancos. Allí lo alcanzaron los otros dos mensajeros de Cempoala, quienes dijeron á Cortés que los tlaxcaltecas los habían aprisionado y destinádoles al sacrificio, del cual se habían libertado, habiendo podido desatarse uno á otro. Esta relación era falsa. Lo verosímil es, que los tlaxcaltecas, después de haber mandado los primeros, los entretuvieron para mandarlos después de haber sido probadas las fuerzas de los españoles, y que impacientes por volver al ejército, se fugaron ocultamente procurando justificarse con aquel pretexto.

Apenas habían concluido los mensajeros su relación, se dejaron ver como mil tlaxcaltecas, los cuales, al punto que descubrieron á los españoles, empezaron á tirarles flechas, piedras y dardos. Cortés, viendo que sus reconvenencias y protestas eran inútiles, dió orden de atacarlos. Los tlaxcaltecas se retiraron atrayendo á los españoles á los barrancos, donde no podían manejar los caballos, y donde los esperaba un grande ejército (1). Allí se dió un ataque terrible en que los españoles se creyeron perdidos; pero reunidos en el mejor orden que pudieron, y animados con las exhortaciones de su general, se desembarazaron de aquel peligro, y entrando en la llanura, hicieron tal estrago en los enemigos con la artillería y con los caballos, que los obligaron á retirarse. De los tlaxcaltecas hubo un gran número de

(1) Bernal Diaz dice que el ejército tlaxcalteca era de cuarenta mil hombres: Cortés que pasaba de cien mil, y otros escritores que era de treinta mil.



— 90 —

heridos y no poco de muertos. De los españoles, aunque hubo quince heridos gravemente, solo uno murió al siguiente dia. En esta accion hubo un famoso duelo entre un capitán tlaxcalteca y un noble cempoalteca: los dos pelearon bravamente largo rato á vista de los dos ejércitos: mas al fin venció el cempoalteca, quien habiendo arrojado al suelo á su contrario, le cortó la cabeza y la llevó en triunfo á los suyos, los que celebraron la victoria con aclamaciones y música militar. El sitio en que se dió esta batalla se llamaba Teoatzinco, es decir, lugar del agua divina.

CAPITULO III.

Continúa la guerra de Tlaxcala.—Nueva embajada de Moteuczoma.—Paz y confederación con los tlaxcaltecas.—Entrada de los españoles á Tlaxcala.

Despues de la batalla, los españoles acamparon en una colina, á distancia de cerca de diez y ocho millas de Tlaxcala, y para obligar á los tlaxcaltecas á recibir la amistad que se les ofrecía, salió Cortés el 3 de Septiembre con su caballería, cien peones, cuatrocientos cempoaltecas y trescientos mexicanos de la guarnición de Iztacmajtitlan: quemó cinco ó seis caseríos vecinos, é hizo cuatrocientos prisioneros; y despues de haberles obsequiado y regalado, los puso en libertad, encargando á los principales de ellos, que fuesen de su parte á ofrecer la paz á los caudillos de su nación. Estos se dirigieron luego á Xicotencatl el jóven, quien estaba



— 91 —

acampado con un gran ejército á seis millas de distancia de aquella colina, y respondió, que si los españoles querian tratar de paz, que fuesen á la capital, donde serian víctimas consagradas á sus dioses, y sus carnes manjar de los tlaxcaltecas: que por su parte, al dia siguiente les mandaria una persona con la respuesta decisiva. Esta resolucion, comunicada á los españoles por los mismos mensajeros, los puso en tal consternacion, que pasaron lá noche preparándose á morir, bien que sin descuidar por esto las precauciones necesarias á su defensa.

Al dia siguiente, 5 de Setiembre, se presentó el ejército tlaxcalteca, no menos terrible á la vista por el numero de soldados que lo componian, que por la variedad de penachos y otros adornos militares que ostentaban los guerreros. El ejército tlaxcalteca se dividia en cinco huestes de diez mil hombres cada una, llevando estas sus respectivos estandartes, y á retaguardia, segun la costumbre de aquellos pueblos, venia la insignia comun y principal de la república. El arrogante Xicotencatl, para dar á entender el poco caso que hacia de los españoles, les envió un regalo de trescientos pavos y doscientas canastas de *tamalli*, exhortándolos á restaurar sus fuerzas para la batalla. De allí á poco mandó dos mil hombres para que atacasen el campamento de los españoles: este asalto fué tan violento, que forzando las trincheras, entraron en el campo y combatieron cuerpo á cuerpo con los españoles; y hubieran conseguido la victoria, si la discordia suscitada entre ellos, no hubiera facilitado el triunfo á sus enemigos. El hi-



— 92 —

jo de Chichimeca-teuctli (1), que mandaba las tropas de su padre, habiendo sido injuriado por el arrogante Xicotencatl, se indignó de tal modo, que lo desafió á un combate singular que decidiese de su valor y de su suerte; y no habiendo obtenido aquella satisfaccion, retiró del campo las tropas que mandaba, induciendo á Tlехuejolotzin á que hiciera lo mismo. A pesar de la diminucion del ejército, la batalla fué obstinada y sanguinaria. Los españoles, despues de haber rechazado valerosamente á las tropas que asaltaron su campamento, marcharon en órden de batalla contra el ejército de Tlaxcala. Los estragos que hacia la artillería en su agolpada muchedumbre, no bastaba á hacerles volver la espalda, ni aun impedian que se llenasen prontamente los huecos que dejaban los muertos. Finalmente, despues de cuatro horas de combate volvieron los españoles victoriosos á su campo, aunque no cesaron los tlaxcaltecas de molestarlos en el curso de aquel mismo dia. De los españoles faltó un solo hombre, y fueron heridos sesenta, y todos los caballos. Los tlaxcaltecas tuvieron muchos muertos; pero no se vió un solo cadáver por la presteza con que los retiraban del campo de batalla.

Disgustado Xicotencatl del éxito de aquella accion, consultó á los adivinos, quienes respondieron que aquellos extranjeros, como hijos del sol, no podian ser vencidos de dia; pero que por la noche, faltándoles la influencia de aquel astro, podian ser exterminados. En

(1) Uno de los principales señores de la república de Tlaxcala.



— 93 —

virtud de esta contestacion, resolvio Xicotencatl atacar á los españoles por la noche; mas para no errar el golpe, quiso informarse de las fuerzas y disposiciones del campamento enemigo, mandando al efecto cincuenta hombres á Cortés con un regalo; mas advertido este de las intenciones de los embajadores, llamó aparte á algunos de estos, quienes declararon que Xicotencatl debia dar el asalto la noche siguiente, y que habian sido enviados para examinar el sitio por donde seria mas fácil la entrada. Cortés, despues de haber escuchado su confession, les hizo cortar las manos y los mandó á Xicotencatl, mandando decir á éste, que tanto de dia como de noche, estaba dispuesto para la batalla; y pareciéndole aquella ocasion favorable para el ataque, antes que los enemigos estuviesen dispuestos para el asalto, salió al anochecer con un buen número de tropas y con sus caballos, á los que hizo poner campanillas en los pretales, y marchó al encuentro de los enemigos que ya se encaminaban hacia el campamento. La vista del castigo impuesto á los espías y el miedo de las campanillas en el silencio y en la oscuridad de la noche, inspiraron tanto miedo á los tlaxcaltecas, que huyeron inmediatamente, y el mismo Xicotencatl volvió lleno de confusion y vergüenza á la capital. Tomó de allí ocasión Maxijatzin para inculcar su primer pensamiento, añadiendo á las razones que ya habia expuesto, la experiencia de tantas acciones perdidas, lo que bastó á mover el ánimo de todo el senado á la paz.

Mientras se ventilaba este negocio en el senado de Tlaxcala, Moteuczoma recibió la noticia de los triunfos



de los españoles, y temiendo que se uniesen con los tlaxcaltecas, llamó al rey de Tetzcuco, su sobrino, al príncipe Cuitlahuatzin y á otros consejeros, para deliberar acerca de un negocio de tanta importancia. El rey de Tetzcuco fué de parecer que los españoles debían ser bien recibidos en cualquier punto en que estuviesen, y el príncipe Cuitlahuatzin fué de opinión contraria, diciendo que por ningún motivo debían ser aquellos recibidos en la capital. De los consejeros, unos se adhirieron á la primera opinión y otros á la segunda, á la cual se mostró mas inclinado Motecuzoma. Este desventurado monarca no veía por todas partes mas que objetos y motivos de terror. La inminente confederación de los españoles con los tlaxcaltecas, lo ponía en suma inquietud. Por otra parte, temía que se aliase Cortés con Ixtlilxochitl, su enemigo declarado, el cual, desde que conspiró contra el rey de Tetzcuco, su hermano, no había dejado las armas, y á la sazón se hallaba en Otompan ó Otumba, con un formidable ejército.

Envió seis embajadores á Cortés con mil trajes curiosos de algodón y una buena cantidad de oro, mandándoles que le diesen la enhorabuena por sus victorias y le prometiesen mayores regalos si desistía de su viaje á México. Cortés recibió á los embajadores con los honores debidos á su carácter, y les manifestó cuán agradecido estaba á la bondad de tan gran monarca; pero los entretuvo con algunos pretextos, esperando que se empeñase algun encuentro con los tlaxcaltecas que acreditase á los mexicanos el valor de sus tropas y la superioridad de las armas españolas. Efectivamente,



— 95 —

no tardó en presentarse la ocasión que tanto deseaba. Tres batallones enemigos atacaron el campamento español, con aullidos espantosos y con una tempestad de flechas. Cortés montó á caballo y salió intrépidamente contra los tlaxcaltecas, á los que derrotó sin mucho esfuerzo, á vista de los embajadores.

Persuadidos al fin los partidarios del viejo Xicotencatl de que no convenía á la república la guerra contra los españoles, resolvieron hacer la paz, y tomaron por mediador de ella al mismo que había hecho la guerra. Xicotencatl, que al principio rehusó aquel encargo por vergüenza, se vió obligado á aceptar la comisión. Pasó, pues, al campo de los españoles, saludó á Cortés, y se excusó de las hostilidades con el pretexto de haberlo creido aliado de los mexicanos, tanto por los regalos que el rey de aquellos le había hecho, como por el gran número de gente que traía consigo. Prometió una paz firme y una alianza eterna entre tlaxcaltecas y españoles, y le presentó un poco de oro y algunas cargas de vestidos de algodón.

Hecha la paz y despedido Xicotencatl, hizo Cortés celebrar el santo sacrificio de la misa en acción de gracias al Altísimo.

En el mismo campo en que había oido á los embajadores de Tlaxcala, recibió Cortés á los de la república de Huejotzinco y á los del príncipe Ixtlilxochitl. Los huejotzinques, que antes habían sido aliados de los mexicanos y enemigos de los tlaxcaltecas, se habían sustraído al dominio de aquellos y confederado con estos, que eran sus vecinos, y por esto siguieron su ejemplo



— 96 —

uniéndose con los españoles. El príncipe Ixtlilxochitl envió á Cortés embajadores para felicitarlo por sus triunfos y para convadirlo á seguir su viage por Teotlalpan, donde quería unir sus fuerzas con las de los españoles para hacer la guerra al rey de México. Cortés, después de haberse informado de la calidad de las pretensiones y de las fuerzas de aquel príncipe, aceptó gustoso su alianza y se ofreció á colocarlo en el trono de Acolhuacan.

Al mismo tiempo llegó de la capital un embajador mexicano con un presente de joyas de oro que importaban una suma considerable, y de doscientos preciosos trajes de plumas, y con nuevas instancias de Moteuczoma para disuadirló de su viage á México y de la alianza con los tlaxcaltecas.

Seis días habían pasado después de la paz con la república de Tlaxcala, cuando los cuatro jefes de ella, para obligar á Cortés á ir á la ciudad, se hicieron llevar en sillones portátiles á su campo con gran acompañamiento. Las demostraciones de júbilo fueron extraordinarias por una y otra parte; y aquel ilustre senado, no contento con ratificar su alianza, prestó obediencia exponeramente al rey de España. Quejáronse en términos amistosos de la desconfianza del caudillo español, y con sus ruegos lo indujeron á ponerse en camino al dia siguiente para Tlaxcala; pero antes de verificarlo, Cortés tuvo que vencer algunos obstáculos que le presentó el desaliento de sus soldados. Pusose efectivamente en camino con el ejército, y por todas las ciudades del tránsito fué recibido con toda la magnificencia



— 97 —

possible. El dia 26 de Setiembre de 1519 entraron los españoles á la ciudad de Tlaxcala, bajo arcos de flores y entre el rumor de la música y las aclamaciones que sonaban por todas partes.

Era entonces la ciudad de Tlaxcala una de las principales del Anáhuac: en ella se habian dispuesto magníficos alojamientos á los españoles, y para darles una muestra sincera de su amistad, presentaron á Cortés trescientas bellas jóvenes, que rehusó diciendo que su religion condenaba la poligamia. A pesar de su repulsa volvieron á ofrecerle cinco de la primera nobleza, que aceptó para estrechar mas los vínculos de su amistad con la república. Estas doncellas fueron prontamente instruidas y recibieron solemnemente el bautismo en un templo que Cortés mandó asear y componer para celebrar los misterios de la religion cristiana, y se casaron con los principales capitanes españoles, Velazquez de Leon, Alvarado, Olid, Sandoval y Avila.

Estimulado por estos auspicios, Cortés quiso persuadir á los tlaxcaltecas que abandonasen el culto de los ídolos, y con sus continuas exhortaciones consiguió que el senado, movido de sus doctrinas, mandase romper las jaulas donde se guardaban los prisioneros y los esclavos, para ser sacrificados á los dioses.

Así se establecia y se aumentaba la alianza de los tlaxcaltecas y los españoles, quienes despues de haber adquirido en el tiempo que permanecieron en Tlaxcala una noticia exacta de la situacion de la ciudad de México, de las fuerzas con que contaba y de todo lo que



— 98 —

podía coadyuvar á la realizacion de sus designios, determinaron continuar su viage, regalando antes á los tlaxcaltecas un gran número de los trajes mas hermosos que les habia enviado Moteuczoma. Los embajadores mexicanos querian que Cortés se dirigiera á México por Cholula, donde decian se habia preparado alojamiento para toda su gente. Los tlaxcaltecas lo disuadian de aquél plan; manifestándole la perfidia de los choluleses, y aconsejándole se encaminase por Hueotzinco, Estado confederado con los tlaxcaltecas y españoles; pero Cortés se resolvió á ir por Cholula, tanto para complacer á los embajadores mexicanos, como para demostrar á los tlaxcaltecas el poco caso que hacia de las fuerzas de sus enemigos.

Los choluleses habian sido aliados de Tlaxcala; pero á la llegada de los españoles se habian confederado con los mexicanos. Cortés envió cuatro nobles tlaxcaltecas á Cholula, para saber por qué razon no habian tenido con él la consideracion que tuvieron los hueotzinques. Los choluleses contestaron excusándose con la enemistad de los tlaxcaltecas, y mandaron la respuesta con cuatro plebeyos, en demostracion de desprecio. Aconsejado Cortés por los tlaxcaltecas, mandó decir á los choluleses que la embajada de un monarca tan grande como el rey de España, no debia confiarse á tan viles mensageros, cuando ni ellos mismos eran dignos de recibirla: que el rey católico era el único dueño de aquellos paises; que los que se sometiesen serian honrados y los que no lo hiciesen serian castigados con severidad: que por tanto, compareciesen dentro de tres



— 99 —

dias á prestar obediencia al rey de España, y que si así no lo hacian, serian tratados como enemigos. Los choluleses se presentaron al dia siguiente á los españoles, y excusándose de su falta con su enemistad con los tlaxcaltecas, se declararon no solo amigos de los españoles, sino vasallos del rey de España.

—
CAPITULO IV.

Catástrofe y sumision de Cholula.—Llegada de los españoles.—Visita del rey de Tetzcuco á Cortés.—Entrada de los españoles á Tetzcuco é Iztapalapan.—Entrada á México.

Resuelto el viage para Cholula, salió Cortés de Tlaxcala con toda su gente y con un gran número de tropas de aquella república. Antes de llegar, salieron á recibirlo los principales señores de aquella ciudad, á la cual entró con las mismas aclamaciones que en Tlaxcala. Fué alojado Cortés con su ejército en unas casas grandes, donde al principio fué provisto de víveres; pero muy en breve empezaron á escaseárselos, hasta llegar el caso de que solo le suministrasen agua y leña. No fué este el único indicio que dieron los de Cholula de sus intenciones hostiles, pues á cada instante se ofrecían nuevos anuncios de la traicion que meditaban. Los aliados cempoaltecas habian observado que en las calles de la ciudad se estaban construyendo unos grandes agujeros en que se plantaban estacas agudas, que cubrian despues con tierra, con el objeto de inutilizar los caballos. A mas de esto, se estaban saliendo de



— 100 —

la ciudad las mugeres y los niños, y se fabricaban trincheras en las calles. Finalmente, una señora de Cholula rogó á Doña Marina se salvase en su casa del riesgo que amenazaba á los españoles, con lo que tuvo ocasión de saber que los choluleses habian declarado el exterminio de los españoles, ayudados por veinte mil mexicanos que estaban acampados cerca de la ciudad.

Viéndose Cortés en tan grave peligro, determinó emplear todos los medios oportunos para salvarse. Mandó llamar á los principales señores de Cholula, y les preguntó si tenian alguna queja contra los españoles. Ellos respondieron que estaban satisfechos de su conducta y pronto á servirlo: que cuando se resolviese á marchar seria abundantemente provisto de cuanto necesitase para el viage, y que se le darian fuerzas para su seguridad. Cortés aceptó la oferta y señaló el dia siguiente para su marcha. Reunió entonces á sus principales capitanes: les descubrió las péridas intenciones de aquellos hombres, y dió órden á las tropas auxiliares de que al dia siguiente al despuntar el sol, cayeran de pronto sobre Cholula, destruyendo cuanto encontrasen y respetando solo á las mugeres y á los niños.

Llegado el dia de la marcha, los señores de Cholula, con un gran número de tropas, entraron en el patio de los españoles á peticion de Cortés, quien montando á caballo, les reprendió agriamente por su conducta. Aquellos se disculparon con los mexicanos, y esta disculpa, en vez de ablandar á los españoles, no hizo mas que exaltar la cólera de Cortés, quien dada la señal del



— 101 —

ataque, hizo con su gente tantos estragos en las tropas de Cholula, que de todas las que estaban en el patio no quedó un solo hombre; y no teniendo ya que hacer en aquel lugar, salieron los españoles por las calles dando muerte á cuantos encontraban. Los tlaxcaltecas, entro tanto, se precipitaron furiosamente contra la ciudad aguijoneados por el odio que profesaban á los infelices habitantes de Cholula, los que reunidos en muchas huestes, hicieron por algun tiempo una vigorosa resistencia, hasta que notando los estragos que hacia en ellos la artillería, se desordenaron y se retiraron confundidos y amedrentados. Las casas y los templos fueron incendiados, y en tan horrible estrago perecieron mas de seis mil choluleses, quedando por tal mortandad despoblada la ciudad. Terminada la catástrofe recibió Cortés un ejército de veinte mil hombres al mando de Xicotencatl, á quien regaló una parte del botín, haciéndolo volver á Tlaxcala con su ejército, mandando decir al senado que por entonces no lo necesitaba; pero se reservó los seis mil tlaxcaltecas que le ayudaron en la destrucción de Cholula, á fin de que lo acompañasen en su viage á México.

Vuelto Cortés á su alojamiento, y cediendo á los ruegos de algunos nobles de Cholula que habian quedado como prisioneros, publicó un indulto general, y recibió el juramento de los choluleses, quienes se sometieron á la corona de España. Hizo ademas limpiar el templo mayor y enarboló en él el estandarte de la religion cristiana, dando á los habitantes de aquella ciudad algunas ideas acerca de ella.

Los embajadores mexicanos, que oyeron decir á Cor-



— 102 —

tés que entraría á México como enemigo, le suplicaron que antes de fijarse en tal resolucion, se informase de la verdad de los hechos ocurridos y de si los mexicanos habian tenido alguna parte en la traicion que intentaron los de Cholula. Uno de los embajadores propuso que pasaria á la corte á exponer al rey las quejas que Cortés tenia contra él. Consintió éste en tal resolucion, y al cabo de seis dias volvió el embajador trayendo un magnifico regalo de parte de Moteuczoma, quien daba las gracias á Cortés por el castigo que había dado á los choluleses, y aseguraba que el ejército que se había alistado para sorprender á los españoles, no había sido de mexicanos sino de algunos pueblos aliados con Cholula. Cortés agradeció el regalo y fingió dar crédito á las razones de Moteuczoma.

Tuvo Cortés noticia de las revoluciones que habian acaecido en Totonacapan, donde habia quedado Juan de Escalante con algunos soldados españoles, quienes prestaron su auxilio á los totonaques contra los mexicanos, consiguiendo salir victoriosos, aunque con la perdida del mismo gobernador y algunos soldados. Pero Cortés no quiso decir nada ni descubrir sus inquietudes por no desanimar á sus soldados.

No teniendo ya qué hacer en Cholula, continuó Cortés su viage para México con sus españoles, con seis mil tlaxcaltecas y algunas otras tropas de Cholula y Huejotzinco. En Izcallpan, pueblo huejotzinque, á quince millas de Cholula, salieron á recibirla y á cumplimentarlo los señores de aquel Estado, los que le dijeron que desde aquel punto habia dos caminos para México,



— 103 —

uno cómodo y abierto que pasaba por unas montañas, donde podia temerse una emboscada, y otro embarazado con árboles cortados á propósito, que era el mas corto y seguro. Siguió Cortés el consejo, y á despecho de los mexicanos mandó despejar el segundo camino, por donde hizo pasar su ejército. Siguió caminando por entre aquellos altos pinares y encinales, hasta llegar á la cumbre de un alto monte llamado Ithualco, entre los dos volcanes Popocatepec e Iztaccihuatl, donde encontraron unas casas grandes, destinadas para alojamiento de los mercaderes mexicanos. Allí tuvieron noticia de la atrevida empresa del capitán Diego de Ordaz, quien para dar á conocer á aquellos pueblos el valor de su nación, subió, con otros nueve soldados, á la altísima cumbre del Popocatepec, aunque no pudo observar el cráter de aquel volcán por impedírselo la nieve de que estaba cubierto y las nubes de humo y de ceniza que despedía de sus entrañas.

De la cima de Ithualco, observaron los españoles el hermosísimo valle de México, experimentando muy diversas sensaciones, porque unos solo veían su magnitud y su hermosura, mientras que otros median los peligros á que se exponían y deploraban en silencio la temeridad que los había conducido á aquellos sitios.

Entre tanto, Moteuczoma se retiró al palacio en que solía vivir en tiempos de duelo y de calamidad, y allí estuvo ocho días ayunando e implorando el auxilio de los dioses. Desde aquel retiro envió á Cortés un regalo magnífico, suplicándole no entrase á la ciudad; prometiéndole pagar anualmente un tributo al rey de



— 104 —

España, y dar al general cuatro cargas de oro y una á cada uno de los soldados y oficiales, si volvian atras del punto en que se hallaban (1). Cortés agradeció al rey de México su regalo y sus ofrecimientos; y le contestó que le era imposible volverse sin obedecer las órdenes que había recibido de su soberano.

En medio de la consternacion en que se hallaba, mandó Moteuczoma reunir su consejo, en el cual se mantuvieron en su opinion el rey de Tetzcuco y Cuitalhuatzin. Moteuczoma siguió el parecer del rey de Tetzcuco; pero encargó á este que fuese al encuentro de los extrangeros y procurase disuadirlos de su viage á México. Cortés, despedidos los embajadores, se dirigió con su ejército hacia Ajotzinco, pueblo situado á la orilla meridional del lago de Chalco, pasando por algunos pueblos donde fué muy bien recibido.

Al siguiente dia de haber llegado á aquel pueblo, llegaron cuatro nobles mexicanos con la noticia de que el rey de Tetzcuco venia á visitar al general español á nombre del rey de México. No tardó en llegar aquel personage en una litera adornada con hermosas plumas y seguida de una numerosa concurrencia de las noblezas mexicana y tetzcucana. Cuando llegó á vista de Cortés, bajó de la litera y empezó á andar precedido por algunos de sus servidores, que quitaban del camino cuanto podia ofender sus piés ó su vista. Los españoles quedaron maravillados de tanta grandeza, y por ella conjeturaron cuánta seria la del rey de México. Cor-

(1) Algunos historiadores juzgan que el ofrecimiento que hacia Moteuczoma valia mas de seis millones de pesos.



— 105 —

tés salió á recibirlo á la puerta de su alojamiento, y le hizo una profunda reverencia, á la que contestó el rey de Tetzcuco tocando el suelo con la mano y llevando ésta á la boca. Entró con aire noble y magestuoso, y habiendo tomado asiento, dió la enhorabuena al general y á sus capitanes por su feliz llegada, y aseguró los grandes deseos que tenía su tío el rey de Méjico de estrechar su amistad y vivir en buena correspondencia con el monarca de Levante, que los había enviado á aquellos países; pero al mismo tiempo exageró á Cortés las dificultades que había que superar antes de llegar á la capital, y le rogó que mudase de determinación si quería complacer al rey. Cortés le contestó, que si volvía atrás sin dar cumplimiento á las órdenes de su soberano, faltaría á su obligación y daria á su rey gran disgusto, especialmente después de haber vencido tan grandes dificultades. "Si eso es así, dijo el rey de Tetzcuco, entonces en la corte nos veremos;" y despidiéndose cortesmente, después de haber recibido algunas frioleras de Europa, dejó allí parte de la nobleza con el fin de que acompañase á Cortés.

De Ajotzinco marcharon los españoles á Cuitlahuac, sitiada en una isla del lago de Chalco, y aunque pequeña, una de las mas hermosas, segun dice Cortés, que habian visto hasta entonces. Marchaban los españoles alegrísimos al ver la multitud y hermosura de los pueblos que se veian en el lago, los templos y las torres que se levantaban sobre otros edificios, las arboledas, los huertos y jardines flotantes, los innumerables barcos que bogaban en todas direcciones. En Cuitla-



— 106 —

huac fueron muy bien alojados y obsequiados. El señor de aquella ciudad se quejó secretamente á Cortés de la tiranía del rey de México, se confederó con él y le hizo saber cuán cómodo era el camino para la capital, y la consternación en que habían puesto á Moteuczoma las respuestas de los oráculos.

De Cuauhtémoc se dirigieron los españoles á Iztapalapan. El príncipe Ixtlilxochitl, viendo que Cortés no había querido hacer el viaje por Capotlapán, resolvió salirle al encuentro en el camino de Iztapalapan, y marchó con este objeto á la cabeza de un gran ejército, pasando por la ciudad de Tetzcoco. Noticioso de esto Coanacotzin, su hermano, que desde los disgustos que habían tenido hacia tres años no lo había vuelto á tratar, le salió al encuentro, ó movido por el amor fraterno, ó seducido por la esperanza de mayores ventajas que con su unión podía grangearse; y habiendo tenido una conferencia, se reconciliaron y se pusieron de acuerdo para aliarse con los españoles.

Cortés, al ver tanta gente armada, no dejó de tener alguna inquietud; pero informado del objeto de la visita de aquellos señores, se tranquilizó completamente. Salió á recibirlos; y hechos mutuamente los cumplimientos de estilo, aquellos lo convidaron á pasar á Tetzcoco, cuyo convite aceptó Cortés por la utilidad que pensaba sacar de Ixtlilxochitl, cuyo afecto á los españoles le era muy conocido. Era entonces Tetzcoco, después de México, la más vasta y hermosa ciudad de todo el Anáhuac: su población comprendía las de Huejotla, Coatlichán y Atenco (que por estar contiguas á ella,



se consideraban como sus arrabales), y estaba, segun Torquemada, compuesta de ciento cuarenta mil casas.

Entró Cortés á aquella gran ciudad acompañado por los dos príncipes y por una parte de la nobleza acolhua, en medio de un concurso numeroso de espectadores. Fué alojado en el principal palacio del rey, donde el trato de su persona correspondia á la dignidad del alojamiento. Allí le expuso Ixtlilxochitl sus quejas contra Cacamatzin, y sus pretendidos derechos al reino de Acolhuacan. Cortés le prometió ponerlo en posesion del trono inmediatamente despues de terminadas sus negociaciones con Moiteuczoma, y sin detenerse mas se dirigió con su gente á Iztapalapan.

Era esta una grande y hermosa ciudad, situada hacia la punta de la pequeña península que media entre los dos lagos, el de Chalco al Mediodia y el de Tetzcoco al Norte. De esta ciudad se iba á México por un camino empedrado de siete millas de largo, y construidos sobre las aguas muchos años antes. La poblacion de Iztapalapan era de mas de doce mil casas, fabricadas en muchas isletas próximas unas á otras, junto á las cuales habia innumerables huertos y jardines flotantes. Mandaba á la sazon Cuitlahuatzin, hermano de Moiteuczoma y su inmediato sucesor en la corona de México. Aquel personage y su hermano Matlatzincaztzin, señor de Coyohuacan, acogieron al caudillo español con las mismas demostraciones que habian hecho los otros señores de los pueblos por donde habia pasado. Cumplimentó Cuitlahuatzin con una elegante arenga, y lo alojó con las tropas, que lo acompañaban en su mis-



— 108 —

mo palacio. Al dia siguiente marcharon los españoles por aquel gran camino que unia á Iztapalapan con México. Estaba cortado por siete pequeños canales para el paso de los barcos, y sobre ellos habia otros tantos puentes para la comodidad de los pasageros. Estos puentes se alzaban con facilidad cuando se queria impedir el paso á los extrangeros. Despues de haber pasado por Mexicatzinco y visto las ciudades de Colhuacan, Huitzilopochco, Coyohuacan y Mixcoac, fundadas en la orilla del lago, llegaron los españoles en medio de una muchedumbre inmensa de gente, á un lugar llamado Joloc, en que se unia aquel camino con el de Coyohuacan. Allí hizo alto el ejército para recibir el parabien de mas de mil mexicanos que venian todos uniformemente vestidos, y que al pasar el general español le hacian el acostumbrado cumplimiento de tocar el suelo y besarse la mano.

Terminada aquella ceremonia, que duró mas de una hora, continuaron los españoles su viage tan bien ordenados, como si fuesen á dar una batalla. Poco antes de llegar á la ciudad, tuvo noticia Cortés de que el rey de México salia á recibirlo, y de allí á poco se dejó ver con un numeroso y lucido acompañamiento. Precedian tres nobles que llevaban tres varas de oro levantadas, con las cuales se anunciaba al pueblo la presencia del rey. Venia Motenczoma ricamente vestido, sobre una litera cubierta de planchas de oro, que llevaban en hombros cuatro nobles, bajo un parasol de plumas verdes salpicado de alhajas del mismo metal. Llevaba pendiente de los hombros un manto adornado con riquísimas



— 109 —

mas joyas: en la cabeza una corona de oro y en las piernas unas suelas, tambien de oro, atadas con cordones de cuero, cubiertos de oro y piedras preciosas. Lo acompañaban doscientos señores, mejor vestidos que los otros nobles; pero todos descalzos y de dos en dos arrimados á las orillas de la calle, para manifestar su respeto al monarca. Cuando llegaron á verse el rey y el general español, bajaron, aquel de su litera y éste de su caballo, y Moteuczoma echó á andar apoyado en los brazos del rey de Tetzcuco y del señor de Iztapalapan. Cortés, despues de haberse inclinado profundamente, se acercó al rey para ponerle al cuello un cordon de oro con cuentas de vidrio, que parecian piedras preciosas, y el rey inclinó la cabeza para recibirlo; pero queriendo Cortés abrazarlo, no se lo permitieron los señores que apoyaban á aquel monarca. Declaróle el general en una arenga, su afecto y el placer que experimentaba al reconocer un monarca tan grande y poderoso. Moteuczoma respondió en pocas palabras, y hecha la ceremonia de estilo, le correspondió el regalo de las cuentas de vidrio con dos collares de hermoso nácar, del que pendian algunos cangrejos grandes de oro, hechos al natural. Encargó al príncipe Cuatlahuatzin que condujese á Cortés á su alojamiento, y se volvió con el rey de Tetzcuco. Tanto la nobleza como el pueblo, que desde las azoteas habia presenciado aquella escena, estaban aturdidos del honor con que su rey habia recibido al general español, el cual contribuyó á engrandecer la reputacion de los españoles. Estos marchaban tambien llenos de admiracion al ver la grandeza de la ciudad,



— 110 —

la magnificencia de los edificios y el número de habitantes. Continuaron caminando por espacio de milla y media dentro de la ciudad hasta el palacio de Ajayacatl, que debia servirles de alojamiento, y donde ya los estaba esperando Moteuczoma, que con este objeto les habia precedido. Cuando llegó Cortés á la puerta del palacio, le tomó Moteuczoma de la mano y lo introdujo á una gran sala; hízolo sentar en un reclinatorio cubierto de un hermoso tapete de algodon, y cerca de un muro adornado de una colgadura cubierta de oro y piedras; y despidiéndose cortesmente le dijo: "Vos y vuestros compañeros estais ya ahora en vuestra propia casa: comed y descansad, que yo volveré luego." Retirose el rey á su palacio, y al instante mandó Cortés hacer una salva de artillería para amedrentar con su estrépito á los mexicanos. En seguida pasó á examinar todas las habitaciones del palacio para distribuir los alojamientos á su tropa. Era tan grande aquel palacio, que se alojaron en él, cómodamente, todos los españoles y sus aliados, los cuales, con las mugeres y la servidumbre que los acompañaban, pasaban de siete mil personas. Reinaba por todas partes un aseo exquisito: casi todas las piezas tenian camas de esteras de juncos y de palma, segun el uso de aquellos paises, con rollos de lo mismo para que sirviesen de almohadas; y algunas habitaciones tenian el piso esterado y los muros cubiertos de algodon de distintos colores. Cortés distribuyó inmediatamente los guardias, formó con sus cañones una batería enfrente de la puerta de palacio, y empleó todo su esmero en fortificarse como si aguardase ser atacado.



— 111 —

aquel mismo dia por sus huéspedes los mexicanos. No tardó en presentarse á Cortés y á sus compañeros un banquete servido por la nobleza, mientras se distribuian á su ejército abundantes viveres, aunque de inferior calidad. Este dia memorable para los españoles y los mexicanos, fué el 8 de Noviembre de 1519, siete meses despues de la llegada de aquellos al Anáhuac.

CAPITULO V.

Conferencia de Moteuczoma con Cortés.—Prisión de Moteuczoma, del rey de Acolhuacan y de otros señores.—Suplicio de Quauhpopoca.—Derrota de Narvaez y sublevación de los mexicanos contra los españoles.

Despues de haber comido los españoles y dispuesto quanto concernia á su seguridad, volvió á visitarlos Moteuczoma con grande acompañamiento de nobles: Cortés salió á recibirlo, y los dos entraron juntos en la sala principal, donde inmediatamente se colocó otro reclinatorio al lado del general español. El rey le presentó muchas alhajas curiosas de pluma y mas de cinco mil vestidos finísimos de algodon. Habiendo Moteuczoma tomado asiento, hizo sentar á Cortés, y todos los circunstantes quedaron en pie. Cortés le manifestó su gratitud con expresiones elocuentes: queriendo continuar su discurso, Moteuczoma le interrumpió diciéndole que él y todos sus cortesanos eran testigos del placer que experimentaba por la feliz llegada de los españoles á la capital; y continuó diciendo una hermosa arenga *



— 112 —

en que le manifestó el placer que le había causado su llegada, y en la que hizo notoria tambien la falsedad de lo que habian contado á Cortés con respecto á él. Habló largamente sobre las diferentes fábulas que sus súbditos habian forjado respecto de los españoles, atribuyéndoles dones sobrenaturales, y dándoles atributos que solo corresponden á la divinidad. Cortés respondió á la arenga de Moteuczoma dándole las gracias por los beneficios que le había hecho y por el concepto ventajoso en que tenia á los españoles. Le dijo que era enviado por el mayor monarca de Europa, el cual queria establecer una amistad constante entre sus sucesores y el rey de México, y que el fin de su embajada era anunciarle la verdadera religion y darle algunos consejos importantes para mejorar su gobierno y hacer felices á sus pueblos. Aceptólo el rey, y habiéndose informado del grado y condicion de cada uno de los españoles, se despidió, enviándoles á poco un regalo que consistia en alhajas de oro y tres cargas de preciosos trajes de pluma para cada uno de los capitanes, y dos trajes de algodon para cada soldado.

Al dia siguiente, queriendo Cortés pagar la visita al rey, le mandó pedir audiencia, y la consiguió tan pronto, que los mismos que le llevaban la respuesta debian conducirlo á su presencia. Vistióse Cortés con las mas preciosas galas que tenia, y llevando consigo á los capitanes Alvarado, Sandoval, Velazquez de Leon y Ordaz, y cinco soldados de su ejército, fué introducido á la presencia de Moteuczoma, habiéndose descalzado él y sus compañeros y cubierto sus vestiduras con trajes



— 113 —

ordinarios, por respeto á la magestad del rey de Méjico. En esta entrevista hablaron largamente sobre el gobierno y las producciones de la Europa, y sobre la religion, en la cual Cortés intentó persuadir á Moteuczoma á que abandonase el culto de los ídolos y aboliese los sacrificios; pero no logró hacerlo vacilar un punto en sus creencias. El rey de Méjico dió en esta vez nuevos testimonios de su magnificencia, regalando á Cortés y sus capitanes algunas alhajas de oro, y diez cargas de vestidos finos de algodon y un collar de oro á cada soldado.

Habiendo regresado Cortés y sus compañeros á su alojamiento (de aquí en adelante le llamaremos cuartel), empezó á reflexionar seriamente sobre el peligro en que se hallaba en medio de una ciudad tan populosa: resolvió conciliarse el afecto de los nobles con una buena conducta y con modales obsequiosos y amables, y mandó á su gente que se portase de manera que no pudiesen quejarse de ellos los mexicanos; pero al mismo tiempo que parecia esmerarse en la conservacion de la paz, revolvía en su imaginacion mil planes atrevidos; y como para realizarlos necesitaba imponerse del estadio que guardaban las fortificaciones de la capital y las fuerzas militares del imperio, pidió permiso al rey para ver los palacios reales, el templo mayor y la plaza del mercado. Concediólo benignamente Moteuczoma sin sospechar alguna cosa del astuto general, ni previendo los resultados de su fácil indulgencia. Vieron, pues, los españoles cuanto quisieron, hallando en todas partes motivos de admiracion y de extrañeza.



— 114 —

Méjico estaba situada en una isla del lago de Tetzcoco, á quince millas al Poniente de esta capital y á cuatro de Tlacopan por el lado opuesto: se pasaba á la isla por tres grandes calzadas de tierra y piedra, construidas á propósito sobre el lago: la de Iztapalapan de siete millas de largo, la de Tlacopan al Poniente, de cerca de tres millas, y la de Tepeyacac, al Norte, de tres. Todas eran tan anchas, que podian ir de frente diez hombres á caballo por ellas. Ademas, habia otra mas estrecha para los acueductos de Chapultepec. El circuito de la ciudad era de mas de nueve millas, y el número de casas, de sesenta mil á lo menos. Estaba dividida en cuatro cuarteles, y cada cuartel en muchos barrios, cuyos nombres mexicanos se conservan aún entre los indios. Las líneas divisorias de los cuatro cuarteles, eran cuatro calles principales, correspondientes á las cuatro puertas del atrio del templo mayor. El primer cuartel llamado *Tecpan*, y hoy San Pablo, comprendia toda la parte de la poblacion que estaba entre las dos calles correspondientes á las puertas Meridional y Oriental: el segundo, *Moyotla*, hoy San Juan, la comprendida entre las calles Meridional y Occidental: el tercero, *Tlaquechiuhcan*, hoy Santa María, la comprendida entre las calles del Norte y del Poniente, y el cuarto, *Atzacualco*, hoy San Sebastian, la comprendida entre las calles del Norte y del Oriente. A estas cuatro partes se agregó despues, como quinta parte, la ciudad de Tlatelolco, quedando, por las conquistas del rey Ajayacatl, compuesta de todas ellas la capital del imperio mexicano.



— 115 —

Los grandes y bellos edificios, primorosamente blanqueados y bruñidos, las altas torres de los templos esparcidos por los cuarteles de la ciudad, los canales, los huertos y los jardines, formaban tan hermoso conjunto, que los españoles no se cansaban de admirarlo, especialmente cuando lo contemplaron desde el atrio principal del templo mayor, el cual no solo dominaba la ciudad, sino los lagos y las grandes y bellas ciudades de sus orillas. No menos admirados quedaron al ver los palacios reales y la variedad de plantas y animales que en ellos se cuidaban; pero nada les llamó mas la atención que la plaza del mercado. No hubo español que no la celebrase con singulares encomios, y algunos de ellos, que habían viajado por casi toda la Europa, aseguraron, como dice Bernal Diaz, que jamás habían visto en ninguna plaza del mundo, ni tan gran número de traficantes, ni tanta variedad de mercancías, ni tanta regularidad y orden en el conjunto.

Cuando los españoles subieron al templo mayor, encontraron en él á Moteuczoma, que se les había anticipado para evitar con su presencia que cometiesen algun atentado contra sus ídolos. Entraron los españoles en los santuarios, y contemplaron con horror la ceguedad de aquellos pueblos; y volviéndose Cortés á Moteuczoma, le dijo que se admiraba de que un monarca tan sabio adorase tan abominables figuras del demonio, á lo cual respondió el rey, que si hubiera sabido que se habían de burlar de sus dioses, no les hubiera permitido que entrasen. Cortés se excusó como pudo, y consiguió del rey no solo permiso para que se edifica-



— 116 —

se un altar en sus cuarteles, sino operarios y materiales para la fábrica: en él se celebró el santo sacrificio de la misa, consiguiendo el general español al cabo de poco tiempo, destruir los ídolos del templo mayor, componerlo y blanquearlo con el fin de que sirviese al culto del verdadero Dios.

No habian pasado mas que seis dias despues de la entrada de los españoles á México, duando Cortés, viéndose aislado con los suyos en medio de un pueblo immense, y conociendo el peligro en que se hallaban los españoles si mudaban los sentimientos del rey, como podia suceder muy bien, llegó á persuadirse de que no podia adoptar otro medio para su seguridad, que apoderarse de la persona de aquel monarca; pero siendo esta una medida tan opuesta á la razon como al respeto y al agradecimiento, buscó pretextos para aquietar su conciencia y poner á cubierto su honor, y no halló otro que pudiera servirle para el caso, sino la revolucion de Vera-Cruz, cuya noticia, recibida en Cholula, habia oculgado á todos.

Deliberó con sus compañeros acerca de esto; y para determinarlos á que lo apoyaran, preguntó á muchas personas principales de sus aliados, si habian observado algo; á lo que respondieron aquellos que se notaba en la nobleza cierto aire sospechoso, y que habian oido decir que seria muy fácil levantar los puentes de los canales, lo que indicaba alguna conspiracion secreta contra los españoles.

Cortés pasó sumamente agitado aquella noche, dando vueltas, pensativo é inquieto por sus cuarteles. Un



— 117 —

centinela le notició entonces que en una de las cámaras había una salida, cubierta con una pared que parecía recien hecha. Cortés la hizo abrir y encontró muchas piezas en que estaba depositado el tesoro de Ajayacatl. Vió allí muchos ídolos, una gran cantidad de alhajas de oro, plata y piedras preciosas, ricos tejidos de pluma y algodon, y otros objetos que pagaban á la corona los pueblos tributarios, ó que regalaban á su soberano los señores feudatarios. Despues de haber examinado atónito tantas riquezas, hizo levantar de nuevo el muro del mismo modo que estaba antes.

Al dia siguiente reunió á sus capitanes, y representándoles las hostilidades cometidas contra la guarnicion de Vera-Cruz y contra sus aliados los totonaques, les comunicó su designio de apoderarse del rey. Despues de diversas opiniones encontradas, se tomó la resolucion de ejecutar la idea del general español.

Para la ejecucion de tan peligroso atentado, puso Cortés en arma á toda su tropa, distribuyéndola en los puntos convenientes. Mandó á cinco de sus capitanes y á veinticinco de sus soldados que se dirigiesen de dos en dos á palacio; pero de tal modo, que acudiesen todos á un tiempo y como si fuese por casualidad, y él se encaminó al mismo punto con su intérprete Doña Marina, obtenido antes el beneplácito del rey, quien los recibió con la misma amabilidad que acostumbraba. Mandóles tomar asiento, les regaló algunos efectos de oro, y ademas presentó á Cortés una de sus hijas. Este se excusó de aceptarla, diciendo que estaba casado en Cuba, y que su religion le prohibia tomar muchas mugeres;



— 118 —

pero al fin la admitió, por no disgustarlo, con el fin de reducirlo al cristianismo, como lo verificó en efecto. A los otros capitanes dió tambien algunas hijas de los principales señores mexicanos; y despues de haber hablado bastante sobre distintas materias, Cortés dijo al rey que aquella visita tenia por objeto darle parte de la conducta del señor de Nauhtlan su vasallo: quejóse de las hostilidades que había cometido contra los totonaques, solo por su amistad con los españoles, de la muerte del gobernador Escalante, y de la guerra que había hecho á la guarnicion de Vera-Cruz. Dijole tambien que todos inculpaban al rey de Méjico como autor de aquellos sucesos. Moteuczoma le contestó que él no había tenido alguna parte en ellos, y que Quauhpopoca había obrado sin orden suya. Prometió á Cortés mandar lo traer á la corte y ponerlo en sus manos. Llamó en seguida á dos de sus cortesanos, y entregándoles una joya en que estaba esculpida la imágen del dios de la guerra, les mandó que condujesen á la corte á Quauhpopoca, de grado ó por fuerza.

Los dos cortesanos partieron sin tardanza, y el rey dijo á Cortés: "¿Qué mas puedo hacer para aseguraros de mi sinceridad?" "No dudo de ella, respondió Cortés; mas para disipar el error en que están vuestros mismos vasallos de que aquel atentado se ha cometido por orden vuestra, necesito una demostracion extraordinaria que haga manifiesta la benevolencia con que nos mirais, y ninguna me parece mejor que la de que os digneis venir á vivir con nosotros hasta que lleguen los reos, y por su confesion se manifieste vuestra inocencia." Ape-



— 119 —

sar de las artificiosas palabras con que procuró Cortés dorar su pretension, Moteuczoma la penetró al momento y se turbó. “¿Dónde se ha visto, dijo, que un soberano se deje llevar preso? Y aun cuando yo quisiese envilecer de este modo mi persona, ¿no tomarian las armas mis vasallos para libertarme? Sin someterme á tal infamia, aquí estoy pronto á satisfacer vuestras quejas.” El rey perseveró en su repugnancia, y Cortés en su pretension, alegando muchas razones que le sugería su astucia, hasta que uno de los capitanes españoles, demasiado atrevido, llevando á mal la tardanza, dijo en tono colérico, que sería mejor llevarse al rey por la fuerza ó quitarle la vida: Moteuczoma, que en el semblante del español conoció su intencion, preguntó á Doña Marina qué decía aquel furioso extranjero, á lo cual respondió ella, que si se dignaba hacer lo que le pedían los españoles, sería tratado por ellos con todo el honor y distincion que merecía; pero que si persistía en su determinacion, corría peligro su existencia. Aquel infeliz monarca cedió por fin á sus instancias, y dando orden de que se le llevase la litera, se puso en ella para ir á los cuarteles de los españoles.

Moteuczoma salió de su palacio para no volver á entrar en él, protestando al mismo tiempo á sus cortesanos, que por ciertos motivos que había ya consultado con los dioses, se iba con gusto á vivir algunos días con aquellos extranjeros, y les mandó que lo publicasen así por toda la ciudad. Divulgóse por toda ella la noticia de tal suceso, y el pueblo se agolpó á presenciarlo: los unos lloraban y los otros se arrojaban al suelo



— 120 —

como desesperados. El rey procuraba aquietarlos diciéndoles que recibia mucho placer con ir á pasar algun tiempo con sus amigos. Llegado á los cuarteles, acogió con suma benignidad á los españoles que salieron á recibirlo, y la habitacion que tomó fué inmediatamente amueblada por su servidumbre con finos tapetes de algodon y de plumas, y con los mejores muebles del palacio real. Cortés puso guardia á la puerta de aquella habitacion, y dobló la ordinaria de los cuartel. Intimó á todos los españoles y aliados que tratasen al rey con el debido respeto, y permitió que entrasen á hablarle cuantos mexicanos quisiesen, con tal que fuesen pocos á la vez.

Moteuczoma vivia en los cuarteles de los españoles sin carecer de nada de lo que tenia en su palacio, excepto de la libertad. Servianlo sus criados con la misma diligencia y puntualidad acostumbrada. Lo asistian á la mesa muchos nobles, distribuidos de cuatro en cuatro, y despues de haber tomado lo que le gustaba de los platos que le presentaban, daba lo demas á los españoles que lo guardaban y á los mexicanos de su servidumbre. No contento con esto, hacia frecuentes regalos á los españoles, y Cortés por su parte mostraba tanto celo en que sus soldados lo respetasen como debian, que mandó dar de palos á uno de ellos por haberle respondido con aspereza, y lo habria mandado ahorcar si el mismo rey no hubiese intercedido en favor del reo. Para distraer al monarca de su prision, mandaba Cortés á sus soldados hacer ejercicios de armas ó jugar en su presencia, y el mismo rey se dignaba jugar con



-- 121 --

el 6 con el capitán Alvarado, y mostraba mucho placer en perder, para tener nuevos motivos de ejercer su generosidad.

Viendo Cortés la liberalidad del rey, le dijo un dia que algunos soldados atrevidos habian tomado del tesoro de su difunto padre Ajayacatl, unos pedazos de oro; pero que ya había mandado ponerlos donde estaban. "Con tal que no toquen, dijo el rey, á las imágenes de los dioses y á lo que está destinado á su culto, tomen cuanto quieran." Con este permiso, los españoles tomaron del tesoro mil vestidos de algodon: Cortés mandó restituirlos; pero Moteuczoma se opuso ello. En otra ocasion mandó arrestar el caudillo español á unos soldados que habian tomado del mismo tesoro cierta cantidad de liquidambar; pero á peticion del rey fueron puestos en libertad.

No dudando ya Cortés de la buena voluntad del rey, le concedió despues de algunos dias de prision, que saliese de los cuarteles, y le dijo que fuese cuantas veces quisiese á divertirse en la caza, ejercicio á que era aficionadísimo. Moteuczoma aceptó aquella concesion, y salia muchas veces, ya á los templos á practicar sus devociones, ya al lago á cazar aves acuáticas, ó al bosque de Chapoltepec ó otro sitio de recreo, siempre guardado por un buen número de españoles; pero nunca pasaba la noche fuera de su alojamiento.

Mas de quince dias habian pasado despues que Moteuczoma mudó de alojamiento, cuando volvieron los mensajeros que habia enviado á Nauhtlan, trayendo consigo á Quauhpopoca, á un hijo suyo y á quince no-



— 122 —

bles, cómplices todos de la muerte de Escalante. Quauhpopoca venia ricamente vestido sobre una litera. Cuando llegó á los charteles, se descalzó y se cubrió con un vestido tosco, y al presentarse á Moteuczoma, queriendo excusarse del atentado cometido, no quiso esencharlo aquél monarca, y lo entregó á Cortés, para que examinado el delito, lo castigase como lo merecía. Cortés le hizo varios interrogatorios, sin inculpar al principio al rey; pero viéndose amenazado con el tormento, y creyendo inevitable el suplicio, declaró que cuanto había hecho había sido mandado por el rey.

Oida la confesión, Cortés fingió no dar crédito á sus excusas, y mandó que fuesen quemados vivos delante del palacio real, como reos de lesa magestad. Pasó inmediatamente á la estancia del monarca con tres ó cuatro capitanes y un soldado, que llevaba unos grillos; y sin detenerse en las ceremonias acostumbradas, le dijo: "Ya, señor, han sido examinados los reos, y todos han confesado su delito inculpándos como autor de la muerte de mis españoles. Yo los he condenado al suplicio que merecen y que mereceis vos mismo en virtud de su confesión; pero considerando los beneficios que nos habéis hecho y el afecto que habeis mostrado á mi soberano y á mi nación, quiero concederos la vida; mas no puedo evitar que sufráis una parte de la pena á que os habeis hecho acreedor por vuestro delito." Dicho esto, mandó al soldado que le pusiese los grillos en los piés; y sin querer oírlo, le volvió la espalda y se salió. Fué tan grande el asombro de Moteuczoma, que no hizo la menor resistencia ni prorrumpió en la mas ligera que-



Cortés manda prender á Moctesumá.





— 123 —

ja que denotase su dolor. Por algun rato estuvo privado de sentido; los criados que lo asistian, declararon con mudas lágrimas su dolor, y echándose á sus piés, le aliviaban del peso de los güillos, y con montones de algodon le evitaban su contacto.

Ejecutada aquella accion, acometió Cortés otra empresa no menos temeraria. Despues de haber prohibido la entrada en los cuarteles á los mexicanos que iban á visitar al rey, mandó conducir al suplicio á Quauhpopoca, á su hijo y á los otros cömplices. Escoltáronlos los españoles armados y en órden de batalla, para contener al pueblo si intentaba oponerse á la ejecucion. Encendióse la hoguera delante del palacio principal del rey, y la leña consistia en una gran cantidad de arcos, flechas, dardos, espadas y escudos que estaban en una armería, porque así lo exigió Cortés del rey, para librarse de la inquietud que le ocasionaba la vista de tantas armas. Quauhpopoca, atado de piés y manos y puesto sobre la hoguera, protestó de nuevo su inocencia, y repitió que cuanto habia hecho habia sido por expreso mandato de su rey: despues hizo oracion á sus dioses, y exhortó á sus compañeros á que muriesen con valor. Encendióse el fuego, y en pocos momentos fueron consumidos á vista de un pueblo innumerabie que se mantuvo quieto porque se persuadió, como es de creese, que aquella sentencia se ejecutaba por órden del rey.

Terminada la ejecucion, pasó Cortés á la habitacion de Moteuczoma, y ponderando la gracia que le hacia concediéndole la vida, mandó quitarle los bierros. El



— 124 —

júbilo que manifestó entonces el rey, fué proporcionado á la afliccion que habia experimentado cuando se los pusieron. Disipóse enteramente el temor que habia tenido de perder la vida, y recibió la libertad como un beneficio incomparable. Abrazó con mucha ternura al general español, manifestóle su gratitud con singulares expresiones, y aquel dia hizo muchas finezas á los españoles y mexicanos. Cortés mandó retirar la guardia, y le dijo que podia restituirse cuando quisiera á su palacio; pero estaba seguro de que no lo haría, pues repetidas veces le había oido decir que no le convenia volver á su habitacion mientras estuviesen en México los españoles. En efecto, no quiso dejar los cuarteles, alegando el riesgo que corrían Cortés y los suyos si los abandonaba.

Es probable que el suplicio de Quauhpopoca ocasionase alguna impresion en la nobleza, pues de allí á pocos dias Cacamatzin, rey de Acolhuacan, no pudiendo sufrir la preponderancia que iban adquiriendo los españoles en México, y avergonzándose de ver á Moteuczoma su tío, en tan miserable estado, le mandó decir que se acordase de su alta dignidad, y que no quisiese ser esclavo de aquellos aventureros; pero viendo que no hacia caso de sus consejos, determinó hacer la guerra por sí mismo á los españoles. La ruina de éstos hubiera sido inevitable, si el concepto que tenian aquellos pueblos de Cacamatzin hubiera correspondido á su intrepidez y resolucion; pero los mexicanos sospechaban que bajo el pretexto de celo por el honor de su tío, oculataba miras ambiciosas, y el designio de usurparle la co-



— 125 —

rona: los totonaques no lo amaban por su orgullo y por el mal que habia hecho á su hermano Cnicutzatzin, el cual por huir de su persecucion, se habia refugiado en México, donde era generalmente estimado por su gallardía y popularidad.

Pasó Cacamatzin á Tetzcuco, y habiendo convocado á sus consejeros, les representó el deplorable estado en que se encontraba la corte de México por el arrojo de los españoles, y por la pusilanimidad del rey su tio; la autoridad que aquellos extrangeros se iban arrogando, y las injurias que habian hecho al rey aprisionándolo cual si fuese un vil esclavo, exagerando al mismo tiempo las funestas consecuencias que de aquellos principios podian resultar contra la corte y el reino de Acolhuacan.

A pesar de la variedad de opiniones que se presentaron delante de Cacamatzin, se abrazó el partido de la guerra, y comenzaron á hacerse con el mayor secreto los preparativos; pero no dejaron de saberlo Moteuczoma y Cortés. Este entró en grave inquietud; mas considerando que salia bien en todas las empresas temerarias, resolvió evitar el golpe, marchando con su ejército contra Tetzcuco. Moteuczoma lo disuadió de tal proyecto, manifestándole las fuerzas de aquella corte, y el gran número de sus habitantes. Determinó, pues, Cortés, enviar una embajada á Cacamatzin, recordándole la amistad que mútuamente se habian prestado en Ajotzinco, cuando fué á verlo de parte de su tio. Cacamatzin contestó que no podia ser amigo de los que le quitaban el honor, oprimian á la patria, ultrajaban á su



— 126 —

familia y despreciaban su religion, y que si queria evitar la guerra, se volviese inmediatamente á su país.

A pesar de esta respuesta, Cortés le envió otro mensaje; pero habiendo contestado Cacamatzin en el mismo tono que la vez primera, se quejó el general español á Moteuczoma, y para mas empeñarlo, fingió sospechar de él que tenía algun influjo en los designios hostiles de su sobrino. Motenczoma se justificó de aquel agravio con las mas sinceras protestas, y se ofreció á interponer su autoridad. Envió, pues, á decir á Cacamatzin que viniese á visitarlo á su corte, y que él haría modo de ajustar aquella disension. Cacamatzin, indignado, le contestó entre otras cosas, que iría en efecto á su corte como se lo rogaba; pero no con las manos en el seno, sino empuñando la espada para horrar el baldon de los mexicanos con la sangre de los españoles.

Al saber esta respuesta, temiendo Moteuczoma ser víctima en aquella tempestad, ó de la venganza de los españoles ó del furor de Cacamatzin, determinó tomar un partido extremo para salvar su vida, por medio de una traicion. Dió instrucciones secretas á unos oficiales mexicanos que servían en la guardia del rey su sobrino, para que con la mayor diligencia se apoderasen de él y lo condujesen cautelosamente á México, por convenir así al bien del Estado. Los oficiales mexicanos se unieron con otros oficiales y domésticos del rey Cacamatzin, y en una noche lo atacaron de improviso, lo pusieron en un barco, y lo condijeron inmediatamente á México. Moteuczoma lo entregó al punto á Cortés, quien mandó encadenarlo y encerrarlo bajo la custodia de una buena guardia.



— 127 —

Determinó entonces Moteuczoma, con aprobacion de Cortés, que la corona de Acoihuacan se diese al príncipe Cuicuitzatzin, que había sido hospedado en el palacio del rey su tío, desde que por huir de la persecucion de Cacamatzin, se retiró á México e imploró su proteccion. En esta elección se hizo un agravio á los príncipes Coanacotzin e Ixtlixochitl, quienes tenian mas derecho á la corona.

Animado el general español con acontecimientos tan favorables, y viendo al rey de México enteramente sujeto á su voluntad, le dijo que ya era tiempo de que él y sus vasallos reconociesen al rey de España por su legítimo soberano, como descendiente del rey y dios Quetzalcoatl. Moteuczoma, que ya no tenia valor para contradecirlo, convocó á la principal nobleza de la corte y de las ciudades circunvecinas: acudieron todos prontamente á recibir sus órdenes, y reunidos en una gran sala del cuartel, en presencia de Cortés y de otros españoles, les dirigió el rey un largo discurso, en que les manifestó el amor que á todos tenia como padre, les recordó la antigua tradicion sobre la devolucion del imperio mexicano á los descendientes de Quetzalcoatl, de quien habian sido lugar-tenientes él y todos sus predecesores, y los fenómenos observados en los elementos, que significaban, segun la interpretacion de los sacerdotes y adivinos, ser llegado el tiempo de que se cumpliesen aquellos oráculos. Siguió comparando las circunstancias de los españoles con las de la tradicion, y concluyó diciendo que el rey de España era en realidad el legítimo descendiente de Quetzalcoatl, y que por tanto,



— 128 —

le cedia el reino y le prestaba obediencia, mandando á todos hacer lo mismo. Al reconocerse Moteuczoma súbdito de otro soberano, sintió tal pena, que no pudo seguir hablando, y las lágrimas sustituyeron á las palabras. Al llanto del rey, siguieron los sollozos de los concurrentes, que enterneциeron á los españoles. Cesaron aquellas demostraciones y quedaron todos sumergidos en un silencio melancólico, que interrumpió uno de los mas distinguidos señores mexicanos, diciendo: "Pues ha llegado el tiempo de que se cumplan los oráculos antiguos, y los dioses quieren y vos mandais que seamos súbditos de otro señor, ¿qué hemos de hacer nosotros sino someternos á las soberanas disposiciones del cielo, intimadas por vuestra boca?"

Cortés dió gracias al rey y á todos los señores que estaban presentes, por su pronta y sincera sumisión, y declaró que su soberano no pretendía quitar la corona al rey de México, sino hacer reconocer su dominio en aquellos Estados; que Moteuczoma no solo seguiría mandando á sus súbditos, sino que ejercería la misma autoridad sobre todos los otros pueblos que se sometiesen al rey de España. Disuelta la asamblea, mandó Cortés hacer un instrumento público de aquel acto, con todas las solemnidades que juzgó convenientes, para enviarlo á su país.



CAPITULO VI.

Continúan las materias del anterior.

Dado con tanta felicidad el primer paso, Cortés dijo á Motecuzoma que era necesario manifestar al rey de España su subordinacion por medio de alguna contribucion de oro y plata, alegando para esto el derecho que los soberanos tenian de exigir esto á sus vasallos. Motecuzoma le dió el tesoro de su padre Ajayacatl, que se conservaba, como se ha dicho, en aquel mismo palacio, y del cual nada habia tomado Cortés, á pesar de que el rey le habia dicho que tomase lo que quisiese. Todo aquel tesoro pasó á manos de los españoles, juntamente con todo lo que contribuian los feudatarios de la corona, lo que componia tan considerable suma, que despues de haber separado la quinta parte para el rey de España, tuvo Cortés para pagar las deudas que habia contraido en Cuba en el armamento de su tropa, y remunerar á los oficiales y soldados, quedándole una provision suficiente para los gastos que podia hacer en lo sucesivo.

La nobleza mexicana, que hasta entonces se habia mantenido en respetuoso silencio por su gran deferencia al soberano, viéndolo ya reducido á tanta humillacion, aherrojados el rey de Acolhuacan y otros personajes, y sometida la nacion á un rey extrangero, á quien no conocian, comenzó desde luego á murmurar, y por ultimo, segun parece, á levantar tropas para sacudir la opresion que el rey y el pueblo padecian. Hablaron á



— 130 —

Moteuczoma algunos de sus favoritos, y le representaron la efervescencia en que se hallaban los ánimos de sus vasallos, suplicándole al mismo tiempo que recobrara su autoridad primera, pues si no lo hacia, estaban resueltos á hacerlo por él sus súbditos, quienes querían á toda costa arrojar de la capital y del reino á aquellos extranjeros. Por otra parte, los sacerdotes le exageraban el detimento que sufria la religion, y lo amedrentaban con las amenazas, que atribuian á sus dioses irritados, de negar la lluvia á los campos y su proteccion á los mexicanos, si no arrojaba aquellos hombres tan contrarios á su culto. Movido Motenczoma por todas estas razones, se resolvio á decir á los españoles que saliesen de sus Estados. Mandó, pues, llamar á Cortés, el cual, noticioso de las conferencias que con el rey habian tenido los nobles y los sacerdotes, se dirigió con gran turbacion de ánimo á la presencia de Moteuczoma, acompañado por doce españoles. El rey le recibió con menos agrado que el que le mostraba diariamente, y le dijo que era necesario, tanto para el bien de los españoles como por el de los mexicanos, que se apercibiese á regresar prontamente á su patria. Cortés, manifestando mucha serenidad, le contestó que su ánimo era obedecerlo; pero que careciendo absolutamente de barcos para su vuelta, por haberse destruido los que había sacado de Cuba, necesitaba tiempo, operarios y materiales para construir otros. Moteuczoma, al ver la prontitud con que se había conformado con su resolucion el general español, lo abrazó y le dijo que no corría tanta prisa su viage: que le daria materiales y opera-



— 131 —

rios para que se hicieran los buques; y en efecto, mandó que se dispusiese un buen número de trabajadores, y que se cortase la madera de un pinar poco distante del puerto de Chiahuitztlán; y Cortés por su parte mandó á unos españoles para que dirigiesen el corte, esperando que entre tanto mudaría el aspecto de las cosas en México, ó le llegasen nuevos socorros de las islas ó de España.

Ocho días después de tomada aquella resolución, mandó Motecuzoma llamar á Cortés, lo que puso á éste en el mayor sobresalto. El rey le dijo que no necesitaba construir los buques, pues acababan de llegar al puerto de Chalchiuhuecan, diez y ocho, semejantes á los que se le habían destruido, en los cuales podía embarcarse con su gente: que aligerase, por tanto, su salida, pues así convenía al bien del reino. Cortés, disimulando el júbilo que experimentaba, y dando interiormente gracias á Dios por haberle mandado tan oportunamente socorro, respondió que si aquellos barcos debían hacer viaje á Cuba, estaba pronto á partir; pero que de otro modo le era preciso continuar la obra comenzada. Vió y examinó las pinturas de aquella armada, que enviaban al rey los gobernadores de la costa, y se persuadió que habían vuelto los procuradores enviados por él antes á la corte de España, y que traían consigo los despachos reales, y un buen número de tropas para la conquista.

Este consuelo le duró hasta que le llegaron las cartas de Gonzalo de Sandoval, gobernador de la colonia de la Vera-Cruz, en que le noticiaba que aquella expe-



— 132 —

dicion, compuesta de once navíos y siete bergantines, ochenta y cinco caballos, ochocientos infantes, y mas de quinientos marineros con doce piezas de artillería y abundantes municiones de guerra, al mando del general Pánfilo Narvaez, era enviada por Diego Velazquez, gobernador de Cuba, contra el mismo Cortés, como vasallo rebelde y traidor á su soberano. Recibió este golpe Cortés delante de Moteuczoma; pero sin dejar ver en su semblante la mas mínima muestra de turbacion, le dió á entender que los que habian aportado á Chalchiuhcuecan, eran nuevos compañeros que venian de Cuba. Del mismo disimulo usó con los españoles, hasia que tuvo bien preparados los ánimos.

Procuró, tanto por cartas como por el ministerio de algunos mediadores, de quienes mas se fiaba, conciliarse el ánimo de Narvaez, haciendole varios partidos y representándole todas las ventajas que resultarian á los españoles si se unian y obraban de acuerdo los dos ejércitos; y por el contrario, los males que ocasionaria la discordia á unos y otros. Narvaez, por consejo de tres desertores de Cortés, habia ya desembarcado en la costa de Cempoala. El señor de esta ciudad, conociendo que los extrangeros eran españoles, y creyendo que irian á unirse con Cortés, los proveyó de todo lo necesario, y aun el mismo Moteuczoma, creyendo lo mismo, envió á Narvaez ricos presentes, y dió orden á sus gobernadores que se le hiciesen los mismos obsequios que á Cortés; pero de allí á poco conoció la discordia que existia entre ellos, á pesar del disimulo de éste, y de los esfuerzos que hacia para impedir que llegase aquella noticia á oídos del rey y de sus soldados.



— 133 —

Empero Moteuczoma, lejos de abrigar sentimientos de venganza ó algunas ideas desfavorables á Cortés, al punto que éste le dió parte de la expedicion que proyectaba contra Narvaez, se mostró apesadumbrado por el riesgo que iba á correr peleando contra fuerzas tan considerables, y le ofreció un gran ejército en su auxilio.

No pudiendo Cortés arreglarse con Narvaez por medio de un convenio pacífico, se vió obligado á hacer la guerra á sus compatriotas, y no fiándose en la promesa de Moteuczoma, rogó al senado de Tlaxcala que alistase cuatro mil soldados para llevarlos consigo, y envió á Chinantla uno de los suyos, llamado Tobilla, hombre práctico en la guerra, á fin de que pidiese dos mil hombres á aquella belicosa nacion, y se proveyese de trescientas picas de las que usaban los de Chinantla, que por ser mas fuertes y largas que las de los españoles, le parecian excelentes para resistir á la caballería enemiga. Dejó en Méjico ciento cuarenta españoles con todos sus aliados, bajo el mando del capitán Pedro de Alvarado, recomendándoles que tratasesen bien al rey y procurasen mantenerse en buena armonía con los mexicanos, especialmente con la familia real y con la nobleza. Al despedirse de Moteuczoma, le dijo que dejaba en su lugar al capitán *Tonatiuh* (1), encargándole que lo complaciese en todo, y le rogó siguiera protegiendo á los españoles: Moteuczoma, después de haberle hecho nuevas protestas de su benevolencia, lo

(1) Daban al capitán Alvarado el nombre del sol, porque era rubio.



— 134 —

mandó proveer abundantemente de víveres, y de hombres de carga para que trasportasen el bagaje.

Salió Cortés de la ciudad de México á principios de Mayo de 1520, despues de haber estado en ella seis meses, llevando consigo á setenta españoles y alguna nobleza mexicana que quiso acompañarlo. Hizo su viaje por Cholula, donde se unió con el capitán Velazquez, que volvia de Coatzacualco, á donde lo había enviado Cortés con alguna tropa, para que buscase un puerto cómodo. Allí recibió nuevas provisiones de víveres que le enviaba el senado de Tlaxcala; pero no los cuatro mil hombres que había pedido. Son varias las causas que alegan los historiadores para explicar esta falta de los tlaxcaltecas; pero no pasan de meras conjeturas. Algunas jornadas antes de llegar á Cempoala, se le unió á Cortés el soldado Tobilla, con las trescientas picas de Chinantla, y en Tapachacueta, pueblo distante cerca de treinta millas de aquella ciudad, se encontró con el capitán Sandoval, que venia con sesenta soldados de la guarnicion de la Vera-Cruz.

Finalmente, despues de haber hecho nuevas proposiciones á Narvaez, y distribuido algun oro á los partidarios de aquel general, entró Cortés á Cempoala á media noche con doscientos cincuenta hombres, sin caballos y sin otras armas, que picas, espadas, rodelas y puñales. Encaminóse cautelosamente al templo mayor de aquella ciudad, donde se habian acuartelado sus contrarios, y les dió tan furioso asalto, que antes de venir el dia, se habia hecho dueño del puesto, de toda la tropa contraria, de la artillería, de las armas y de los ca-



— 135 —

ballos, quedando muertos solo cuatro de sus soldados, y quince de los de Narvaez, y muchos heridos de una y otra parte. Hizose reconocer por todos capitán general y supremo magistrado: mandó encadenar en la fortaleza de Vera-Cruz á Narvaez y á Salvatierra, hombre distinguido y enemigo suyo, disponiendo al mismo tiempo se quitasen de los buques las velas, las brújulas y los timones. La felicidad de esta expedición se debió en gran parte al valor de Sandoval, quien subió al templo con ochenta hombres, en medio de una lluvia de flechas y de balas; asaltó el santuario, donde se había fortificado Narvaez, y se apoderó de su persona.

Hallándose entonces Cortés con diez y ocho buques, cerca de dos mil hombres de tropa española, de cien caballos y suficiente número de provisiones de guerra, pensó en hacer nuevas expediciones por las costas del golfo, y había ya nombrado los jefes de ellas, cuando recibió noticias infaustas de México, que lo obligaron á volver precipitadamente á aquella capital.

Durante la ausencia de Cortés, ocurrió en México la fiesta de la incensación de Huitzilopochtli, que se hacía en el mes Tojcatl, el cual empezó aquel año el 13 de Mayo. Esta función, la más solemne del año, se celebró con baile del rey, de la nobleza, de los sacerdotes y del pueblo. Los nobles rogaron al capitán Alvarado que permitiese á Moteuczoma pasar al templo á cumplir con los deberes que su religión le imponía; pero Alvarado no quiso ceder á sus instancias, ó porque así se lo había mandado Cortés, ó porque temiese que los mexicanos maquinasesen alguna tropelía viéndose con



— 136 —

el rey en su poder. Tomóse, por tanto, el partido de hacer el baile en el gran patio del palacio que servia de cuartel á los españoles, ó por disposicion de aquel capitan, ó por orden del rey, que quiso de aquel modo tomar parte en las ceremonias del dia. Llegada la hora, concurrieron al patio muchos sujetos de la primera nobleza (1), cubiertos todos de adornos de oro, de piedras y plumas. Empezaron á cantar y á bailar al son de los instrumentos, y entre tanto mandó Alvarado que algunos soldados ocupasen las puertas; y cuando vió á los mexicanos mas distraidos, y quizás fatigados del baile, hizo señas á su tropa de que los atacase, lo que verificó con furia contra aquellos desventurados, que por estar rendidos de cansancio y desarmados, no pudieron hacer resistencia ni huir, hallándose bien guardadas las puertas. Fué horrible el estrago y copiosa la sangre que derramaron los españoles. Este golpe fué muy sensible á los mexicanos, que perdieron en él á la flor de su nobleza; y para perpetuar su memoria, compusieron tristes elegías que se conservaron muchos años despues de la conquista. Terminada aquella trágica y horrenda escena, los españoles despojaron á los cadáveres de toda la riqueza que los cubria.

Hay varias opiniones entre los historiadores sobre el motivo que impelió á Alvarado á cometer un hecho tan cruel. Como quiera que sea, no se puede negar que su conducta fué tan bárbara como imprudente.

(1) No consta el número de ellos, pues los historiadores varian de seiscientos á dos mil.



— 137 —

Irritado el pueblo con tan sensible golpe, trató desde entonces á los españoles como enemigos capitales de la patria. Atacaron algunas tropas mexicanas con tanto ímpetu los cuarteles, que arruinaron una parte del muro, minaron en diversas partes el palacio, y destruyeron las municiones; pero fueron rechazados por el fuego de la artillería y de los mosqueteros, con lo que los españoles tuvieron tiempo de reedificar el muro destruido. Aquella noche descansaron de las fatigas del dia; pero al siguiente fué tan terrible el asalto, que los españoles se creyeron perdidos; y en efecto, no hubiera quedado uno solo con vida, á no haberse mostrado el rey á los combatientes y refrenado con su autoridad el furor que los animaba. El respeto á la persona del monarca convenció al pueblo, que desde entonces ya no atacó con armas; mas no dejó de cometer otras hostilidades, y resolvieron sitiarn por hambre á los españoles, negándoles los víveres, e impidiendo que se introdujesen al cuartel, con cuyo objeto se abrió un foso en rededor.

En esta situación se hallaban los españoles en México, cuando Alvarado avisó á Cortés lo que pasaba, rogándole que apresurase su vuelta si no quería hallarlos muertos á todos. Lo mismo le envió á decir Moteuczoma, haciéndole saber cuán sensible le había sido la sublevación de sus vasallos, ocasionada por el sangriento y temerario atentado del capitán Tonatiuh.

Cortés, después de haber dado las órdenes convenientes para trasferir la colonia de Vera-Cruz á un sitio más cercano á Chachiuhuecan, lo que no pudo verificarse por entonces, marchó con su gente á grandes jornadas



— 138 —

hacia la capital. En Tlaxcala fué magníficamente hospedado en el palacio del príncipe Maxijcatzin. Allí pasó revista á sus tropas, y halló noventa y seis caballos y mil trescientos soldados españoles, á los que se unieron dos mil tlaxcaltecas que le dió la república. Con este ejército entró á México el 21 de Junio, sin hallar oposición alguna en la entrada; pero muy pronto echó de ver los síntomas de la fermentación popular. Cuando llegó á los cuarteles, Moteuczoma salió al patio á recibirla con las mas obsequiosas demostraciones de amistad; pero Cortés, ó insolentado por su victoria contra Narvaez y por las fuerzas respetables que traía á su cargo, ó por otros motivos, pasó de largo sin dignarse mirar á Moteuczoma. Herida la sensibilidad de este rey desventurado, al verse tratado tan indignamente, se fué á su estancia, donde se le aumentó la pesadumbre con la noticia que recibió de las palabras injuriosas que contra él había proferido el general español.

Reprendió Cortés severamente al capitán Alvarado, y le hubiera impuesto el castigo que merecía, si no hubiera visto la borrasca que iba á estallar contra su ejército, y no le hubiera parecido imprudente en aquella ocasión tener por enemigo á uno de los mas valientes capitanes de su ejército.

Con los refuerzos que trajo Cortés, tenía un ejército de nueve mil hombres, y no pudiendo caber todos en un alojamiento, ocuparon algunos de los edificios del recinto del templo mayor, mas próximos á los cuarteles. Con la muchedumbre creció la penuria de viveres, ocasionada por la falta del mercado. Cortés enton-



— 139 —

ces mandó decir á Moteuczoma con grandes amenazas, que diese órden de que se celebrase el mercado, á fin de que sus soldados se proveyesen de lo necesario. Moteuczoma respondió que las personas de mas autoridad se hallaban como él, privadas de libertad, y que soltase algunas de ellas para que hiciese lo que se le pedía. Cortés sacó de la prisión á Quilahuatzin, hermano de Moteuczoma, sin pensar que la libertad de aquel personaje ocasionaría la ruina de los españoles, pues no solo no restableció el mercado, sino que obligado por los mexicanos á aceptar el cargo de general, desde entonces mandó las tropas y dirigió las hostilidades, hasta que por la muerte de su hermano, fué elegido rey de México.

Al siguiente dia al de la llegada de Cortés, empezaron los mexicanos á hacer uso de las hondas, y dispararon tantas piedras á los españoles, que parecía, segun dice Cortés (1), una tempestad. Siguieron las flechas en tanto número, que cubrieron todo el patio, siendo tan excesivo el de los combatientes, que no se veia el suelo de las calles. No pareció bien á Cortés mantenerse á la defensiva, porque no cobrasen mas ánimo sus contrarios: hizo, por tanto, una salida con cuatrocientos hombres, parte españoles y parte tlaxcaltecas. Los mexicanos se fueron retirando con poca pérdida, y Cortés, despues de haber pegado fuego á algunas casas, volvió

(1) En sus cartas al rey de España, aumentadas con notas y documentos interesantes, por el Ilmo. Sr. D. Francisco Antonio Lorenzana, edición mexicana del año de 1770, pag. 134.



— 140 —

á sus cuarteles; pero viendo que los enemigos continua-
ban sus hostilidades, mandó salir al capitán Ordaz con
doscientos soldados. Los mexicanos fingieron huir pa-
ra alejarlos de su alojamiento, como en efecto lo obtu-
vieron; pero de repente se vieron los españoles rodea-
dos de enemigos, y al mismo tiempo se dejaron ver las
azoteas cubiertas de combatientes, que no cesaban de
tirar piedras y flechas. Halláronse entonces los espa-
ñoles en un grave peligro, y aquella ocasión fué una de
las muchas en que el capitán Ordaz dió pruebas de su
valor. El combate fué sangriento aunque sin gran da-
ño de los españoles, quienes con los mosquetes y las ba-
llistas limpiaron las azoteas, y con las picas y espadas
rechazaron á la turba que inundaba la calle; y al fin
pudieron retirarse dejando muertos muchos mexicanos,
y ocho de los suyos; aunque todos salieron heridos, in-
cluido el mismo jefe.

Uno de los daños que hicieron aquel día los mexica-
nos á los españoles, fué pegar fuego al cuartel por va-
rios puntos, y en uno de ellos fué tal el incendio, que
los sitiados tuvieron que echar abajo el muro, y desen-
der la brecha con la artillería hasta que llegó la noche
y los sitiadores les dejaron tiempo de reedificar el muro
y curar los heridos.

El siguiente día, 26 de Junio, fué mas terrible el com-
bate: los españoles se defendieron con doce piezas de
artillería, que hacían grandes estragos en los mexica-
nos; pero como éstos eran tantos, muy en breve acudían
otros á llenar los vacíos que dejaban los muertos. Cortés,
viendo su obstinación, salió con la mayor parte de



— 141 —

sus tropas, y se encaminó peleando por una de las tres principales calles de la ciudad: se apoderó de algunos puentes, quemó muchas casas, y despues de haber combatido casi todo el dia, se retiró á sus cuarteles con mas de cincuenta españoles heridos, dejando muertos innumerables mexicanos.

Conociendo Cortés que el mayor daño que recibía procedia de las azoteas, mandó construir tres máquinas de guerra, llamadas *mantas* por los españoles, cubiertas de fuertes tablados, y capaces de llevar cada una veinte hombres armados, provistas de ruedas para facilitar su movimiento, y de ventanillas para disparar las armas de fuego.

Mientras se construian, ocurrieron grandes novedades en la capital. Moteuczoma había observado uno de los combates desde la torre de palacio, y distinguido entre la muchedumbre á su hermano Cuitlahuatzin, mandando las tropas mexicanas. A vista de tantos objetos lamentables asaltaron su espíritu un tropel de pensamientos tristes. Al dia siguiente llamó á Cortés y le rogó encarecidamente que no difiriese su viage. No necesitaba éste de muchos ruegos, pues se hallaba tan escaso de víveres, que ya se daban por medida á los soldados, y en tan corta cantidad, que bastaban apenas para mantener la vida. Por otra parte, lo afligía la idea de abandonar la empresa comenzada, perdiendo con su salida todas las ventajas que había adquirido; pero cediendo á las circunstancias, contestó al rey que estaba pronto á partir con tal que depusiesen las armas sus vasallos.



— 142 —

Apenas terminada esta conferencia, gritaron á las armas en el cuartel, por venir los mexicanos á dar un asalto general. En efecto, éstos procuraban subir al muro por todas partes, y se arrojaban, á pesar del fuego de la artillería y de los mosqueteros, hasta poner el pié en el recinto de los cuarteles, y combatir cuerpo á cuerpo con los españoles. Estos, creyéndose ya vencidos, peleaban como desesperados. Motecuzoma al ver su conflicto, y el riesgo en que él mismo se hallaba, resolvió mostrarse á sus vasallos para reprimir su furor. Púsose las insignias reales, y escoltado por algunos de sus ministros y por doscientos españoles, subió á la azotea y se presentó al pueblo. Cesó el ataque al punto, y aun algunos, penetrados de respeto, se arrodillaron. Alzó entonces la voz y les dijo en un discurso, que despusieran las armas si querian que los españoles salieran de la ciudad, y que si peleaban por libertarlo, en su voluntad estaba quedarse en aquel palacio de su padre ó retirarse al suyo.

Quedó todo en silencio por algun rato, hasta que un hombre, mas atrevido que los otros, alzó la voz llamando al rey cobarde y afeminado, y echándole en cara que por su pusilanimidad se había constituido vilmente prisionero de los españoles. No satisfecho con estas injurias, el que las había proferido tomó el arco y disparó una flecha al monarca. El pueblo siguió su ejemplo, y por todas partes comenzaron á oírse improperios y á llover piedras y flechas hacia el punto en que el rey se hallaba. Los historiadores españoles dicen que aunque Motecuzoma estaba cubierto con dos rodelas, fué



— 143 —

herido de una piedra en la cabeza, de otra en una pierna, y de una flecha en un brazo.

Entre tanto persistian los mexicanos en el ataque, y los españoles en la defensa, hasta que algunos nobles llamaron á Cortés al mismo sitio en que habia sido herido el rey, y á la pregunta que él les hizo de por qué lo trataban como enemigo sin que les hubiese hecho daño alguno, le respondieron que si queria evitar las hostilidades, saliese pronto de la ciudad; que si no, estaban resueltos á morir ó á matar á todos los españoles. Cortés les dijo que no se quejaba de ellos porque los temiese, sino porque ellos mismos lo obligaban á exterminarlos y destruir su hermosa ciudad. Los nobles se fueron repitiendo sus amenazas.

Concluidas finalmente las tres máquinas de guerra, salió con ellas Cortés el 28 ó 29 de Junio muy temprano, por una de las tres principales calles de la ciudad, á la cabeza de tres mil tlaxcaltecas y de otras tropas auxiliares, con la mayor parte de los españoles, y con doce piezas de artillería. Luego que llegaron al puente del primer canal, acercaron á las casas las máquinas y las escalas para despejar las azoteas de los combatientes con que estaban cubiertas; pero fueron tantas y tan gruesas las piedras que les arrojaron, que las máquinas quedaron destrozadas. Los españoles combatieron valerosamente hasta medio dia, sin poder pasar el puente, por lo que volvieron avergonzados á los cuartelos, dejando uno de ellos muerto, y conduciendo muchos heridos.

Envanecidos con estas ventajas los mexicanos, se



— 144 —

fortificaron quinientos nobles en el atrio superior del templo mayor, y desde allí empezaron á hacer gran daño á los españoles con piedras y flechas, mientras que otras tropas los atacaban por la calle. Mandó Cortés un capitán con cien soldados á rechazar á los nobles de aquel punto; pero habiendo sido rechazados, determinó dar por sí mismo el asalto. Efectivamente, después de haber rodeado el templo de un número competente de españoles y tlaxcaltecas, empezó á subir por las escaleras con una gran parte de su tropa. Los nobles sitiados defendían briosa mente la subida, y echaron por tierra algunos españoles, mientras otras fuerzas mexicanas que habían entrado en el atrio inferior, luchaban furiosamente contra los que lo rodeaban. Cortés, aunque con mucha fatiga, logró llegar con los suyos al atrio superior. Allí fué mayor el peligro y mas árduo el empeño del combate, el cual duró tres horas. De los mexicanos, unos perecieron á los filos de la espada, y otros se arrojaron á los atrios inferiores, donde siguieron peleando hasta perder todos la vida. Cortés se retiró en buen orden á sus cuarteles, costando esta acción la vida á cuarenta y seis españoles, y saliendo todos los otros heridos y cubiertos de sangre. Este famoso combate fué uno de los mas terribles y encarnizados de aquella guerra, y por esto lo representaron en sus pinturas después de la conquista, tanto los mexicanos como los tlaxcaltecas.

Cortés, vuelto á sus cuarteles, representó de nuevo á algunos nobles mexicanos, el daño que recibian los habitantes, de las armas españolas. Ellos le respondieron



— 145 —

que nada les importaba, con tal que todos los españoles pereciesen, lo cual habia de verificarse si no á manos de los mexicanos, de resultas del hambre que padecerian en aquel edificio. Cortés, habiendo notado aquella noche algún descuido en los ciudadanos, salió con algunas compañías, e incendió mas de trescientas casas.

Al dia siguiente, despues de haber reparado las máquinas, salió con ellas y con la mayor parte de sus tropas, y marchó por el gran camino de Iztapalapan, con mejor éxito que la primera vez; porque á despecho de la vigorosa resistencia que hacian los enemigos en las trincheras que habian construido para defenderse de los españoles, ganó los primeros puentes y quemó algunas casas, aprovechándose de los materiales para cegar los fosos, á fin de que no tuviesen dificultad en el paso si los enemigos llegaban á levantar los puentes. Dejó en aquellos puntos suficiente guarnicion, y volvió al cuartel con muchos soldados heridos, dejando diez ó doce muertos.

Al otro dia continuó sus ataques por el mismo camino, ganó los tres puentes que le faltaban, y persiguiendo á los que los defendian, llegó por fin á tierra firme: mientras se empleaba en llenar los fosos, se le dijo que los mexicanos querian capitular, y deseoso de oír sus proposiciones, volvió apresuradamente con la caballería, dejando á la infantería de guardia en los puentes. Los mexicanos le dijeron que estaban prontos á suspender las hostilidades; mas que para efectuar la capitulacion, necesitaban tener la persona de un sumo sacerdote que había sido hecho prisionero en el templo



— 146 —

mayor. Esta parece una estratagema de los electores para recobrar el jefe de su religión, de cuya presencia necesitaban para la unción del nuevo rey, que habían elegido ó iban á elegir; porque apenas tuvo Cortés el placer de haber concluido aquel convenio, cuando llegaron algunos tlaxcaltecas con la nueva de que los mexicanos habían vuelto á tomar los puentes y dado muerte á algunos españoles, y que se aproximaba una multitud de guerreros hacia los cuarteles. Cortés salió á su encuentro con la caballería, y recobró los puentes, rompiendo por medio de los contrarios, con gran peligro y fatiga; pero cuando estaba ganando los últimos, ya los mexicanos habían vuelto á tomar á los españoles los cuatro primeros, quitando también los materiales con que estaban llenos los fosos. Cortés volvió á recobrarlos, y se retiró á los cuarteles con toda su gente cansada, mal parada y herida.

En su carta á Carlos V le habla del gran peligro que corrió aquel día de perder la vida, y atribuye á una particular providencia de Dios el haberla conservado en medio de tantos enemigos. Es cierto que si los mexicanos se hubieran uniformado en sus ataques, hubieran podido exterminarlos; pero los jefes no estaban de acuerdo y el pueblo se dejaba llevar tan solo por el ímpetu de su desordenado furor.

En uno de aquellos días, que sería probablemente el 30 de Junio, murió dentro del alojamiento de los españoles el rey Motecuzoma, á los cincuenta y cuatro años de su edad y diez y ocho de su reinado, y en el séptimo mes de su encarcelamiento. Acerca de la causa y las



MOCTEZUMA II.

*último Emperador de México
antes de la conquista*



— 147 —

circunstancias de este acontecimiento, reina tanta variedad en los historiadores, que parece imposible averiguar la verdad. Los historiadores mexicanos atribuyen su muerte á los españoles, y los españoles á los mexicanos. Segun Bernal Diaz, su pérdida fué llorada, no menos por Cortés que por todos los capitanes y soldados, como si todos hubiesen perdido en él un padre. En efecto, Moteuczoma los favoreció extraordinariamente, y siempre les mostró benevolencia y sincero afecto; á lo menos no hay razon para creer lo contrario, ni se sabe que recibieran de él un solo disgusto, como ellos mismos lo confesaron. Sus buenas y malas cualidades pueden inferirse de la relacion de sus hechos. Fué circunspecto, liberal, celoso defensor de la justicia, y agradecido á los beneficios de sus súbditos; pero su altanera circunspección hacia inaccesible el trono á los lamentos de los oprimidos: su magnificencia y su liberalidad, se ejercian á expensas de la sustancia de sus pueblos, y su justicia degeneraba á veces en crudeldad. En su juventud fué animoso y dado á la guerra, habiendo quedado victorioso, segun dicen, en nueve batallas; pero en los últimos años de su reinado se abatió de tal suerte su espíritu, que sus súbditos decían que parecía haber mudado de sexo. Deleitábase en la música y en la caza; y era tan diestro en el ejercicio del arco, como en el de la cerbatana. Era de alta estatura y buena complexion, y tenia el rostro largo y los ojos vivos.

Dejó muchos hijos, de los cuales tres murieron en la noche de la derrota de los españoles. De los que so-



— 148 —

brevivieron, el mayor era Tohualicahuatzin, que en el bautismo se llamó D. Pedro Moctezuma, y de quien descenden los condes de Moctezuma y Tula. Tuvo este hijo Motecuzoma de Miahua jochitl, hija de Ixtlilcuechahuac, señor de Tula. De otra mujer tuvo á Tecuichpotzin, hermosa princesa, de quien descendieron las dos nobles casas de Cano Moctezuma, y Andrade Moctezuma.

Cortés notició la muerte del rey á Cuitlahuatzin, por medio de dos ilustres prisioneros que habian sido testigos de aquel suceso, y de allí á poco envió el real cadáver con seis nobles mexicanos, acompañados de muchos sacerdotes que estaban en su poder. Su vista excitó el llanto del pueblo, y encomiaron sus virtudes los mismos que poco antes no hallaban en él sino vicios e infamia. La nobleza, despues de haber derramado copiosas lágrimas sobre los frios restos de su desventurado rey, llevó el cadáver á un sitio de la ciudad llamado Copalco, donde fué quemado con las ceremonias de estilo, y enterradas con suma reverencia las cenizas.

Entre tanto continuaban los mexicanos con el mayor ardor sus ataques. Cortés, aunque hacia gran daño á sus contrarios, y casi siempre salía vencedor, conocía que las ventajas de sus triunfos no compensaban la sangre que costaban á sus compatriotas, y que al fin la falta de víveres y municiones y la superioridad de las fuerzas contrarias, debian prevalecer sobre el valor de sus tropas y la excelencia de sus armas. Creyendo, pues, absolutamente necesaria la pronta salida de su ejército, llamó á consejo á sus capitanes para deliberar sobre el



— 149 —

tiempo y el modo de ejecutarla. Fueron diversos los dictámenes: unos decian que debia hacerse de dia, abriéndose camino con las armas si los mexicanos se les oponian. Otros preferian la noche, y esta fué la opinion de un soldado llamado Botello, que la echaba de astrólogo y en quien Cortés fiaba mas de lo que debia, seducido por algunas predicciones que habia visto casualmente realizadas. Resolvió, pues, prefiriendo los consejos de aquel ignorante, á la prudencia militar, verificar su salida por la noche, siendo la señalada para la marcha, la del 1.^o de Julio, tan infausa y memorable para los españoles, que le dieron el nombre de *noche triste*, con el cual es conocida en la historia. Mandó Cortés hacer un puente de madera que pudiesen llevar cuarenta hombres. Despues sacó todas las riquezas de oro, plata y joyas que tenía en su poder: separó la quinta parte que pertenecia al rey, y la consignó á los oficiales de S. M., protestando la imposibilidad en que se hallaba de sacarla. Dejó todo lo demas á disposicion de sus oficiales y soldados para que cada uno tomase lo que quisiese, aunque les hizo ver cuánto mejor seria dejarlo todo á sus enemigos, pues libres de aquel peso, podrian salvar mas fácilmente sus vidas.

CAPITULO VII.

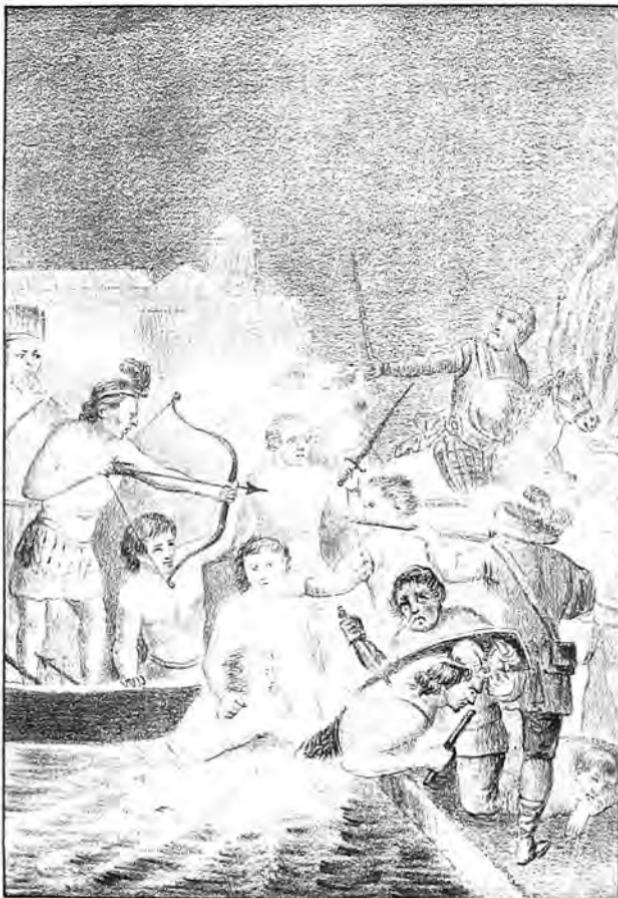
Derrota de los españoles en su retirada.—Batalla de Otumba.—Retirada de los españoles á Tlaxcala.

Ordenó Cortés la retirada en el mayor silencio de la noche, que oscurecian las nubes, y que una lluvia pe-



— 150 —

queña pero incesante, hacia mas peligrosa y molesta. Confío el mando de la vanguardia al valiente Sandoval con otros capitanes, y con doscientos infantes y veinte caballos; y la retaguardia á Pedro de Alvarado, con la mayor parte de las tropas españolas. En el cuerpo del ejército se conducian los prisioneros, la gente de servicio y el bagage, á las órdenes de Cortés, con cinco caballos y cien infantes, para llevar pronto auxilio donde fuese mas necesario. Las tropas de Tlaxcala, Cholula y Cempoala, que componian mas de siete mil hombres, se dividieron en los tres cuerpos del ejército. Implorada antes de todo la protección del cielo, se rompió la marcha por el camino de Tlacopan. La mayor parte de las tropas pasaron felizmente el primer canal por el puente que llevaban consigo, sin encontrar otra resistencia que la poca que hicieron algunos centinelas que guardaban aquel punto; pero habiendo notado aquella novedad los sacerdotes que velaban en el templo, gritaron á las armas, y con las cornetas despertaron á los habitantes. En un momento se vieron los españoles atacados por agua y tierra, por un inmenso número de enemigos, los cuales se estorbaban con su muchedumbre misma, e impedían el ataque. El combate en el segundo foso fué terrible y sangriento. La oscuridad de la noche, el ruido de las armas, los clamores amenazantes de los combatientes, los lamentos y sollozos de los heridos y los gemidos de los moribundos, formaban un conjunto tan lastimoso como horrible. Cortés acudió á todas partes, pasando muchas veces los fosos á nado, animando á unos, ayudando á otros, y poniendo



Noche Triste.



— 151 —

en los restos de su ejército el órden que podia, con peligro de perder la vida ó de caer en manos de sus contrarios. El segundo foso se llenó de tal modo de cadáveres, que la retaguardia pudo pasar cómodamente sobre ellos. Alvarado que la mandaba, se halló en el tercer foso tan acosado por los mexicanos, que no pudiendo hacerles frente ni pasar á nado sin evidente riesgo de morir á sus manos, fijó la lanza en el fondo del canal, y aferrando la otra extremidad con las manos, dando un extraordinario impulso á su cuerpo, se lanzó á la orilla opuesta. Este prodigo de agilidad dió á aquel sitio el nombre de "*Salto de Alvarado.*"

Grande fué la pérdida de los mexicanos aquella noche. De la de los españoles hablan con variedad los historiadores: Gomara dice que perecieron cuatrocientos cincuenta españoles y mas de cuatro mil hombres de las tropas auxiliares: esta opinión parece la mas probable. Murieron tambien todos, ó casi todos los prisioneros, todos los hombres y mugeres del servicio de los españoles y cuarenta y seis caballos. Se perdieron todas las riquezas que habian recogido, toda la artillería y los manuscritos de Cortés, que contenian la relacion de cuanto habia ocurrido hasta entonces á los españoles. Entre los que faltaron de éstos, los mas notables fueron los capitanes Juan Velazquez de León, íntimo amigo de Cortés, Francisco de Saucedo, Amador de Laris, y Francisco Moria, hombres de gran mérito y valor; y entre los prisioneros perecieron, el desgraciado rey Camatzin y un hermano, un hijo y dos hijas de Moteuc-



— 152 —

zona. La misma suerte tuvo Doña Elvira, hija del príncipe tlaxcalteca Maxijecatzin.

Cortés no pudo, á pesar de la grandeza de su corazón, detener las lágrimas al ver el estado de su ejército. En Popotla, aldea próxima á Tacuba, se sentó sobre una piedra á llorar la pérdida de sus amigos y compañeros. Sin embargo, tuvo el consuelo de saber que se habían salvado sus mas valientes capitanes Sandoval, Alvarado, Ordaz, Olid, Avila y Lugo, sus intérpretes Aguilar y Doña Marina, y su ingeniero Martín Lopez, en quienes cifraba su esperanza de reparar su honor y conquistar á México.

Se hallaron los españoles tan débiles y mal parados por el cansancio y las heridas, que si los mexicanos los hubieran seguido, no hubiera quedado uno con vida; pero apenas aquellos llegaron al último foso, regresaron á la ciudad, ó porque se contentaron con los estragos que habían hecho, ó porque encontrando los cadáveres del rey de Acolhuacan y de los príncipes reales, solo pensaron en llorar su muerte y celebrar sus exequias. Lo mismo hicieron con sus amigos y parientes, dejando aquel dia limpios los fosos y quemando los cadáveres para evitar que inficionaran el aire con su corrupcion.

Al rayar el dia se hallaron los españoles en Popotla, y habiéndolos reunido y ordenado Cortés, se pusieron en marcha para Tlacopan, perseguidos sin cesar por algunas tropas de aquella ciudad y por las de Azcapozalco, hasta Otencalpolco, templo situado en la cima de un pequeño monte, á nueve millas al Poniente de la capital, donde hoy está el Santuario de Nuestra Señora de



— 153 —

los Remedios, ó sea del Socorro. Allí se fortificaron segun sus pocos recursos, para defenderse con menos fatiga de sus contrarios, que los molestaron todo el dia. Descansaron algo por la noche y tuvieron algún refresco que les ofrecieron los otomites de dos caseríos próximos, que vivian impacientes bajo el yugo de los mexicanos. Desde aquel punto empezaron á encaminarse hacia Tlaxcala por Cuauhtitlan, Citlaltepec, Joloc y Zacamolco, perseguidos durante su marcha por algunos cuerpos volantes enemigos. En Zacamolco se hallaron tan hambrientos y reducidos á tanta miseria, que cenaron la carne de un caballo que murió en una accion de aquel dia, y el general participó como todos de aquel alimento. Los tlaxcaltecas se echaron al suelo para comer yerba, implorando á gritos el auxilio de sus dioses.

El dia siguiente apenas se pusieron en camino por el monte de Aztaquemecan, vieron de lejos en la llanura de Tonampoco, poco distante de Otumba, un numeroso y brillante ejército, ó de mexicanos como dicen algunos historiadores, ó de las tropas de Otumba, Calpolapan y Teotihuacan y otros pueblos vecinos, excitados por los mexicanos para hacer la guerra á los españoles. Ordenó Cortés sus tropas abatidas, extendiendo cuanto pudo el frente de su mezquino ejército, á fin de que quedasen de algun modo cubiertos sus flancos con el pequeño número de caballos que aun conservaba. Exhortó á sus soldados, y se dió por fin la batalla, que fué muy sangrienta y duró cuatro horas. Cortés, viendo sus tropas desanimadas, mientras sus enemigos estaban muy orgullosos á pesar del daño que reci-



— 154 —

bian, tomó una resolucion atrevida y peligrosa. Se acordó de haber oido decir que los mexicanos se desordenaban y huian al perder en la accion al general ó el estandarte. Cihuacatzin, general de aquel ejército, iba en una litera que llevaban en hombros algunos soldados, vestido con un rico traje militar, cubierta la cabeza con un hermoso penacho y con un escudo dorado en el brazo. El estandarte, que segun el uso de aquellas gentes llevaba él mismo, era una red de oro puesta en la punta de una lanza, que se había atado fuertemente al cuerpo y que se alzaba cerca de diez palmos sobre su cabeza. Observólo Cortés en el centro de aquella multitud de combatientes, y resuelto á dar un golpe decisivo, mandó á sus valientes capitanes Sandoval, Alvarado, Olid y Avila, que le guardasen las espaldas, y con otros que le acompañaron se adelantó por donde le pareció mas fácil la empresa con tanto ímpetu, que arrojó al suelo á cuantos halló al paso. Así fué internándose por las huestes contrarias hasta llegar al general, al que echó al suelo de un lanzazo, no obstante la escolta de oficiales que lo defendía. Juan de Salamanca, valiente soldado que acompañaba á Cortés, desmontó con prontitud, quitó la vida al jefe enemigo, y arrancándole el penacho, lo presentó inmediatamente al caudillo español. El ejército contrario, viendo á su general muerto y perdido su estandarte, se desordenó y huíó en tropel. Los españoles, estimulados por tan gloriosa hazaña, lo siguieron, haciendo en él grandes estragos.

Esta victoria fué una de las mas famosas de los españoles en el Nuevo-Mundo. Señalóse en ella sobre



— 155 —

todos el general, de quien decian sus soldados que jamas habian visto en él tanta actividad ni tanto valor; recibió una herida en la cabeza, que empeorando de dia en dia, puso en peligro su existencia. Bernal Diaz alaba, con justicia, el denuedo de Sandoval, haciendo ver la parte que tuvo este famoso oficial en la victoria. Tambien elogian los historiadores á María de Estrada, muger de un soldado español, la que armada de lanza y rodela, corria tras las huestes enemigas, hiriendo y matando con un arrojo extraño en su sexo. De los tlaxcaltecas, dice Bernal Diaz, que pelearon como leones, distinguiéndose entre ellos Calmecahua, capitán de las tropas de Maxijcatzin.

La pérdida de los enemigos fué considerable: murieron casi todos los tlaxcaltecas y muchos españoles, á proporcion de su número, quedando los demas todos heridos.

Cansados de perseguir á los fugitivos, volvieron á seguir el camino de Tlaxcala por la parte oriental de aquella llanura. Allí pasaron la noche á descubierto, y el mismo general, á pesar de su cansancio y de su herida, hizo personalmente la guardia para mayor seguridad. El dia siguiente, 8 de Julio de 1520, entraron, dando gracias al Altísimo, en los dominios de Tlaxcala, y llegaron á Huejotlipan, pueblo considerable de aquella república. Apenas tuvieron noticia de su llegada los cuatro jefes de ella, cuando pasaron á Huejotlipan á cumplimentarlos, acompañados por uno de los principales señores de Huejotzinco y por un gran número de nobles. El príncipe Maxijcatzin, aunque



— 156 —

afligido por la muerte de Doña Elvira, procuró consolar á Cortés con la esperanza de nuevos triunfos, asegurándole que llegaría el dia de la venganza, y que para tomarla bastaban el valor de los españoles y las fuerzas de la república, que desde entonces le prometía: lo mismo ofrecieron muchos señores. Cortés les dió gracias por su benevolencia, y tomando el estandarte del general mexicano, lo regaló á Maxijcatzin, y á los demás señores presentó otros despojos. Las mugeres tlaxcaltecas rogaron á Cortés que vengase la muerte de sus hijos y parientes, y desahogaron su dolor en imprecaciones contra los mexicanos.

Despues de haber descansado tres días en aquel pueblo, pasaron los españoles á la capital de la república, distante de allí quince millas, para curar sus heridas, de las que murieron ocho soldados. El concurso que asistió á su regreso á Tlaxcala, fué igual, y quizás mayor, que el que salió á recibirlos en su primera entrada.

CAPITULO VIII.

Eleccion y medidas de Cuitalhuatzin.—Guerras de Tepeyacac, Itzocan y otros lugares.—Estragos de las viruelas.—Exaltacion del principe Coanacotzin y muerte de Cuicuitzcatzin.

Mientras los españoles descansaban en Tlaxcala, los mexicanos se empleaban en remediar los males que habían sufrido la capital y el reino. Necesitando la nación un jefe capaz de restablecer su honor y de reparar las pérdidas sufridas en los últimos años del reina-



-- 157 --

do de Moteuczona, fué elegido Cuitlahuatzin, hermano de este desgraciado monarca y su íntimo consejero. Era hombre de gran talento, como lo asegura su enemigo Cortés, y tan liberal como su hermano. Su valor y su pericia militar le adquirieron la estimación de sus pueblos; y algunos españoles bien informados de su carácter, aseguran que si no hubiera muerto antes de atacar la ciudad por segunda vez, no se hubieran apoderado de ella. Es probable que los sacrificios que se hicieron en la época de su coronación, fueran de los españoles que él mismo hizo prisioneros la noche de la retirada.

Terminada aquella solemnidad, se aplicó el nuevo soberano á remediar los males de la capital y del imperio. Mandó reparar los templos y reedificar las casas destruidas. Aumentó y mejoró las fortificaciones: envió socorros á las provincias, excitándolas á la defensa común del Estado contra aquellos nuevos enemigos, y prometió eximir del tributo á los que tomasen las armas en defensa de la corona. Mandó ademas embajadores á Tlaxcala con un buen regalo de plumas, ropas y sal, los cuales fueron recibidos con honor, segun los usos establecidos en aquellos países. El objeto de la embajada era representar al senado, que aunque hasta entonces habian sido enemigos los mexicanos y los tlaxcaltecas, era ya tiempo de unirse contra los enemigos comunes de la patria: que si la república seguia como hasta allí favoreciendo á los españoles, serian detestados generalmente y los dioses descargarian sobre ellos todo el peso de su cólera; mas que si por el contrario se



— 158 —

declaraban, como el rey lo pedía, enemigos de aquellos hombres, la corte de México haría perpetua alianza con la república de Tlaxcala.

El senado, después de haber oido el mensage y despedido á los embajadores de la sala de audiencia, quedó reunido para deliberar sobre aquel gran negocio. No faltaron miembros que apoyasen las proposiciones de los mexicanos, exagerando las ventajas que se les ofrecían y el infiusto éxito de la expedicion de los españoles á México. Alzó la voz entre ellos el jóven Xicotencatl, que siempre había sido enemigo capital de los españoles, y procuró apoyar con cuantas razones pudo la alianza con los mexicanos, añadiendo que seria mejor conservar las antiguas costumbres del pais, que someterse á las nuevas y extravagantes usanzas de aquella gente indómita y orgullosa. Maxijcatzin, que era por el contrario, amigo de los españoles, rechazó el voto de Xicotencatl, censurando como abominable perfidia el designio de sacrificar á los mexicanos aquellos hombres perseguidos por la fortuna, que habian buscado un asilo en la república fiados en las promesas y demostraciones del senado y de la nacion. La discusion fué tan animada é irritó á tal grado los ánimos, que Maxijcatzin, arrebatado de cólera, dió un golpe á Xicotencatl y lo precipitó por las gradas de la sala de audiencia, llamándolo sedicioso y traidor á la patria. Esta demostración, hecha por un hombre tan prudente y tan respetado y amado por la nacion, obligó al senado á mandar prender á Xicotencatl.

La resolucion en que convinieron los senadores, fué



— 159 —

la de responder á los embajadores, que la república estaba dispuesta á aceptar la paz, con tal que no se le exigiese una cosa tan indigna como era sacrificar á sus huéspedes y amigos; pero cuando buscaron á los embajadores se echó de ver que se habían salido ocultamente de Tlaxcala, por haber observado alguna inquietud en el pueblo, y temieron se cometiese algún atentado contra el respeto debido á su carácter. Es probable que el senado enviara su contestación con algunos embajadores tlaxcaltecas.

Los senadores procuraron ocultar á los españoles cuanto había pasado; pero á pesar de sus precauciones lo supo Cortés, quien dió las gracias á Maxijcatzin por sus buenos oficios, y ofreció corresponder á la alta idea que tenía del valor y amistad de sus compatriotas.

No satisfecho el senado con estas pruebas de su cordialidad, prestó de nuevo obediencia al rey católico, y los cuatro jefes de la república renunciaron á la idolatría; y después de haber sido instruidos completamente, recibieron el bautismo, siendo sus padrinos el mismo Cortés y sus principales capitanes. Celebróse esta función con grandes demostraciones de júbilo, tanto de los tlaxcaltecas como de los españoles. Llamóse Maxijcatzin en el bautismo, D. Lorenzo, Tlehuejolotzin, D. Gonzalo, Xicotencatl el viejo, D. Vicente, y Citlalpopoca, D. Bartolomé.

Ya Cortés estaba fuera del peligro á que había expuesto su vida el golpe que recibió en la última acción, y algunos españoles habían curado sus heridas con la ayuda de los cirujanos tlaxcaltecas. Cortés, durante su



— 160 —

enfermedad, solo habia pensado en los medios de llevar á cabo la grande empresa de la conquista de México, y para esto habia mandado cortar una gran cantidad de madera con objeto de construir trece bergantines; pero mientras formaba estos vastos proyectos, muchos de sus soldados tenian designios harto diferentes. Veianse desprovistos de armas y caballos, y en un estado miserable: no podian olvidar el conflicto de la trágica noche del 1.^o de Julio, y no querian exponerse ya á tales riesgos. De las murmuraciones privadas pasaron á presentar á su general una súplica legal, á fin de obligarlo con muchas razones á volver á la Vera-Cruz, donde tendrian socorros de tropas y municiones para emprender con mas fuerzas la conquista, que por entonces juzgaban imposible. Cortés, de pronto, se turbó; pero valiéndose del talento que tenia de persuadir cuanto queria á sus soldados, les habló con tanta energía, que los indujo á desistir de su pretension, asegurándoles la fidelidad de la república, de que dudaban; y finalmente, les rogó que suspendiesen su resolucion hasta ver el éxito de la guerra que peusaba hacer contra la provincia de Tepeyacac (1). en la que esperaba tener nuevos testimonios de la fidelidad de los tlaxcaltecas.

Los señores de la provincia de Tepeyacac, confinante con la república de Tlaxcala, se habian declarado amigos de Cortés y súbditos del rey de España desde la catástrofe de Cholula; pero viendo á los españoles abatidos, y victoriosos á los mexicanos, volvieron á so-

(1) Se le da tambien el nombre de Tepeaca.



— 161 —

meterse á estos, y para grangearse la volunsad de su rey, dieron muerte á algunos españoles que venian de Vera-Cruz y entraron varias veces á mano armada en los terrenos de Tlaxcala. Decidió Cortés hacerles la guerra, no menos para castigar su perfidia que para asegurar aquel camino, por el cual debian llegarle los socorros que aguardaba. Instábalo tambien á aquella expedicion el jóven Xicotencatl, que por mediacion del mismo Cortés habia recibido la libertad, para borrar todas las sospechas que podia inspirar su conducta, ofreciéndose tambien á ayudarlo en aquella guerra con un ejército numeroso. Cortés aceptó la oferta, habiendo antes exigido amigablemente de los de Tepeyacac alguna satisfaccion, prometiendo perdonarles el atentado cometido; pero habiendo sido rechazadas sus proposiciones, marchó contra aquella provincia con cuatrocientos veinte españoles y seis mil tlaxcaltecas, en tanto que Xicotencatl reunia un ejército de cincuenta mil hombres. En Tzimpantzinco, ciudad de Tlaxcala, se le unieron tantas fuerzas de aquella república, que se cree que no bocaban de ciento cincuenta mil hombres.

La primera expedicion fué contra Zacatepec, pueblo de la confederacion de Tepeyacac. Sus habitantes hicieron una emboscada contra los españoles, y despues de un combate sostenido por ambas partes, fueron vencidos los de Zacatepec, quedando muchos muertos en el campo. De allí marchó el ejército contra Acatzinco, donde entraron victoriosos los españoles despues de haber ganado otra accion no menos reñida que la anterior. De Acatzinco mandó Cortés muchos destacamentos á



— 162 —

quemar unos pueblos de los alrededores de Tepeyacac, á donde se dirigió despues, entrando con todo su ejército sin ninguna resistencia de parte de sus habitantes. Allí declaró esclavos á muchos prisioneros, hechos en aquella provincia, y les hizo marcar con un hierro candente, segun la costumbre de aquel siglo, aplicando la quinta parte al rey de España, como se hacia con todo lo que tomaban, y dividiendo el resto entre los españoles y sus aliados. Allí fundó, segun el modo de hablar de aquel tiempo, una ciudad que llamó *Segura de la frontera*, cuyo acto se redujo á establecer magistrados españoles y erigir una pequeña fortificacion.

Los mexicanos que estaban de guarnicion en aquella provincia se retiraron de ella por no tener fuerzas suficientes para resistir á sus enemigos; pero al mismo tiempo se dejó ver por la ciudad de Quauhquecholan un ejército mexicano mandado por el rey Cuitlahuatzin, para impedir á los españoles el paso á la capital por aquella parte, en caso de que lo intentasen. El señor de aquella ciudad, que era amigo de los españoles, mandó una embajada á Cortés declarándose vasallo del rey de España y diciéndole que él deseaba dar pruebas de su adhesión; pero que no se lo permitian los mexicanos que á la sazon habia en aquella ciudad y en los pueblos circunvecinos, para impedir toda confederacion con los españoles; y ademas le rogaba que lo auxiliase y defendiese de las vejaciones que sufria de aquellas tropas. Cortés agradeció el aviso y envió inmediatamente con los mensageros un socorro de trece caballos, doscientos españoles y treinta mil hombres de las tropas



— 163 —

auxiliares, al mando del capitán Olid. Pero doce millas antes de llegar á Quauhquecholán, el comandante español entró en sospechas de que los huejotzinques se hubiesen confederado secretamente con los de aquella ciudad y con los mexicanos para destruir á los españoles. Estos recelos, fundados en siniestros informes, y que despues se hicieron mas verosímiles por el gran número de tropas huejotzinques que se agregaron espontáneamente al ejército, lo obligaron á volver á Cholula, donde mandó prender á los huejotzinques de mas autoridad y á los mensajeros de Quauhquecholán, y los mandó á Cortés para que hiciese las averiguaciones necesarias.

Cortés desaprobó tal conducta, y despues de haber examinado á los prisioneros, convencido de su inocencia, los regaló cuanto pudo, y acompañado de ellos marchó inmediatamente para Cholula con cien peones españoles y diez caballos, determinado á seguir personalmente la empresa. Alentó á las tropas de Olid, y siguió la marcha á Quauhquecholán con todo el ejército, que á la sazon constaba de mas de trescientos españoles y de mas de cien mil aliados: ¡tanta era la prontitud de aquellos pueblos en armarse contra los mexicanos para sustraerse á su dominio! Antes de llegar á Quauhquecholán, le avisó el señor de aquella ciudad que ya estaban tomadas todas las medidas; que los mexicanos confiaban en los centinelas que habían puesto en los caminos y en las torres; pero que los ciudadanos se habían apoderado en secreto de ellos.

Apenas vieron los de la ciudad el ejército que venia



— 164 —

en su socorro, asaltaron con tal violencia los alojamientos de los mexicanos, que antes de entrar Cortés le presentaron cuarenta prisioneros. Cuando entró aquel general, atacaban tres mil ciudadanos el cuartel principal de los oficiales mexicanos, que aunque inferiores en número, se defendían con tanto valor, que los que atacaban no pudieron entrar en la casa á pesar de haberse hecho dueños de las azoteas. Cortés la tomó por asalto, y á pesar del empeño que tenía en hacer algún prisionero, para saber por su medio el estado actual de la corte, solo pudo saber algunas noticias por un oficial moribundo. Los otros mexicanos esparcidos por la ciudad, huyeron á incorporarse con el grueso del ejército, acampado en una elevación que dominaba todos los alrededores, el cual se puso en un momento en órden de batalla y entró á la ciudad pegando fuego á las casas. Los españoles corrieron á su defensa con la caballería y con muchos miles de aliados, haciendo huir á sus contrarios á una posición alta y escabrosa; pero viéndose perseguidos en ella, se recobraron en un monte elevadísimo, dejando muchos muertos en el campo.

Tres días descansó el ejército en Quauhquecholán y el cuarto pasó á Izocan, llamada por los españoles Izúcar, ciudad de tres á cuatro mil familias, situada á la falda de un monte, á cerca de diez millas de Quauhquecholán, y rodeada de un río profundo y de una pequeña muralla. Sus calles eran bien ordenadas, y tantos sus templos, que Cortés, entre grandes y chicos, contó hasta ciento. Mandaba en aquel país un personaje de la sangre real de México, á quien Moteuczoma lo



— 165 —

habia dado en feudo, despues de haber mandado dar muerte, no sé por qué motivo al legítimo señor que lo poseia. A la sazon tenia una guarnicion de cinco á seis mil hombres de tropas mexicanas. Todos estos datos, comunicados á Cortés por el señor de Quauhquecholan, lo impelieron á emprender aquella expedicion, contando con un ejército, segun él mismo afirma, de cerca de ciento veinte mil hombres. Dió el asalto á la ciudad por la parte que le pareció menos difícil, y los itzecanenses, ayudados por las tropas reales, hicieron al principio alguna resistencia; pero vencidos por fuerzas tan superiores, se desbarataron y huyeron por la parte opuesta á la del ataque, pasando el río y levantando los puentes á fin de no ser perseguidos por sus contrarios. Los españoles y aliados, en despecho de las dificultades que hallaron para vadear el río, los siguieron por mas de cuatro millas, matando á unos, haciendo prisioneros á otros, y aterrando á todos con su furor y su violencia. Vuelto Cortés á la ciudad, mandó pegar fuego á los santuarios, y por medio de algunos prisioneros, llamó á los habitantes dándoles indulto para que volviesen sin temor á sus casas.

El señor de Itzocan se había ausentado de la ciudad y puesto en camino para Méjico cuando se descubrió el ejército contrario. Esto bastó á los nobles para declarar el Estado vacante; por lo que, bajo el amparo de Cortés, convinieron en darlo á un príncipe hijo del señor de Quauhquecholan, y por ser de tierna edad, se le nombraron por tutores á su padre, á su tio y á dos nobles. Aquel príncipe fué muy pronto instruido en la religion cristiana y bautizado.



— 166 —

La fama de las victorias de los españoles atrajo muchos pueblos á la obediencia del rey de España. Además de Quauhquecholan, Izocan y Ocopetlayocan, gran ciudad poco distante de aquellas dos, tributaron homenage á la corona de Castilla, ocho pueblos de Coajtlahuacan, parte de la vasta provincia de Mijteapan, distante mas de ciento veinte millas de Quauhquecholan.

Cortés volvió á Tepeyacac, y por medio de sus capitanes hizo la guerra á varias ciudades que habian cometido algunas hostilidades contra los españoles. Los habitantes de Jalatzinco, ciudad poco distante del camino de la Vera-Cruz, fueron vencidos por el famoso Sandoval. Los de Tecamachalco, ciudad considerable de la nacion Popoloca, hicieron una vigorosa resistencia; pero por fin se rindieron, y dos mil de ellos fueron hechos esclavos. Contra Tochtepec, ciudad grande á orillas del río de Papaloapan, donde habia guarnicion mexicana, envió al capitán Salcedo con ochenta españoles, de los cuales no quedó uno vivo para llevar la noticia á Cortés. Mucho sintió tal pérdida el general español, y para vengarla mandó á los dos valientes capitanes Ordaz y Avila con algunos caballos y veinte mil aliados, los cuales, á pesar del valor con que los mexicanos se defendieron, tomaron la ciudad y mataron muchos enemigos.

No sintió tanto Cortés la pérdida de sus españoles, como el descontento de algunos de sus soldados, quienes insistieron obstinadamente en su demanda, hasta que Cortés se vió obligado á concederles el permiso de



— 167 —

volver no ya á Vera-Cruz para aguardar allí nuevos reforzados, sino á Cuba para estar mas lejos de los peligros de la guerra, pareciéndole menos malo disminuir sus tropas, que tener consigo malcontentos que con su disgusto ensriasen el valor de los otros. Esta pérdida fué muy pronta y ventajosamente reparada con un buen número de soldados, que con armas, caballos y municiones, llegaron al puerto de Vera-Cruz, enviados los unos por el gobernador de Cuba en socorro de Narvaez, y los otros por el gobernador de Jamaica para la expedicion de Pánuco, y todos se agregaron gustosos al partido de Cortés.

Las victorias de los españoles engrandecieron de tal suerte su nombre, que Cortés era el árbitro de los disturbios de aquellos pueblos, y á él, como al señor de aquella tierra, se dirigian para obtener la confirmacion de la investidura de los Estados vaeantes, como sucedió con los de Cholula y de Ocotelolco en Tlaxcala, que vacaron de resultas de las muertes ocasionadas por las viruelas. Esta enfermedad, desconocida hasta entonces en el Nuevo-Mundo, fué llevada á él por mi negro esclavo de Narvaez. Al punto se contagian los cempaltecas, y de éstos se propagó el contagio por todo el imperio mexicano, con indecible daño de aquellas naciones. Los que por estar dotados de una complexion fuerte resistieron á la violencia del mal, quedaron tan desfigurados, que causaba horror verlos tan solo. Entre los otros males causados por esta enfermedad, fué muy sensible á los mexicanos la pérdida de su rey Cuitalhuatzin, despues de tres ó cuatro meses de reinado,



— 168 —

y á los tlaxcaltecas y españoles la del príncipe Maxijcatzin.

Los mexicanos dieron la corona á Quauhtemotzin, sobrino de Cuatlahuatzin, por no quedar ningun hermano de los dos últimos reyes. Quauhtemotzin era un jóven de veinticinco años y de ánimo intrépido; y aunque por su corta edad no era muy práctico en los ejercicios de la guerra, continuó las disposiciones militares de su predecesor. Casóse con su prima Tecuichpotzin, hija de Motecuzoma y viuda de su tío Cuatlahuatzin.

Cortés lloró la pérdida de Maxijcatzin, y despues de haber asegurado el camino de Vera-Cruz y de haber mandado á la corte de España al capitán Ordaz con una relación exacta al emperador Carlos V, de cuanto había ocurrido hasta entonces, y al capitán Avila á la Isla de Santo Domingo á solicitar socorros para la conquista de México, salió de Tepeyacac para Tlaxcala, á donde entró vestido de luto y haciendo grandes demostraciones de dolor por la muerte de su amigo. Confirió, á petición de los mismos tlaxcaltecas y á nombre del rey de España, el Estado vacante de Ocotelolco, uno de los principales de aquella república, á uno de los hijos de Maxijcatzin, entonces de doce años, quien recibió en el bautismo el nombre de D. Juan, tomando por apellido el nombre de su padre, y para honrarlo de un modo particular, Cortés lo armó caballero al uso de Castilla.

En aquel mismo tiempo ocurrió la muerte de Cuauitzeatzin, colocado por Motecuzoma y Cortés en el trono de Acolhuacan, en lugar de su desventurado hermano Cacamatzin. No le fué dado gozar mucho tiem-



— 169 —

po la dignidad, pues muy pronto lo privó de la libertad el mismo que le había dado la corona. Salió de Méjico con los otros prisioneros en la noche de la derrota de los españoles, á quienes acompañó hasta Tlaxcala, donde permaneció hasta que, ó impaciente de la opresión, ó deseoso de recobrar el trono, se huyó secretamente para Tetzcuco. Reinaba á la sazón en aquella ciudad Coanacotzin, á quien por muerte de Cacamatzin tocaba por ley del reino la corona. Apenas se presentó Cuauhtzatzin, cuando fué preso por los ministros reales, quienes dieron aviso al rey, que entonces se hallaba en Méjico. Este lo hizo saber á su primo Quauhtemotzin, el cual, creyendo que el príncipe fugitivo era espia de los españoles, fué de parecer que se le diese la muerte. Coanacotzin, ó por complacer á aquel monarca, ó por deshacerse de un rival peligroso, mandó al instante ejecutar aquel designio sin tardanza, terminando así su vida aquel desgraciado rey, cuya elevación solo sirvió para hacer mas estrepitosa su caída.

CAPITULO IX.

Marcha de los españoles á Tetzcoco.—Sus negociaciones con los mexicanos.

Cortés, que no apartaba de su espíritu la idea de la conquista de Méjico, se empleaba en Tlaxcala con suma diligencia en la construcción de los bergantines y en disciplinar á sus tropas. Obtuvo del senado algu-



— 170 —

nos centenares de hombres de carga para la conducción de las velas, jarcias, clavazon y otros materiales de los navíos que había mandado desbaratar en el año anterior. De ellos pensaba servirse para los bergantines, y con el mismo objeto hizo sacar una gran cantidad de resina del monte Matlatcueye. Avisó á los huejotzinques, á los choluleses y los demás aliados, á fin de que alistasen sus tropas, é hizo reunir una gran provisión de municiones de guerra y de boca, para el numeroso ejército que pensaba emplear en el sitio de México. Cuando le pareció oportuno ponerse en marcha, pasó revista á su tropa, que se componía de cuarenta caballos y de quinientos cincuenta peones. Dividió aquella pequeña caballería en cuatro partes, y la infantería en nueve compañías. Puesto á caballo enfrente de su pequeño ejército, después de ordenarlo, le dirigió una arenga, en que exhortaba á los soldados á reparar el honor de sus armas en la empresa de la conquista y á facilitar los progresos del Evangelio.

Los tlaxcaltecas, que procuraban imitar la disciplina de los españoles, quisieron hacer tambien reseña de sus tropas en presencia de Cortés. Rompia la marcha la música militar de cornetas y otros instrumentos de viento, y detras venian los cuatro jefes de la república, armados de escudo y espada y adornados con hermosísimos penachos de dos tercias de alto. Llevaban los cabelllos atados con cordones de oro, pendientes de joyas en los labios y en las orejas, y en los piés, calzados de mucho valor. Seguíanles cuatro escuderos armados de arcos y flechas, y en pos los cuatro estandartes princi-



— 171 —

pales de la república, cada uno con su insignia propia hecha de plumas. Despues pasaron en filas bien ordenadas las tropas de flecheros, de veinte en veinte, dejando ver de trecho en trecho los estandartes particulares de sus compañías, compuestas cada una de trescientos ó cuatrocientos hombres, y seguian las tropas armadas de espada y rodela, y al fin las armadas de picas (1).

Xicotencatl el jóven hizo tambien una arengá á ejemplo de Cortés, en la que dijo á sus tropas que al dia siguiente, como ellos sabian, debian marchar con los valientes españoles contra la ciudad de México, enemiga eterna de la república; que aunque el nombre solo de los tlaxcaltecas bastaba para amedrentar á todas las naciones, debian disponerse á ganar nueva gloria con sus acciones.

Cortés por su parte convocó á los principales señores de los ejércitos, y los exhortó á una fidelidad constante para con los españoles, ponderándoles las ventajas que debian esperar de la ruina de los mexicanos, y los males que les amenazaban si instigados por estos ó por otro motivo, faltaban á la fé que habian empeñado. Despues publicó un bando para el gobierno de sus tropas que contenia los artículos siguientes.

1.º *Nadie blasfeme de Dios, de la Santa Virgen ni de sus santos.*

2.º *Ninguno riña con otro, ni ponga mano á la espada ni á otra arma para herirlo.*

(1) Herrera y Torquemada afirman que los flecheros eran sesenta mil, los de pica diez mil y los de espada y escudo cuarenta mil.



— 172 —

3.º *Nadie juegue las armas, ni el caballo ni otra prenda del servicio.*

4.º *Nadie fuerce á muger alguna so pena de muerte.*

5.º *Ninguno se apodere de los bienes ó prendas que no le pertenezcan, ni castigue á ningun indio si no es su esclavo.*

6.º *Ninguno haga corrertas sin permiso del general.*

7.º *Ninguno prenda á los indios ni saquee sus casas sin permiso del general.*

8.º *Ninguno trate mal á los aliados, antes bien procuren todos conservar su amistad.*

Cortés promulgó estas leyes, y mandó ahorcar á dos negros esclavos suyos que se habían robado un pavo y dos capas de algodón, haciendo con este y otros ejemplares, que respetasen aquellas disposiciones, tan necesarias para la conservación de sus fuerzas.

Finalmente, después de tomadas las medidas que le parecieron oportunas para el buen éxito de la empresa, marchó con todos sus españoles y con un buen número de aliados, el 28 de Diciembre de 1520, después de haber oido misa e invocado el auxilio de la Divinidad. No quiso Cortés llevar consigo desde luego todo el ejército aliado, tanto porque creyó mas oportuno dejar la mayor parte en Tlaxcala para seguridad de los bergantines, cuando llegare el tiempo de trasportarlos, como por parecerle difícil mantener tanta gente en Tetzcuco. De los tres caminos que había para ir á esta ciudad, tomó el mas difícil, por parecerle que no debiendo espe-



— 173 —

rarlo por allí los mexicanos, sería más segura su marcha. Pasó el ejército por Tetzmelocan, pueblo perteneciente al Estado de Huejotzingo; y el día 30, desde la cima más elevada de aquellas montañas, contemplaron los españoles el hermosísimo valle de México, parte con júbilo por ser el término de sus fatigas, parte con disgusto por el recuerdo de sus desastres. Al bajar al llano, encontraron el cañón embarazado con troncos y ramas de árboles, atravesados de propósito, y tuvieron que emplearse mil tlaxcaltecas en remover aquel obstáculo. Cuando llegaron al valle los atacaron algunas tropas volantes de enemigos; pero habiendo los españoles dado muerte a algunos de ellos, los demás se pusieron en fuga. Aquella noche se alojaron en Coatepec, lugar distante ocho millas de Tetzcuco, y al día siguiente, cuando se encaminaban a aquella ciudad, inciertos de la disposición en que estarían sus habitantes, pero resueltos a no volver atrás sin haber tomado venganza de sus enemigos, vieron dirigirse a ellos cuatro personajes sin armas, con una bandera de oro; y conociendo Cortés que esta era señal de paz, se adelantó hacia ellos. Eran en efecto mensajeros enviados por el rey Coanacotzin para cumplimentar al general español; para convidarlo a pasar a su corte, y para rogarle no cometiese hostilidad alguna en sus Estados. Al mismo tiempo le presentaron la bandera, que pesaba treinta y dos onzas. Cortés, a pesar de estas demostraciones de amistad, les echó en cara la muerte dada pocos meses antes, por los habitantes de Zoltepec, a cuarenta y cinco españoles, cinco caballos y trescientos tlaxcaltecas que los accom-



— 174 —

pañaban, cargados de oro, plata y armas para los españoles que estaban entonces en México, con tanta inhumanidad, que habían colgado como trofeos en el templo de Tetzcoco los pellejos de los españoles, con sus armas y trajes, y los de los caballos con sus arneses. Añadió que ya que no era posible compensar la perdida de aquella gente, debían al menos pagarle el oro y la plata que habían robado; pero que si no le daban la debida satisfacción, por cada español muerto haría morir mil tetzcucanos.

Los mensajeros respondieron que no tenía su nación la culpa de aquel suceso; pero que harían lo posible porque se restituyese todo lo que se había quitado; y despidiéndose cortesmente del general, volvieron á su ciudad con la noticia de la próxima llegada de los españoles.

Cortés entró á Tetzcoco el último día del año de 1520, y fué conducido á uno de los palacios del difunto rey Nezahualpilli por algunos nobles que salieron á su encuentro. Aquel palacio era tan grande, que no solo se podían alojar en él los seiscientos españoles, sino que aun cabían con comodidad otros seiscientos. Muy en breve notó Cortés que el concurso de las calles había disminuido considerablemente, pareciéndole que no había la tercera parte de la población que viera en otras veces, y sobre todo, observó que faltaban las mujeres y los niños, indicio manifiesto de alguna mala disposición de aquella corte. Para no aumentar la desconfianza de los ciudadanos, y para no exponer á su gente á alguna asechanza, publicó un bando en que prohibía, bajo la



— 175 —

pena de muerte, la salida de los cuarteles á los soldados. Despues de comer, observaron desde la azotea de palacio que salia mucha gente de la ciudad, encaminándose unos á los bosques vecinos, y otros á distintos pueblos del lago. La noche siguiente se ausentó el rey Coanacotzin, á despecho de Cortés que deseaba apoderarse de él, como lo habia hecho con sus hermanos.

Las revoluciones que ocurrieron inmediatamente en aquella capital justificaron su fuga. Apenas hacia tres dias que estaba allí Cortés, cuando se le presentaron los tres señores de Huejotla, de Coatlichan y de Atenco, con objeto de ofrecerle su amistad. Cortés, que nada deseaba tanto como aumentar su partido, los acogió benignamente y les ofreció su proteccion. Informados los mexicanos de esto, mandaron una represion severa á aquellos señores, diciéndoles que si habian tomado tan vil partido por miedo, supiesen que se hallaban los mexicanos con fuerzas superiores, y que pronto serian exterminados los españoles con sus aliados los tlaxcaltecas: que si se habian reducido á tal extremidad por conservar sus Estados, pasasen á México, en cuyo territorio se les darian mejores posesiones; mas aquellos señores, en lugar de amedrentarse con las amenazas ó ceder á las promesas, se apoderaron de los mensajeros y los enviaron á Cortés. Este les preguntó el motivo de su embajada, y ellos respondieron, que sabiendo que aquellos señores estaban en su gracia, venian á interponer su mediacion á fin de negociar la paz entre los españoles y mexicanos. Cortés, fingiendo dar crédito á sus palabras, los puso en libertad y les encargó dije-



— 176 —

sen á su soberano que él no quería la guerra, ni la haría jamas si no se viese obligado á ello por los mexicanos: que se guardase de hacer el menor daño á los suyos ó á sus aliados, pues en este caso darian lugar á la completa ruina de su ciudad.

Importando mucho á Cortés la alianza de aquellas tres ciudades, desde su entrada procuró grangearse la benevolencia de todos los ánimos con su afabilidad, y lo mismo había encargado á los suyos, prohibiendo severamente toda clase de hostilidades contra los habitantes. Conoció desde luego entre los nobles un partido favorable á Ixtlilxochitl, á quien tenía detenido en Tlaxcala. Hizolo conducir á la corte por un buen número de españoles y tlaxcaltecas, lo presentó á la nobleza y obtuvo que lo aclamasen por su rey, y que fuese coronado con las mismas solemnidades y regocijos que se hacían con los soberanos legítimos. Promovió Cortés la exaltación de aquel príncipe al trono de Acolhuacan, tanto para vengarse de Coanacotzin, como por tener á la nación dependiente de su voluntad. El pueblo lo aceptó sin dificultad, ó por temor á los españoles ó por estar cansados de su antiguo rey.

Era Ixtlilxochitl un jóven de cerca de veintitres años. Desde la primera entrada de Cortés á Tlaxcala, se había declarado abiertamente en su favor; pero en pago de su buena voluntad y de sus obsequios, fué prisionero de los españoles cuando salieron derrotados de Méjico y detenido en Tlaxcala, hasta que Cortés, como se ha dicho, lo mandó traer. Con el trato de los españoles se acostumbró á sus usos y fué instruido en la re-



— 177 —

ligion cristiana, tomando en el bautismo el nombre de D. Fernando, por respeto al general español que fué su padrino. No gozó sino en la apariencia de la magestad, pues mas que rey fué ministro de la voluntad de los españoles, á quienes hizo grandes servicios no solo en la conquista de México, en la cual sirvió con su persona y sus tropas, sino en la reedificación de aquella capital, para la cual ministró millares de arquitectos, albañiles y operarios. Murió, todavía joven, en 1523, y le sucedió en el dominio de Tetzcuco su hermano D. Carlos. Con la exaltación de Ixtlilxochitl, y con los obsequios que le hacia Cortés, se aumentó considerablemente el partido de los españoles; y todas las familias que habían abandonado la ciudad por miedo de sus hostilidades, volvieron seguras y alegres á sus casas.

Cortés había resuelto fijar su cuartel general en Tetzcoco, por lo que dispuso fortificar el palacio que servía de alojamiento á sus tropas. No podía abrazar mejor partido. Tetzcoco, como capital del reino de Acolhuacan, y ciudad tan grande y populosa, que abundaba en toda clase de víveres para el mantenimiento de sus tropas, tenía buenos edificios, buenas fortificaciones para su defensa, y gran número de artífices para los trabajos que podía necesitar el ejército. Los dominios de aquel Estado lindaban con los de Tlaxcala, y de este modo estaban seguras las comunicaciones con la república: la proximidad del lago era de suma importancia para la conducción de los bergantines, y la ventajosa posición de la ciudad, proporcionaba á los españoles la noticia de todos los movimientos de sus enemigos, sin exponerlos á sus hostilidades.



CAPITULO X.

Expedicion contra Iztapalapan.—Trasporte de los materiales de los bergantines.

Despues de haber arreglado los negocios de Tetzcuco, resolvio Cortés atacar la ciudad de Iztapalapan para vengar en ella y en sus habitantes las ofensas que habia recibido de su señor Cuitlahuatzin, á quien atribuia la causa de sus desgracias en la memorable noche de la retirada. Dejó en Tetzcuco una guarnicion de mas de trescientos españoles y muchos aliados al mando de Sandoval, y él marchó con mas de doscientos de los suyos, mas de tres mil tlaxcaltecas y muchos nobles de Tetzcuco. Antes de llegar á Iztapalapan, le salieron al encuentro algunas tropas, y fingiendo oponerse á su entrada, y peleando parte en tierra y parte en agua, se iban retirando hacia el pueblo como si no pudieran resistir á los españoles. Empeñados éstos y los tlaxcaltecas en alcanzarlos, entraron en la ciudad, cuyas calles hallaron desiertas, pues los ciudadanos se habian retirado con sus mugeres y sus hijos á unas casas que tenian en las islas del lago. Era ya muy entrada la noche cuando los españoles, alegres con su victoria, se ocupaban en saquear las casas y los tlaxcaltecas en pegarles fuego, cuando á la luz del incendio observaron que salia el agua de los canales y empezaba á cundir en la ciudad. Conocido el peligro, se dió la orden de retirada y se abandonó precipitadamente el pueblo, tomando el camino de Tetzcuco; mas á pesar de la



— 179 —

diligencia de las tropas, llegaron á un punto donde se habian acumulado tanto las aguas, que los españoles pasaron con gran trabajo, y de los tlaxcaltecas se ahogaron algunos, perdiéndose la mayor parte del botin. Esta expedicion disgustó mucho á los españoles; pero aunque muchos fueron heridos, solo murieron dos de ellos y un caballo. La pérdida de los habitantes de Iz-tapalapan fué mucho mas considerable, porque á mas del menoscabo que sufrieron sus casas, quedaron, segun Cortés, mas de seis mil muertos.

El pesar que produjo á Cortés aquella expedicion, fué muy pronto compensada con la satisfaccion de recibir la sumision que le enviaron por medio de sus embajadores las ciudades de Mizquic, Otumba y otras de aquellos contornos. Cortés les exigió como condicion necesaria para conseguir su alianza, que se apoderasen de cuantos les fueran enviados de México, y de cuantos mexicanos llegasen á su ciudad. Ellos lo prometieron así, y desde entonces fueron constantemente aliados fieles de los españoles.

A esta confederacion siguió luego la de Chalco, ciudad y Estado considerable de la orilla oriental del lago dulce, pues sabiendo Cortés que sus habitantes deseaban unirse á su partido, pero que no osaban declararse por miedo de las guarniciones mexicanas que estaban en sus plazas, les envió á Sandoval con veinte peones españoles y un buen número de aliados, dándole orden de acompañar á unos tlaxcaltecas que deseaban llevar á su patria la parte que habian salvado del botin de Iz-tapalapan, y volver sobre Chalco para arrojar á los me-



— 180 —

xicanos. Despues de un ataque que de improviso dieron algunas tropas enemigas que quedaron derrotadas, los tlaxcaltecas continuaron sin peligro alguno su viaje y Sandoval marchó á Chalco; pero antes de llegar á la ciudad le salió al encuentro la guarnicion mexicana. Se dió la batalla, que duró dos horas y concluyó con la muerte de muchos enemigos y con la fuga de los otros. Los de Chalco, noticiosos de la victoria, salieron con júbilo á recibir á los españoles y los acompañaron á su ciudad. El señor de aquel Estado, que había muerto de viruelas pocos dias antes, había recomendado en los últimos instantes de su vida á dos hijos que dejaba, que se confederasen con los españoles y que tuviesen á Cortés por padre. Por cumplir con la última voluntad de su padre, pasaron aquellos dos jóvenes á Tetzcuco acompañados del ejército español y de muchos nobles de Chalco: presentaron á Cortés una suma considerable de oro y establecieron la alianza, en que se mantuvieron constantemente fieles.

Cortés, despues de haber obsequiado á los dos príncipes, dividió entre ellos el Estado, ó por habérselo ellos pedido así, ó porque le aconsejaron este plan los nobles. Dió al mayor la investidura de la ciudad principal con otros pueblos, y al menor la de Tlalmanalco, Chimalhuacan, Ajotzinco y otros.

No cesaban entre tanto de hacer correrías los mexicanos en los Estados que se habian confederado con los españoles; pero gracias á la actividad con que Cortés enviaba socorros á las ciudades atacadas, quedaban inutilizados los esfuerzos de los mexicanos. Entre



— 181 —

otros, se presentaron á Cortés los chalqueses á pedirle socorro, pues habian sabido que los mexicanos querian castigarlos por su rebelion. No pudo condescender Cortés con sus deseos, pues habiéndose concluido el corte de la madera que debia servir en los bergantines, necessitaba de toda su gente para conducirla; pero les aconsejó que se confederasen con los de Cholula, Huejotzinco y Quauhquecholan. Ellos rehusaron este partido por la enemistad que siempre habian tenido con aquellos pueblos; pero al fin, obligados por la necesidad, se vieron precisados á aceptar. Apenas se habian despedido los chalqueses, llegaron mensageros de Huejotzinco y Quauhquecholan con el mismo objeto de aquellos, y aprovechándose de tan favorable ocasion para conferderar aquellos Estados con el de Chalco, los obligó Cortés á renunciar por el bien comun á sus disensiones particulares. Fué tan sólida aquella alianza, que desde entonces se ayudaron mútuamente sus miembros contra los mexicanos.

Siendo ya tiempo de llevar á Tetzcuco el maderage, las velas y la clavazon de los bergantines, dió Cortés esta comision á Sandoval con doscientos infantes españoles y quince caballos, encargándole fuese antes á Zoltepec á castigar á sus habitantes por la muerte de los cuarenta y cinco soldados españoles y trescientos tlaxcaltecas de que se ha hablado. Los de Zoltepec, cuando vieron acercarse á los españoles, abandonaron sus casas para salvar sus vidas con la fuga; pero habiendo sido alcanzados, muchos de ellos fueron pasados á cuchillo y otros hechos esclavos. De allí marchó Sando-



val á Tlaxcala, donde halló todo dispuesto para la conducción de los materiales. El primer bergantín fué construido por Martín López, soldado español que hacía de ingeniero en el ejército, y se echó al agua para probarlo en el río de Zahuapan. Por aquel modelo hicieron los tlaxcaltecas los otros doce. Hizose la conducción con el mayor aparato y júbilo de los tlaxcaltecos, pareciéndoles ligera aquella carga que debía contribuir á la ruina de sus enemigos. Ocho mil tlaxcaltecas llevaban al hombro la madera, las velas y los demás objetos necesarios á la construcción: dos mil llevaban los víveres, y treinta mil marchaban armados para la defensa del convoy, mandados por tres caudillos principales, que eran Chichimecatl ó Chichimeca-Teuctli, Ajotecatl y Teotepil ó Teotlilpil. Este acompañamiento ocupaba, segun Bernal Diaz, una extensión de mas de seis millas.

Cuando salieron de Tlaxcala, mandaba la vanguardia Chichimecatl; mas al salir del territorio de la república, Sandoval lo puso á retaguardia porque temía una sorpresa de los enemigos. Esta disposición desagradó á los tlaxcaltecas, quienes se jactaban de valientes, de suerte que Sandoval tuvo que emplear razones y ruegos para convencerlos. Cortés, vestido con brillantes galas y acompañado de todos sus oficiales, salió á recibir el convoy y dió gracias á los señores tlaxcaltecas por sus buenos servicios. La entrada en Tetzcoco, que se hizo en el mejor orden, duró tres horas. Las tropas de una y otra nación gritaban: *Castilla, Castilla: Tlaxcala, Tlaxcala*, en medio del estrépito de la música militar.



CAPITULO XI.

Expedicion de Cortés contra las ciudades de Jaltocan y Tlacopan, y de Sandoval contra Huajtepec y Jacapichtla.

Apenas llegó Chichimecatl, cuando sin descansar del viage, rogó á Cortés que lo emplease con su tropa en alguna expedicion. Cortés, que solo esperaba la llegada del ejército para ejecutar un designio que hacia tiempo meditaba, dejando en Tetzcuco una buena guarnicion, y dadas las órdenes oportunas acerca de la obra de los bergantines, se puso en marcha al principio de la primavera de 1521, con veinticinco caballos, seis cañones pequeños, trescientos cincuenta españoles, treinta mil tlaxcaltecas, y una parte de la nobleza de Tetzcuco, sin comunicar á nadie el término de su viage. Caminó el ejército doce millas al Norte, y pasó la primera noche en despoblado. El dia siguiente se dirigió á Jaltocan, ciudad fuerte situada en un pequeño lago, con una calzada que á ella conducia, y que á semejanza de Méjico, estaba cortada con fosos. La infantería española, sostenida por un buen número de aliados, los pasó entre una densa lluvia de dardos y flechas que hirieron á muchos; pero no pudiendo los habitantes sufrir los estragos que en ellos hacian las armas españolas, abandonaron la ciudad y huyeron. Los vencedores saquearon las casas y quemaron algunas.

Terminada esta expedicion, se encaminó Cortés á Quauhtitlan, grande y hermosa ciudad, como Cortés la llama con razon; pero la hallaron despoblada, pues los



— 184 —

habitantes, amedrentados con lo que habia pasado en Jaltocan, procuraron ponerse en seguridad.

De allí pasaron á Tenayocan y Azcapozalco, donde no hicieron daño por no haber hallado resistencia. Finalmente, llegaron á la corte de Tlacopan, término que se habia propuesto Cortés, con el fin de negociar algun convenio con México, y si no lo lograba, para adquirir algunas noticias de lo que allí se trataba. Los habitantes se manifestaron dispuestos á oponerse á los invasores. Atacaron en efecto, con su acostumbrado ímpetu á los españoles, y pelearon valerosamente largo rato; mas al fin, no pudiendo resistir los estragos de las armas de fuego, ni el impulso de los caballos, se retiraron, y los españoles, por ser ya entrada la noche, se alojaron en una gran casa de los arrabales. Al dia siguiente los tlaxcaltecas pegaron fuego á una parte de la poblacion, y en los seis dias que permanecieron allí los españoles, tuvieron continuos encuentros, y hubo algunos famosos duelos entre los de Tlaxcala y Tlacopan. Unos y otros combatieron con extraordinario valor, y desahogaron el odio que se tenian en mútuos insultos. Los de Tlacopan llamaban á los tlaxcaltecas damas de los españoles, sin cuya protección nunca se hubieran atrevido á llegar hasta los muros de aquella ciudad. Los tlaxcaltecas respondian que los mexicanos y sus partidarios merecian con mas razon el titulo de mugeres, pues siendo tan superiores en número á ellos, nunca los habian podido dominar. Tambien prodigaban á los españoles insultos y denuestos, convidándolos por burla á entrar á México, para mandar allí como señores y gozar todos los placeres de la vida.



— 185 —

En las acciones que sostuvieron aquellos días los españoles, entraron en aquel fatal camino, y se acercaron á los memorables fosos en que habían sufrido tan sanguinaria derrota. Hallaron en ellos una terrible resistencia, y todos estuvieron próximos á perecer, porque empeñados en perseguir á unas tropas mexicanas que habían salido á insultarlos para atraerlos al peligro, se hallaron de pronto atacados de una y otra parte del camino por tan gran número de contrarios, que no pudieron retirarse sin suma dificultad, combatiendo furiosamente hasta que llegaron á tierra firme. Cortés, disgustado del mal éxito de su expedición, volvió con su ejército á Tetzcoco, recibiendo en la marcha nuevos insultos de sus enemigos, que atribuian su retirada á cobardía.

Sandoval, que había quedado mandando en Tetzcoco, salió de allí dos días después de la llegada de Cortés, con veinte caballos, trescientos infantes españoles y un gran número de aliados, para socorrer á los chalques, que temían un gran ataque de los mexicanos; pero habiendo encontrado allí muchas tropas de Huejotzinco y de Quauhquecholan con el mismo objeto, y sabiendo que el mayor peligro estaba en la guarnición mexicana de Huajtepec, se dirigió á este pueblo situado en los montes, á quince millas al Mediodía de Chalco. En su marcha fué atacado por dos gruesos cuerpos enemigos; pero los derrotó sin grande esfuerzo, lo que se debió en gran parte al inmenso número de aliados que llevaba consigo. Entraron los españoles en Huajtepec, y se alojaron en unas casas grandes para descansar y curar los heridos; pero inmediatamente fueron atacados de



— 186 —

nuevo por los mexicanos, á quienes rechazaron y persiguieron mas de tres millas, derrotándolos completamente, volviendo despues al pueblo, donde descansaron dos dias. Sandoval envió desde allí mensajeros á ofrecer la paz á Jacapichtla, lugar muy fuerte, á seis millas de distancia de Huajtepec; mas habiendo sido rechazadas sus proposiciones, marchó hacia aquella ciudad con intencion de dar un golpe que castigase su orgullo, y libertase para siempre á los de Chalco del mal que por aquella parte podian temer. Los tlaxcaltecas y otros aliados se amedrentaron á vista del peligro; pero Sandoval, animado por su valor natural, se resolvio á vencer ó morir. Empezó á subir con la infantería, superando á la vez la aspereza del camino, y el gran numero de enemigos que lo defendian con flechas, dardos, guijarros, y aun con piedras desmesuradas, las cuales aunque se rompián al chocar con las rocas interpuestas, herian con sus fragmentos á los españoles; pero nadie fué capaz de contener su ímpetu. El cansancio y las heridas inflamaron su cólera de tal modo, y se abalaron con tanta furia á sus enemigos, que muchos de ellos, huyendo de las espadas, se precipitaron por los tajos del monte. En esta accion murió Gonzalo Dominguez, uno de los mas valientes soldados de Cortés, cuya pérdida fué muy sensible á todo el ejército.

Irritados los mexicanos con la derrota de Jacapichtla, armaron prontamente veinte mil hombres, y los enviaron en dos mil barcas contra Chalco. Los chalqueños imploraron el socorro de los españoles, y sus mensajeros llegaron cuando Sandoval volvia de Jacapicht-



— 187 —

tla con su ejército cansado, mal parado y herido. Cortés, atribuyendo con demasiada ligereza las repetidas hostilidades de los mexicanos contra Chalco á descuido de aquel caudillo, sin oírlo ni permitirle un rato de descanso, lo mandó poner en marcha con los soldados mas capaces de seguirlo, para sostener á aquellos aliados. Sandoval sintió mucho esta ofensa que el general le hacia, cuando esperaba recibir de él los elegios á que era tan acreedor; pero su prudencia lo hizo disimular su pesar, y partió sin tardanza á Chalco, á donde llegó cuando estaba concluida la batalla, en la que aunque con bastante pérdida, salieron victoriosos los chalquenses con los auxilios que sus nuevos aliados los huejotzinques y los quauhquecholeses les prestaron. Cogieron cuarenta prisioneros, y entre ellos á un general y dos personajes de la primera nobleza, los cuales entregaron á Sandoval, y éste á Cortés. Este conoció su error, e informado de la conducta de Sandoval, aplacó su justo resentimiento con singulares demostraciones de estimación y de honor.

CAPITULO XII.

Negociaciones de Cortés con los mexicanos.—Marcha del ejército español por los montes meridionales.—Conquistas de Quauhnahuac y Joquimilco.—Conjuración contra Cortés.

Queriendo Cortés hacer algún convenio con los mexicanos, tanto para evitar los azares de la guerra, como para apoderarse de su hermosa ciudad sin arruinarla,



— 188 —

envió dos personajes prisioneros con una carta al rey Quauhtemotzin, la cual, aunque no podía ser entendida en aquella capital, servía de credencial y de señas auténticas de la embajada. Expuso su contenido á los mensajeros, encargándoles que manifestasen á su soberano que él no aspiraba á otra cosa sino á que el rey de España fuese reconocido señor de aquellas tierras: que se acordase del homenaje que había rendido la nobleza á presencia de Moteuczoma: que le pesaba tener que derramar tanta sangre mexicana; y que en fin, reflexionase bien en lo que hacia, y no lo obligase á continuar una guerra que terminaría con la total ruina de la capital y del imperio.

Pronto se conoció el fruto de esta embajada en los lamentos de los chalqueses, los cuales, informados de las grandes fuerzas que contra ellos se apercibían en México, imploraron el socorro de los españoles, presentando á Cortés pintadas en una tela, las ciudades que se armaban contra Chalco, y el camino que tomaban sus tropas. Entre tanto que se alistaban las de Cortés para aquella expedición, llegaron á Tetzcuco los mensajeros de Tuzapan, Mecaltzinco y Nauhtlan, ciudades de la costa del seno mexicano, á prestar obediencia á nombre de sus señores, al rey de España.

El dia 5 de Abril salió Cortés de Tetzcuco, con treinta caballos, trescientos peones españoles, y veinte mil aliados, dejando á Sandoval el mando de aquella plaza y el cuidado de los bergantines. Marchó en derechura á Tlalmanalco, y de allí á Chimalhuacan (1),

(1) Existen dos pueblos de este nombre: uno á orillas del



— 189 —

donde se engrosó su ejército con mas de veinte mil hombres, que ó por vengarse de los mexicanos, ó por interés del botín, venian de diferentes puntos á servir en aquella guerra. Siguiendo después el camino representado por los chalqueses en sus pinturas, se dirigieron por los montes del Mediodía hacia Huajtepec, y vieron cerca del camino una elevación muy escabrosa, cuya cima estaba ocupada por mujeres y niños, y las faldas por un gran número de guerreros, que confiando en la fuerza natural del sitio, se burlaban con gritos y silbidos de los españoles. Cortés, no pudiendo sobrellevar aquella mofa, mandó atacar por tres partes el monte; pero apenas habían empezado á subir con gran trabajo entre una nube de flechas y piedras, dió orden de que se retirasen, pues ademas de ver que la empresa era temeraria, y mas difícil que útil, se dejó ver otro ejército de enemigos, que marchaba por aquella parte con intento de atacar á los españoles por la espalda. Cortés le salió al encuentro con sus tropas bien ordenadas. La batalla duró poco, pues los enemigos, reconociéndose inferiores en fuerzas, abandonaron prontamente el campo. Los españoles los siguieron por mas de hora y media, hasta derrotarlos completamente. La pérdida de los españoles en la batalla, fué casi ninguna; pero en la subida del monte, tuvieron ocho muertos y muchos heridos.

La sed que molestaba á los españoles, y la noticia lago de Tetzcoco, llamado *Chimalhuacan*, y otro en los montes al Mediodía del valle, llamado *Chimalhuacan-Chalco*: se trata de este último.



— 190 —

que tuvo Cortés de otro monte distante de allí tres millas y ocupado tambien por enemigos, lo obligaron á dirigirse á aquel punto. Observó en uno de los costados del monte, dos rocas prominentes, defendidas por muchos guerreros; mas éstos, creyendo que los españoles intentaban subir por el lado opuesto, abandonaron la posición, y corrieron á donde les pareció mayor el peligro. Cortés entonces, aprovechándose de esta coyuntura, mandó á uno de sus capitanes ocuparse con su gente aquellas prominencias, mientras él entretenía á los contrarios por la parte opuesta. Efectivamente, comenzó á subir con bastante trabajo, y cuando llegó arriba, vió enarbolada la bandera española en una de las prominencias. Los enemigos se rindieron viéndose rodeados por todas partes, y conociendo el daño que en ellos hacían las armas de fuego. Cortés los acogió con benignidad; pero exigió de ellos como necesario para el perdón, que indujesen á los del otro monte á que se rindieran tambien, lo que verificaron en efecto.

Libre Cortés de estos estorbos, se dirigió por Huajtepec y Giuhtepec, á la grande y amena ciudad de Quauhnahuac (1), capital de la nación Tlahuica, distante mas de treinta millas de México al Mediodia. Era muy fuerte por su situación, pues de un lado estaba rodeada de montes escabrosos, y por otro de un barranco de mas de siete toesas de profundidad, por el cual corría un ar-

(1) Hoy Cuernavaca. Este pueblo fué uno de los treinta que Carlos V dió á Cortés, y que despues fué parte de los Estados del duque de Monteleon, como marqués del Valle de Oajaca.



— 191 —

royo. No podia, por tanto, entrar la caballería sino por dos caminos que los españoles ignoraban entonces, ó por los puentes si no hubieran estado levantados cuando llegaron. Mientras buscaban un lugar oportuno para el asalto, los de Quauhnahuac les tiraban una increíble cantidad de dardos, flechas y piedras. Pero habiendo observado un valiente tlaxcalteca que dos árboles grandes colocados en las dos orillas opuestas del barranco, habian cruzado mútuamente sus ramas, se sirvió de ellas como de un puente, y pasó á la margen opuesta, ejemplo que imitaron seis soldados españoles con mucho riesgo, y despues de ellos otros muchos, tanto tlaxcaltecas como españoles. Este rasgo de intrepidez amedrentó de tal modo á los que defendian la ciudad por aquel lado, que se retiraron á reunirse con los que por la parte opuesta resistian á las tropas mandadas por Cortés; mas cuando estaban mas acalorados en la refriega, fueron atacados por las que siguiendo al valiente tlaxcalteca, habian entrado por la parte indefensa de la ciudad.

Entonces se espantaron y huyeron á los montes, de modo que los aliados quemaron sin oposicion una buena parte de la ciudad, y el señor de ella, que habia huído con todos, tomó el partido de rendirse, temiendo que lo alcanzasen los españoles.

Despues de haber descansado el ejército, partió cargado de despojos hacia el Norte, y al dia siguiente se halló cerca de la ciudad de Joquimilco. Esta ciudad, una de las mayores de las del valle de México, estaba á orillas del lago de Chalco, y distaba poco mas de do-



— 192 —

ce millas de la capital. Su vecindario era muy numeroso, muchos sus templos, magníficos sus edificios, y singularmente bellos sus jardines flotantes en el lago, de donde tomó el nombre de Jomilco ó Jochimilco, que significa *jardín ó campo de flores*. Tenía, como la capital, muchos canales ó fosos, y á la sazón por miedo de los españoles, habían construido algunas trincheras. Cuando divisaron el ejército, alzaron los puentes para hacer mas difícil la entrada. Cortés dividió el ejército en tres cuerpos para atacar la ciudad por otros tantos puntos; pero en todos ellos hallaron gran resistencia, y no pudieron ganar el primer foso, sino después de un terrible combate de mas de media hora, en que murieron dos españoles y hubo muchos heridos; pero superados al fin los obstáculos, entraron en la ciudad persiguiendo á los que la defendían. Estos se refugiaron en los barcos y siguieron combatiendo hasta morir. Los españoles entraron en la ciudad para descansar y curar sus heridas; pero apenas llegaron, cuando se vieron atacados por un gran número de enemigos que llegaron por el mismo camino que habían tomado los españoles á su entrada. Estos se vieron reducidos entonces al mayor extremo, y el mismo Cortés, habiendo caído su caballo, continuó peleando á pié con la lanza; pero era tan grande el número de enemigos, que hubiera caído en sus manos si no hubiera llegado á su socorro un valiente tlaxcalteca y dos criados del mismo Cortés. Vencidos, finalmente, los de Joquimilco, tuvieron los españoles tiempo de descansar y curar sus heridos, entre los cuales estaban el mismo general y los principales capitanes Alvarado y Olid.



— 193 —

Quauhtemotzin convocó á algunos jefes militares, y les representó el daño que ocasionaba á la capital la pérdida de una plaza como la de Joquimilco, y el servicio que harian á la nación si la recobrasen. Mandó al mismo tiempo armar un ejército de doce mil hombres para pelear por tierra, y otro numeroso para sostener el ataque por el lago; lo cual se ejecutó con tal prontitud, que apenas habían descansado los españoles de las fatigas del dia anterior, cuando anunciaron los centinelas la marcha del ejército enemigo hacia aquella ciudad. Cortés dividió el suyo en tres huestes; y dió á sus capitanes las órdenes mas necesarias; dejó alguna tropa de guarnición en la ciudad, y mandó que veinte caballos y trescientos tlaxcaltecas fuesen á ocupar una colina, y que allí aguardasen sus órdenes ulteriores. La batalla se dió fuera de la ciudad, y cuando Cortés juzgó conveniente, mandó á las tropas de la colina que atacasen por la espalda á los mexicanos. Estos, viéndose cercados por todas partes, se desordenaron y abandonaron el campo, dejando en él quinientos muertos. Los españoles, de vuelta á la ciudad, supieron que la tropa que en ella había quedado, había corrido gran riesgo por la multitud de enemigos que la habían atacado. Cortés, después de haberse detenido allí tres días, mandó quemar los templos y las casas, y reunió toda su gente en la plaza del mercado, que quedaba fuera de la ciudad, para ponerse en marcha. Los de Joquimilco, atribuyendo su salida al miedo, atacaron la retaguardia, pero se retiraron vencidos, y no osaron presentarse de nuevo.



— 194 —

Adelantóse Cortés con su ejército hasta Coyohuacan, con intencion de observar todos aquellos puestos, para disponer mas acertadamente el sitio de la capital. Halló la ciudad despoblada, y al dia siguiente salió para reconocer el camino que desde allí se unia con el de Iztapalapan. Encontró una trinchera defendida por mexicanos; mandó atacarla, y á pesar de la resistencia que presentaron, fué tomada por la infantería, quedando heridos diez españoles, y muertos muchos mexicanos. Cortés subió á la trinchera, y vió desde ella el camino de Iztapalapan cubierto de una muchedumbre inmensa de enemigos, y el lago de muchos millares de barcas. Despues de haber observado lo que convenia á sus designios, volvió á la ciudad, cuyos templos y casas mandó entregar á las llamas.

De Coyohuacan marchó el ejército á Tlacopan, molestado en el camino por algunas tropas volantes mexicanas, que atacaron el bagage. En uno de estos encuentros, en que el mismo general corrió gran peligro, le hicieron prisioneros á dos criados suyos, que fueron conducidos á México, y sacrificados inmediatamente. Llegó á Tlacopan Cortés afligido por aquella desgracia, y se aumentó su disgusto cuando desde el atrio del templo mayor de aquella ciudad, contempló con otros españoles el camino en que habian perdido algunos meses antes tantos amigos y soldados, considerando á la vez las dificultades que tenia aún que vencer para realizar su proyecto. Algunos le sugerian que enviase algunas tropas para que cometiesen hostilidades; pero no queriendo exponerlas al peligro, ni detenerse mas tiem-



— 195 —

po en aquella ciudad, volvió por Tenayocan, Quauhtitlán, Cíatlaltepēc y Acolucan á Tetzcuco, después de haber recorrido en aquel viage las orillas de los lagos, y observado cuanto necesitaba para el buen éxito de su grande empresa.

En Tetzcuco siguió Cortés activando todos los preparativos. Estaban concluidos los bergantines, la máquina para botarlos, y un canal de milla y media bastante profundo, y con cortaduras de una y otra parte para recibir la agua del lago. Las tropas que Cortés tenía á sus órdenes, eran innumerables, y aun el número de españoles se había aumentado considerablemente con los que habían llegado de España en un navío que había aportado en la Vera-Cruz, cargado de caballos, armas y municiones de guerra. Todo prometía los resultados más felices, cuando ocurrió un suceso que puso toda la empresa en peligro de frustrarse. Unos soldados españoles, partidarios del gobernador de Cuba, excitados por el odio que tenían á Cortés ó por envidia de su gloria, ó por miedo de los peligros que les amenazaban en el sitio de la ciudad, convinieron secretamente en quitar la vida al general y á sus principales capitanes, Sandoval, Tapia y Alvarado, y á todos aquellos que parecían más adictos á Cortés. No solo estaba señalado el tiempo y el modo de dar con seguridad el golpe, sino elegidas también las personas que debían ocupar los destinos de general, juez y capitanes; pero uno de los conjurados, arrepentido de su culpa, reveló oportunamente á Cortés todo el plan de la conjuración. Mandó éste prender sin pérdida de tiempo á Antonio



— 196 —

de Villafaña, cabeza de aquella maquinacion: lo sometió al examen de un juez, y habiendo confesado su delito, fué ahorcado de una ventana del cuartel. Cortés no quiso mostrarse severo con los cómplices, fingiendo no creerlos culpables; pero á fin de que en el porvenir no estuviese tan expuesta su persona, creó para su seguridad una guardia compuesta de soldados fieles y adictos, que lo acompañaban de dia y de noche.

CAPITULO XIII.

Ultimos preparativos para el sitio de México.—Distribucion del ejército en el asedio de la capital.—Suplicio de Xicotencatl.—Principio del sitio.

El 28 de Abril de 1521, despues de celebrada la misa del Espíritu Santo, en que comulgaron todos los españoles, y despues de haber dado un sacerdote la bendicion á los bergantines con las ceremonias acostumbradas, fueron botados al agua, y desplegando al punto las velas, empezaron á surcar por el lago al estruendo de la artillería y de los mosqueteros, á que siguió el *Te Deum*, acompañado con la musica de los instrumentos militares. Despues de esto, Cortés hizo la reseña de su ejército, y contó ochenta y seis caballos y mas de ochocientos peones españoles, tres grandes cañones de hierro, quince menores de cobre, mil libras castellanias de pólvora de fusil, y una gran cantidad de balas y de saetas, socorros venidos aquel año de España y de las Antillas. Reanimó el valor de sus tropas con un discurso semejante al que les había dirigido á



— 197 —

su salida de Tlaxcala: envió mensajeros á esta república, á la de Huejotzinco, á la de Cholula y otras, dándoles parte de estar ya concluidos los bergantines, y rogándoles que enviasen dentro de diez dias, cuantas tropas escogidas pudiesen, por ser ya llegada la ocasión de poner sitio á la soberbia ciudad que por tanto tiempo los había esclavizado. Cinco días antes de la fiesta de Pentecostes, llegó á Tetzcoco el ejército tlaxcalteca, que constaba, segun el misino Cortés, de mas de cincuenta mil hombres, entre los que venian Xicotencatl el jóven, y el valiente Chichimecatl, á cuyo encuentro salió Cortés con toda su tropa. Las de Huejotzinco y Cholula, pasaron por el otro lado de los montes, segun la orden que se les había dado, y en los dos días siguientes, llegaron nuevos refuerzos de Tlaxcala y de otros pueblos circunvecinos, los cuales, con las huestes ya mencionadas, formaban un total de mas de cuatrocientos mil hombres.

El dia 20 de Mayo reunió Cortés su gente en el templo mayor, para dividir su ejército, nombrar los comandantes, señalar su puesto á cada uno y las tropas de su mando, á la vez que para reiterar las órdenes que había dado en Tlaxcala. Mandó á Pedro de Alvarado que acampase en Tlacopan para impedir que entrasen por allí socorros á los mexicanos, y le dió treinta caballos, ciento sesenta peones españoles, distribuidos en tres compañías con otros tantos capitanes, y veinticinco mil tlaxcaltecas, con dos cañones. Cristóbal de Olid fué creado maestre de campo, y jefe de la division destinada á Coyohuacan, teniendo á sus órdenes treinta y seis



— 198 —

caballos, ciento sesenta y ocho peones españoles, dos cañones y veinticinco mil aliados. A Gonzalo de Sandoval fueron dados veinticuatro caballos, ciento sesenta peones españoles, con dos capitanes y dos cañones, y los aliados de Chalco, Huejotzinco y Cholula, que eran mas de treinta mil hombres; y le mandó Cortés que fuese á destruir la ciudad de Iztapalapan, y que acampase en aquellas inmediaciones, desde las cuales creyó que le seria mas fácil apretar mas y mas á los mexicanos. Cortés, á pesar de las instancias que le hicieron sus capitanes y soldados, tomó el mando de los bergantines, por parecerle que en ellos era mas necesaria su presencia. Dividió entre los trece bergantines, trescientos veinticinco españoles y trece falconetes, señalando á cada bergantín un capitán, doce soldados y otros tantos remeros; de suerte, que todo el ejército destinado á empezar el asedio, constaba de novecientos diez y seis españoles y mas de setenta y cinco mil hombres de tropas auxiliares, cuyo número se aumentó después extraordinariamente. Las demás tropas que habían llegado á Tetzcuco, ó permanecieron allí para acudir donde fuese necesario, ó volvieron á sus pueblos, que por estar próximos á la capital, les proporcionaban la facilidad de hallarse prontas al primer llamamiento.

Partieron juntos de Tetzcuco, Alvarado y Olid con sus tropas, para ocupar los puestos que les había señalado Cortés. Entre los principales tlaxcaltecas que acompañaban á Alvarado, se hallaban Xicotencatl el joven y su primo Pilteuctli: éste, en una disputa que sobrevino, fué herido por un español, el cual, no haciendo



— 199 —

caso de las órdenes de Cortés ni del respeto debido á aquél personage, pudo con su imprudencia, ocasionar la desercion de los tlaxcaltecas. Estos se resintieron amargamente de aquél ultraje, é hicieron algunas demostraciones de enojo. Procuró apaciguarlos Ojeda, y permitió á Pilteuctli que se fuese á curar á su patria. Xicotencatl, á quien tanto por su dignidad como por su parentesco era mas sensible que á nadie aquella injuria, no hallando otro medio de vengarla, abandonó el ejército ocultamente con otros compatriotas suyos, y tomó el camino de Tlaxcala. Alvarado dió parte de este suceso á Cortés, quien mandó á Ojeda que alcanzase y prendiese al fugitivo, y cuando lo tuvo en su poder, mandó ahorcarlo públicamente. Tan bárbaro escarmiento amedrentó en tales términos á los tlaxcaltecas y á los demás aliados, que desde entonces observaron con mas puntualidad las leyes de la milicia, y se mantuvieron mas subordinados á los españoles. Sin embargo, los tlaxcaltecas hicieron muchas demostraciones de la estimacion en que tenian á Xicotencatl, lloraron su muerte, y se repartieron entre sí, como preciosas reliquias, sus vestidos; y es de creer que celebraseen con la debida magnificencia sus exequias. La familia y los bienes de Xicotencatl, se adjudicaron al rey de España, y fueron enviados á Tetzcuco en la familia, treinta mugeres, y en los bienes, una gran cantidad de oro.

Olid y Alvarado siguieron su marcha hacia Tlacopan, de donde pasaron á romper el acueducto de Chapoltepec para cortar el agua á los mexicanos; mas no pudieron ejecutar tan importante empresa sin gran resistencia.



— 200 —

de los enemigos, quienes previendo aquel golpe, habian hecho por agua y tierra muchos preparativos de defensa. Fueron, sin embargo, vencidos, y los tlaxcaltecas que los persiguieron, les mataron veinte hombres y les hicieron algunos prisioneros. Dado felizmente este primer paso, aquellos caudillos resolvieron ir por el camino de Tlacopan, y apoderarse de algun foso; pero fué tan grande la muchedumbre de mexicanos que se les opuso, y tan formidable la nube de flechas y piedras que les tiraron, que murieron ocho españoles, quedando heridos mas de cincuenta: éstos se retiraron avergonzados á Tlacopan, donde Alvarado fijó su campo segun las órdenes de Cortés. Olid marchó á Coyohuacan el 30 de Mayo, y en él comenzó, segun el cómputo de Cortés, el sitio de la capital.

Mientras Alvarado y Olid se ocupaban en llenar algunos fosos de las orillas del lago para comodidad de la caballería, Sandoval salió de Tetzcuco el 31 de Mayo con sus españoles, y con mas de treinta y cinco mil aliados, con el designio de tomar por asalto la ciudad de Iztapalapan, á la que entró haciendo terribles estragos en las casas y en los habitantes. Cortés, para atacar al mismo tiempo la parte de esta ciudad que estaba sobre el agua, despues de haber sondeado todo el lago, se embarcó con toda su gente, y navegó hacia Iztapalapan. Dió fondo cerca de un montecillo aislado, poco distante de aquella ciudad, cuya cima estaba llena de enemigos resueltos á defenderse y á ofender cuanto pudieran á los españoles. Desembarcó el general español, y superando con ciento cincuenta hombres la as-



— 201 —

pereza de la subida, se apoderó del monte, dando muerte á cuantos lo defendian. Mas apenas hubo logrado este triunfo, vió venir contra su escuadra, una muy numerosa de barcas, que acudieron á las humaradas hechas, tanto en el monte como en algunos templos de las cercanías, al ver aproximarse los bergantines. Embarcáronse inmediatamente los españoles, y se mantuvieron inmóviles, hasta que ayudados por un viento fresco que se levantó oportunamente, y aumentando la velocidad de los bergantines con la fuerza de los remos, pasaron por entre las barcas, rompiendo algunas y echando otras á pique. De los enemigos, murieron muchos, heridos por los remos ó ahogados. Todas las otras barcas huyeron perseguidas por los bergantines por espacio de mas de ocho millas, hasta guarecerse en la capital.

Luego que Olid vió desde un templo de Coyohuacan la refriega de las barcas, marchó con sus tropas en orden de batalla por el camino de México: tomó algunos fosos y trincheras, y mató muchos enemigos. Cortés por su parte recogió aquella noche los bergantines, y se dirigió con ellos á atacar el baluarte situado en el ángulo que formaba el camino de Coyohuacan con el de Iztapalapan. Atacólo, en efecto, por agua y tierra, y á pesar de la intrepidez con que lo defendió la guarnición mexicana, se hizo dueño del punto, y con sus dos grandes cañones de hierro causó mucho estrago en la muchedumbre que llenaba el lago y el camino. En aquel lugar, que los mexicanos llamaban *Joloc*, reunió Cortés los bergantines, y abandonando la expedicion



— 202 —

contra Iztapalapan, formó el designio de dirigir todas sus hostilidades contra la capital. Para esto, llamó á su campo la mitad de las tropas de Coyohuacan, y á cincuenta infantes escogidos de los de Sandoval. Aquella noche se oyó venir hácía el campamento una multitud de enemigos. Los españoles, sabiendo que los mexicanos no peleaban de noche sino cuando estaban seguros de la victoria, se amedrentaron al principio; pero aunque recibieron algun daño de los contrarios, los obligaron por último con las armas de fuego, á retirarse. El dia siguiente se vieron atacados por una prodigiosa multitud de enemigos, que con sus espantosos gritos aumentaban el peligro á la imaginación de los españoles. Cortés, que ya había recibido el socorro de Coyohuacan, hizo una salida con su gente puesta en orden de batalla. El combate se sostuvo con mucho valor por una y otra parte, pero los españoles y sus aliados se apoderaron de un foso y de una trinchera, y con la artillería y los caballos hicieron tanto daño á los mexicanos, que los obligaron á refugiarse en la ciudad; y porque en la parte del lago que estaba al Occidente del camino, empezaban á molestar á los españoles las barchas enemigas, mandó Cortés ensanchar uno de los fosos, á fin de dar paso á los bergantines, los cuales se dirigieron tan impetuosamente á ellas, que las persiguieron hasta la ciudad, y pegaron fuego á muchas casas de los arrabales.

Entre tanto Sandoval, concluida felizmente, aunque no sin gran riesgo, la expedicion de Iztapalapan, marchó hácía Coyohuacan con sus soldados. En el cami-



— 203 —

no lo atacaron las tropas de Mexicaltzinco, pero las derrotó y quemó su ciudad. Cortés, noticioso de su marcha y de un gran foso abierto nuevamente en el camino, le mandó dos bergantines para facilitarle el paso. La division de Sandoval se dirigió á Coyohuacan, y él en persona marchó con diez caballos al campo de Cortés. Cuando llegó estaban los españoles peleando con los mexicanos, y ni el cansancio del camino ni el de la accion de Mexicaltzinco, le estorbaron tomar parte en la pelea, en la que recibió un dardo que le atravesó una pierna. Otros muchos españoles salieron heridos; pero estas ventajas de los mexicanos, no eran comparables á la pérdida que sufrian, ni al miedo que cobraron al fuego de los cañones. En muchos días no osaron acercarse al campamento, no obstante lo cual, los españoles pasaron seis en continuos encuentros, pues los bergantines no cesaban de girar en torno de la ciudad, pegando fuego á muchas casas los españoles, quienes en sus correrías descubrieron un canal grande y profundo, por el cual podian entrar fácilmente en la ciudad; circunstancia de que sacaron despues ventajas importantes.

Alvarado por su parte molestaba cuanto podia á los mexicanos, apoderándose en frecuentes refriegas de algunas trincheras y fosos del camino de Tlacopan, y teniendo en ellas algunos hombres muertos y muchos heridos. Observando que por el camino de Tepeyacac, situado al Norte, se introducian continuamente socorros á la ciudad, y que por aquel punto podian salirse los sitiados fácilmente, cuando no pudiesen resistir mas



— 204 —

á los sitiadores, comunicó á Cortés sus observaciones, y éste mandó á Sandoval que fuese con ciento diez y ocho españoles y con un gran número de aliados, á ocupar aquel punto, y cortar toda comunicacion con los enemigos. Obedeció Sandoval, y habiéndose apoderado sin resistencia del camino, quedó desde entonces impedida toda comunicacion entre México y la tierra firme.

CAPITULO XIV.

Primera entrada de los españoles á México.—Aumento de las tropas auxiliares de los españoles.—Nuevas entradas en la capital.—Operaciones de Alvarado y proezas de Tzilacatzin.

Ejecutada felizmente aquella medida, Cortés determinó hacer al dia siguiente una entrada en la capital con mas de quinientos españoles y mas de ochenta mil aliados, dejando diez mil de éstos con la caballería, en el campamento. Sandoval y Alvarado debían entrar al mismo tiempo cada uno por su camino, con las tropas de su mando, que no bajaban de ochenta mil hombres. Marchó Cortés en su dirección con su numeroso ejército, bien ordenado y flanqueado por los bergantines, y á poca distancia halló un foso ancho y profundo, y una trinchera de diez pies de alto; y á pesar de que los mexicanos se opusieron valerosamente, fueron rechazados por los bergantines, y los españoles se adelantaron persiguiéndolos hasta la ciudad, donde los detuvieron otro foso y otra trinchera. La fuerza del agua que en-



traba por el foso, el tropel de enemigos que ocurrieron á su defensa, sus gritos y la multitud de flechas que arrojaban, suspendieron algun tanto la resolucion de los españoles; pero habiendo arrojado de la trinchera á los que la ocupaban, pasó el ejército y continuó su marcha tomando otros fosos y trincheras, hasta una plaza principal de la ciudad que estaba llena de gente. A pesar del estrago que en ella hacia un cañon que se fijó en la entrada, no se atrevian los españoles á acometerla, hasta que el mismo general, echándoles en cara su cobardía, los impulsó y les dió ánimo. Los mexicanos, al ver tanta intrepidez, huyeron al recinto del templo, donde tambien fueron perseguidos y atacados por los españoles; mas de improviso lo fueron éstos en su retaguardia por otras tropas mexicanas con tal ímpetu, que no pudiéndolo resistir ni dentro del templo ni en la plaza inmediata, se retiraron al camino por el que habian entrado, dejando el cañon en poder de los contrarios. De allí á poco entraron á la plaza oportunamente, tres ó cuatro caballos, y pensando los mexicanos que iba con ellos toda la caballería, se desordenaron por el miedo que tenian á aquellos animales, y abandonaron el templo y la plaza, que fueron ocupados al punto por los españoles. Diez ó doce nobles se habian fortificado en el atrio superior del templo; mas á pesar de su resistencia, fueron vencidos y muertos. El ejército español al retirarse, quemó las mayores y mas hermosas casas del camino de Iztapalapan, aunque no sin peligro, por la fuerza con que los atacaban á retaguardia, y por el daño que recibian de las azoteas. Alvarado y Sando-



— 206 —

val hicieron grandes estragos con sus divisiones, y los aliados merecieron los elogios del general español.

Entre tanto, las fuerzas de los españoles se aumentaban extraordinariamente. El nuevo rey de Tetzcoco, para manifestar á Cortés su gratitud, armó un ejército de cincuenta mil hombres, que envió en socorro de los españoles, bajo las órdenes de un hermano suyo, que se llamó después en el bautismo, D. Carlos Ixtlilxochitl. Cortés lo tuvo en su campo con treinta mil hombres, dividiéndose los otros veinte mil entre Sandoval y Alvarado. A este refuerzo siguió la confederación de los otomites de los montes, agregándose veinte mil hombres mas al ejército.

Faltaba solo á Cortés para completar el plan de asedio, impedir que entrasen socorros por agua á la ciudad. Para llevar á cabo este designio, retuvo consigo siete bergantines, enviando los otros á la parte del lago que estaba entre Tlacopan y Tepeyacac, á fin de que pudiesen socorrer fácilmente á Sandoval y Alvarado cuando éstos lo necesitasen, y entre tanto surcasen en diferentes direcciones del lago, tomando todas las barchas que llevasen socorros y tropas á la ciudad.

Hallándose ya Cortés con tan numerosas huestes á su mando, determinó hacer dentro de tres días otra entrada en México. Dió las órdenes necesarias, y el día señalado marchó con la mayor parte de su caballería, trescientos españoles, siete bergantines y un gran número de aliados. Hallaron los fosos abiertos, las trincheras reparadas, y los enemigos preparados para la defensa; con todo, auxiliados por los bergantines, los si-



tiadores consiguieron hacerse dueños de todos los fosos y trincheras que había hasta la plaza mayor. Allí hizo alto el ejército, no permitiendo Cortés que se adelantase sin dejar allanados todos los pasos difíciles que estaban en su poder; pero mientras diez mil aliados se empleaban en llenar los fosos, los otros quemaron algunos templos, casas y palacios, y entre ellos el de Ajayacatl (donde habían tenido los españoles sus cuarteles), y la célebre casa de pájaros de Motecuzoma. Hechas estas hostilidades con bastante trabajo por la resistencia de los mexicanos, mandó Cortés tocar la retirada, que se ejecutó felizmente, aunque los enemigos no cesaron de molestar la retaguardia. Lo mismo hicieron por sus lados respectivos Alvarado y Sandoval. Esta jornada fué de indecible aflicción para los mexicanos, no solo por la pérdida de sus bellos edificios, sino también por la burla con que los insultaban sus mismos vasallos confederados con los españoles, y sus enemigos los tlaxcaltecas.

Al dia siguiente muy temprano, para no dar tiempo á que los mexicanos reparasen el daño del anterior, salió Cortés de su campo con el designio de continuar las operaciones; pero á pesar de su diligencia, los mexicanos habían levantado de nuevo las fortificaciones arruinadas, y las defendieron con tal obstinación, que no pudieron tomarlas los españoles, sino después de combatir furiosamente por espacio de cinco horas. Adelantóse el ejército, y ganó dos fosos del camino de Tlacopan; pero aproximándose la noche, se retiró al campamento sin dejar de pelear con las tropas que lo perseguían.



— 208 —

Sandoval y Alvarado sostenian otros combates, debiendo los sitiados hacer frente á tres ejércitos numerosos, que tenian en su favor las armas, los caballos, los bergantines y la disciplina militar. Alvarado por su parte, habia ya arruinado las casas que estaban á uno y otro lado del camino de Tlacopan, pues la poblacion de la capital seguia por aquella parte hasta el continente, como aseguran Bernal Diaz y Cortés.

Este hubiera querido evitar las fatigas de tantos combates á sus soldados; pero no podia guarnecer los fosos y trincheras que tomaba, por no exponer á las guarniciones que pusiera, al furor de los contrarios; ni queria acampar dentro de la ciudad, pues ademas de los ataques que podian darle por la noche sus contrarios, no le era fácil desde allí impedir que entrasen socorros á la capital.

Mientras iban los sitiados careciendo de los auxilios de tierra firme, se aumentaban los de los sitiadores, los cuales recibieron la alianza de Iztapalapan, Mexicalzinco y Cuitlahuac, ciudades que ocupaban una parte considerable del valle. Alegróse Cortés de este suceso, y pidió á sus nuevos aliados, no solo que lo ayudasen con tropas y con barcas, sino que trasportasen materiales para fabricar chozas en el camino, pues siendo aquella la estacion de lluvias, padecia mucho su gente por falta de abrigo. Todo se ejecutó con tal puntualidad, que pusieron á las órdenes de Cortés un cuerpo considerable de tropas, y tres mil barcas para ayudar á los bergantines en sus correrías. En estas barcas llevaron los materiales necesarios para las chozas, en que pudie-



— 209 —

ron alojarse cómodamente los españoles, y dos mil indios empleados en su servicio; pues el resto de las tropas auxiliares estaba acampado en Coyohuacan. No contentos con tan importantes servicios, los nuevos aliados llevaron al campamento muchos víveres, especialmente pescados en gran cantidad.

Cortés, á quien daban mayor estímulo estas nuevas fuerzas que se le habian unido, entró con ellas dos días seguidos en la capital, haciendo horribles estragos en los habitantes. Creia que éstos cederian al excesivo número de enemigos que los rodeaba; pero se engañó en su esperanza, pues los mexicanos estaban resueltos á perder la vida antes que la libertad. Determinó, pues, continuar sus entradas para obligarlos á fuerza de hostilidades á pedir la paz, que habian rehusado hasta entonces. Dividió su marina en dos escuadras compuestas cada una de tres bergantines y mil quinientas barchas, mandándoles que se aproximasen á la ciudad, pegasen fuego á las casas, e hiciesen á los sitiados todo el daño que pudiesen. Dió órden á Sandoval y Alvarado de que ejecutasen lo mismo por los puntos que ocupaban, y él, con todos sus españoles y ochenta mil aliados, segun parece, marchó por el camino de Iztapalapan hacia México, sin poder conseguir en esta y otras entradas mas ventajas, que ir disminuyendo el número de enemigos, arruinar algunos templos, e internarse algo mas para ponerse en comunicacion con Alvarado, si bien no le fué posible conseguirlo entonces.

Alvarado con sus tropas, ayudado por los bergantines, habia tomado un templo que estaba en una plazue-



— 210 —

la del camino de Tlacopan, en el que mantuvo guarnicion desde entonces, á pesar de los violentos ataques de los mexicanos. Tambien se habia apoderado de algunos fosos y trincheras, y sabiendo que la mayor fuerza contraria estaba en Tlatelolco, donde residia el rey Quauhtemotzin, y donde se habia recobrado mucha gente de Méjico, dirigió sus operaciones hacia aquella parte; mas aunque peleó con todas sus fuerzas por agua y tierra, no pudo llegar á donde queria, por la obstinada resistencia de los sitiados. En estos combates perdió mucha gente de una y otra parte.

En uno de los primeros encuentros, se dejó ver un membrudo y animoso tlatelolque disfrazado de otomite, con un Ichcahuepilli ó coraza de algodon, y sin mas armas que un escudo y tres piedras; corriendo velocemente hacia los sitiadores, las arrojó sucesivamente con tal destreza y vigor, que abatió un español con cada una, causando no menos indignacion á los españoles, que miedo y admiracion á los aliados. Se emplearon muchos arbitrios para haberlo á las manos, pero no fué posible, porque en cada combate se presentaba con un vestido diferente, y en todos hacia gran daño á los sitiadores, teniendo ademas tanta velocidad en los piés para correr, como fuerza en los brazos para ofender. El nombre de este guerrero era Tzilacatzin.

Ensoberbecido Alvarado por algunas ventajas que habia conseguido sobre los mexicanos, quiso un dia internarse hasta la plaza del mercado. Ya habia tomado algunos fosos y trincheras, uno entre aquellos, que tenia cincuenta piés de ancho y siete de profundidad,



— 211 —

y olvidado de mandarlo llenar, como lo habia ordenado Cortés, siguió adelante con cuarenta ó cincuenta españoles y algunos aliados. Los mexicanos, conociendo su descuido, cayeron sobre ellos, los derrotaron y obligaron á huir, y al pasar por el foso mataron muchos aliados y cogieron cuatro españoles, que inmediatamente fueron sacrificados á vista de Alvarado y de los suyos, en el templo mayor de Tlatelolco. Cortés sintió mucho esta desgracia, y sin perder tiempo, pasó á Tlacopan con ánimo de reprender á Alvarado su imprudencia; pero informado del valor que habia mostrado en aquella jornada, se contentó con una admonicion benigna, repitiendo sus órdenes sobre el modo en que debian hacerse las entradas.

CAPITULO XV.

Traicion de los joquimilques.—Victoria de los mexicanos.—Combate de los bergantines.—Mensaje infructuoso al rey de México.

Las tropas de Joquimilco, de Cuitlahuac y de otras ciudades del lago, que estaban en el campamento de Cortés, queriendo aprovecharse de la ocasion que les ofrecian las continuas entradas de los españoles, para saquear las casas de México, se sirvieron de una abominable perfidia. Envieron una embajada secreta al rey Quauhtemotzin, quejándose de los españoles que los obligaban á tomar las armas contra su señor natural, y añadiendo que en su primera entrada querian



— 212 —

unirse á los mexicanos contra aquellos enemigos de su patria, para librarse de un golpe, de su yugo. Alabó el rey su intencion, y les señaló los puestos que debian ocupar, preguntándoles á la vez la recompensa que querian por su lealtad. Entraron aquellos traidores á la ciudad, y fingiendo al principio volverse contra los españoles, empezaron á saquear las casas de los mexicanos, matando á cuantos se le oponian, y haciendo prisioneros á las mugeres y á los niños. Conocieron su traicion los mexicanos, y los atacaron con tal furor, que casi todos los culpados pagaron su maldad con la vida.

Durante veinte dias, no habian cesado los españoles de hacer entradas en la ciudad, de cuyas resultas algunos capitanes y soldados, cansados de tantos combates infructuosos, rogaron á Cortés reuniese todas sus fuerzas y diese un golpe decisivo, que los sacase de una vez de tantos peligros. Cortés, que conocia lo arriesgado del proyecto, procuraba disuadirlos de él con las razones mas eficaces; mas no pudiendo conseguirlo ni oponerse por mas tiempo á una opinion que se habia hecho general en el ejército, tuvo que ceder á sus instancias. Ordenó á Sandoval que con ciento quince peones y diez caballos, fuese á reunirse con Alvarado; que emboscase su caballería y levantase el campo fingiendo retirarse y abandonar el asedio de la ciudad, para que empeñados los mexicanos en perseguirlos, pudiera él atacarlos con la caballería por retaguardia: que con seis bergantines procurase tomar el gran foso en que fué vencido Alvarado, haciéndolo llenar y apisonar: que no diese un paso adelante sin dejar preparado



el camino para la retirada, y que hiciese todos los esfuerzos posibles para entrar á mano armada en la plaza del mercado.

El dia señalado para el ataque general, marchó Cortés con veinticinco caballos, toda su infantería, y mas de cien mil aliados, flanqueando su ejército por una y otra parte del camino los bergantines, y mas de tres mil barcas auxiliares. Entró sin oposición alguna, y dividió su ejército en tres trozos, para que por otros tantos caminos llegasen al mismo tiempo á la plaza del mercado. Dio el mando de la primera división á Julian de Alderete, tesorero del rey, y le mandó se encaminase por la calle principal con sesenta peones españoles, siete caballos y veinte mil aliados. De las otras dos calles que conducían desde el camino de Tlacopan á la plaza del mercado, la menos estrecha se señaló á los capitanes Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado, hermano de Pedro, con ochenta peones españoles y mas de diez mil aliados; y de la mas estrecha y difícil, se encargó el mismo Cortés con cien peones españoles y con el grueso de las tropas auxiliares, dejando á la entrada de cada calle, el resto de la caballería y los cañones. Entraron todos á un tiempo peleando con mucho valor. Los mexicanos hicieron al principio alguna resistencia; pero fingiendo después acobardarse, se retiraron y abandonaron los fosos á los españoles, á fin de que éstos, atraídos por la esperanza de la victoria, se aventurasen á los peligros que los aguardaban. Algunos españoles llegaron á las calles mas próximas á la plaza, dejando incautamente un foso abierto á sus es-



— 214 —

paldas; y cuando mas se afanaban por entrar en la misma plaza, oyeron el formidable sonido de la corneta del dios Painalton, que solo se tocaba por los sacerdotes en caso de urgencia pública, para excitar al pueblo á tomar las armas. Al punto acudieron tantos mexicanos y embistieron con tal furia á los españoles, que los obligaron á volver atras hasta el foso. Este parecia fácil de pasar por estar lleno de ramazon y otros objetos de poco peso, y al poner el pié en aquella engañosa superficie, se hundieron todos los que intentaron pasarlo, agravando el mal la violencia del tropel que se agolpaba. Allí fué el mayor conflicto de los fugitivos, pues no pudiendo pasar á nado y defenderse á la vez, morian á manos de los sitiados, ó caian en su poder. Cuando vió Cortés llegar las tropas aterradas, procuró detenerlas con gritos y exhortaciones, pero no lo pudo conseguir; y no haciendo caso de su propio peligro, se acercó al foso á salvar á los quē pudiera. Procuró ponerlos en órden y encaminarlos al campo, quedando él detrás con doce ó veinte hombres, para guardarles las espaldas; pero apenas empezó la marcha, cuando él mismo se halló en un paso estrecho rodeado de enemigos. Aquel dia hubiera sido el último de su vida, si los mexicanos no se hubieran propuesto cogerlo vivo para inmolarlo en honor de sus dioses. Ya estaba en su poder y ya lo conducian al sacrificio, cuando noticiosa su gente de aquel suceso, acudió con la mayor prontitud á libertarlo. Debió Cortés principalmente la vida y la libertad, á un soldado de su guardia, llamado Cristóbal de Olea, hombre de gran valor y de singular destreza



— 215 —

en las armas, el cual ya en otra ocasión le había prestado un servicio semejante. También contribuyeron a su libertad el príncipe D. Carlos Ixtlilxochilt y un valiente tlaxcalteca llamado Temacatzin.

Llegaron los españoles, aunque con mucho trabajo, al gran camino de Tlacopan, donde Cortés pudo ordenarlos, quedando siempre a retaguardia con la caballería; pero el arrojo y el furor de los mexicanos eran tales, que parecía imposible quedarse uno con vida. Los que habían entrado por los otros caminos, sostuvieron también reñidísimos combates; pero como habían sido más diligentes en llenar los fosos, les fué más fácil la retirada.

Alvarado y Sandoval habían procurado entrar en la plaza del mercado, y avanzaron felizmente hasta un lugar poco distante de la plaza; mas habiendo visto los sacrificios de algunos españoles y oido decir que Cortés y sus capitanes habían perecido, se retiraron con mucha dificultad.

La pérdida de los sitiadores fué de más de sesenta españoles, más de mil aliados, siete caballos, muchas armas y barcas y un cañón. De los españoles, unos murieron en la batalla, y los que cayeron prisioneros fueron sacrificados al momento. También murió el capitán de un bergantín, y Cortés fué herido en una pierna. Celebraron los mexicanos su victoria por espacio de ocho días, con iluminaciones y regocijos, esparciendo la noticia por todo el reino con el fin de que los que se habían rebelado contra la corona volvieran a someterse, como lo consiguieron de algunos. Escavaron de



— 216 —

nuevo los fosos, y volvieron á poner la ciudad, excepto los templos y casas arruinadas, en el mismo estado en que se hallaba antes del asedio.

Entre tanto, los españoles estaban á la defensiva cuando sus heridos y restableciéndose para los combates futuros: para que los mexicanos no se aprovecharan de su inacción é introdujesen víveres á la ciudad, mandó Cortés que los bergantines no cesasen de costear el lago dos á dos. Los mexicanos, conociendo la superioridad de estos y de las armas españolas, quisieron, ya que no podían servirse de los mismos recursos, á lo menos rivalizar en cierto modo. Con este objeto fabricaron treinta barcas grandes, llamadas por los españoles *piraguas*, bien provistas de todo lo necesario y cubiertas de gruesos tablados para poder combatir con ellas sin tanto riesgo de irse á pique. Determinaron hacer con ellas una emboscada á los bergantines en los cañaverales que había entre los huertos flotantes, y clavaron en los mismos sitios gruesas estacas ocultas por el agua, para que chocando en ellas, se rompiesen los buques contrarios, ó al menos se hallasen embarazados en la defensa. Dispuesto este amaní, hicieron salir de los canales tres ó cuatro barcas pequeñas á provocar á los bergantines, y conducirlos con una fuga aparente al lugar de la emboscada. Los españoles al ver las barcas se dirigieron hacia ellas, y cuando mas empeñados estaban en darles caza, chocaron los bergantines con las estacas, saliendo al mismo tiempo todas las barcas grandes y atacándolos por todas partes. Corrieron los españoles gran riesgo de perder los bergantines y las vi-



— 217 —

das; pero mientras que con el fuego de los mosqueteros entretenian á los enemigos, tuvieron tiempo algunos buenos nadadores de arrancar las estacas, con lo que, libres de todo obstáculo, pudieron servirse de la artillería para poner en fuga á los contrarios. Los bergantines recibieron mucho daño; los españoles salieron heridos, y de los dos capitanes que los mandaban, uno murió en la accion y el otro algunos dias despues. Los mexicanos repararon sus piraguas para repetir la estrategia; pero avisado Cortés del lugar en que se ponian en asecho, dispuso otra emboscada con seis bergantines, y aprovechándose del ejemplo de sus enemigos, mandó que uno solo se acercase al sitio en que éstos se ocultaban, y que cuando lo descubriesen, huyese hacia la emboscada española. Todo se hizo conforme á su plan; los mexicanos, al ver un solo bergantín, salieron en su seguimiento, y cuando se consideraban vencedores, cinco de los contrarios, con solo la primera descarga, les echaron á pique y destrozaron sus barcas. Los mexicanos que se salvaron fueron hechos prisioneros, y los nobles que habia entre ellos, fueron enviados por Cortés al rey de México, manifestándole lo inútil de toda resistencia; que por el contrario, quedaria en quieta posesion del poder y autoridad con solo reconocer como supremo señor al rey de España, cuyos derechos habian ya reconocido los mexicanos mismos.

El rey convocó un consejo, compuesto de sus ministros, sus generales y sus sacerdotes; y despues de manifestarles la escasez de víveres, la abyección de sus súbditos y las tristes circunstancias que rodeaban á su



— 218 —

pueblo, les expuso las proposiciones que Cortés le hacia, mandándoles que emitiesen libremente su opinion. Estas fueron varias; mas los sacerdotes, cuya influencia era de peso en los asuntos graves, se opusieron abiertamente á la paz, alegando que sus dioses se ofenderian si los mexicanos cedian á las pretensiones de los perseguidores de su culto: esto, y la desconfianza adquirida en sucesos anteriores, les hicieron resolverse á preferir una muerte cierta en defensa de la patria, á una esclavitud triste y degradante.

CAPITULO XVI.

Expediciones contra los malinalqueses y los matlazincas.—Hazaña de Chichimecatl.—Heroismo de algunas mujeres.

A muy pocos dias de la derrota de los españoles, de la ciudad de Cuauhnahuac, su aliada, se presentaron á Cortés unos enviados á manifestarle que los malinalqueses pensaban unirse á los cohuizcos para llegar al campo español con un ejército numeroso, despues de haberlos destruido, por haberse unido á los enemigos. Cortés, aunque débil en tal momento, para evitar el golpe que le amenazaba, envió con los mensajeros mismos al capitán Tapia con doscientos españoles, un cortísimo número de caballos, y un considerable de aliados, y á los diez dias volvió vencedor á reunirse al resto del ejército. En este estado, los matlazincas acordaban con los mexicanos la manera de atacar á Cortés; mas habiendo recibido éste oportuno aviso de los otomites, encargó á Sandoval su persecucion. La salida de éste



— 219 —

produjo no solo la victoria sobre los matlatzinca, sino la sumisión de éstos al general español y la total ruina de los mexicanos.

Estos quedaron abandonados á su suerte: los españoles, el reino de Acolhuacan, la república de Tlaxcala, la de Huejotzinco y de Cholula, los totonacas, los mixtecas, los otomites, los matlatzinca, casi todas las ciudades del valle de México, eran, con los extranjeros, sus enemigos; la mitad del imperio procuraba su ruina, la otra mitad era indiferente á su suerte.

El tlaxcalteca Chichimecatl viendo que los españoles solo estaban á la defensiva después de su derrota, se propuso entrar á México con todos sus tlaxcaltecas, y dejando el campo de Alvarado, puso una guarnición de cuatrocientos hombres para proteger su retirada; con el resto entró en la capital, burlando los esfuerzos de los mexicanos, y volviendo á su campo lleno de gloria.

Se resolvió Cortés á no dar un paso en la ciudad sin arruinar y destruir todos los edificios, tanto por el peligro que corrían sus tropas, dejando á los mexicanos en posibilidad de ocupar las alturas, como para que hostigados con una guerra tan cruel, admitiesen las proposiciones que les había hecho.

En las distintas entradas que verificaron en el pueblo los españoles con sus aliados, murieron muchos de ellos, y en una estuvieron á punto de ser vencidos; mas otro bergantín los libertó del peligro. Algunas mujeres españolas se hicieron célebres acompañando á sus maridos á los combates, haciendo guardias y aumentando, á pesar de su sexo, el número de los soldados.



— 220 —

El 24 de Julio lograron los españoles abrir sus comunicaciones con el campamento de Alvarado, y en ese dia quedaron en su poder las tres cuartas partes de la ciudad, retirándose los mexicanos á Tlaltelolco por parecerles punto mas fuerte. Sabiendo Cortés el estado miserable de la ciudad por algunos que estrechados por el hambre se refugiaron á su campo, se propuso hacer otra entrada el dia siguiente, y destruirla ó reducir al rey y la nobleza que estaban empeñados en morir en la defensa. Esto fué el 25, en que á pesar del valor de los mexicanos, los españoles y aliados demolian las casas, hasta obligar á aquellos á servirse de pequeñas fortificaciones de madera en lugar de las azoteas, y á llenar la plaza de guijarros para estorbar la maniobra de la caballería, sin pensar que tal medio de defensa proporcionaba á los enemigos el de tapar los fosos.

Alvarado se adelantaba cada vez mas, y llegó á posesionarse de una altura inmediata al palacio de Quauhtemotzin. Cortés, sabiendo que Alvarado estaba atacado por los mexicanos, se empeñó en reparar los pasos difíciles, y el dia 26 tuvo el júbilo de verse reunido con Alvarado, á quien no había visto desde antes del asedio. Subió á una altura desde la que observó que solo estaba por tomar una pequeñísima parte de la ciudad. Hizo prender fuego á la torre del templo, y escuchando las demostraciones de dolor que hacían los mexicanos á vista de tal espectáculo, movido tal vez por compasión, hizo cesar por ese dia las hostilidades, y les hizo nuevas proposiciones, á las que ellos contestaron: "Aun quedan mexicanos que morir."



CAPITULO XVII.

Estado deplorable de los mexicanos—Estragos de los mismos.—Último ataque y toma de la ciudad.

Despues de una corta tregua entró de nuevo Cortés á México, y encontrando al paso una multitud de hombres, mugeres y niños casi moribundos de hambre, movido de compasion mandó á su ejército no hiciese mal alguno, pues el estado en que se hallaban estos desventurados, era una prueba clara del desaliento que había entre ellos para seguir haciendo una resistencia inútil. El general español ocupó ese dia en hacer proposiciones de paz; mas no consiguiendo nada del rey y la nobleza, que eran los que se empeñaban en morir peleando, ordenó á su capitán Alvarado diese un ataque fuerte por una calle, mientras él por otros puntos hacia lo mismo, resultando que los mexicanos tuvieron una pérdida de mil cuatrocientos entre muertos y prisioneros, y los aliados dieron mayores pruebas de残酷 que los españoles mismos, no respetando edad, sexo ni condicion.

Cortés, movido de compasion, y con la esperanza de que cesase la resistencia, volvió á la ciudad el dia siguiente; mas los mexicanos, viendo venir con tan numeroso ejército una multitud de conciudadanos que habían luchado con la muerte en defensa de su patria ya armados contra ellos, pedian la muerte como el término de sus males. Una parte de la plebe, á quien agobiaba mas el horror de la guerra, se acercó á Cortés suplicándole se acercase á los nobles que guardaban un



— 222 —

fuerte y les hiciese nuevos convenios. El general español, sin esperar conseguir lo que deseaba, alegó varias razones para que aceptasen las proposiciones que les hacia; mas habiendo contestado que no podian aceptarlas por no tener autoridad para ello, y que creian ademas que nunca las admitiria el rey, mandó á éste un enviado, que era el tio del rey de Tetzcuco. La respuesta de Quauhtemotzin fué mandar sacrificar al enviado de Cortés, y al retirarse éste lo atacaron desesperados algunos mexicanos, mas ya tan debilitados por el hambre, que el daño que causaban á los enemigos era tan pequeño, cuante grande el que recibian de ellos.

Cortés repitió su entrada al siguiente dia creyendo siempre que cediesen los mexicanos: se llegó á algunos nobles á quienes conoció en su primera entrada á México; les preguntó la causa de su resistencia, cuando él podia en un momento exterminarlos, á lo que contestaron, que aunque ellos deseaban vehementemente evitar su ruina, no tenian mas que cumplir las órdenes de su rey. El los redujo marchasen á suplicarle admitiese la paz con que le brindaba, cuya respuesta fué, que no pudiendo el mismo Quauhtemotzin llegar á contestarle por ser ya tarde, hablaría con Cortés al siguiente dia, llegado el cual mandó decirle que no asistia por no tener confianza en los españoles. Cortés insistió de nuevo, empeñándose su palabra de tratarlo con el respeto debido; que su real persona llegase sin temor, puesto que sin ella nada podria terminarse, acompañando el mensage con un presente de víveres. A poco volvieron algunos nobles con la misma respuesta que Quauh-



— 223 —

motzin habia dado antes, y algunos trajes muy finos que enviaba á Cortés; pasándose así varios dias sin sacar provecho alguno de estas negociaciones.

Los aliados estaban fuera de la ciudad, por haber concedido Cortés á los mexicanos que aquellos permaneciesen fuera durante la conferencia con Quauhtemotzin; mas ya cansado de aguardar el término de tales negociaciones, cargó con todo su ejército al mismo tiempo que Alvarado y Sandoval hacian lo mismo por diversos puntos. Este fué el dia mas cruel para los desgraciados mexicanos; sin armas para rechazar á sus enemigos, sin fuerzas para defenderse, sin tierra para combatir, la sangre corrió por los fosos y canales; las calles estaban cubiertas de cadáveres; no se oia mas que gritos de desesperacion, y los de los aliados que se cebaban en sus víctimas, cuyo encarnizamiento fué tal, que era mas la fatiga de los españoles para refrenarlos, que por combatir con los mexicanos. Tal dia, entre muertos y heridos, hubo mas de cuarenta mil mexicanos.

Los españoles salieron de la ciudad obligados por la fetidez de muchos cadáveres insepultos; pero al siguiente dia atacaron á Tlalteleolco. Cortés encargó á los suyos que se apoderasen de Quauhtemotzin, pues con solo este paso quedaría todo terminado. Antes de dar el último golpe, volvió Cortés á hablar á los nobles, esperando por ultimo que cesase la resistencia del rey Quauhtemotzin, manifestándoles el extremo peligro en que se hallaban, y diciéndole que estaba resuelto á no dejar un solo mexicano vivo. Cihuacoatl, que era el supremo magistrado de la corte, llegó de parte del rey á hablar



— 224 —

á Cortés, que lo recibió con muchas demostraciones de amistad; mas él, manifestando superioridad á las calamidades humanas, le dijo que en vano trabajaba en solicitar la entrevista con su rey, porque estaba dispuesto á morir primero que presentarse. Cortés contestó que fuese á disponer el ánimo de sus súbditos para recibir la muerte que les amenazaba. Multitud de mujeres y niños se pusieron á la disposición de Cortés, evitando de esta manera el peligro en que se hallaban; muchos de estos perecieron por la debilidad al pasar los fosos. Cortés mandó que á los que se rendían se les tuviera compasión, y no satisfecho aún, mandó que se colocasen los españoles en diferentes lugares para impedir el furor de los aliados; mas á pesar de estas precauciones fueron sacrificadas á la残酷 de estos más de quince mil personas de ambos sexos.

Los nobles y los militares que determinaron defenderse hasta el último instante, ocuparon las azoteas y algunas calzadas. Cortés, viendo la resistencia de estos, empleó los cañones contra ellos; mas no bastando esto, hizo la señal del asalto. Al instante subieron los sitiadores, y los desgraciados ciudadanos no teniendo donde guarecerse de tan innumerable tropel, multitud de ellos se arrojaban al agua y los otros se ponían á disposición del vencedor. Los principales habían dispuesto sus barcas para la fuga; pero habiéndolo previsto Cortés, mandó á Sandoval que se apoderase del puerto de Tlaltelolco e impidiese las salidas de las barcas: las más de ellas burlaron la vigilancia de éste, y entre ellas la que conducía las personas reales. Sabido esto



— 225 —

por Cortés, mandó á García de Olguin que les diera caza; éste lo hizo así y prontamente les dió alcance, y cuando se disponía á hacerles fuego, los fugitivos arrojaron las armas al agua en señal de rendirse. La piragua mayor conducía al rey de México Quauhtemotzin, la reina Tecuichpotzin, su esposa, el rey de Acolhuacan Conacotzin, el de Tlacopan Tetlepanquetzalzin, y otros varios.

El rey de México, al confesarse prisionero de Cortés, solo le pidió que á su muger y á las damas que le acompañaban las tratase con las consideraciones que merecían, y luego añadió que le quitase la vida con el puñal que llevaba en la cintura, puesto que no había sabido perderla en defensa de su reino. Cortés, admirando el valor de este rey, le aseguró, que de la clemencia del de España debía esperar no solo la libertad que creía perdida, sino el trono que merecía y había defendido tan dignamente. Mas tales propuestas, lejos de proporcionarle consuelo, le traían á la memoria al desgraciado Moteuczoma, que declarándose amigo de Cortés, no pudo conservar ni la libertad ni la corona. Quauhtemotzin pidió á Cortés no hiciese mal á sus súbditos, y éste que diera órden de que se rindiesen. Uno y otro quedaron satisfechos. Acordaron que los mexicanos dejaran la ciudad, y durante algunos días se veían multitud de hombres, mugeres y niños macilentos y moribundos de hambre, que marchaban á sus pueblos. Cortés mandó dar sepultura á multitud de cadáveres de que estaban llenas las calles y las plazas.

Sabida la toma de la capital, se sometieron á Cortés



— 226 —

todas las demás provincias del imperio, no faltando algunas que hicieran la guerra á los españoles por espacio de dos años. Los aliados quedaron contentos, destruyendo una corte cuyo dominio no podían sufrir sin pensar que ellos mismos forjaban las cadenas que debían aprisionarlos.

El botín que esperaban los vencedores no fué tan grande: las ropas se las repartieron entre los aliados. Algunas piezas exquisitas que quedaron, se las regalaron al emperador Carlos V: el oro que mandaron fundir no llegó á veinte mil onzas, porque los mexicanos echaron gran parte de él al lago, y porque los españoles y aliados procuraron aprovecharse de él en el saqueo de la ciudad.

A los ciento noventa y seis años después de fundada Méjico por los aztecas, y á los ciento sesenta y nueve después de erigida en monarquía, cuyos tronos fueron ocupados por once soberanos, de los que daremos una ligera idea en el capítulo siguiente y último, fué conquistada el 13 de Agosto de 1521. El sitio de Méjico duró setenta y cinco días: murieron setenta mil aliados y ciento sesenta españoles. Los mexicanos muertos ascendieron á cien mil, sin contar con los que murieron de hambre y otras enfermedades ocasionadas por el mal agua que bebían. Quauhtemotzin fué puesto en tortura, á pesar de las promesas de Cortés, para obligarle á declarar dónde estaban escondidos los tesoros del templo, cuyo tormento consistió en untarle los piés de aceite para quemarlo poco á poco, y se portó con admirable serenidad. A los tres años, Quauhtemotzin, rey de



Sacrificio de Guatimotzin



— 227 —

Méjico, Coanacotzin, rey de Acolhuacan, y Tetlepanquetzaltzin, rey de Tlacopan, fueron mandados ahorcar en un árbol por Cortés en la ciudad de Izancanac. La causa de esta bárbara sentencia fué una conversación que tuvieron entre sí estos tres reyes hablando sobre sus desgracias y sobre cuán fácil les sería, si quisieran, darle muerte á Cortés y á todos los españoles, recobrando su libertad y sus tronos. Mas esta conversación, que no era mas que un desahogo de la justa pesadumbre de aquellos monarcas, fué denunciada á Cortés por un traidor mexicano como una conjuración tramada. Estas muertes debieron ocasionar á Cortés muchos desvelos, porque manifestaron al morir tanto valor como en vida, y algunos autores aseguran que el padre Variillas, religioso mercedario, les había asistido en el patíbulo, que murieron como cristianos y bien dispuestos, sin embargo que no hay autor que haga meneion de un suceso tan glorioso como el bautismo de estos tres reyes. El imperio mexicano despues de su ruina fué abandonado á la miseria, á la opresión y al desprecio, no solo de sus conquistadores, sino de sus esclavos y de la infame descendencia de éstos. Hoy dia los mexicanos están sumidos en la estupidez y en la abyección mas degradante.



CAPÍTULO XVII.

Cronología de los soberanos del imperio mexicano.

Terminada la conquista, nos parece oportuno dar alguna idea del tiempo en que los soberanos de México fueron ocupando sucesivamente el trono.

El primero fué Acamapitzin, electo en 1353: reinó treinta y siete años. Hubo un interregno de pocos meses.

Segundo. Huitzilihuitl, fué electo en 1389: murió en 1410.

Tercero. Quimalpopoca: este monarca ha sido confundido con su sobrino Acolnahuacatl. Atendida la serie de sus acciones, debió reinar trece años, y por consiguiente fué electo en 1410, y murió en 1423.

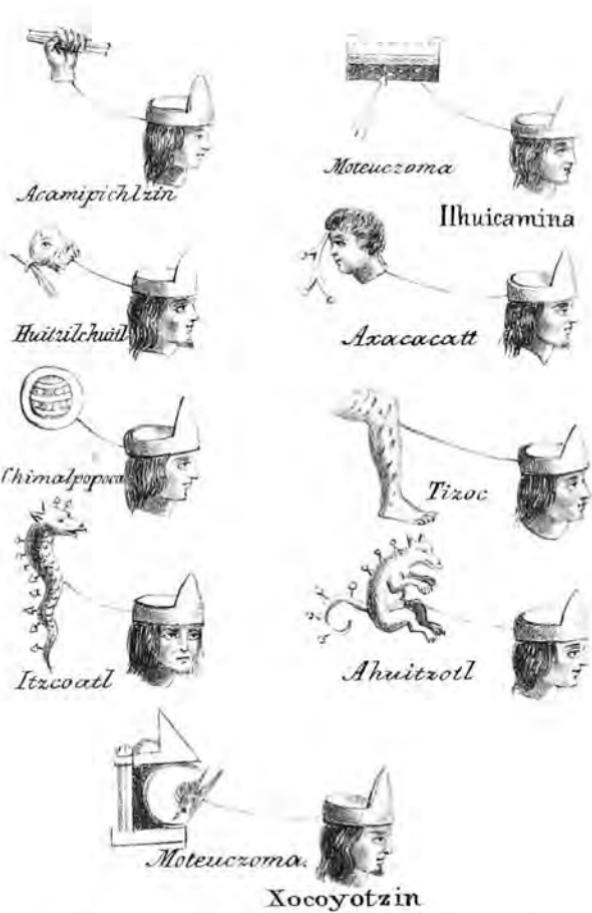
Cuarto. Itzcoatl, fué electo en 1423 y murió en 1436.

Quinto. Moteuczoma I. Este famoso rey fué electo en 1436, y su reinado duró veintinueve años, acabando en 1464. El decimosexto año de su reinado, es decir, en 1454, se celebró el *toxiuhmotpia*.

Sexto. Axayacatl. No duró su reinado trece años cumplidos: comenzó en 1464 y acabó en 1477.

Séptimo. Tizoc. El reinado de este monarca fué muy corto, pues habiendo empezado en 1477 terminó en 1480.

Octavo. Ahuitzotl. Los autores están varios en el tiempo que reinó este monarca; pero atendiendo á las guerras que hizo en países muy remotos entre sí, se le calculan veintidos años, comenzando en 1480 y terminando en 1502.



NOMBRE de los Reyes Mexicanos



— 229 —

Noveno. Moteuczoma II: reinó cerca de diez y ocho años, pues subió al trono en Setiembre de 1502 y murió en Junio de 1520.

Décimo. Cuitlahuatzin. Este rey, sucesor y hermano del anterior, subió al trono en Julio de 1520, y terminó en Octubre del mismo año, en que subió el

Undécimo y último, que fué Quauhtemotzin, cuyo reinado terminó en 13 de Agosto de 1521, hecho prisionero por los españoles, y conquistada la capital de su imperio.





AGUSTIN ITURBIDE



APENDICE.



Terminada la conquista de México por Hernan Cortés, réstanos ahora llegar hasta la época presente; pero como desde aquella acá, hay un espacio de trescientos ochenta y un años, la historia de éstos seria muy larga y no llenaria el fin que nos propusimos al dar á luz un compendio dedicado á los niños; y siendo nuestro principal objeto el que adquieran algunas ideas de la historia antigua, de la conquista acá solo presentaremos una cronología de todos los gobiernos que en ella ha habido. El estudio de la minuciosa historia de esas épocas no es para los niños: los jóvenes encontrarán la relación de la serie de los acontecimientos en multitud de autores de acreditada reputación.

El primer gobierno de México después de la conquis



— 232 —

ta, no fué vireinal; de la conquista á la venida del primer virey, mediaron catorce años, en cuyo tiempo fué México gobernado de la manera siguiente.

Desde el 13 de Agosto de 1521, por su conquistador D. Fernando ó Hernán Cortés, con el título de *capitan general y gobernador de la Nueva-España*, cuyo título se lo concedió Carlos V en Octubre de 1522 y confirmado en 1525, agregándole el de "Adelantado de las costas del Sur de la Nueva-España." Este gobierno duró hasta 1527.

El Lic. Luis Ponce de León, que llegó en 1527 á la Nueva-España con el cargo de juez de residencia, reasumió tambien el de gobernador; mas habiendo muerto á los diez y seis dias, los encargos de éste pasaron al Lic. Márcos de Aguilar, cuyo gobierno duró poco mas de seis meses por haber muerto tambien, siendo su sucesor D. Alonso de Estrada, que gobernó al principio acompañado del capitan Gonzalo de Sandoval, y despues solo con aprobacion de la corte de España, hasta 1528.

En 1528 vino la primera audiencia, cuyo presidente fué Nuño de Guzman: gobernó hasta 1531, que vino la segunda, siendo su presidente D. Sebastian Ramirez de Fuen-Leal, cuyo gobierno acabó en 1535, en que vino el primer virey: éste fué D. Antonio de Mendoza, conde de Tendilli, cuyo gobierno acabó en Febrero de 1550.

D. Luis de Velasco fué virey desde 1550 hasta 1564.

Del gobierno de este virey hasta el de su sucesor, hubo un espacio de veintidos meses, en que gobernó la audiencia interinamente, llegando el marqués de Falles y gobernando desde 1566 hasta 1568.



— 233 —

La audiencia volvió á gobernar interinamente poco menos de un año.

D. Martín Henríquez de Almanza, gobernó como virey desde 1568 hasta 1580.

D. Lorenzo Juárez de Mendoza, gobernó desde 1580 hasta su muerte, acaecida en 1583.

La audiencia gobernó poco mas de un año.

D. Pedro Moya de Contreras, tambien arzobispo de México, desde 1584 hasta 1585.

El marqués de Villa-Manrique, D. Alonso de Zúñiga, desde 1585 hasta 1590.

D. Luis de Velasco (hijo del segundo virey), desde 1590 hasta 1595.

El conde de Monterey, D. Gaspar de Zúñiga y Acevedo, de Noviembre de 1595 á Octubre de 1603.

El marqués de Montesclaros, D. Juan de Mendoza y Luna, desde 1603 hasta 1607.

Desde este año, hasta 1611, gobernó por segunda vez D. Luis Velasco (hijo), en cuya ocasión se le concedió el título de marqués de Salinas.

Fray García de Guerra, arzobispo que fué de México, gobernó desde el año de 1611, hasta que murió en 21 de Febrero de 1612, gobernando la audiencia el espacio que medió entre la muerte de éste y la llegada de su sucesor.

Este fué el marqués de Guadalcazar, D. Diego Fernández de Córdoba, desde el mismo año de 1612 hasta 1621, en que volvió á gobernar la audiencia seis meses.

D. Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, marqués de Galvez, condé de Priego, desde 1621 hasta 1624.



— 234 —

El marqués de Serralvo, D. Rodrigo Pacheco y Osorio, desde 1624 hasta 1635.

El marqués de Cadereita, D. Lope Diaz de Armentariz, desde 1635 hasta 1640.

El marqués de Villena, D. Diego Lopez Pachecó, Cabrera y Bobadilla, desde 1640 hasta 1642.

El obispo de la Puebla de los Angeles, D. Juan de Palafox y Mendoza, pocos meses del mismo año de 1642.

El conde de Salvatierra, marqués de Sobroso, García Sarmiento de Sotomayor, de 1642 á 1648; el obispo de Yucatan, D. Márcos de Torres y Rueda, desde 1648 hasta 1649, en que murió, gobernando la audiencia hasta 1650.

El conde de Alva, D. Luis Enriquez de Guzman, de 1650 á 1653.

El duque de Alburquerque, D. Francisco Fernandez de la Cueva, de 1653 á 1660.

El marqués de Leiva, conde de Baños, D. Juan de Leiva y de la Cerda, de 1660 á 1664.

El obispo de Puebla, D. Diego Osorio de Escobar y Llamas, pocos meses de 1664.

El marqués de Mancera, D. Sebastian de Toledo, desde 1664 hasta 1673.

El duque de Veraguas, marqués de Jamaica, D. Pedro Nuño Colon de Portugal y Castro, pocos dias del mismo año de 1673 en que murió.

Fray Payo de Rivera, arzobispo que fué de México, desde 1673 á 1680.

El marqués de la Laguna y conde de Paredes, D. Antonio Manrique de la Cerda, de 1680 á 1686.



— 235 —

D. Melchor Portocarrero Lazo de la Vega, de 1686 á 1688.

D. Gaspar de la Cerda, conde de Galve, de 1688 á 1696.

El obispo de Michoacan, D. Juan de Ortega Montañez, pocos meses del año 1696.

El conde de Moctezuma y de Tula, D. José Sarmiento y Valladares, desde 1696 hasta 1701.

D. Juan de Ortega y Montañez (por segunda vez) de 1701 á 1702.

El duque de Alburquerque, D. Francisco Fernandez de la Cueva, de 1702 á 1711.

El duque de Linares, D. Fernando de Alancastre, Noroña y Silva, de 1711 á 1716.

El marqués de Valero, D. Baltasar de Zúñiga y Guzman, de 1716 á 1722.

El marqués de Casa Fuerte, D. Juan de Acuña, de 1722 á 1734, en cuyo año murió.

El arzobispo de México, D. Juan Antonio de Bizarro, de 1734 á 1740.

El duque de la Conquista y marqués de Casa-Real, D. Pedro de Castro Figueroa y Salazar, de 1740 á 1742.

El conde de Fuen Clara, D. Pedro Cobrian y Agustín, de 1742 á 1746.

El conde de Revillagigedo, D. Juan Francisco de Güemes y Horcasitas, desde 1746 á 1755.

El marqués de las Amarillas, D. Agustín de Ahumada y Villalon, de 1755 á 1760, en cuyo año murió, gobernando interinamente la audiencia dos meses.

D. Francisco Cagigal de la Vega, gobernó solo seis meses del mismo año de 1760.



— 236 —

El marqués de Cruillas, D. Joaquín de Moncerrat, de 1760 á 1766.

El marqués de Croix, D. Carlos Francisco de Croix, de 1766 á 1711.

D. Antonio María Bucareli, Bailío, de la orden de San Juan, de 1771 á 1779, en cuyo año murió, gobernando la audiencia cuatro meses.

D. Martín de Mayorga, de 1779 á 1783.

D. Matías de Gálvez, de 1783 á 1784, en cuyo año murió, gobernando la audiencia hasta 1785.

El conde de Gálvez, D. Bernardo de Gálvez, hijo del virey anterior, desde 1785 hasta 1786, en que murió, gobernando la real audiencia hasta 1787.

El arzobispo de Méjico, D. Alonso Nuñez de Haro y Peralta, pocos meses de 1787.

D. Manuel Antonio Flores, desde 1787 hasta 1789.

El conde de Revillagigedo, D. Juan Vicente de Gómez Pacheco de Padilla, desde 1789 á 1794.

D. Miguel la Grua Talamanca y Branciforte, de 1794 á 1798.

D. Miguel José de Aranza, de 1798 á 1800.

D. Félix Berenguer de Marquina, de 1800 á 1803.

D. José de Iturriigaray, de 1803 á 1808, en cuyo año fué depuesto por una conspiración.

El mariscal de campo D. Pedro Garibay, de 1808 á 1809.

El arzobispo de Méjico, D. Francisco Javier de Lizana y Beaumont, de 1809 á 1810, en cuyo año gobernó la audiencia cuatro meses.

D. Francisco Javier Venegas, desde el 14 de Setiembre de 1810 á 1813.



— 237 —

Al dia siguiente se dió en Dolores el grito de independencia, de cuyo hecho haremos una ligera reseña; pero como desde ese dia hasta que se consumó, hubo algunos vireyes, terminaremos la lista de éstos y continuaremos la relacion sucinta de los acontecimientos de la revolucion.

Ya en la lucha ocupó el lugar que dejó Venegas, D. Félix María Calleja hasta 1816, en cuyo año siguió D. Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito, hasta 1821.

Este virey fué uno de los mas respetables y que tenía muchas simpatías por los mexicanos. Sábio y de un carácter dulce hubiera evitado mucho el derramamiento de la sangre, si le hubiera tocado desempeñar su encargo al principio de la revolucion. A este le siguió D. Francisco Novella, brigadier de los reales ejércitos, pocos meses de 1821. Este fué realmente el último, pues aunque llegó para reemplazarlo D. Juan O'Donojú, á su llegada celebró un tratado con el generalísimo D. Agustín de Iturbide, y se adhirió al plan de independencia, ocupando un lugar muy distinguido despues de ella, como diremos despues.

En el pueblo de Dolores había un cura llamado Miguel Hidalgo y Costilla: su carácter era el de los discípulos de Jesucristo, y comprendiendo la verdadera misión del sacerdote, concibió el grandioso proyecto de romper las cadenas que agobiaban el cuello de los hijos de su pueblo. Los historiadores que se han ocupado de tan gloriosos acontecimientos, presentan el plan de independencia combinado de distintas maneras. Algunos aseguran que no hubo tal plan; que el cura Hidal-



— 238 —

go era un hombre sin conocimientos de ninguna especie, y que el tal grito fué dado en un momento casi de demencia; pero nosotros, apoyados en el dicho de un testigo coetáneo y fidedigno (1), aseguramos que el plan estaba combinado y ramificado, pues siendo descubierto en México por Venegas, la muger del corregidor D. Miguel Dominguez envió un extraordinario al capitán Allende que estaba comprendido en él. Este lo comunicó á Hidalgo, con quien estaba de acuerdo; tal vez no macizó el plan, pero él existia.

El dia 15 de Setiembre de 1810, á las once de la noche, reunió algunos de su pueblo, les hizo ver el ignominioso estado con que estaban sujetos al trono español, y despertando el patriotismo, proclamó la independencia de México con el pequeño número de ciudadanos que le rodearon.

Marcharon á reunirse con Allende, recorriendo varios pueblos que los recibian con entusiasmo, y aumentaban el número de sus soldados.

A los tres meses tenia un ejército de mas de ochenta mil hombres; pero sin disciplina y sin armas. Marchan sobre México, y á pesar de la diferencia que existia entre estos y una tropa disciplinada y con armas, Hidalgo derrotó á los españoles en el monte de las Cruces, tan completamente, que hubiera sido ese dia el último

(1) En un impreso escrito por el Sr. D. Antonio del Corral hemos visto referido este hecho tal cual nosotros lo hacemos: siendo el Sr. D. Juan José del Corral quien le debe haber comunicado tan útiles conocimientos á su hijo, no hemos vacilado en decir que nos hemos apoyado en un testigo fidedigno.



— 239 —

de la revolucion, pues tuvo lugar de seguir sin resistencia alguna á la capital; pero orgulloso con su triunfo, á pesar de las instancias de Allende, quiso intimar desde allí la rendicion al virey Venegas, quien esperando por momentos que asomase por la capital, con la mayor actividad mandó parapetar lo que hoy llamamos ciudadela; mas viendo que no daba paso alguno, alistó una fuerza al mando de uno de los generales de los de su mayor confianza que saliese á batir al enemigo; é Hidalgo, despues de una completa victoria, sufrió la mas cabal derrota. Marchó hacia Guadalajara, aumentando su fuerza por todos los lugares por donde pasaba, y en Granaditas dió una accion en que la sangre llegó á correr por los caños de la ciudad.

Algunos califican á Hidalgo de inhumano por esta accion; pero parece digno de disculpa, recordando que su suavidad despues de la batalla de las Cruces le costó tan cara. Si entonces hubiera hecho otro tanto, no habria corrido la sangre de Granaditas y se hubiera ahorrado la vertida en diez años despues.

Pasó luego á Guadalajara, situándose en el puente de Calderon, de donde, siéndole adversa la fortuna, marchó para el interior á proporcionarse los recursos de que carecia, y en Acatita del Bajan, por la traicion de Elizondo, fué hecho prisionero con muchos de sus compañeros, libertándose solamente el Sr. D. Ignacio Rayón, que pasó á establecer su cuartel general á Citácuaro, á treinta leguas de la capital, con un número muy pequeño de hombres.

Allí asistió y dió sepultura al Sr. Anzorena, que fué



-- 240 --

secretario de Hidalgo. Entre tanto, éste y sus compañeros fueron fusilados, muriendo como los héroes.

A poco apareció el Sr. D. José María Morelos, que despues fué el mas temible para los españoles: entre las acciones más notables que dió este ilustre caudillo, fué la primera en la Sabana, sorprendiendo al general Paris, apoderándose de todo el armamento, y dando apenas lugar á la violenta fuga del jefe. Sorprendió este campo con una fuerza muy inferior á la que en él había.

Los jefes Bravos, Galeana, Trojano y otros muchos de que iremos haciendo relación, se pusieron á las órdenes del general Morelos: éste, con algunos de sus valientes generales, marchó á Tixtla, donde alcanzó, como antes, la victoria, siempre con fuerza inferior á la del enemigo: á poco marchó hacia Chilapa, dando allí una acción en que las tropas realistas sufrieron una completa derrota. Despues de algunas otras pequeñas acciones, en que fué constantemente vencedor, se dirige á Toluca, en donde estaba el general realista Porlier con un ejército considerable, bien armado y bien provisto de todos los útiles de guerra. Morelos, con una fuerza muy inferior, le presenta una reñidísima acción, en la que despues de haber corrido muchísima sangre, huye el general realista, quedando en poder del vencedor el armamento, los víveres y cuantos útiles había. Despues de esta brillante acción resuelve llegar con una pequeña fuerza á Cuautla para que reuniendo el enemigo todas sus tropas contra él, sus oficiales, con el resto de la fuerza, lo batiesen; pues juzgaba, y con mucha razon, que venciendo, casi terminaba todo. Llega á



— 241 —

Cuautla, donde es rodeado de casi todas las tropas españolas; los suyos se ignora por qué motivo no llegan á lo convenido, y Morelos, con mil hombres, es estrechado en un sitio. Ni de dia ni de noche cesaba el fuego de los sitiadores, tan cerca de los sitiados, que sin esfuerzo podian hablar unos con otros: agotadas las municiones tenian que esperar las granadas del enemigo, familiarizados ya á jugar con ellas, para servirse de la pólvora que traian. Muertos de hambre, y llenos de mil necesidades, Morelos con sus mil héroes sufrió mas de tres meses los rigores de este sitio, hasta que cansado de llenarse de gloria, resolvió romperlo, como lo hizo, dejando llenos de asombro á los realistas, que temblaban solo al oír su nombre. Este hecho, si no estuviera autenticado por personas fidedignas y testigos oculares, pareceria una fábula; pues no puede concebirse cómo un puñado de hombres muertos de hambre, sin armas y sin disciplina, puedan burlarse de una fuerza considerable, aguerrida, y provista de lo necesario. Este hecho no tiene igual en la historia. Roto el sitio, se encontró con que en las provincias de Veracruz, Puebla y Orizava, se habian pronunciado por la libertad: recobra en poco tiempo los puntos que se habian perdido, y despues de arreglado todo, llama á los generales Bravo, Galeana y Guerrero, y en union de éstos marcha á Huajuapan, en donde Trojano estaba sitiado y dando pruebas de su valor: rompe él la línea del sitio, y marcha á establecer su cuartel general en Tehuacan: empieza á dar sus órdenes: llama al general D. Nicolás Bravo, que entonces era un jóven de veintidos años, y



— 242 —

le manda que persiga al general Labaqui. El general Bravo sale con mil trescientos hombres; el general Labaqui tenía mil doscientos; pero hay que advertir la diferencia que existía siempre entre las fuerzas independientes y las realistas, y la que había, habiendo hecho alto Labaqui en un edificio de San Agustín del Palmar, batiéndose parapetado, mientras Bravo tenía que hacerlo á pecho descubierto. Por fin, Bravo quedó vencedor, rindiendo el enemigo sus armas y escapando solo el capellán. La muerte de Labaqui fué uno de los golpes mas terribles para Venegas.

Morelos sigue para Orizava, y después de haber triunfado allí, marcha para Oaxaca: Acapulco se rinde, y vuelve á Valladolid, en tanto que el jóven D. Nicolás Bravo resistía el glorioso sitio de Coscomatepec, en que se hizo casi tan famoso como Morelos en Chantla. El Sr. Bustamante, pocos meses antes de morir, nos refirió los pormenores de este sitio; no lo hacemos nosotros aquí, porque nos alejaríamos de presentar solo un extracto de los principales acontecimientos, conformándonos con decir que el Sr. Bravo, al romper el sitio, lo hizo sin derramar una gota de sangre, no dejando en el pueblo ni un solo individuo. Este hecho manifiesta la serenidad que conserva aun en medio del peligro el Sr. Bravo.

Dejamos á Morelos en Valladolid, en donde esperaba las divisiones de aquella provincia y algunas otras, segun la orden que les anticipó; pero no concurriendo, y mirando que el general Galeana, en el instante mismo de alcanzar la victoria, fué envuelto por un refuerzo que



— 243 —

mandaba el realista general Llanos, vuela á su socorro; mas estando las fuerzas ya cortadas, no se pudo conseguir más que la salida del general Galeana, y algunos otros compañeros suyos fuera de Valladolid á reunirse con Morelos; y si en esta accion no alcanzaron la victoria, no se eclipsó la gloria adquirida en las anteriores.

A pocos dias el general Iturbide ataca el campo de Matamoros con mas de quinientos hombres: llega hasta el parapeto, volteá la cara, y ve que quedaba solo con once hombres, porque el resto había sido barrido por la metralla de los insurgentes, y vuelve á entrar á Valladolid, habiendo solo conseguido perder los soldados con que salió.

Entre tanto, Morelos se dirige á Puruarán, dando antes órden á Matamoros que vaya en su seguimiento. Matamoros dispone su marcha, y notándola el enemigo, creyó que la motivaba la carencia de medios de defensa, y tomando nuevo aliento lo persigue; y siendo mucho mayor la fuerza realista, Matamoros se defiende como un héroe, y cediendo palmo á palmo el terreno al enemigo, llegó á Puruarán con muy poca gente por haber perecido el resto. Se reune á Morelos, y éste, que no se abate per los reveses de la fortuna, deja á Matamoros la órden de aguardar allí el combate, en tanto que él marcha á Apatzingan. Iturbide ataca á Matamoros, que lo rechaza por tres veces; pero á pesar de tanta victoria perecieron muchos independientes, y débiles ya, cayeron en poder del enemigo, que no cesaba de admirar su valentia.

Mientras Morelos estaba en Apatzingan se juró la



— 244 —

constitucion que se conoce con ese nombre; y despues de esto marcha á Tehuacan custodiando los poderes y creyendo que á vista del congreso se unirian los gefes que estaban divididos en las provincias de Veracruz, Puebla y Orizava: juzgando que el enemigo lejos se encontraba, y mirando la fatiga de su tropa, da órden de hacer alto; despues de descansar se preparaba á continuar su camino y alcanzar los poderes que se habian adelantado, cuando se ve rodeado de multitud de gente: arenaga á sus soldados, y éstos se batien como lo habian hecho otras veces. Mas el general Concha traia una fuerza de mil seiscientos hombres descansados y posesionados de las alturas, mientras que Morelos solo traia como seiscientos, cansados y conduciendo un pesado convoy; mas no obstante esta diferencia, Morelos no hubiera sido hecho prisionero si el caballo que montaba no se hubiera armado. Esta sorpresa fué cerca del pueblo de Tesmalac. Ya prisionero lo llevan á presencia del virey, que siente helarse su sangre al ver al caudillo, que alcanzara la victoria mas de sesenta acciones. Lo conducen á la inquisicion, que lo degrada en medio de imponentes ceremonias, y presentándose tres obispos que tenian la mejor reputacion de santidad, declaran que el inmortal Morelos es herege: él, con la serenidad que le acompañó hasta la muerte, oye su sentencia menospreciando la hipocresía de tales pastores, y no pensando mas que en prepararse para el paso que esperaba; y en medio de la mofa, ridiculizando á aquel cordeiro, le dan la muerte que lo llevó á reunirse con los compaños que le precedieron.



— 245 —

La muerte de Morelos destruyó la paz que hasta entonces había existido entre los demás caudillos: despertando la anarquía, cada uno quiere ocupar el lugar de Morelos, y en sangrientas y repetidas batallas se destruyen unos á otros. El enemigo, aprovechando esta desunión, fué batiendo en detall todas las tropas, que si hubiese existido unión entre ellas, hubieran dado entonces la libertad á México, y hubieran evitado la sangre derramada con la prosecución de la guerra.

Guerrero, que al lado de Morelos había sido siempre el primero en presentarse al peligro, se retira á las montañas del Sur á trabajar con ardor en la empresa comenzada. Entre tanto el general español Mina, adherido á la causa de los mexicanos, desembarcó en Soto la Marina: á poco derrotó en Peotillos con quinientos hombres, al general Armiñán, que tenía una fuerza quintuplicada: derrotó después en Comanjá al ejército del rey y siguió haciendo progresos antes de la traición de que fué víctima. Los mexicanos deben estar siempre agraciados á este ilustre español.

El virey, con la muerte de Mina, cobra nuevas esperanzas de disfrutar de la tranquilidad que había perdido; pero son burladas por el general Guerrero, que abandonando las áridas montañas del Sur, vuelve á lanzarse á los peligros, llenándose de gloria como anteriormente.

El virey, juzgando que solo el valiente general Iturbide era capaz de apagar el fuego de la libertad, lo manda con una escogida división á encontrar á Guerrero, que se bate y derrota á una parte del ejército de



— 246 —

Iturbide; mas la Providencia, que tenia señalado á este acérrimo enemigo de la independencia para libertador de México, hizo que mandase una comunicacion á Guerrero solicitando una entrevista: éste la admitió; señalan el lugar de ella: despues de algunas comunicaciones, que corren impresas con muchísima aceptacion, llegan á verificarla. Iturbide presenta á Guerrero el plan combinado en Iguala, que Guerrero juró con entusiasmo; y al saber que Iturbide quiere la independencia, le entrega el mando Guerrero y se sujeta á sus órdenes. Este sí es heroismo: Guerrero solo aspira á libertar á su patria; poco le importa, si lo consigue, que sea mandando ó obedeciendo.

Unidos Iturbide y Guerrero, se preparan á continuar hasta concluir la obra comenzada. El general D. Nicolás Bravo, famoso ya por la derrota de La Baqui, por el glorioso sitio de Coscomatepec y por otras brillantes acciones, jura tambien el plan de Iguala, que Guerrero le presenta, y se apresura á dar á su patria nuevas pruebas de que es su hijo.

Iturbide se mira abandonado de los suyos; mas Guerrero lo anima diciéndole que la fuerza que traia á su disposicion, y que con él lo habian reconocido como primer jefe, eran bastantes para burlar al enemigo, en tanto que él podia dirigirse al interior á despertar el patriotismo de sus antiguos y fieles amigos. Iturbide aprueba la idea; se dirige á Guadalajara, habla con Negrete, y este ilustre y benemérito general derrota completamente al español de igual clase D. José de la Cruz, que era uno de los mas valientes de su gobierno, y des-



— 247 —

pues de hacerlo retirar á Durango, donde se previene y fortifica, lo persigue y lo hace sucumbir. Con este paso, la libertad dió un golpe que vino á romper un eslabón de la cadena que unia el viejo con el nuevo mundo.

Iturbide siguió su marcha, uniéndosele al paso una multitud de patriotas, y entre ellos Bustamante, Echávarri, Sanchez, Ortiz, y Durán.

Cuando Iturbide partió á Guadalajara, el general Bravo (D. Nicolás) marchó para Puebla, como coronel de la séptima division: ésta se componía de su coronel y su asistente (1); mas al llegar á Izúcar, ya tenía una fuerza, que se le aumentó considerablemente en aquel pueblo.

Todos los mexicanos deseaban ardientemente el momento oportuno en que pudiesen jurar el plan salvador de Iguala. El capitán Leño con algunos otros, se posessionan de la fortaleza de Perote: buscando un jefe que pudiese ponerse á la cabeza de su pequeña guarnición, encontraron con el Sr. D. José Joaquín de Herrera, que era entonces capitán; le ofrecen el mando, que él recibe gustoso, dirigiéndose á Huamantla, donde sin cesar se aumenta su fuerza con los de la guarnición que había en Jalapa. En este tiempo mismo, los patriotas de Orizava, reunidos en la garita de la Angostura, juraron el plan de Iguala. Santa-Anna los ataca, y estos patriotas lo rechazan valerosamente. Herrera, mirando el patriotismo de estos ciudadanos, escoge uno de

(1) En el citado escrito del Sr. Corral se refiere este hecho, que nosotros afirmamos, porque como hemos dicho, ha de haber sido referido por el Sr. D. Juan José del Corral, padre de dicho jóven.



— 248 —

los capitanes de mas valor para que los dirija; pero llegado éste, vuelve Santa-Anna á atacarlos, que teniendo mas fortuna que la ocasion anterior, los dispersa y hace replegar á Huamantla.

Herrera sigue haciendo progresos: se dirige hacia Orizava, y á poco de llegar, las fuerzas enemigas que habia en aquella villa y en la de Córdova, quedan capituladas, incorporándose Santa-Anna á su division, y quedando establecidas y distribuidas las comandancias militares.

En estas circunstancias, el Sr. D. Nicolás Bravo de Izúcar, manda una comunicacion al Sr. D. José Joaquin de Herrera, diciéndole que las tropas enemigas las tenia á su frente, y que juzgaba que estaban dispuestas á atacarlo: que las esperaria si podia contar con algun auxilio. Herrera se dispone y marcha con el auxilio; pero dirigiéndose á Izúcar, al llegar allí ya no encuentra con Bravo, que para burlar al enemigo, sale de allí dirigiéndose por otro punto, tomando á Tlaxcala al paso, y entrando en seguida á Huamantla para unirse á poco en Tepeaca con Herrera.

Dispuestos los dos gefes á salir de allí, se les presenta Hevia que venia de Izúcar en seguimiento de Bravo, se batieron allí llenándose de gloria; manifestando el enemigo un valor y pericia admirables. Despues se retiraron estos dos gefes á San Andrés Chalchicomula, y despues de algun descanso, conferencian lo que convendria para el feliz éxito de su empresa; y quedando acordado que Bravo se dirigiese á Tulancingo para que conservase encendido el patriotismo de sus hijos,



— 249 —

sale en efecto; mas á muy poco de comenzar su jornada, muy cerca de Nopalucan, vuelve á encontrar á Hevia que llevaba cerca de dos mil hombres, y Bravo, aunque llevaba quinientos, con solo la mitad, que era de á caballo, lo derrota y persigue hasta la hacienda de la Rinconada.

Entre tanto, Herrera, teniendo noticia de la toma de Alvarado por Santa-Anna, se dirige á Orizava, ocupando Hevia el lugar que desocupaba. Herrera, que deseaba de una vez ver coronada con la victoria la frente de sus soldados, les propuso marchar á Córdova para esperar y batir allí á Hevia: todos admiten, fortifican la plaza, y Hevia aparece al frente: comienza un reñidísimo combate, en que por una y otra parte se admira el valor de los soldados; pero al fin fué terminado con la muerte de Hevia y el triunfo de los insurgentes.

Despues de esta accion, se trata de la ocupacion de Puebla, y Bravo y Herrera convienen en mandar al generalísimo una persona de bastante capacidad y probado patriotismo, porque seria necesario tal vez tratar asuntos reservados. El enviado marchó á Querétero (1), en donde estaba el general Iturbide, despues de haber rendido á Lohaces, que defendia aquella plaza, y de la gloriosa accion de la Huerta, dada por el Sr. Filiola; cumple su mision, y vuelve á manifestar á los

(1) Segun las noticias que hemos podido adquirir, el enviado fué el secretario del Sr. Herrera, que entonces lo era el Sr. D. Juan José del Corral, de quien hubiéramos tomado noticias mas exactas, si no se nos hubiera informado el estado de poca salud en que se halla dicho señor.



— 250 —

Sres. Bravo y Herrera, que el primer jefe no quiere ya mas sangre, y que confiado en la prudencia de estos señores, esperaba que todo terminaria sin verter una sola gota. Les dice que algunos movimientos los reserva para sí: que se propusiese á Llano un armisticio de pocos dias, maniféstandole al mismo tiempo lo inútil de toda resistencia. A pocas horas se propuso por Herrera el armisticio, que fué aceptado por Llanos, mientras llegaba el caudillo, que á despecho del tirano traia la independencia de la Nueva-España.

Llega Iturbide á Cholula, que con su genio deja capitulada la plaza, haciendo al momento una solemne entrada, en medio de las aclamaciones de alegría del pueblo, que veia en este hombre á su libertador. Da las órdenes para que se coloque al frente de México la fuerza, siendo el jefe de ella el Sr. D. Anastasio Bustamante. Llega á poco y entra en México tambien en medio de las bendiciones de sus hijos. La descripción de lo magestuoso de su entrada y del regocijo público por tan plausible acontecimiento, debe ser ocupación de plumas mas bien cortadas que la nuestra. Despues de arengar á sus fieles soldados, se puso al frente de ellos hasta llegar á la capital. Iturbide era, y con razon, el objeto de la conversacion de todas las clases de la sociedad. Ocupada la capital por la fuerza del generalísimo D. Agustín de Iturbide, se convocó una junta de personas notables por sus conocimientos y su patriotismo, que formase una acta declarando la independencia de la República.

Reconocida esta independencia por todas las nacio-



— 251 —

nes, se adoptó para gobernar á ésta, una regencia, compuesta del generalísimo, de D. Juan O'Donojú, que viendo á encargarse del vireinato, se declaró por la independencia, de D. Manuel de la Barrera, de D. Isidro Yañez y de D. Manuel Velazquez de Leon; pero habiendo el congreso general exonerado á dos de sus miembros, hubo otra segunda, compuesta del generalísimo, de D. Isidro Yañez, D. Miguel Valentín, el conde de Casa de Heras y el brigadier D. Nicolás Bravo; mas esta segunda regencia cesó de gobernar, por haber sido proclamado el 19 de Mayo de 1822 emperador el general Iturbide, con el título de Agustín I; pero en 1823 abdicó la corona. Mientras se formaba una constitucion, el poder ejecutivo se depositó en una junta compuesta de los generales D. Nicolás Bravo, D. Guadalupe Victoria, y D. Pedro C. Negrete, como propietarios, y como suplentes, D. Mariano Michelena y D. Miguel Domínguez.

La junta cesó de gobernar, pues fué solo establecida en tanto que se formaba una nueva constitucion. Esta fué promulgada en Octubre de 1824: el poder ejecutivo lo depositó en un presidente, y han ocupado este puesto sucesivamente:

El general D. Guadalupe Victoria, como presidente constitucional, gobernó de 1824 á 1829.

El general D. Vicente Guerrero, uno de los principales caudillos de la independencia, y tambien asesinado vilmente por los mismos que asesinaron á Iturbide, gobernó como presidente constitucional en 1829 algunos meses, en cuyo año le sucedió el Lic. D. José



— 252 —

María Bocanegra, que gobernó interinamente pocos meses del mismo año de 1829.

D. Pedro Velez, como presidente de la suprema corte, asociado de D. Luis Quintanar y D. Lucas Alaman, pocos días de 1829.

D. Anastasio Bustamante, de 1829 á 1832.

D. Melchor Muzquiz (general), interinamente pocos meses de 1832.

D. Manuel Gomez Pedraza, constitucionalmente, de 1832 á 1833.

D. Valentin Gomez Farías (vice-presidente constitucional), pocos meses de 1833.

El general D. Antonio Lopez de Santa-Anna, constitucionalmente, dos meses del año de 1833.

D. Valentin Gomez Farías, como vice-presidente, pocos meses de 1833.

D. Antonio Lopez de Santa-Anna, pocos meses del mismo año de 1833.

D. Valentin Gomez Farías, como vice-presidente, de 1833 á 1834.

D. Antonio Lopez de Santa-Anna, constitucionalmente, de 1834 á 1835

El general D. Miguel Barragan, interinamente de 1835 á 1836, en que murió.

D. José Justo Corro, interinamente, de 1836 á 1837.

En este año, por una de tantas de nuestras revoluciones, la república federal se convirtió en central, y por la nueva constitución sancionada en aquel año, gobernó como presidente constitucional D. Anastasio Bustamante, hasta 1839.



D. Antonio Lopez de Santa-Anna, interinamente pocos meses de 1839.

D. Nicolás Bravo, como presidente del consejo de gobierno, pocos dias de 1839.

D. Anastasio Bustamante, constitucionalmente, de 1839 á 1841.

D. Javier Echeverría, interinamente pocos dias, en que fué depuesto por un movimiento revolucionario.

El objeto de esta revolucion fué proclamar la dictadura del general Santa-Anna, que gobernó como presidente provisional segun las bases de Tacubaya, de 1841 á 1842, en que le siguió como presidente sustituto D. Nicolas Bravo, hasta 1843, volviendo dicho general Santa-Anna á gobernar como antes, pocos meses del mismo año de 43, en que quedó en su lugar D. Valentin Canalizo, hasta 1844, en que la nacion se volvió á constituir en república central, segun la constitucion sancionada y publicada en 12 de Junio de 1843, gobernándola como presidente constitucional el general Santa-Anna, á Setiembre de 1844, en cuyo año dejó en su lugar como presidente interino, al general D. Valentin Canalizo, que fué depuesto por el movimiento verdaderamente popular del 6 de Diciembre de 1844. Desde esta fecha hasta Diciembre de 1845, gobernó el general D. José Joaquin de Herrera, primero como presidente interino, y luego como constitucional; en cuyo año fué depuesto por el movimiento revolucionario del general D. Mariano Paredes y Arrillaga, que gobernó como presidente interino hasta 1846, dejando en su lugar al general D. Nicolás Bravo, que gobernó pocos dias, en cu-



yo año, constituyéndose la nación nuevamente en república federal, gobernándola D. Mariano Salas como encargado del poder ejecutivo, hasta Diciembre de 1846.

D. Valentín Gómez Farías, como vice-presidente constitucional, de 1846 á 1847.

El general Santa-Anna como presidente constitucional, pocos días de 1847, dejando en su lugar al general D. Pedro María Anaya, que gobernó por pocos días, volviendo el general Santa-Anna á ocupar su lugar el mes de Mayo del mismo año, renunciando su empleo el 16 de Setiembre, después de ocupada la capital por los norte-americanos.

D. Manuel de la Peña y Peña, retirado el gobierno á Querétaro, y como presidente de la suprema corte de justicia, gobernó pocos días del año de 1847.

El general D. Pedro María Anaya gobernó interinamente, de 1847 á 1848.

D. Manuel de la Peña y Peña, como presidente de la suprema corte, pocos meses del mismo año, y desde este, el general D. José Joaquín de Herrera, como presidente constitucional, hasta Enero de 1851, en que siguió gobernando hasta hoy constitucionalmente, el general D. Mariano Arista.

Esta es la exacta escala de los que han gobernado desde la conquista hasta hoy.

Ardientemente hemos deseado dar cima al objeto que nos propusimos; pero la empresa es árdua, y nuestros deseos quedarán recompensados con la benévolas acogida que tendrá entre nuestros suscriptores esta obra, y si llega á ser, como lo esperamos, una de las primeras que en las casas de educación pongan en las manos de los niños, á quienes principalmente la dedicamos.



ÍNDICE.

*Advertencia.**Prólogo del autor.*

PRIMERA PARTE.— <i>Cap. I.</i> —Algunas reflexiones sobre los monumentos de la historia antigua de México.	1
<i>Cap. II.</i> —Principio y fin de los tultecas.—Llegada de los chichimecas.	5
<i>Cap. III.</i> —Llegada de otros pueblos.—Monarquía chichimeca.	7
<i>Cap. IV.</i> —Viage de los aztecas al Anáhuac, hasta su esclavitud en Colhuacan.	11
<i>Cap. V.</i> —Fundacion de México.—Division de los mexicanos.—Su monarquía.	14
<i>Cap. VI.</i> —Persecucion de Netzahualcoyotl.—Itzcoatl, cuarto rey de México.—Moteuczoma Ilhuicamina.	20
<i>Cap. VII.</i> —Guerra contra el tirano, conquista de Azcapozalco y muerte de Maxtla.	24
<i>Cap. VIII.</i> —Alianza entre los reyes de México, Acolhuacan y Tacuba.—Muerte de Itzcoatl.—Conquistas de los mexicanos en los reinados de Moteuczuma y Ajayacatl.	28



<i>Cap. IX.</i> —Muerte de Netzahualcoyotl.—Tizoc, séptimo rey de México.—Su muerte.	33
<i>Cap. X.</i> —Ahuitzotl, octavo rey de México.—Sus conquistas.—Su muerte.—Moteuczoma II, nono rey de México.	39
<i>Cap. XI.</i> —Conducta de Moteuczoma.—Magnificencia de sus palacios y habitaciones.—Guerra de Tlaxcala.—Presagios de la venida de los españoles.	43
<i>Cap. XII.</i> —Fenómenos notables.—Muerte de Netzahualpilli.—Revolucion de Acolhuacan.	51
<i>Cap. XIII.</i> —Rápida ojeada sobre la religion, gobierno, artes y costumbres de los mexicanos.	55
PARTE SEGUNDA. — <i>Cap. I.</i> —Llegada de los españoles á las costas de Anáhuac.—Embajadas y regalos de Moteuczoma.—Guerra y alianza con los tlaxcaltecas.	69
<i>Cap. II.</i> —Continuacion del anterior.	80
<i>Cap. III.</i> —Continúa la guerra de Tlaxcala—Nueva embajada de Moteuczoma.—Paz y confederacion con los tlaxcaltecas.—Entrada de los Españoles á Tlaxcala.	90
<i>Cap. IV.</i> —Catástrofe y sumision de Cholula.—Llegada de los españoles.—Visita del rey de Tetzcuco á Cortés.—Entrada de los españoles á Tetzcuco é Iztapalapan.—Entrada á México.	99
<i>Cap. V.</i> —Conferencia de Moteuczoma con Cortés.—Prisión de Moteuczoma, del rey de Acolhuacan y otros señores.—Suplicio de Quauh-	



popoca.—Derrota de Narvaez y sublevacion de los mexicanos contra los españoles.	111
<i>Cap. VI.</i> —Continuacion de las materias del an- terior.	129
<i>Cap. VII.</i> —Derrota de los españoles en su retira- da.—Batalla de Otumba.—Retirada de los españoles á Tlaxcala.	149
<i>Cap. VIII.</i> —Eleccion y medidas de Cuitlahuat- zin.—Guerras de Tepeyacac, Itzocan y otros lugares.—Estragos de las viruelas.—Exal- tacion del príncipe Coanacotzin y muerte de Cuicuitzcatzin.	156
<i>Cap. IX.</i> —Marcha de los españoles á Tetzcuco.— Sus negociaciones con los mexicanos.	169
<i>Cap. X.</i> —Expedicion contra Iztapalapan.—Tras- portes de los materiales de los bergantines. 178	
<i>Cap. XI.</i> —Expedicion de Cortés contra las ciuda- des de Jaltocan y Tlacopan, y de Sandoval contra Huajtepec y Jacapichtla.	183
<i>Cap. XII.</i> —Negociaciones de Cortés con los me- xicanos.—Marcha del ejército español por los montes meridionales.—Conquistas de Quauhnahuac y Joquimilco.—Conjuracion contra Cortés.	187
<i>Cap. XIII.</i> —Ultimos preparativos para el sitio de México.—Distribucion del ejército en el ase- dio de la capital.—Suplicio de Xicotencatl. —Principio del sitio.	195
<i>Cap. XIV.</i> —Primera entrada de los españoles á México.—Aumento de las tropas auxiliares	



de los españoles.—Nuevas entradas en la capital.—Operacion de Alvarado y proezas de Tzilacatzin.	204
<i>Cap. XV.</i> —Traicion de los joquimilques.—Victoria de los mexicanos.—Combate de los bergantines.—Mensaje infructuoso al rey de México.	211
<i>Cap. XVI.</i> —Expediciones contra los malinalques y los matlazincas.—Hazaña de Chichimecatl.—Heroismo de algunas mugeres.	218
<i>Cap. XVII.</i> —Estado deplorable de los mexicanos. Estragos de los mismos.—Ultimo ataque de la ciudad.	221
<i>Cap. XVIII.</i> —Cronología de los soberanos del imperio mexicano.	228
<i>Apéndice.</i>	231

